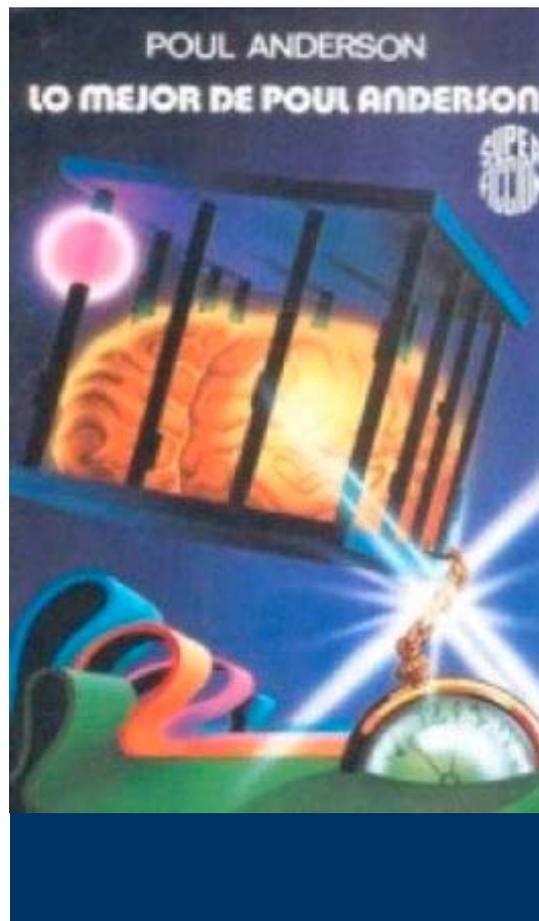


LO MEJOR DE POUL ANDERSON





Poul Anderson

Título original: Beyond the beyond
Traducción: Horacio González Trejo
©1969 by Poul Anderson
©1982 Ediciones Martínez Roca S.A.
Gran via 774 - Barcelona
ISBN 84-270-0719-1
Edición digital: Carlos Palazón
Revisión: Umbriel
R6 01/03

ÍNDICE

Memoria (Memory, 1969)

Frenos (Brake, 1957)

El día en llamas (Day of Burning, 1969)

El hombre sensible (The Sensitive Man, 1969)

Piratas espaciales (The Moonrakers, 1966)

Bruma estelar (Starfog, 1967)

MEMORIA

Torrek

El planeador siguió la ladera del monte Kettleback, efectuó un giro ascendente desde el valle de Brann y se lanzó hacia un cielo azul plateado, con nubes crepusculares. Por encima del frío y blanco murmullo del río Skara, se extendía una masa brumosa de aire helado, que volvió a absorber la nave.

Por un instante, las manos de Viíyan se movieron frenéticas sobre los controles. Después de cruzar el río, la máquina se elevó una vez más, hasta que sobrevoló el límite forestal.

—Ya estamos cerca, hermano de juramento —dijo—. Será mejor que te prepares.

Torrek asintió, abandonó su asiento y se arrastró por la estrecha extensión del fuselaje. Sintió que el ligero tejido —una tela encerada, tensada sobre un marco de cañas huecas— se estremecía a su contacto y resonaba con el estrépito de los vientos entrecruzados.

Al llegar a la pequeña escotilla, se asomó al cristal empotrado y contempló la agreste aridez, listada de campos nevados. Revisó sus bártulos: la cuerda arrollada y atada a un travesaño, los tres cuchillos enfundados en la cintura, la redecilla que sujetaba su pelo rubio para que no le cubriera los ojos. Por lo demás, sólo usaba un taparrabos. Para aquella misión, no se atrevía a llevar más peso del indispensable.

Torrek era un joven ágil y fornido, de facciones duras en las que se marcaban los huesos, lo cual le singularizaba entre la elegante gente de Dumethdin. El nombre mismo que le habían asignado, Torrek, no sólo significaba «extranjero», sino que apuntaba a cierto grado de monstruosidad, pues él era el único entre los habitantes de debajo de los Anillos que no podía siquiera conjeturar su linaje. No obstante, llevaba tatuados en el rostro los emblemas de su clan y su secta.

—¡Allí está el nido!

La frente de Vilyan se cubrió de sudor, perlado el símbolo azul allí grabado, la señal de la secta del Oso Marino, en cuyo seno se había convertido en hermano de juramento de Torrek.

Vilyan tiró apenas de las palancas, y el planeador vibró. Se encontraban a mucha altura y, hasta ese momento, se habían deslizado a lo largo de la oscura y adusta cima denominada el Sombrero de Hombre de la Skara. Sobre un ventoso peñasco, que dominaba novecientos metros de fríos cielos, se elevaba un enorme y desordenado montón de ramas, que el deterioro de los siglos había convertido en una maciza fortaleza. Hasta donde recordaba la tradición, las krakas siempre habían anidado allí.

En Diupa, algunos de los ancianos consideraban una impiedad matar a la kraka, que llevaba allí tanto tiempo, lo mismo que sus madres y sus abuelas, causando estragos en los valles. Si la kraka desaparecía de Sombrero de Hombre, si se desvanecía su acechante amenaza sobre el fiordo Penga, se produciría un vacío en el cielo.

Pero aquellos cuyo ganado e hijos pequeños habían sido arrebatados hasta esas inexpugnables alturas no pensaban lo mismo.

El oscuro y temerario rostro de Vilyan se animó con una repentina mueca:

—¡Allí viene, hermano de juramento!

—Bien —gruñó Torrek.

—Que Ellevil y la señora Luna te protejan...

—Mantén la estabilidad —le interrumpió Torrek con aspereza.

Quien no le conociera, tal vez se hubiera ofendido ante su brusquedad — justificada en ese momento, puesto que la muerte subía con el viento a su encuentro—, pero en Diupa creían comprender lo que significaba ser un «trasplantado». ¿Cómo esperar alegría, ni suavidad, ni siquiera demasiada cortesía de alguien cuya vida ha sido tan horriblemente desarraigada? Pensaban que su cerebro continuaba surcado por las cicatrices de la memoria desconectada cinco años atrás.

Por lo tanto, Vilyan se limitó a afirmar con la cabeza. No obstante, cuando Torrek dejó el planeador, volvió a orientarlo hacia la población pesquera — imposible permanecer flotando en ese torbellino de vientos opuestos— y le cantó la *Canción del Largo Adiós*, dedicada a quienes parten para la guerra y no es probable que regresen. Torrek abrió la portezuela, arrojó la cuerda y se deslizó por ella. Llevaba uno de los puñales entre los dientes.

Durante unos minutos interminables, se balanceó como un badajo, a más de un kilómetro por encima del fiordo. Llegó a sus oídos el sonido del viento, un descomunal y cavernoso rugido que atravesaba el azul atardecer. Su fuerza le hacía balancearse al extremo de la cuerda.

Le alcanzó el desafío de la kraka. Ésta se sacudió, mientras se erguía ciega de ira. En aquella época del año tenía crías en el nido, y esa cosa de alas rígidas se atrevía a sobrevolarlo. Estuvo a punto de lanzarse directamente contra el planeador y aplastarlo, como antaño había hecho su madre. En ese instante, sin embargo, descubrió a Torrek, tal como éste había previsto, colgado como un cebo de anzuelo. Viró y se abalanzó sobre él.

El hombre experimentó una última tensión de sus nervios y sus músculos. Sus ojos parecieron adquirir una claridad definitiva y sus oídos aguzarse ante el estrépito de las Cascadas Humeantes, donde la Skara hundía sus despeñaderos. Había llegado el momento de demorarse hasta que la impetuosa kraka se inmovilizara en el aire, y él pudiera contar las franjas de su leonado pellejo después de cada aleteo gigantesco. Aun así, Torrek no temió. En apenas cinco años de vida recordada, hay muy poco tiempo para aprender a sentir eso que se llama miedo.

Y de pronto, la kraka atacó.

Era un poco más pequeña que él, descontando la extensión de casi diez metros de sus correosas alas y la larga cola en forma de timón. Pero sus cuatro patas terminaban en garras, capaces de partir a un hombre por la mitad de un solo golpe, y su hocico ocultaba unos dientes cortantes como sables. Muy pocas personas colgadas de una cuerda con una sola mano habrían resistido la tentación de dejarse caer y tratar de huir.

En el último instante, Torrek se alzó y se ovilló como una pelota. Cuando el rayo alado golpeó bajo sus pies, se soltó. Cerró las piernas alrededor del magro vientre de la kraka, le aferró el cuello con el brazo izquierdo y, con la mano derecha, le clavó un puñal en la garganta.

La kraka gritó.

Durante unos segundos, se sacudió, se encabritó y retorció en el aire, con la intención de quitárselo de encima. El cuchillo de Torrek cayó en un meteórico centelleo. Lo había soltado al comprender que necesitaba ambos brazos y hasta el último resto de sus fuerzas para mantenerse en su lugar. El peso

resultó excesivo para la kraka. Comenzaron el descenso hacia las áridas cuestas. El batir de las alas amortiguó en parte la caída, que se transformó en un prolongado planeo... Entretanto, Torrek había echado mano a otros de sus cuchillos y la apuñalaba metódicamente en sus órganos vitales.

No sintió la menor piedad por la más espléndida de las bestias. Había demasiados huesos pequeños en el Sombrero de Hombre de la montaña Skara. Pero reconoció su valentía.

En un respiro, Torrek divisó desde tan increíbles alturas, los nebulosos bosques y las verdes profundidades del valle de Brann, más allá de las Cascadas Humeantes y los estrechos campos que los hombres habían arado entre los acantilados y el fiordo de Diupa.

También distinguió, al otro lado del fiordo Penga de Holstok y el delta del río Blanco, las fértiles tierras bajas, listas para la cosecha. Localizó el angosto extremo de la bahía y siguió con la mirada sus serpenteos hacia el norte, entre las rocas, en dirección a la embocadura. Allí donde el Remanso espumaba con la marea ascendente, se encontraban las islas guardianas, llamadas de los Hombres Alegres. Torrek creyó ver incluso los severos muros de Ness, el fuerte sobre Gran Ulli, que montaba guardia para evitar que los piratas de Illeneth, con sus cascos de bestias, volvieran a arrasar Dumethdin.

La kraka se debilitaba, salpicando con su sangre el aire azulado del atardecer. Al batir las alas con menos frenesí, se aceleró la caída. Torrek apretó los dientes al pensar que se vengaría de él pintando con su carne los cercanos despeñaderos del Skara.

Luego, en una tambaleante convulsión, la kraka se bamboleó hacia el este, donde los vapores más cálidos de los campos arados le ofrecían una última ayuda: el fiordo, sobre el que se dejó caer.

Torrek se zambulló un segundo antes de que la kraka se hundiera. El joven chocó contra las aguas con tal ímpetu, que se sumergió cada vez más en las verdosas profundidades, hasta que los tímpanos dejaron oír su protesta. Una lanza de coral le desgarró el flanco. Cuando logró volver a la superficie, sus pulmones parecían a punto de estallar. Transcurrió largo rato hasta que cesó su jadeo.

La kraka flotaba a poca distancia, sustentada por sus enormes alas..., muerta. No muy lejos brillaban las primeras luces de Diupa.

—Muy bien, viejita —resolló Torrek—, fue muy amable de tu parte. Ahora espera aquí y no permitas que los olíenbors te devoren y te limpien los huesos. ¡Quiero tu pellejo listado!

Se dirigió a zancadas a la población, al principio resintiéndose del cansancio, aunque recuperó las fuerzas con una prontitud que sabía anormal. A veces, por la noche, a solas con su alma truncada, Torrek se preguntaba si era un ser humano... o qué.

Asomaban canoas en el embarcadero. Los habitantes del lugar habían previsto su llegada. Las esbeltas estructuras con portarremos exteriores surcaban las rumorosas olas, mientras un centenar de canaletes golpeaba las aguas al unísono. Los farolillos de papel coloreado colgaban como ojos avizores de los palos de proa.

—¡Ojoiajá!

Una caracola marina de gran tamaño lanzó su ronco sonido después del grito, y el latido de los gongos adquirió un ritmo uniforme.

—¡Ojoiajá! Creíamos que no volveríamos a verte, pero el mar te devuelve,

oh amado. El mar te devuelve vivo. ¡Ojoiájá!

—¡Aquí estoy! —gritó Torrek, dejándose de ceremonias.

La embarcación más cercana viró. En tanto unas manos musculosas le izaban a bordo, las caracolas, los gongos y las voces loaron su triunfo.

Cuando la flota regresó arrastrando a la kraka y exhibiendo a Torrek en el estrado del capitán, todo el pueblo de Diupa le aguardaba reunido en el muelle:

Enmascarados y con mantos de plumas, agitando sus matracas y sus armas —ballestas, hachas, zapapicos, alabardas, cerbatanas—, los jóvenes de la secta del Oso Marino expresaron con la danza el orgullo que él les había inspirado. Los ancianos de su clan adoptivo esperaban bajo brillantes faroles, solemnes en sus túnicas bordadas de escarlata y azul. Entre las espaciosas casas de hule pintado, largas y bajas, con paneles de madera tallada y tejados de ripia en punta, los niños y las doncellas arrojaban flores a su paso.

Hasta los más humildes granjeros, artesanos y pescadores, sin más galas que un taparrabos de líber y una toca de plumas, levantaron sus tridentes y le rindieron honores cuando cruzó ante ellos.

En lo alto de las montañas, se abrieron las tenues nubes crepusculares. El sol estaba bajo, aunque faltaban horas para que cayera la oscuridad sobre las cálidas latitudes del Mundo Llamado Maanerek. El cielo lucía un infinito azul claro, y dos de las lunas ascendían, casi llenas. Al sur se elevaba, enorme, el arco iris de los Anillos, el puente sagrado.

Era corriente que las nubes del largo y templado día —cuarenta horas duraba el recorrido del sol sobre las Islas— se dispersaran a medida que el atardecer daba paso a la fría noche. Pero Torrek, en cuya piel cosquilleaba aún el beso helado del fiordo, imaginó que el todo bondadoso Rymfar le brindaba su bienvenida, corriendo el telón del cielo en el preciso momento en que él desembarcaba al encuentro de su gente.

Su gente. Por primera vez sintió que algo se ablandaba en su interior. Esos ágiles seres morenos y de pómulos altos le habían aceptado como uno de los suyos al descubrirle mudo e inerme en los campos. Le habían enseñado con la misma paciencia y bondad que mostraban con sus hijos y le habían perdonado los errores inevitables en quien no se había criado entre ellos desde su nacimiento.

Como compensación, él les había acompañado, navegando en sus canoas, pescando, cazando y arando los campos con ellos, luchando en las líneas de combate cuando los bandidos de Illeneth forzaron el Remanso y entraron en Dumethdin.

Y el pueblo le había ascendido de categoría, según sus aptitudes crecientes, y ahora ostentaba el título de piloto.

No obstante, no había dejado de ser el niño abandonado. No les había retribuido por su vida entre ellos..., hasta ese día.

—Bebe —le invitó el mayor Yensa, al tiempo que le tendía la antigua copa de plata del Concejo.

Torrek hincó una rodilla y bebió el sutil vino especiado.

—Que tu nombre quede escrito en el pergamino de los arponeros —declamó el escriba Glamm— y que la próxima vez que la Flota salga en busca de serpientes marinas, empuñes una potente lanza y seas recompensado con lo que corresponde a tu trabajo.

Torrek inclinó la cabeza:

—No soy digno, reverendo tío.

En realidad, sabía muy bien que merecía esa elevada distinción. Esperaba alcanzarla si salía con vida de aquella misión. Ahora...

Se irguió y dirigió una mirada hacia las mujeres jóvenes, que permanecían respetuosas junto a la hilera de faroles.

Sonna le miró a su vez y bajó la vista. Un lento rubor cubrió sus mejillas. Inclino la cabeza hasta que la larga cabellera oscura adornada con guirnalda ocultó su rostro a la mirada del joven.

—Reverendo tío —dijo Torrek, inclinándose ante el hombre canoso del clan Korath, que le observaba con picardía—, ¿tiene un arponero rango suficiente para hablar como un amigo con los hijos de un capitán?

—Así es—confirmó Baelg.

—¿Me concedes entonces el permiso de ir a las montañas con tu hija Sonna?

—Si ella lo desea, ésa es mi voluntad. —Baelg sonrió y se tironeó la corta barba—. Y creo que ella estará conforme. Pero antes debes descansar.

—Descansaré en las montañas, reverendo tío.

—¡No hay duda de que eres un hombre resistente! —exclamó Baelg, en tanto que los muchachos le observaban, admirados de su fortaleza—. Adelante. Si al volver deseáis contraer matrimonio, daré mi aprobación.

Sin pronunciar otra palabra, Torrek se inclinó ante los ancianos, ante el escriba, ante los concejales de Diupa y el virrey de Dumethdin. Sonna le siguió, ajustándose al ritmo de sus grandes zancadas. Pocos minutos después, habían traspuesto los límites de la población y llegado a un camino que serpenteaba montaña arriba, a través de los campos.

—Si me lo hubieses pedido, me hubiera quedado para el festín, Sonna —dijo Torrek torpemente—. Quizá me mostré demasiado impaciente.

—No para mí —replicó ella con gran dulzura—. Hace mucho que aguardaba esta noche.

El camino se convirtió en una estrecha senda, que ascendía entre frescas frondas de susurrantes hojas. Palpitaba en el aire un húmedo olor a verde y un bullicioso sonido de cascadas. Había allí muchas cuevas donde una pareja joven podía tenderse sobre lechos de capullos, comer frutas silvestres y romper las duras cáscaras de frutos secos, como la nuez de la skalli, a lo largo de la prolongada noche clara del Mundo Llamado Maanerek.

Cuando la senda —un saliente que descendía a través de un intenso crepúsculo púrpura— les condujo fuera de los límites de la foresta, Torrek y Sonna vieron que la luna interior se elevaba en dirección al cielo. También eran visibles cuatro de las lunas exteriores, entre unas pocas estrellas y las vibrantes bandas de los Anillos, tendiendo puentes de luces sobre el fiordo Penga y más allá del océano.

A lo lejos, inaudible desde donde se encontraban, se abrió una cortina transparente de blanca espuma alrededor de los Hombres Alegres cuando rugió a través del Remanso, una de las olas de la marea que custodiaba a Dumethdin y desafiaba a sus visitantes.

Sonna suspiró y se asió a un brazo de Torrek.

—Espera un poco —le dijo suavemente—. Este paisaje nunca me pareció tan hermoso.

Una curiosa emoción se agitó con furia en el interior de Torrek. Se puso rígido y paladeó su amargura, hasta que comprendió de qué se trataba: celos y resentimiento contra los que habían recorrido aquel sendero con ella.

Un sentimiento feo y desagradable, se dijo desconcertado..., considerar como de mi propiedad a una mujer, una muchacha soltera que todavía no se ha comprometido con ningún hombre. Indignarse porque ella actuaba como una criatura humana libre, lo mismo que se irritaba cuando alguien se servía de sus herramientas personales para despiezar una presa.

Se arrancó de las entrañas la insensata sensación y la escupió, pero quedaba en él un regusto, una duda de sí mismo.

¿Quién soy?

—Hay pena en ti, Torrek —murmuró Sonna.

—No es nada —respondió.

¿Por qué soy?

—No..., la siento en ti. De pronto, tu brazo me pareció de madera. —Los dedos de Sonna acariciaron sus músculos y jugaron con el vello dorado, otra marca de su diferencia con los hombres lampiños y morenos de Dumethdin—. No está bien que sientas pena.

—Escojamos una cueva —dijo él, con una voz rechinante como el casco de un barco contra un arrecife rocoso.

—No, Torrek. —Sonna observó el rostro iluminado por la luna, con sus oscuros ojos oblicuos—. No pasaré allí una noche de ira y pesar... No a tu lado.

Un súbito mareo asaltó a Torrek. A pesar de las palabras de Baelg, había sido excesivo esperar que algún día Sonna...

—Que algún día se casara con un hombre anónimo —musitó sin darse cuenta.

Sonna desplegó una sonrisa triunfal, pero pasó por alto la cuestión principal para decir:

—Anónimo, no. Has sido plenamente adoptado, Torrek. Lo sabes muy bien, y después de tu hazaña de hoy...

—No basta —respondió desesperado—. Siempre seré el desarraigado, el extranjero que encontraron hace cinco años en los campos arados, sin voz, sin familia, sin memoria. Por lo que sé, hasta podría ser hijo de los gnomos de la montaña...

—O hijo de Rymfar —sugirió Sonna—, o de los revoloteadores negros de que hablan las tribus montañosas. ¿Y qué? Tú eres tú mismo y sólo tú mismo.

Torrek se impresionó. Le parecía inaudita la idea de un humano existente como criatura singular y autosuficiente, sin formar parte de ningún clan, secta o nación, considerándolo innecesario. ¡Sonna obraba como una hechicera del bosque al atreverse a expresarlo!

De pronto, como si se hubiese descorrido un cerrojo, Torrek comprendió lo acertado de la idea. No perdió la melancolía —siempre ambicionaría unos lazos de sangre que le habían sido negados—, pero dejó de representarse su singularidad como una monstruosidad. Era diferente, sí, incluso mutilado en cierto sentido, pero no anormal.

Por un instante, se preguntó por qué habían penetrado tan profundamente en él las breves palabras que Sonna había dicho tan a la ligera. Como si hubiera tocado y despertado un recuerdo de...

—¡Basta! —exclamó riendo—. La noche no es tan larga para que la desperdiciemos así.

—Tienes razón.

Sonna bajó la vista con recato y apoyó una mano en la de él. Se oyó un zumbido en los cielos. Torrek se desconcertó. Luego, a medida que aumentaba

el ruido y cuando oyó el gemido del aire al henderse, se le pusieron los pelos de punta.

Tenía por única arma un puñal, que en un segundo pasó a su mano. Empujó a Sonna contra el muro del acantilado y se situó delante de ella, con la vista fija en lo alto. La luz de la luna le deslumbró.

La forma negra cruzó los Anillos y soltó un cable invisible, uno de cuyos extremos le capturó con tanta rapidez que no le dio tiempo siquiera a pensar en correr hacia el bosque. Todavía no había calculado el tamaño del objeto, pero cuando éste se posó junio al saliente, comprobó que su longitud duplicaba la de una lancha.

Se posó y le sujetó.

No existe otra palabra para describirlo. Estaba *sujeto*, apretado contra el acantilado por una fuerza elástica que no alcanzaba a ver. Cuando rugió, apoyó todo su peso y empujó con las fuerzas que poseía contra la red, ésta le rechazó contra Sonna con una violencia que arrancó un quejido a la muchacha.

—Torrek —susurró Sonna, mientras le rodeaba la cintura con un brazo, cegada por la implacable e irreal luz de luna—, Torrek, ¿sabes...?

No, no lo sabía. No recordaba esa forma de pez delgada, opaca y negra..., que tampoco le parecía salida de una pesadilla ni el fantasma vengativo de la kraka. Por alguna razón, se sentía capaz de aceptarla, como se sentía capaz de aceptar la existencia de una nueva y mortal especie de animales. —No es un planeador—afirmó con los dientes apretados—. No tiene alas. Se trata de metal fraguado..., o fundido.

—Los re voló te adores —anunció Sonna con voz enronquecida.

De pie, inmerso en el atroz terremoto de su propio corazón, Torrek pensó en lo dicho por Sonna. Los revoloteadores era un cuento, un rumor, un comentario reciente entre los bárbaros de tierra adentro. Se había visto tal cosa, había ocurrido tal otra, extraños objetos volantes, hombres estrafalariamente vestidos...

Se abrió una puerta circular en el costado de... ¿De la nave? Más allá, había otra similar, que se abrió a su vez. Asomó una plataforma metálica en forma de lengua, que se apoyó en el saliente.

Torrek no veía el interior, pero emanaba de él una luz diabólicamente brillante, deslumbrándole hasta tal punto que los seres que avanzaban por la plataforma se convirtieron para él en meras sombras.

Cuando llegaron a su lado, los distinguió con mayor nitidez, hombres robustos, de facciones y color similares a los suyos, envueltos desde las botas hasta el cuello en sobrias combinaciones de una sola pieza y cubiertos con imponentes cascos redondos.

Sonna gimió a sus espaldas.

Los hombres hablaron entre sí, en un idioma que Torrek no conocía, una lengua tajante e inarmónica. No se transparentaba ninguna emoción en los tonos. Cumplían una tarea de rutina.

A través de una nube de ira, Torrek comprendió que llegaban a algún tipo de decisión, en apariencia más con respecto a Sonna que a él. Pusieron manos a la obra. Lanzaron cuerdas flexibles a la malla de fuerza oculta, lazos corredizos que se cerraron sobre él y le ciñeron, hasta dejarle atado como una oveja dispuesta para el sacrificio.

Uno de los hombres hizo una señal con el brazo. Torrek cayó sobre la roca al extinguirse la fuerza. Sonna saltó más allá de él, escupiendo su furia. Un

hombre sonrió, la esquivó y le sujetó un brazo contra la espalda. Sonna cayó de rodillas, gritando. En un abrir y cerrar de ojos, quedó bien atada.

—¿Qué hacen? —chilló, alarmada—. Torrek, cariño, ¿qué quieren de nosotros?

—No lo sé.

Torrek superaba poco a poco su propia e impotente cólera. La derrotó como a un contrincante en una lucha. En lugar de la ira, se instaló en él un frío estado de alerta.

—Querido mío... —sollozó Sonna.

El llanto de la joven estremeció el corazón de Torrek. Le dirigió unas palabras de consuelo. En su interior, soñaba con puñales para enfrentarse a aquellos sonrientes y charlatanes bandidos, tan horriblemente vestidos. Pensó en colgar sus cabezas en el ahumadero de Diupa.

Sonna se retorció e intentó morder a sus raptos cuando la levantaron y la introdujeron en el interior de la nave. Lo único que ganó con ello fue una imprevista bofetada. Torrek conservó la calma, observando la amenazadora estructura de metal por donde le llevaban.

Sujeto a un asiento, divisó el cielo y los despeñaderos a través de una especie de... No, ni ventanilla ni telescopio... ¿Un repetidor de imágenes? Se concentró en eso e ignoró la rareza de todos los objetos que le rodeaban. Incluso cuando la nave se elevó silenciosamente y los picos más altos quedaron fuera de la vista, incluso cuando el valor de Sonna se quebró en un agudo grito, Torrek siguió contemplando el panorama.

Pero cuando asomaron miríadas de estrellas, cuando el gran cuenco del mundo se transformó en un escudo anillado que destellaba en la oscuridad, y Sonna cerró los ojos con fuerza para no mirar..., Torrek experimentó una misteriosa sensación de regreso al hogar.

Casi *supo* que allí les aguardaba la enorme nave madre, para absorber en sus entrañas la pequeña embarcación que los transportaba.

¿Se debía sólo a las especulaciones de los filósofos de Diupa o recordaba a ciencia cierta que el Mundo llamado Maanerek era uno entre otros muchos?

Se estremeció ante el fantasmal pensamiento, ante el leve y alarmante indicio —¿recuerdo?— de lo crueles y extraños que podían ser esos mundos.

Torrek se agitó en la estrechez de la celda en que les habían encerrado. Una de sus manos buscó de manera automática el puñal. Al recordar que ya no lo tenía, apretó los dientes en un gesto feroz, como si mordiera una garganta. Sonna le apretó el brazo.

—No—le dijo.

Torrek recuperó la humanidad como quien despierta de un sueño. El instinto carnívoro se desvaneció...

—¿No qué? —inquirió distraído.

—No tiene sentido luchar con ellos —explicó Sonna— esperemos a saber algo más.

Él asintió, rígido, como si temiera que le crujieran los huesos del cuello. Luego la abrazó y miró a los hombres que acababan de abrir la puerta.

El más joven empuñaba un arma. Al menos, Torrek supuso que se trataba de un arma, una pequeñísima ametralladora, que cabía en un puño. Esa persona, ese gnomo o lo que fuese, parecía más saludable que sus compañeros. Su tez presentaba un curtido normal, no la mortal palidez de los demás, y se movía con gran aplomo muscular. Era casi tan robusto como

Torrek, con el mismo pelo rubio cortado al rape, aunque tenía la nariz aguileña y los labios finos.

Habló. Aunque con acento extranjero, lo hizo en una versión de la lengua naesevi, el lenguaje mercantil corriente en las Islas. Torrek no la conocía a fondo, pese a que, una nación tan rica como Dumethdin atraía a muchos comerciantes, pero se parecía mucho a la que se hablaba en el fiordo Penga y no tuvo dificultades en comprenderla.

—Te aconsejo que no me ataques. Esta *pistola...*, esta arma dispara un... Te dejaría dormido en el acto, y despertar del sueño que produce resulta muy doloroso.

Torrek escupió en el suelo.

—¿Me comprendes o no?

—Sí — respondió Torrek—, le comprendo.

Eligió el pronombre con intención insultante, pero el extranjero no pareció darse cuenta.

—Bien. Me llamo Coan Smit. El hombre que está a mi lado es el sabio Frain Horlam.

Horlam era menudo y viejo, de fino pelo gris y parpadeantes y lacrimosos ojos. Al igual que Coan Smit, vestía un sencillo mono verde, aunque sin insignias.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Smit.

—Soy Torrek, un arponero de Diupa, adoptado por el clan Búa y hermano de juramento, con todos los derechos, de la secta del Oso Marino, leal al rey de Dumethdin.

Otro insulto. Cualquiera que supiera el naesevi tenía que hallarse lo bastante familiarizado con la simbología de las Islas para deducir las lealtades de Torrek a partir de sus tatuajes. Tampoco esta vez Coan Smit acusó la ofensa.

Sonrió levemente y dijo algo a Frain Horlam, que asintió con singular entusiasmo. A continuación, Smit se volvió hacia sus prisioneros y prosiguió en tono considerado:

—Gracias. Quiero que sepas, Torrek, que somos tus amigos. En realidad, somos tu *gente*. Estás a punto de recuperar tu legítima herencia.

Como si le llegara desde una inmensa distancia, Torrek oyó el jadeo contenido de Sonna. No se sobresaltó, sin embargo. La sensación había comenzado a crecer en él desde que la nave estelar atravesó la oscuridad para atraparlo. En parte, dicha sensación se debía a la semejanza entre su propio aspecto y el de aquellas personas, pero en lo más profundo de sí mismo, más allá de las palabras, lo *sabía* sencillamente.

Una sensación fría y corrosiva.

—¿Qué más tiene que decirnos? —preguntó con sequedad.

—Si nos acompañas, te llevaremos a un lugar donde te lo explicarán mejor.

—Lo haré, siempre que esta mujer venga conmigo.

—No, será mejor que ella se quede. Plantearía demasiados problemas. Aun sin ella, será bastante difícil aclarártelo todo.

—Acéptalo, querido mío.

La voz de Sonna semejava abatida. Había sufrido demasiado en muy poco tiempo.

Torrek observó que los rígidos e inhumanos modales, unos modales férreos, de Coan Smit se relajaban al posar sus ojos en la muchacha. Sintió la tentación de aplicar al individuo una llave de lucha libre en la rodilla, a fin de partirle la

espina dorsal.

Consiguió sofocar su furia. La gélida cautela que la reemplazó se diferenciaba tanto del calor humano propio de la gente de Dumethdin, se asimilaba tanto a la de esa raza de brujos, que se hundió en el asiento para rumiar su tristeza.

—Vamos —dijo al fin.

Mientras seguía a Horlam por un pasillo desierto y brillantemente iluminado, con Smit armado a sus espaldas, se volvió y echó una última ojeada a Sonna, una figura pequeña ante la puerta enrejada, sola en su jaula.

No le llevaron a una estancia desde la que pudiera contemplar las arrogantes estrellas y el frío escudo anillado de su hogar. La caminata concluyó en las entrañas de la nave, en una enorme cámara, un destellante, parpadeante, tembloroso y zumbador yermo de complicados aparatos.

—Siéntate, Torrek —le invitó Smit.

El hombre de Diupa retrocedió al ver el asiento, una horrible mezcla de cables, instrumentos y grilletes.

—En el suelo..., no ahí—respondió.

—Te sentarás en esa silla. —Smit levantó el arma—. Y permitirás que te aten a ella. Depende de ti hacerlo por tu propia voluntad o forzarme a emplear el arma.

Torrek gruñó. Smit se mantenía demasiado lejos, demasiado preparado para recibir su ataque. En consecuencia, se rindió. Mientras Horlam cerraba las bandas de acero que le sujetaban a la silla por las muñecas, la cintura y los tobillos, movió los labios, invocando las nueve maldiciones sobre Coan Smit.

Horlam bajó una red de cables y una serie de cosas menos comprensibles sobre la cabeza de Torrek, y comenzó a ajustados de diversas formas. Smit se sentó en una silla, enfundó el arma y cruzó las piernas.

—Bien, adaptar los circuitos requerirá cierto tiempo..., de modo que puedo irte informando de lo que quieras. —Sonrió con ironía—. No es fácil saber por dónde empezar. Algunas naciones entienden que el mundo es una bola redonda que gira alrededor del sol y que las estrellas son otros soles. Ignoro si en tu país...

—He oído esas historias —refunfuñó Torrek.

Hasta ese momento, las especulaciones de los sabios de Diupa no le habían parecido muy plausibles. Ahora supo, más allá de toda razón y sin necesidad de la realidad de esa nave como prueba, que Smit decía la verdad. ¿Pero por qué lo sabía con tanta certeza?

—Muy bien, prosigamos —continuó Smit—. Hay una gran distancia de sol a sol, muy superior a la que los hombres pueden concebir, y hay más soles de los que se han contado. No obstante, los hombres aprendieron a cruzar esas distancias en naves como ésta, superando las barreras del espacio, el tiempo, el calor, el frío, la ingravidez y el cambio de atmósfera. Extendiéndose a partir de un mundo, hace muchísimo tiempo, esparcieron su simiente en miles de otros. Más tarde, el Imperio se hundió y los hombres olvidaron. En *los planetas* como el tuyo, muy alejados de los antiguos centros de civilización y muy poco poblados en el momento del desastre..., en esos mundos apenas queda memoria del Imperio y su caída.

Un escalofrío recorrió a Torrek de pies a cabeza, no sólo por lo extraño de la historia, sino por la sensación de que se la habían contado antes, en algún sueño olvidado.

—Existen leyendas referentes a los que existieron antes de Rymfar—dijo en voz baja.

—Por supuesto —asintió Smit—. No todo conocimiento se perdió. En algunos mundos sobrevivió una especie de civilización. Pero sólo se recuperaron lentamente y a costa de incontables dolores. El Imperio aún no ha sido reconstruido y hay muchas naciones en planetas separados. La mayor parte de la galaxia sigue siendo una inmensidad inexplorada... Bueno, me estoy desviando de la cuestión. Esta nave de reconocimiento pertenece a cierta nación, la tuya, que se encuentra a gran distancia de aquí. Hemos recorrido esta zona del espacio durante una serie de años, trazando mapas, estudiando... Preparando el terreno, en cierto sentido. Hace cinco años descubrimos este planeta y probamos un nuevo procedimiento. Tú eres Korul Wanen, un oficial de esta nave —le reveló—. Anulamos tu memoria, tus recuerdos de toda la vida. Fuiste abandonado para que te recogiesen los habitantes de la Isla. Ahora hemos decidido recuperarte.

Se volvió y dirigió una imperiosa señal a uno de los hombres de túnica gris, que se acercó sumiso a las llaves y los diales de la gran máquina. Smit dio una orden sin mirar a Torrek, que sudaba copiosamente, y se volvió, sonriente.

—No te gusta nada, ¿verdad, Korul Wanen?

—¡Miente! —tronó Torrek—. ¿Cómo me habrían encontrado si...?

—Una buena pregunta. Pero que no invalida mis afirmaciones. Antes de dejarte, se implantó en uno de tus huesos una pequeña unidad de señales, una unidad *irradiante*, que extrae energía de tu propio cuerpo, a fin de localizarte incluso a muchos kilómetros de distancia.

—¡Pero eso fue una solemne estupidez! —rugió Torrek—. ¿Y si hubiera muerto? Los habitantes del lugar donde me dejaron podrían haber sido caníbales y devorarme. ¿Qué habríais ganado entonces?

—Nada —reconoció Smit—. Pero tampoco habríamos perdido gran cosa..., salvo una unidad reemplazable de la dotación.

Chispeaba cierta avidez en los claros ojos de Smit. Torrek se dio cuenta de que no había pronunciado esas palabras por necesidad, sino porque deseaba ver retorcerse a su prisionero.

Se endureció, aunque no le resultó fácil mantener la calma con el corazón tan agitado y la boca tan seca. En una remota y atónita parte de su cerebro, pensó: «¡Tengo miedo! ¡Esto que siento es miedo!».

El personaje de la túnica gris volvió con un cilindro negro del tamaño de un antebrazo y se lo entregó a Smit, que lo manipuló como un objeto delicado. Sonrió a Torrek:

—Aquí está el fantasma de Korul Wanen.

Torrek apretó los labios. No preguntaría nada. —Regresarás a tu propio cuerpo —explicó Smit—. Claro que antes hay que borrar a Torrek...

La perspectiva le arrancó un aullido a éste.

—¡No!

—Sí—le contradijo Smit, entusiasmado.

Coan Smit le pasó el cilindro a Horlam, que lo ajustó a la máquina, al lado de otro semejante.

—Entrégate por última vez a tus recuerdos, Torrek, si te apetece. Pronto sólo serán un borrón en un tubo.

Torrek se debatió en vano, hasta que creyó que los músculos iban a reventar. «Ojalá revienten —imploró angustiado—. Me gustaría disfrutar de una

muerte limpia...»

Cuando el vértigo y la oscuridad se abatieron sobre él, la máquina resonó en su cabeza. Le dio la impresión de que le seccionaba el cerebro. Vio que Smit se acercaba para observarle de cerca. Su mirada de placer fue el último detalle del que tuvo conciencia Torrek el arponero.

Korul Wanen

Levantó el cilindro.

—¡Cinco años! —murmuró.

—Cabén en él varios siglos de experiencia, muchacho —dijo el doctor Frain Horlam—. Si se usan moléculas individuales para almacenar información...

Al otro lado del escritorio, Wanen apartó la vista del cilindro y miró al viejo psicólogo. No sabía cómo actuar. Por un lado, el anciano era un civil que no figuraba en el Cuadro y, como tal, merecía escaso respeto por parte de un teniente del servicio Astro. Por otro lado, Horlam dirigía la empresa científica más importante de la expedición y, en un viaje exploratorio, semejante tarea sólo se subordina a la recolección de datos militares. Por lo tanto, respondió con prudente cortesía:

—Nunca me explicaron esa teoría. Si te limitas a charlar conmigo sin referirte a ningún tema prohibido, te agradeceré tu amabilidad al instruirme.

Horlam levantó la canosa cabeza.

—Lo haré a grandes rasgos. —Se reclinó en el asiento y encendió un cigarro—: ¿Fumas?

—¡No! —Wanen se serenó enseguida—. Sabes que pertenezco a la Academia y, en consecuencia, estoy condicionado contra el vicio.

—¿Porqué? Horlam planteó la pregunta con tanta indiferencia, entre dos bocanadas de humo, que Wanen respondió sin pensarlo.

—Con el propósito de servir a la Hegemonía y al Cuadro, que la guía de manera más eficaz... —Se interrumpió—. ¡Me estás acosando a preguntas deliberadamente!

—Si tú lo dices...

—Estas cuestiones no son cosa de broma. No me obligues a denunciarte.

—Esta nave se encuentra a una distancia sideral de nuestro punto de origen —respondió Horlam sin darle demasiada importancia— Hace siete años que emprendimos el viaje. Allí nadie conoce nuestra situación actual... Nosotros mismos no sabíamos adonde nos dirigíamos cuando partimos. Las estrellas han cambiado tanto de posición que los datos del viejo astro imperial no sirven de nada. Y el espacio es tan inmenso, hay tantas estrellas... Si no volvemos, probablemente transcurrirán cientos de años antes de que otra nave de la Hegemonía vuelva a pasar por aquí para explorar estos parajes.

Creció el desasosegado desconcierto de Wanen. Sin duda, se trataba de la persistente rareza de su experiencia. Al despertar en la camilla de la enfermería, quiso presentarse de inmediato a servicio, pero le obligaron a descansar un rato y después le enviaron al despacho de Horlam. Una charla informal, dijeron, sería suficiente para sondear su yo recuperado y resolver si se hallaba en condiciones de incorporarse. Ahora bien, aquello resultaba demasiado informal.

—¿Por qué dices esas cosas? —inquirió Wanen en voz muy baja y controlada—. Son tópicos, claro, pero tu tono... En cierto modo, linda con el desviacionismo.

—Por lo cual merezco cualquier sanción de la escala de correcciones, desde

una reprimenda hasta la muerte, pasando por la lobotomía o la eliminación de mi memoria, ¿no? —Sonrió sin quitarse el cigarro de la boca—. No importa, muchacho. Debes saber que no viene a bordo ningún miembro de la policía secreta al que denunciarme. Te expongo todo esto porque hay ciertas cosas que debo decirte y quiero amortiguar el impacto. Éste es tu primer viaje por el espacio profundo, ¿verdad?

—Sí.

—Y tu experiencia no duró más que dos años. Después se blanqueó tu mente y fuiste depositado en el planeta. El resto de nosotros hemos recorrido esta parte de la galaxia durante cinco años más. En tales condiciones, las cosas cambian. Forzosamente se produce cierta adaptación..., una relajación de la disciplina, un debilitamiento del idealismo. Tú mismo lo verás. No te sobresaltes. El Cuadro conoce muy bien el fenómeno y lo permite.

De repente Wanen comprendió que a eso se debía el que los hombres que salían al espacio profundo jamás retornasen a los mundos de origen de la Hegemonía. Después de cumplido tu primer viaje realmente prolongado, jamás se te permitía acercarte a menos de un año luz de las Estrellas Interiores, y las grandes bases navales se convertían en tu hogar. Te lo advertían por adelantado, afirmando que se tomaba en medida por cuestiones de cuarentena. Aceptabas el sacrificio como una mínima ofrenda al Cuadro.

Ahora Korul se dio cuenta de que la enfermedad que tal vez portaba en sí y contra la cual había que proteger a los habitantes de las Estrellas Interiores no era física en modo alguno.

—Muy bien —sonrió aliviado—, entendido.

—Me alegro. Tu comprensión lo facilita todo —comentó Horlam satisfecho.

Wanen dejó el cilindro sobre la mesa.

—Estábamos hablando de esto, ¿no?

—Sí. Te explicaba la idea fundamental. —Horlam respiró a fondo y se dispuso a pronunciar su discurso—. Se entiende que las pautas de la memoria, incluyendo las pautas de los hábitos inconscientes, son redes sinápticas «estriadas» a través del sistema nervioso..., si me permites hablar con cierta imprecisión. En un momento determinado, la personalidad se halla en función de la herencia básica, de la constitución física, en la que influyen la salud y la dieta, por ejemplo, y del total acumulado en las redes sinápticas. Dada su constitución física, dichas redes pueden explorarse y, claro está, todo lo que puede explorarse es susceptible de ser registrado. En el interior de este cilindro, se encierra una proteína compleja, cuyas moléculas se distorsionan selectivamente para que registren los datos explorados. Pero ahí está el detalle. Todo lo que puede explorarse es también susceptible de ser selectivamente heterodinizado, cancelado, borrado..., llámalo como quieras. El proceso convierte el cuerpo adulto en una masa sin memoria y sin mentalidad, aunque aprende con sorprendente rapidez. En menos de un año, se transforma en una nueva personalidad, que funciona sin problemas. Si se exploran y cancelan a su vez los nuevos recuerdos, como los que tú adquiriste en los últimos cinco años, los anteriores pueden «reimplantarse» por así decirlo, en el sistema nervioso. Así retornó a la vida el teniente Korul Wanen.

El joven frunció el ceño.

—Sé todo eso —protestó—. Me lo explicaste tú mismo cuando me encomendaron esta misión..., aunque quizá lo has olvidado. A fin de cuentas, para ti ocurrió hace cinco años. Ahora me interesan detalles más técnicos, por

ejemplo, el tipo de señal empleada.

—No tengo gran cosa que decirte —respondió Horlam con pesar.

—¿Se trata de un secreto? En ese caso, lamento haberlo preguntado.

—Un secreto, no... En primer lugar, ocurre que tendrías que aprender tres nuevas ciencias para estar en condiciones de captar mi explicación. En segundo lugar, recurrimos a una antigua técnica imperial, perdida por completo durante las Edades Bárbaras. Hace alrededor de treinta años, en Balgur IV, una nave de reconocimiento encontró una máquina averiada y una serie de manuales, sepultados en las ruinas de una ciudad. La unidad de investigación a la que pertenezco reconstruyó lenta > laboriosamente el psicalizador, como lo llamamos, y aprendió unas cuantas cosas al respecto. Pero aún andamos a tientas.

—Este registro... —Wanen señaló el cilindro colocado sobre el escritorio, que parecía un burdo ídolo—. Supongo que tienes la intención de estudiarlo...

—Sí, aunque como fenómeno electrónico, no como un conjunto de recuerdos en sí. Esto último sólo sería factible si se reimplantara en un cerebro viviente. Y según sospecho, no serviría más que el tuyo. Ahora bien, gracias a nuestro aparatos, procederemos a una minuciosa comparación de este registro con el que poseemos de ti en tanto que Wanen, mediante análisis estadísticos y otros procedimientos. Estoy especialmente interesado en descubrir qué pautas precisas del registro corresponden a los elementos adquiridos de la personalidad. Como bien sabes, el tuyo constituyó un experimento nuevo. Nunca antes el mismo cuerpo recibió dos culturas diferentes por completo. Ahora nos hallamos en condiciones de reconocer los factores significativos. Concédenos a mis computadoras y a mí unos años para analizar todos los datos y empezaré a saber algo sobre el cerebro humano. Sí, has prestado un verdadero servicio a la ciencia.

—Espero que también se lo haya prestado a la Hegemonía —declaró Wanen.

—En efecto. Piensa en sus posibilidades con respecto al desviacionismo. Por el momento, el psicalizador borra la totalidad de la memoria de una unidad no leal. El proceso de reeducación a partir de cero resulta lento y costoso. La lobotomía y la degradación al rango civil interior suponen desperdiciar un buen potencial humano. Si supiéramos cómo hacerlo, las tendencias desviadas se corregirían con mucha mayor limpieza, sin sacrificar la capacidad y la experiencia del desviado. De hecho, tal vez se llegase a un condicionamiento tan profundo que nadie sería físicamente capaz de albergar pensamientos no leales.

La perspectiva parecía tan espléndida que Wanen se puso en pie de un salto barbotando:

—¡Gracias! ¡Muchas gracias por permitirme servir!

Horlam dejó caer la ceniza del cigarro y asintió con un gesto lento.

—Estás muy bien —concluyó en tono seco—. Preséntate a tus superiores.

Coan Smit había cambiado en cinco años. Ya no era el joven cadete orgulloso y duro como el acero que había abandonado para siempre las Estrellas Interiores, con el propósito de servir las más plenamente.

Mientras montaban guardia junto a la plataforma de lanzamiento de embarcaciones número cinco, como habían hecho tantas veces con anterioridad, Wanen se fue dando cuenta poco a poco, en el curso de las horas, de los cambios operados en él. Smit seguía siendo hábil, resuelto,

ingenioso. Tenía el rostro más oscuro, pero esto significaba un honroso distintivo otorgado por el sol y el viento del planeta anillado. El propio Wanen aparecía bronceado aún más a fondo, con la añadidura de un bárbaro tatuaje.

Pero Smit había dejado de ser un miembro *puro* de la Academia. Las rayas de su uniforme sobrepasaban apenas la anchura del filo de un cuchillo, y el brillo de sus botas no cegaba. Permanecía erguido en la posición correcta, aunque sin tensar de verdad los músculos. Caminaba al ritmo reglamentario, sí... ¿No había acaso en su andar un leve pavoneo?

Cuando les relevaron, Smit bostezó de una manera poco digna de Astro.

—Me alegro de volver a verte, teniente —dijo.

—Gracias, teniente —replicó Wanen en tono formal.

—Vamos a tomar un café, quiero hablar contigo.

Sus duros tacones resonaron contra el metal mientras descendían por el corredor en dirección a la sala de oficiales jóvenes. Wanen se descubrió observando a los reclutas con los que se cruzaban. Éstos se habían vuelto más descuidados aún que los oficiales, aunque el hecho no le escandalizaba tanto. Cuando les saludaron al ver sus insignias, Wanen captó las huellas del servilismo.

Muchos castigos debían de haberse impuesto a bordo de la *Exploradora* durante los últimos cinco años: celda de sudación, pulsación nerviosa y otros peores. Eso no tendría que haber sido necesario... ¿O sí?

Suspiró confundido. Desde que naces te educan para servir... Recitó mentalmente la reconfortante jerarquía: *La unidad llamada yo, sirve a la unidad llamada nave, que a su vez sirve a la Flota, brazo de la todopoderosa Hegemonía y del Cuadro que nos guía a todos hacia el nuevo Imperio. No existen otras lealtades.*

Te criaban y te educaban con un único propósito, como a todas las unidades inferiores al nivel del Cuadro. Tu propósito específico consistía en servir a la Flota Exterior. Eso estaba bien y era bueno. No obstante, se trataba de una educación restringida, que no te preparaba para el repentino impacto de la extranjería.

Por dos años, mientras la *Exploradora* recorría centenares de parsecs — unidades astronómicas de distancia correspondiente a 3,26 años luz, que equivalen a 30,84 billones de kilómetros—, no trazados en los mapas, él había vislumbrado algo de la alteridad que constituye el espacio profundo... aunque sólo un poco. Después, eliminaron cinco años de su vida. Y allí estaba otra vez, en una nave que durante media década había filtrado a través de su blindaje la fría inmensidad de la alteridad y...

Penetraron en la pequeña sala de oficiales, donde no había nadie más que ellos. Smit marcó el disco correspondiente al café y, cuando éste llegó, se sentó con la taza entre las manos, como si tuviera frío.

—Por supuesto, te vi hace muchas horas —dijo por último—, si bien no lo recuerdas. Todavía eras Torrek.

—¿Torrek?

Wanen enarcó las cejas en un gesto inquisitivo.

—Me dijiste que así te llamabas. Te aseguro que te portaste como un verdadero salvaje. —Smit rió entre dientes—. Y me pareciste muy fácil de atormentar. *¿Eh, cuidado!*

Wanen retrocedió justo a tiempo. Sus manos se habían adelantado como torcidas garras. Las miró asombrado y observó que habían adoptado la forma

adecuada para acoger a un hombre.

—¿Qué *te pasa*? —resolló Smit.

—No lo sé. —Wanen volvió a sentarse pesadamente, con la vista clavada en el vacío—. De pronto, sentí una especie de un trastorno y deseé matarte.

—¡Vaya!

Smit se recuperó con la rapidez de Ja persona que posee unos nervios disciplinados. Se distanció un poco, pero su rostro se serenó. Después de un instante, dijo en tono reflexivo:

—Alguna perturbación subyacente... Sí, supongo que será eso. Un efecto residual de la transformación que has sufrido —Se encogió de hombros—. Bien, ¿por qué no? Al fin y al cabo, te han sometido a un nuevo tipo de experimento. Más vale que veas de nuevo a Horlam, aunque no creo que ocurra nada grave.

—Sí.

Wanen se levantó.

—¡Ahora no, idiota! Descansa. Tómate el café. Quiero hablar de unas cuantas cosas contigo. Es muy importante para la totalidad de nuestra misión.

Las palabras de Smit devolvieron a Wanen a su asiento.

—Te escucho.

Sí su corazón seguía agitado, supo dominarlo.

—Espero que los médicos te borren ese horrible tatuaje de la cara —se quejó Smit—. Resulta bastante molesto.

—No más que las cicatrices de un combate —replicó Wanen malhumorado.

—Mucho más. Representa algo distinto..., algo de lo que ninguno de nosotros quiere acordarse —Smit contempló su taza de café con el ceño fruncido, antes de continuar—: Como recordarás, sólo encontramos dos planetas habitados, lugares desagradables ambos y poco interesantes. Después llegamos aquí, a Anillo. La dotación le ha dado ese sobrenombre, Anillo. Le pareció que tenía la suficiente importancia y que resultaba tan apasionante como para merecer un nombre especial. Recordarás también que, según nuestros reconocimientos preliminares pusieron de relieve, se trataba de un planeta extraordinariamente fértil, con una población humana que había perdido toda huella de la civilización imperial..., pero que, por otro lado, había creado una rica variedad de culturas. La sociedad más desarrollada desde el punto de vista tecnológico ocupa en las Islas, el gran archipiélago subtropical. Se hallan a un paso de la imprenta y de los explosivos químicos, y no sería difícil que allí se produjera una revolución científico-industrial. Entre esas gentes te dejamos,

—Sí —convino Wanen—. Recuerdo haberlo visto desde el aire. Me dijeron que ése era el lugar... —Continuó desgranando sus reminiscencias, casi como si otra mente hablara por él en voz alta—. Había un fiordo profundo, y poblaciones a su alrededor, y montañas con largos valles, como dedos verdes que se metían en el agua y... No, no estoy seguro. —Se frotó los ojos—. ¿Vi nubes flotando bajo un pico elevado? Hay algo acerca de ese pico, algo así como una idea de victoria... No, no recuerdo, no alcanzo a recordar.

Tuvo conciencia de que Smit lo miraba de una manera extraña. Sin embargo, no logró desprenderse de un sentimiento de exaltación.

—Continúa —dijo con naturalidad—. Me estabas poniendo al día.

—Sí, eso es. Bien, nos apartamos de Anillo y, durante casi cinco años más, hemos estado rondando esta parte del brazo espiral.

—¿Qué encontrasteis?

—Planetas. Algunos habitados por seres inteligentes. Nada comparable con Anillo. Por lo tanto, regresamos hace alrededor de seis meses. Algunos otros y yo bajamos para un reconocimiento étnico en la región de las Islas. Supongo que estarás más o menos enterado de las técnicas. Raptas a un nativo, empleas acelerina e hipnosis para obtener el lenguaje y la información cultural básica en un plazo muy breve, luego te deshaces de él y te presentas a sus compañeros. Afirmas ser un extranjero, que vienes de otra parte del planeta. El sistema funciona muy bien con las sociedades enteradas de que hay otras naciones «más allá del horizonte», pero que ignoran su aspecto exacto.

—¿Y qué hace un hombre de Embarcaciones en una exploración étnica?

—Tú también perteneces a Embarcaciones, teniente.

—No es lo mismo. Se necesitaban determinadas condiciones físicas para el experimento, con el propósito de dar al hombre amnésico alguna posibilidad de supervivencia, pese a su entrenamiento inadecuado. Pero tú...

Una expresión poco afable se pintó en el rostro de Smit.

—Escaseaban los especialistas étnicos y por aquí no se necesitan las embarcaciones de guerra. Me vi obligado a participar, lo mismo que otros.

—¿Se produjeron bajas alguna vez?

—Sí.

—¿A manos de los primitivos? —preguntó Wanen incrédulo—. Creí que ni siquiera imaginaban que había observadores entre ellos. Además, no los considerarían necesariamente como enemigos..., por no hablar de la dificultad de matar a nuestros hombres con simples lanzas...

—Pues todas esas cosas sucedieron —aseguró Smit con gran pesar—. La pérdida de la calidad, de la competencia, la adaptabilidad, la eficacia, incluso la lealtad... La decadencia de toda la dotación ha llegado a un punto increíble. En el caso de los especialistas étnicos, fue un verdadero desastre. ¿Sabes, teniente? La mitad de las bajas en los equipos de reconocimiento se debieron a que tuvimos que disparar contra nuestros propios hombres por desviacionismo radical.

Las palabras de Smit causaron en Wanen el efecto de un mazazo en la cabeza.

—No—musitó.

Smit mostró los dientes. No sonrió ni gruñó.

—Sí. He experimentado las mismas tendencias. ¿Qué esperabas después de siete años de paredes de metal y celibato?

—Pero contamos con el Antisex. Celebramos reuniones de lealtad...

—Meras supresiones de los síntomas. La frustración sigue bullendo por dentro, hasta que se libera en pura destrucción y negativismo. Ni siquiera el condicionamiento de toda una vida sobrevive a ese tipo de presiones.

—Pero ésta no puede ser la primera vez...

—Claro que no. Siempre ocurre en los viajes prolongados. Cuando surgieron los primeros problemas, el capitán nos explicó el fenómeno a los oficiales.

Wanen se reclinó en el asiento y suspiró aliviado.

—Entonces tiene que figurar un procedimiento en los Manuales Secretos.

—En efecto —confirmó Smit—. Cuando las bajas debidas a tales causas exceden un cierto porcentaje, la nave debe buscar un planeta atrasado y ocupar un área pequeña. Allí, las agresividades desarrolladas se ventilan libremente contra los hombres y los niños del lugar. Y se prescinde del Antisex

al disponer de las mujeres.

Wanen sintió una curiosa reticencia en su interior. No lo comprendía. Incluso mirando las cosas desde un punto de vista altruista, esas medidas también beneficiaban a los bárbaros, puesto que el procedimiento era esencial para la expansión de la Hegemonía, que acabaría por abarcar a toda la humanidad de la galaxia. Sin embargo, apenas logró balbucir:

—¿De modo que escogieron Anillo?

—No. La liberación de tensión a la que me refiero tuvo lugar hace unos meses, en el último planeta en que nos detuvimos.

El segundo de inexplicable alivio que experimentó Wanen fue sustituido por una nueva tensión anímica.

—¿Entonces, por qué seguimos aquí?

—Problemas. Se nos plantea un dilema.

Smit apartó la taza vacía, se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro, una actitud no muy propia de un miembro de la Academia, al que se había enseñado a no mostrar jamás su incertidumbre ante el mundo.

—Verás, los manuales secretos recomiendan también que la nave retorne de inmediato a la base una vez conseguida la liberación. De lo contrario... Piensa en el insignificante recluta común y corriente, en la unidad sin rostro entre cientos de otras unidades intercambiables. Durante unas semanas, se ha transformado en un conquistador, ha matado, azotado, desollado, incendiado, violado. Ha bebido todas las noches hasta embriutecerse. No es fácil retornar a la disciplina de la nave y al Antisex. De hecho, si no se le asigna en el acto un entorno normal, sólo el Cuadro sabe el desviacionismo que engendraría.

—Bien. Pero ahora que ya he sido recuperado, ¿por qué no nos vamos? — quiso saber Wanen.

—Tenemos que ocupar Anillo —replicó Smit con voz trémula—. No con el... No con el propósito que mencioné, sino por razones militares.

—¿Qué dices? Creí que se trataba de un simple viaje de reconocimiento.

—Así es. O era. Ahora, escúchame bien. La mayoría de los planetas no nos sirven, por desdicha. Resultan tan hostiles a la vida humana que, cuando el Imperio se desmembró y quedaron destruidos todos los artilugios artificiales, la civilización se lanzó con torpe premura a una máxima entropía. En la mayoría de los planetas el hombre se extinguió, por las buenas. Y cuando se logró una adaptación derivó por regla general en el salvajismo. En Anillo, en la totalidad de este mundo, los hombres se sienten realmente bien. Incluso han prosperado. Hay ya millones de ellos, incluyendo algunas razas complejas, en extremo capaces... Significará una conquista tan valiosa como la de un planeta unificado con plena cultura industrial. Recuerda, teniente, que nos acechan enemigos mortales. La República, la Liga Libertaria, la Hermandad Real, los grandes condes de Morían..., docenas de otras civilizaciones diseminadas por el espacio, cada una con sus propias ideas sobre lo que debe ser el Nuevo Imperio. No podemos correr el riesgo de que una de sus naves exploradoras tropiece por casualidad con Anillo. A tanta distancia de toda base naval, cualquier guarnición que se establezca en él tomará posesión del lugar.

—¡Calma! —trató de serenarle Wanen—. ¿Qué probabilidad existe de que encuentren Anillo? La galaxia comprende cien mil millones de estrellas. ¿Cómo van a dar precisamente con ésta?

—Porque siempre se exploran primero las estrellas tipo G-2. —repuso Smit— y no abundan demasiado en este brazo espiral. *Sabemos* que las naves

de la Liga también trazan mapas. La probabilidad es pequeña, lo sé, pero no nos atrevemos a correr ese riesgo. *Tenemos* que instalar allí una guarnición, lo dicen los manuales. Luego volveremos a la base, presentaremos un informe de nuestro descubrimiento y solicitaremos el envío de fuerzas, un contingente que ocupe la totalidad del planeta, lo fortifique de manera conveniente, civilice a los habitantes, etcétera...

—Pero nos llevará casi dos años regresar a nuestro punto de partida, un año poco más o menos para organizar el contingente, otros dos años para el viaje de vuelta...

—¡Cinco años! ¿Cómo confiar en una guarnición durante cinco años?

Horlam comenzó a desconectar los electrodos de la cabeza y el cuerpo de Wanen. Apretó los labios, frunció el ceño y se sumió en sus pensamientos.

—¿Bien? —se impacientó Wanen.

Sólo después de medio minuto de silencio, se dio cuenta que había sido muy poco digno de Astro manifestar emociones delante de un civil no perteneciente al Cuadro.

«¿Qué me ocurre?», se preguntó.

—Todo en regla —respondió Horlam enseguida—. Según todas las técnicas encefalografías y neurográficas conocidas, no guardas recuerdos perdurables de tu estancia en Anillo.

—¿Estás seguro? —insistió Wanen—. Ha de haber algo que explique..., que explique... Escucha. —Se obligó a pronunciar las palabras, una por una—. Mientras venía a tu despacho, me asomé para contemplar el planeta. Nunca en mi vida he visto nada tan hermoso. Sentí por él un amor como sólo debo sentir por el Cuadro. Tuve que huir de allí antes de que se me llenaran los ojos de lágrimas. —Experimentó un agudo dolor en las manos. Las separó. Se había hundido las uñas en las palmas—. Algo de esa experiencia me ha cambiado. Soy un *desviacionista*.

—Oye —le calmó Horlam con gran paciencia—, mi especialidad, no la tuya, consiste en estudiar la memoria. Se traía de una alteración permanente del protoplasma a consecuencia de un estímulo. Todas las pautas de la memoria se concentran en el cerebro, a excepción de algunos hábitos que se reducen a pautas sinápticas de los nervios propiamente dichos. Muy bien, acabo de proceder a una comparación del registro que tenemos del Wanen anterior, o sea, tu cilindro, con el registro de tu sistema nervioso actual. Un proceso absolutamente objetivo, un trazado electrónico de flujo, resistencias, etcétera, que da por resultado un mapa electrónico de la totalidad de ese sistema nervioso. —Terminó de desconectar al joven, se sentó en un extremo de su banco de trabajo y encendió un cigarro—. La diferencia entre ambos diseños, amigo mío, es insignificante..., unos cuantos trazos adicionales causados por tus experiencias desde que se reimplantó tu personalidad normal. Has estado contándote a ti mismo una antigua historia de fantasmas, con vestigios de tus memorias de Torrek en lugar del espectro habitual. Olvídalo. Te aseguro que esas huellas *no existen*.

Wanen sintió una especie de opresión.

—En ese caso, ¿qué me provoca estos ataques?

—No estoy seguro. —Horlam se encogió de hombros—. Ya te he dicho que la psicálisis se encuentra todavía en pañales, como una ciencia a medias, que titubea en la oscuridad. Al menos he demostrado que tu problema no atañe a algo esencial en tu personalidad. Como diagnóstico provisional, diré que

padeces un trastorno glandular leve. Has pasado cinco años en un planeta extranjero, comiendo lo que allí se produce, alimentos sanos y nutritivos, desde fuego, pero sin duda existen sutiles diferencias bioquímicas..., restos hormonales, compuestos vitamínicos, etcétera. Tu cuerpo se adaptó. Ahora presenta algunas dificultades para readaptarse a las raciones de la nave. El leve desequilibrio químico se manifiesta en forma de oleadas irracionales de emoción.

Wanen asintió. Empezaba a relajarse. La neurosis química se daba con cierta frecuencia en el servicio y se curaba con facilidad.

—Si de verdad no me estoy desviando hacia la no lealtad...

—Al menos no tanto como para concederle importancia —dijo Horlam arrastrando las palabras—. Estos desarreglos digestivo-glandulares se expresan a veces de modo extraño. Por ejemplo en el deseo de matar al teniente Smit o en el hecho de sentir por Anillo lo que sólo debe sentirse por el Cuadro. Y... Veamos, ¿has soñado anoche o anteanoche?

Wanen se estremeció:

—Pesadillas. Vi cómo mataban a mis compañeros de dotación. De una manera atroz. —Una evidente expresión de resentimiento contra ellos..., contra la totalidad de la cultura de Hegemonía.

Horlam hablaba en tono indiferente. Cuando Wanen se levantó de un salto, el psicólogo se echó a reír.

—Tranquilo, hijo. No pongo en duda tu lealtad, y nadie te condenará. Siempre ocurren cosas semejantes. No significa nada. —Dio una chupada a su cigarro—. Al fin y al cabo, el hombre evolucionó como una criatura de los bosques, al aire libre y... la intimidad. Un animal acostumbrado a vivir en familia, digamos. Nuestra civilización prohíbe todo eso. Nos encierra bajo techado, nos asigna máquinas, escoge a nuestros compañeros, a quienes rara vez vemos, y se lleva a nuestros hijos para educarlos en casas cuna. Claro está, nuestro instinto se rebela. La unidad apta no debe negar sus instintos bestiales. Aceptará el hecho y aplicará todas sus fuerzas a superarlos.

La voz pausada y serena tranquilizó a Wanen. Incluso le invadió cierta alegría.

—Comprendo —respondió—. Muchas gracias. ¿Qué tratamiento me aplicarás?

—Ninguno, a menos que tus síntomas empeoren. Espero que mejoren por su propia cuenta. Ahora, retírate. El Ejecutivo quiere que te presentes ante él para asignarte una misión especial.

Mientras se dirigía a la puerta, Wanen sintió que su corazón latía de un modo curioso. La austeridad de la nave, los desiertos pasillos, los pulcros y minúsculos cubículos, el eterno resplandor blanco y fluorescente, no permitían que la mente se concentrara en nada, por lo cual ésta se sumía en fantasías malsanas. Wanen repasó las instrucciones... Cualquier cosa con tal de escapar al caos y la agobiante sensación de rebelión que yacía enroscada en su cerebro. El problema consistía en que las instrucciones eran demasiado indefinidas. En Astro te estimulaban a pensar por tu cuenta hasta cierto punto. Ni siquiera un recluta valía de nada en una nave espacial si se exterminaban por métodos eléctricos las facultades críticas de su cerebro, como se procedía, ya en la infancia, con las clases civiles inferiores. Pero aquello significaba demasiada libertad para un simple teniente de Embarcaciones. ¿Qué *haría*?

—Con respecto a la joven que recogieron contigo, debo decirte que es la primera de una serie de prisioneros que intentamos aprehender, con el propósito de obtener una información más detallada acerca del país. Pero ha resultado demasiado salvaje, incluso peligrosa, para sernos útil. Sólo se ha logrado enseñarle el idioma cuádrico mediante la psicálisis, después de someterla a la acción de la acelerina. La información que poseemos sobre su gente indica que cualquier otro que capturemos nos servirá mejor que ella. No obstante, y dado que te acompañaba, se mostrará más dispuesta a cooperar si la dejamos a solas contigo. Convéncela de que debe ayudarnos. Nuestras fuerzas de lucha a nivel de superficie no son tan numerosas ni están tan bien equipadas como para ocupar una isla contra la decidida oposición de las naciones del archipiélago... Especialmente teniendo en cuenta que prevemos un incremento del desviacionismo en la guarnición, que tal vez culmine en un motín abierto si nos enfrentamos a un enemigo fuerte, a favor del cual pueden desertar los amotinados. Por lo tanto, puesto que hemos de ocupar al menos una isla, tendremos que exterminar a todos los nativos del archipiélago. La información que ella nos proporcione nos será de gran utilidad para cumplir con eficacia dicha operación.

—¿No intentaron la coerción los hombres de Inteligencia, señor?

—¿Sobre la mujer? Por supuesto. Se la sometió a pulsación nerviosa hasta que se desmayó, por lo que no nos sirvió de nada. Las así llamadas drogas de la verdad desorganizan demasiado la mente, y nosotros precisamos una información sistemática. Podríamos intentar la mutilación, o la amenaza de mutilación, sin embargo, dudo que funcione. Su cultura parece adjudicar un gran valor a la intransigencia. O la persuades tú, teniente, o la descartamos de una vez y nos apoderamos de otros prisioneros.

—Está bien, señor, pero permíteme preguntarte una cosa. ¿Por qué atacar las Islas? Tiene que haber zonas más atrasadas, incluso regiones desiertas, que ocuparíamos sin grandes problemas.

—Sin duda. Ahora bien, ocurre que las Islas son la única parte de Anillo estudiada con todo detalle. Los especialistas étnicos, cosa natural, se interesaron sobre todo por la cultura más avanzada del planeta. No contamos con suficientes étnicos o cartográficos para estudiar otras regiones con la celeridad necesaria.

—Comprendo. Gracias, señor.

—¡Servicio al Cuadro! Puedes retirarte.

—¡Servicio al Cuadro!

Wanen se detuvo al llegar a la puerta. Se dio cuenta de que experimentaba una espeluznante sensación de frío. Temía lo que le esperaba. Lanzó una maldición entre dientes y apoyó la palma de la mano en la cerradura. La puerta se abrió para dejarle pasar y se cerró automáticamente a sus espaldas.

Ella saltó de la litera y permaneció un instante inmóvil, como congelada. Sin embargo —la idea pasó por la mente de él como un relámpago—, las líneas de su cuerpo parecían la agilidad personificada. No guardaba memoria de haber visto nunca una criatura tan natural y encantadora como la que ocupaba la acerada desnudez de la pequeña celda.

(Sí, la había visto..., siendo Torrek. Pero Torrek le había sido arrancado, como se separa una piel de la carne correspondiente.)

Ella se echó a llorar y corrió a refugiarse en sus brazos.

Mientras la abrazaba, Wanen revivió la sensación experimentada al ver

Anillo cruzando entre las estrellas. Sólo que esta vez fue algo más profundo, como un cuchillo que hurgase en su interior y una brisa estival que alborotase su pelo, un pregón de victoria y un largo crepúsculo azul en el que los dos caminaban a solas. Sintió el deseo de llevarla a la litera y casi...

Sólo casi.

En un abrir y cerrar de ojos, recordó que el visor se hallaba conectado, lo que le devolvió el sentido del deber, aunque oprimiéndole todo el peso de un mundo.

Ella susurró palabras cariñosas en un idioma que él no conocía. Por último, Wanen le puso una mano bajo la barbilla, le levantó la cara (¿dónde había aprendido ese gesto?) y dijo con arrulladora ternura:

—Habla en cuádrico, por favor. Yo he olvidado.

—¡Ah...!

Se separó un poco. Los brazos de él no la soltaron, ni siquiera al descubrir el terror en su mirada.

—Serénate —pidió—. Ocurre que he olvidado todo lo que sucedió en... en las Islas. Como ves, he vuelto con mi gente.

—¡Tu gente!

El idioma apenas aprendido sonaba duro en sus labios.

—Sí.

La soltó y clavó la vista en el suelo, sintiéndose oscuramente avergonzado. Ella no huyó de él, quizá porque no tenía adonde ir.

—Lamento cualquier inconveniente que hayas sufrido, pero era necesario —continuó Wanen—. Estamos aquí por el bien de toda la humanidad.

—Es... Es posible —susurró ella algo aliviada—. ¿De verdad lo has olvidado todo, Torrek? ¿Te han cortado la mente lo mismo que te han cortado el pelo? —Ni siquiera sé tu nombre.

—Soy Sonna, la hija de Baelg. —El rubor cubrió poco a poco sus mejillas—. íbamos juntos hacia las montañas...

En lo más profundo de su ser, Wanen recordó que todavía no había recibido las tabletas Antisex. Sin embargo, no lograba definir las sensaciones que despertaba en él aquella muchacha. Ella significaba algo más que un medio para aliviar su tensión, incluso algo más que una coprocreadora de unidades leales. Indudablemente, sus problemas calaban más hondo de lo que Horlam pretendía...

—¿No recuerdas cómo mataste a la kraka? —inquirió Sonna, perpleja. Apretó los puños—. ¡Es injusto que te hayan quitado también eso!

—No importa —respondió él—. A fin de cuentas, supone mucho más lo que he recuperado. A cambio, recuerdo mi... Bueno, recuerdo la primera vez que me adoctrinaron y... No, mi primera pesca, digamos. ¡Que más da! No lo comprenderías,

—¿Cómo te llamas ahora? —quiso saber ella.

—Korul Wanen.

—Siempre pensaré en ti como Torrek, —Sonna se sentó en la litera y sonrió con tristeza—. Ven a mi lado, al menos, y hábame de tu gente.

Wanen trató de complacerla. Fue sobre todo una lección de astronomía, acompañada por una síntesis histórica desde la caída del Imperio, y un discurso sobre el Nuevo Imperio del futuro. Habló en tono seco y sin inspiración, con la mirada fija en el vacío.

—Sí —reconoció Sonna por último—. Me parece maravillosa la idea de que

todos los hombres vuelvan a hermanarse. Creo que una alianza con vosotros beneficiará mucho a Dumethdin.

—¿Una alianza? —Wanen titubeó—. No... No nos proponemos eso.

—¿No? ¿Qué os proponéis entonces?

Entrenado en exclusiva para guiar naves espaciales y para operar en combate una de las pequeñas embarcaciones que guardaban una importante formación, Wanen no supo disimular. Se lo contó. Sonna se supo rígida.

—Naturalmente, buscamos el bien de todos—concluyó él.

Ella se levantó.

—¡Fuera!

—¿Qué dices? Te estaba explicando...

—Soy incapaz de matarte. ¡Pero sal de aquí antes de que me ensucie las manos intentándolo!

—Oye... Por tu propio interés... *Todos* los seres humanos deben lealtad al Cuadro...

Entonces ella hizo algo que demostró a Wanen cuan ajeno le resultaba el país natal de la muchacha y lo extraño que él mismo había sido. Sonna se sentó, cruzó las piernas y dejó de prestarle atención. Lo borró de su universo personal de percepciones. Paulatinamente, Wanen acabó por comprender el significado de su gesto. Después, se preguntó cómo pudo percibirlo. Nunca había oído hablar de algo semejante, excepto en su anulada encarnación de Torrek.

Pero tan pronto como lo entendió, giró sobre sus talones y huyó de ella, temblando de miedo.

—Te has comportado como un idiota —le reprendió Coan Smit.

Se hallaban solos en la sala de oficiales, después de haber cumplido una vez más su turno de guardia.

—¿Cómo iba a saberlo? —protestó Wanen en tono de súplica, mirando su taza de café sin verla—. No entiendo nada de diplomacia. ¡En nombre del Cuadro, no soy un especialista étnico! El mismísimo Ejecutivo me dijo que no tenía nada que reprocharme.

—Pues yo sí. No hay que confundir un miembro de la Academia con un estúpido civil. No sólo se nos permite la versatilidad, sino que se espera de nosotros. Has defraudado a la Academia, Wanen.

—¡Calla! —La emoción contenida en Wanen estalló en un rugido—. ¡Calla si no quieres que te retuerza el pescuezo!

—¡Teniente! —Smit se irguió de un salto—. ¡Te comportas como un desviacionista!

—Permíteme recordarte que mi graduación iguala a la tuya —dijo Wanen entre dientes—. Presentaré una queja contra tu lenguaje.

—Y yo presentaré una denuncia por sospecha de desviacionismo —replicó Smit—. Horlam es otro idiota. Debió someterte a pruebas más exhaustivas. Que tus problemas no se deban a vestigios persistentes de la memoria no demuestra que no los tengas.

—También me examinaron desde el punto de vista fisiológico y bioquímico —protestó Wanen—. Los desequilibrios que padezco los causan ciertos microelementos. ¿Cuándo te examinaron a ti por última vez? De todos modos, métete en tus propios asuntos.

—«Los asuntos de uno conciernen a todos.»

Wanen había oído el tema con bastante frecuencia. Él mismo lo había citado

de vez en cuando, en un pasado que ahora le parecía remoto. De pronto, la consigna ¡e sonó a charanga. Se inclinó sobre la taza de café, echando chispas por los ojos. —Estamos muy lejos de nuestro suelo —dijo Smit, con mayor suavidad—. Si no retornamos, quizá transcurran siglos antes de que otra nave de Hegemonía vuelva a pasar por aquí. Entretanto, acaso un explorador enemigo descubra Anillo. Puede ocurrir *cualquier cosa*. Más vale librarnos de ti por puras sospechas que arriesgar la totalidad de la operación.

—Sí —respondió Wanen de modo automático—. Has dado con la solución obvia.

—Escucha, no creo que sea realmente necesario.

Para manifestar su compañerismo, dio la vuelta a la mesa y apoyó una mano fraternal en el hombro de Wanen.

—A decir verdad —continuó—, tu problema me parece bastante trivial. Unas cuantas inyecciones de hormonas, algún condicionamiento y quedarás como nuevo. O bien... Espera. Ahora que lo pienso, has pasado siete años sin aliviar la tensión.

—Estaba en Anillo —musitó Wanen—. Era un hombre de... ¿Cómo dijo ella? Un hombre de Dumethdin. No necesitábamos esas cosas.

—Sin duda. Pero ahora lo has olvidado. ¡Hum!

Smit hizo una pausa. Wanen levantó la vista, vio que se frotaba el mentón y comprendió, con irracional resentimiento, que su compañero trataba de mostrarse servicial.

—Se me ocurre una idea —prosiguió Smit—. Siempre que la aprueben, claro, pero no existe ninguna razón para que la rechacen. Si precisas un alivio para tu tensión, eso te lo proporcionaré.

—¿A qué te refieres?

—A la muchacha que capturamos. Dado que no quiere cooperar y que no vale la pena intentar un reacondicionamiento total, tengo entendido que le harán una lobotomía y se la entregarán durante unos días a los reclutas. Ahora bien, si te permitieran presenciar la operación quirúrgica y te la entregaran para poseerla primero y después arrojarla por la cámara de aire cuando deje de interesarte, te sentirás tan bien como después de seis meses de licencia.

Wanen permaneció inmóvil. Al marcharse Smit, se quedó en la misma posición, inclinado sobre la mesa. Los latidos de su corazón se habían espaciado tanto que ya ni los sentía ni los oía. Por un instante, se preguntó con vaga indiferencia si no estaría muerto.

Hasta que comprendió que se había vuelto loco.

La guardia de Embarcaciones cambiaba cada cuatro horas, y los mismos hombres la cumplían cada cuatro turnos. Entre una y otra guardia, los hombres comían, dormían, estudiaban o participaban en demostraciones de lealtad. No obstante, también contaban con algún tiempo libre, al menos los oficiales. Los jóvenes jugaban a la pelota en el gimnasio, a las cartas en la sala de oficiales, o bien, se sentaban a charlar.

De todos modos, nadie vería nada sospechoso al encontrar a un teniente libre de servicio en cualquier parte de la nave.

Wanen contaba con eso. Sentía una singular paz interior. Sabía que estaba loco. En vista de las exhaustivas pruebas de Horlam y de sus resultados, siempre negativos, no había otra explicación posible. Evidentemente, el esfuerzo y la tensión del cambio de personalidad habían desquiciado su mente. Estaba loco. Esperaba que le mataran en cualquier momento del desarrollo de

su propósito y no le importaba demasiado. Sin embargo, no corrió riesgos innecesarios.

Falsificó la firma del comandante de su escuadra en un formulario de órdenes especiales y lo entregó al teniente Rosnin cuando el concienzudo joven inició su guardia de Embarcaciones.

—¿Cargamento completo en la diecisiete, incluyendo misiles de fusión? — Rosnin enarcó las cejas—. ¿Qué ocurre?

—Una operación secreta —respondió Wanen con energía—. ¿No ves que se trata de un formulario especial?

Rosnin podría haberse preguntado por qué razón habían confiado órdenes secretas a un oficial tan joven y por qué éste le comunicaba las directivas de manera tan imprecisa, pero, hombre poco curioso, no le gustaba fastidiar a sus superiores con preguntas.

Wanen había tenido en cuenta estas características de Rosnin antes de decidir a quién entregaría el formulario.

—La orden será cumplida. ¡Servicio al Cuadro!

—¡Servicio al Cuadro!

Wanen se volvió y se dirigió a la sala de distribución, donde recogió una Mark IV, con una carga extra de balas explosivas. La rutina normal de la nave le hubiera obligado a dar cuenta de ello seis horas más tarde, cuando un superior revisara los pedidos del día. Pero Wanen no tenía la menor intención de quedarse tanto tiempo.

Ahora debía darse prisa, ya que se hallaba en retraso para ía cita. Sus posibilidades de éxito se basaban en que, jamás en toda la historia de la Hegemonía, una unidad convenientemente condicionada se había desviado hasta el punto de la traición sin manifestar antes síntomas claros y evidentes. De él mismo se pensaba que sufría los efectos de una gran tensión, nada más. No obstante, un paso demasiado apresurado llamaría la atención.

¿Qué importaba? ¡A la entropía con todo! Korul Wanen no ya era más que un muerto con licencia.

Llegó a la enfermería y pasó junto al guardia armado. La maldita nave rebosaba de guardias, pensó con irritación. Guardias, burocracia, cualquier cosa con tal de evitar que un hombre pensara.

Bien...

Frain Horlam, con su bata de cirujano, esperaba en la sala de operaciones. Sus ayudantes, dos fornidos meditécnicos, le acompañaban. El anciano miró con frialdad a Wanen:

—Por primera vez veo a alguien que llega tarde cuando se trata de aliviar su tensión.

—Estaba ocupado—respondió Wanen—. Adelante.

—Horlam conectó los esterilizadores. Uno de los ayudantes abandonó la sala. Volvió con Sonna, atada a una camilla de ruedas. Tenía los ojos desorbitados por un terror incontenible, pero escupió cuando descubrió a Wanen.

—¿Han conectado el visor? —inquirió Wanen.

—Que yo sepa, no —respondió Horlam en tono agrio—. En este momento, cada uno se ocupa de lo suyo. Sólo tú necesitas emociones.

—Me limité a formular una pregunta.

—Mientras esterilizamos el ambiente ya que no queremos que enferme, quizá disfrutes explicándole lo que la espera —dijo Horlam.

No miró a Wanen. Se lavó las manos repetidas veces, con exagerada minuciosidad.

—Naturalmente, le afeitaremos el pelo de la cabeza antes de abrir el cráneo, lo que por sí solo provocará una interesante reacción. La mayoría de las mujeres primitivas se sienten muy orgullosas de su cabellera...

—¡Basta! —le cortó Wanen.

—Sólo pretendía esbozar los placeres que te esperan —aclaró Horlam con voz ronca—. Practicaremos la operación con anestesia local, a fin de que permanezca consciente durante la mayor parte del proceso. Una vez que consigamos su docilidad, tendrás que esperar unos días a que cicatrice...

Se interrumpió.

—Adelante, teniente —le apremió uno de los meditécnicos con sus brillantes ojos fijos en Sonna—. Explíquele lo que dijo el doctor.

—Sería conveniente que cada uno de vosotros se situase a un costado — sugirió Wanen—. Así, muy bien.

Sonna no le quitaba los ojos de encima. «Me imagino lo que piensas», se dijo Wanen para sus adentros. Sin duda deseaba desmayarse, deseaba morir, pero había demasiada vida en ella. Seguro que Torrek había deseado algo semejante al final del proceso, cuando lo vaciaron y lo encerraron en un cilindro negro.

Wanen se colocó detrás de los meditécnicos y apoyó una mano en el hombro de cada uno:

—Supongo que vosotros dos también os procuráis alivio, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¡Magnífico!

Levantó las manos y les dio una palmadita en la cabeza. Luego, los músculos que habían aplastado a la kraka hicieron entrechocar sus cráneos.

Cayeron como piedras. Wanen les asestó un diestro puntapié detrás de las orejas para rematarlos. Después dedicó toda su atención a Horlam. Sacó el arma de debajo del mono y apuntó al anciano.

—No te muevas. Tómallo con calma si no quieres que te mate.

Horlam perdió el color.

—¿Qué pretendes? —jadeó.

—Voy a fugarme. Sí, soy un desviado. Y también desleal, obstruccionista y homicida. Mi mayor deseo consiste en matar a mis queridos compañeros uno por uno. Te ruego que no me obligues a empezar contigo. Ahora, despacio..., muy despacio... Mantén las manos y los pies bien a la vista. Ven aquí y suelta a la muchacha.

Por un instante, pensó que Sonna se había desmayado de verdad. Sin embargo, cuando Horlam la desató, vio que se levantaba como impulsada por un resorte.

—Torrek—susurró—. Torrek, *elskling*.

—Te llevaré a casa, Sonna.

El delgado rostro de Horlam mostraba una expresión extraña. El sobresalto había pasado y parecía sobre todo curioso.

—¿Piensas salir bien librado de esto?

—No —admitió Wanen.

—Hasta ahora, este tipo de cosas suponían una imposibilidad clínica. Según todas las pruebas objetivas, funcionabas dentro de los límites de la normalidad...

—Cierra el pico. Dame una bata de cirugía y una mascarilla para la muchacha. Ayúdala a ponérselas... Muy bien. Ahora, Horlam, sal por esa puerta.

El burdo disfraz no engañó al centinela, pero retrasó un segundo su comprensión..., tiempo suficiente para que Wanen lo liquidara cuando intentaba mover el fusil.

A partir de ese momento corrieron.

En dos ocasiones, Wanen tuvo que matar a los hombres que se cruzaron en su camino. Cuando llegaron a la embarcación diecisiete, toda la nave se había transformado en un gran clamor de sirenas, gritos y carreras.

Sus balas explosivas acabaron con el guardia que vigilaba el robot de lanzamiento. Wanen se disponía a poner en marcha la embarcación, cuando vio surgir a Coan Smit por un pasillo lateral. El primer disparo no dio en el blanco. Smit se tiró al suelo, le asió de los tobillos e hizo saltar el arma de sus manos.

—¡Sal por esa puerta, Sonna! —ordenó Wanen.

Las manos de Smit buscaron sus puntos vulnerables, de acuerdo con la técnica académica de lucha cuerpo a cuerpo. Wanen lo bloqueó siguiendo el mismo procedimiento automático. Pero luego sus manos y sus piernas realizaron movimientos desconocidos para cualquier ser civilizado. Un golpe detrás de la rodilla partió la columna vertebral de su contrincante.

Una descarga de balas recorrió el pasillo. Wanen se levantó, corrió el cerrojo de la plataforma de lanzamiento y siguió a Sonna.

Los motores de la embarcación, siempre listos para el combate, rugieron cuando empujó la palanca principal. Ocupó el asiento del piloto y empuñó los controles. Sonna, acurrucada a su lado, dolorida a causa de los calambres y llena de hematomas, lanzó un grito que sonó casi familiar a los oídos de Wanen.

La embarcación diecisiete se desprendió de la nave madre, despidiendo polvo de estrellas por sus flancos.

—Nos perseguirán...

—No, no lo harán —rechazó Wanen—. También pensé en eso.

Pulsó una palanca. Los misiles de fusión salieron despedidos de sus tubos.

—¡Cúbrete los ojos! —gritó, mientras aceleraba brutalmente.

Cuando se extinguió la explosión insonora, sólo quedó una nube de gas incandescente, que destelló un instante, alcanzando una brillantez insoportable, antes de expandirse y enfriarse. Se la tragó la oscuridad.

Wanen apuntó la embarcación en dirección al maravilloso planeta anillado.

Y de pronto rompió a llorar.

Sonna extendió un brazo, alarmada. Horlam interrumpió su gesto.

—No... —le dijo suavemente—. Déjale expresarse. Es algo que le ha sido negado durante toda su vida.

Sonna retrocedió. A través del baldaquín transparente, el radiante planeta enredaba su variopinta luminosidad en los cabellos de la muchacha.

—¿Por qué estás aquí, anciano? —suspiró—. Pudiste quedarte atrás cuando huimos. Ignorabas que él pensaba destruir la nave.

—Quizá lo adiviné —respondió Horlam—. Digamos que yo mismo he sido un tanto desviacionista durante muchos años, y cuando se presentó la ocasión... Mi trabajo consistía en detectar todo rasgo humano que emergiera en los hombres y extirparlo. Ahora bien, hay un dicho muy antiguo que expresa bien la

situación: ¿quién vigilará a la vigilantes?

Los dedos de Sonna acariciaron con ternura la cabeza rubia del joven piloto.

—¿Ha vuelto Torrek?

—No en el sentido que esperas —explicó Horlam—. Los recuerdos de Torrek..., las acciones realizadas, las palabras pronunciadas, las cosas vistas... Me temo que todo eso se ha perdido para siempre con la nave. Sin embargo, existe otro tipo de memoria, aunque nuestras teorías no las tomen en consideración... Claro que la ciencia de Hegemonía resulta casi tan limitada y mecánica como la vida en Hegemonía. Al fin y al cabo, no es posible separar el cerebro y los nervios del resto del cuerpo, los músculos, las venas, las vísceras, la piel, la sangre, los pulmones y los huesos. El organismo viviente forma un todo. En apariencia al menos, en las Islas lleváis una vida biológicamente saludable. Satisface los instintos más profundos del hombre, cosa que no ocurre con la nuestra. En consecuencia, cinco años de esa vida produjeron en nuestro muchacho una impresión más profunda que veintitantos de lemas y ejercicios. Cuando le recuperamos, el psicalizador borró todos sus recuerdos, cierto. Llegué a creer que había extirpado sus hábitos. Pero no afectó a los *verdaderos*..., las reacciones profundas, quizás a nivel celular, que denominamos pautas emocionales. Wanen olvidó que había sido un isleño, no lo que va implícito en esa condición: dignidad, libertad, bondad..., signifique lo que signifique todo eso. Su cuerpo lo recordaba. —Horlam sonrió—. No negaré que tuve una leve sospecha —concluyó—, pero yo mismo estaba ya lo bastante contagiado de desviacionismo como para no denunciarle. Sentía curiosidad por ver qué ocurriría. Ahora lo sé y no lo lamento.

Sonna se inclinó y frotó su mejilla contra la de Wanen. Él levantó la cabeza y se secó los ojos patéticamente, como un niño.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó la muchacha.

—Retornar a tu país..., a nuestro país —respondió Wanen—. Advertirles. Nos queda mucho tiempo para prepararnos, para crear nuestra propia ciencia, construir nuestras propias naves y encontrar nuestros propios aliados entre las estrellas... Mis conocimientos y los de Horlam nos resultarán muy útiles en la primera etapa, pero serán necesarias muchas generaciones para concluir la tarea. Un buen trabajo para un hombre.

—Torrek, mi pobre Torrek... Lo has olvidado todo.

—Recordé lo más importante, ¿verdad? —Se volvió y la miró a los ojos—. El resto volveré a aprenderlo. Tú te encargarás de enseñármelo.

FRENOS

Al terminar la guardia, el capitán Peter Banning no se retiró directamente a su camarote. Sentía deseos de un rato de humor sin inhibiciones, cosa que su desolada época era incapaz de brindarle (excepto quizás en las reuniones de clan de Venus..., si bien Venus resultaba *demasiado* tosco y recordó que Luke Devon tenía una obra de Shakespeare. Hacía mucho tiempo que Banning no leía *La fierecilla domada*. Se lo pediría prestado, bebería un trago y charlarían un rato. El ingeniero planetario formaba parte de las escasas personas con quien valía la pena hablar.

Terminó de bajar la escalera de cámara y entró en el pasillo de la cubierta A. Allí vio a Devon inmovilizado contra la pared por alguien que le apuntaba con un arma.

Banning no habría vivido tanto tiempo —bastante más de lo que él reconocía— de haber hecho gala de un innecesario heroísmo. Retrocedió, se aplastó contra el mamparo de aluminio que formaba el hueco de la escalera y aguzó los oídos. Con gran suavidad, se quitó la pipa de la boca y se la metió en el bolsillo de la casaca para que se apagara. El humo le habría delatado a un olfato sensible. No olvidaba que iba desarmado.

Devon hablaba suavemente, con ira contenida:

—¡Que te lleve el demonio, cara de torta!

—No se impacienta —le aconsejó el otro.

Se trataba de Serge Andreyev, el representante de las Autoridades Minerales, un hombre voluminoso y velludo, que hablaba y vestía con excesiva cursilería.

—No quiero matarle —continuó—. Sólo le estoy apuntando con un insensibilizador. Sin embargo, también tengo un arma que puede levantarle la tapa de los sesos..., en caso necesario.

Su acento sonaba como de costumbre, pero el tono había cambiado por completo. El timbre no correspondía ya a una irritante extraversión ni se transparentaba en él la menor intención melodramática. Andreyev se limitaba a una fría exposición de los hechos.

—Es lamentable que me haya reconocido a pesar de los diversos cambios quirúrgicos —prosiguió—. Y más lamentable aún para usted el hecho de que esté armado. Tendremos que negociar.

—Quizá.

Devon parecía más sereno. Desde su escondite, Banning le veía apoyado contra la pared, con las manos en alto. Era un hombre de elevada estatura y de gatuna agilidad, bajo la austera tiesura de la túnica de su orden, con el pelo rubio cortado al rape, fríos ojos azules y una nariz que sobresalía como una proa en su rostro huesudo. «No me gustaría nada verme en manos de ese hombre», reflexionó Banning.

—Quizá —repitió Devon—. ¿No se le ha ocurrido pensar que en cualquier momento puede pasar un camarero, un marinero de cubierta, cualquiera...?

—Exacto. Vamos a mi camarote. Allí gozaremos de mayor tranquilidad.

—Otra torpeza por su parte —repuso Devon—. ¿No suele esconder en él a sus virtudes..., o sus prisioneros, según el caso? Hemos pasado ya de Marte y nos faltan aún semanas para llegar a Júpiter. Hay a bordo unas quince personas, entre los pasajeros y la tripulación... No demasiadas, tal vez, para

una nave tan amplia como el *Rayo*, pero sí las suficientes para registrarla de un extremo a otro si alguien desaparece. Como bien sabe, no puede arrojarme por una cámara de aire si un oficial no le presta las llaves. Tampoco mantenerme encerrado sin que todos se pregunten por qué no aparezco a las horas de comer... Y le garantizo, por si no lo ha notado, que soy famoso por mi apetito. En consecuencia, amigo...

—Eso lo resolveremos más tarde —le interrumpió Andreyev secamente—. Ahora, vamos a mi camarote. Pase delante. Si me fuerza a ello, le insensibilizaré y le llevaré a rastras.

Banning pensó que Devon pretendía ganar tiempo. Si la escena entre asaltante y cautivo se prolongaba en el pasillo sin duda llegaría alguien y... *De hecho, ya había llegado, alguien?*

El capitán metió una mano en el bolsillo, dónde llevaba una serie de monedas, no porque te fueran de utilidad en Ganímedes, sino porque no quería entrar en territorio de la Unión sin dinero en efectivo para la cerveza. Seleccionó varias de tamaño casi uniforme y las apretó con el puño. Un truco muy viejo.

Luego, con la veloz precisión de un cazador—de vez en cuando se había dedicado a la caza, entre otras cosas—, se apartó de la escalera de cámara sin producir ningún sonido. Andreyev acababa de volverse de espaldas y seguía a Devon pasillo arriba, en dirección al camarote 5. Él puño cargado de Peter Banning le golpeó con tremenda violencia en la base del cráneo.

Devon giró. Parecía un tigre vestido de gris. Banning retardó la caída de Andreyev al suelo con una mano, mientras la otra se apoderaba de la pistola insensibilizadora, que ahora no apuntaba al ingeniero. En realidad, no apuntaba ya a ningún blanco.

—Tranquilo, amigo —murmuró.

—Usted...

Devon expresó su alivio con cada uno de los músculos de su cuerpo. Una lenta sonrisa se extendió por su rostro.

—¡Ah! Gracias por socorrerme. —¿Qué ocurre? —quiso saber el capitán. Hubo un momento de silencio. Sólo la nave murmuró, entre un susurro de ventiladores. El sonido casi podía haber pertenecido a la noche de frías estrellas entre las cuales se deslizaba.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —insistió Banning impaciente. Devon aguardó un instante antes de responder, como analizando la situación. El capitán era un hombre de mediana estatura, pero fuerte, de pelo negro con alguna cana, que llevaba corto en su cabeza alargada. Tenía la cara ancha, de pómulos altos. Su tez atezada y al mismo tiempo pálida le daba un aspecto de edad indefinida: surcos profundos desde la ancha nariz hasta la boca grande, patas de gallo alrededor de los hundidos ojos grises, pero por lo demás, tersa como la de un niño. No usaba el elegante uniforme de chaqueta azul y pantalones blancos de la línea Bola de Fuego. Al contrario, había adoptado una boina de estilo venusino, zapatillas árabes y una lamentable y vieja casaca verde, sin duda de origen marciano.

—No sé —respondió por fin el ingeniero planetario—. De pronto, me apuntó con esa arma.

—Lo lamento, pero oí parte de su conversación. Venga, desembuche. Soy el responsable de esta nave y quiero saber lo que pasa.

—Yo también —replicó Devon, obstinado—. No estoy tratando de eludir la

cuestión, capitán... No demasiado, al menos. —Se inclinó sobre Andreyev y registró su encogido cuerpo—. ¡Ah, sí! Aquí está la otra pistola que mencionó, la letal.

—¡Deme eso!

Banning se la arrebató. Sintió el frío y el peso del metal en la mano. Con cierto sobresalto, pensó que entre él y todos los miembros de su tripulación no contaban con nada más peligroso que algunos cuchillos y varias llaves inglesas. Una nave espacial no era una carabela española y no había ninguna razón para ir armados por si se presentaba un caso de piratería, un motín o...

¿O sí?

—Vaya a buscar a un camarero —apremió a Devon—. Vuelva aquí con él. Andreyev hará el resto del viaje con grillos.

Devon enarcó las cejas bajo la cogulla de su hábito gris.

—¿Grillos?

—Cadenas, esposas... Lo que sea. Lo encerraremos ¡qué diablos! He adquirido la mala costumbre de emplear arcaísmos. Ahora ve a buscar a ese camarero.

El ingeniero planetario se alejó a toda prisa por el pasillo. Banning permaneció allí haciendo girar el arma por el guardamonte y siguiéndole con la mirada.

¿Dónde le había visto antes?

Registró su atestada memoria en busca de un joven alto y rubio, a la vez un atleta, un técnico, un entusiasta de Shakespeare y un aficionado pintor de óleos. Quizá sólo hubiese leído algo sobre él y visto su fotografía en la prensa. Había tantas historias... ¡Espera! Sí, la hermandad Rostomily, claro. Pero habían transcurrido tres siglos desde entonces...

Alguien, en algún sitio, debió de almacenar algunas células después de que aquella corporación de gemelos exogenéticos reveló su secreto y se dispersó, mezclando sus genes superiores con la corriente de la humanidad común. Y luego, quizá treinta años atrás, la orden de los ingenieros planetarios crió discretamente a un niño así en un tanque. Tal vez a muchos. Podía ocurrir casi cualquier cosa en aquel secreto castillo junto al cráter Arquímedes, sin que el sistema solar se enterara hasta que el proyecto hiciera explosión ante el rostro colectivo del hombre.

La hermandad había supuesto una carta de triunfo para los primeros no-hombres, en los tiempos en que el débil gobierno mundial se encontraba sitiado. Una hermandad revivida tenía que revestir una importancia comparable para la orden. ¿Con qué propósito? Se suponía que los ingenieros planetarios se hallaban por encima de la política y servían a todos los hombres, constituyendo una fuerza independiente que batallaba tan sólo contra el cosmos inanimado.

Banning se estremeció. Con la tensión capaz de escindir la civilización que existía en la Tierra y que a diario daba una nueva vuelta de tuerca, imaginó las luchas ocultas entabladas entre las diversas facciones. No todo se reducía a psicodinámica, telecampañas y maniobras parlamentarias. El episodio humanista había dejado su huella en el alma de Tierra y, ahora, surgían a veces cuchillos en la noche.

Por alguna razón que ignoraba, un episodio de esas luchas parecía desarrollarse en su nave.

Sacó la pipa, volvió a encenderla y aspiró con avidez. Andreyev se movió,

sacudido por las náuseas y los estertores.

Se oyeron pisadas en el pasillo. Banning alzó la mirada. Habría maldecido la interrupción de no aparecer ante su vista Cleonie Rogers. No obstante, como de ella se trataba, Banning esbozó el olvidado gesto de llevarse la mano a la gorra.

—¡Oh!

La joven se tapó la boca con la mano. Por un instante, permaneció inmóvil y asustada, pero enseguida prosiguió su avance en la forma que a él le gustaba. Sabía que la fastidiaban los torpes intentos de coqueteo por parte de Andreyev.

—¿Un herido? —preguntó la muchacha—. ¿Puedo ayudar?

—Será mejor que no se acerque —le aconsejó Banning.

Cleonie vio el insensibilizador en su mano y la automática en su cintura. Con sus grandes ojos, su nariz respingona, el pelo rubio que caía suavemente hasta sus hombros desnudos, vestida con una brillante prenda, muy femenina, que dejaba su pecho al descubierto, y con un leve maquillaje en el rostro, constituía un pequeño anacronismo viviente.

—¿Qué ha ocurrido? —logró preguntar cuando reunió el valor suficiente.

«Perfecta —pensó el capitán—, teniendo en cuenta que es una hija de la riqueza, que no trabajó un sólo día en su vida y que se dirige a la República Joviana como una verdadera turista.»

—Me gustaría saberlo —respondió en voz alta—. Este personaje apuntó con un compensador..., con una pistola, quiero decir, al ingeniero planetario Devon. Entonces aparecí yo y le dejé fuera de combate.

Banning observó que Cleonie se ponía rígida. Incluso a bordo del *Rayo*, que no era uno de los lujosos transatlánticos interiores del planeta, sino una nave de carga, cuyos escasos pasajeros —excepto ella— se dirigían a Ganímedes por cuestiones de negocios..., incluso allí había rincones tenuemente iluminados, música de flautas y la majestuosidad de las estrellas. Banning había notado que ella y Devon pasaban mucho tiempo juntos. Por lo tanto, se apresuró a agregar muy amable:

—Luke no está herido. Le envié a buscar ayuda. A propósito, se está demorando demasiado. ¿Se habrán metido los camareros a dormir la siesta en la cámara de calderas?

Ella sonrió, vacilante:

—¿Qué piensa, que sucede, capitán? ¿Quizás el señor Andreyev se...?

—¿Que le falta un tornillo? —Banning frunció el ceño. Se sentía lo bastante preocupado para olvidar que la creciente incidencia de la insensatez en la tierra convertía el tema en inconveniente—. Lo dudo. Recuerde que subió a bordo con estos juguetes. Sin embargo, pensándolo bien, los pasajeros me parecen bastante extraños.

Devon era aceptable, pensó, un auténtico ingeniero planetario, con la misión de vigilar la carga más importante del *Rayo*, el equipo de terraformación, las grandes máquinas que la orden utilizaría para convertir Europa en habitable.

Y Cleonie debía de ser una turista legítima. (Puesto que la consideraba una mujer, cosa que no le sucedía con las calladas criaturas, de pelo cortado a lo chico y lastimosamente vestidas, es decir las típicas féminas del Occidente terrestre actual, Banning pensaba en ella con su nombre de pila.) Por otro lado...

A Andreyev no había que tomarlo por un simple burócrata de la Unión enviado a negociar un acuerdo comercial. Y aun aceptando su supuesta

identidad, no se reducía a eso. ¿Y el grandote, Robert Falken, en apariencia un técnico nucleónico al que habían ofrecido un puesto en Caliste? En la mesa, no hablaba nunca y permanecía aislado, pero Banning sabía reconocer a un hombre duro. El cosmonauta Morgan Gentry, que, según decía, había sido contratado por la República para pilotar trenes intersatélites, era, a no dudar, un capacitado astronauta... ¿Y nada más? En cuanto al profesor de simbólica avanzada, el menudo Gómez, ¿iba en verdad a ocupar un puesto en la nueva Universidad de X?

La voz de la muchacha le sacó de su abstracción:

—Capitán Banning, ¿qué *puede* ocurrir con los pasajeros? Son todos occidentales, ¿no?

Banning conservaba aún la capacidad de asombrarse un poco de vez en cuando. Vaciló un segundo, antes de darse cuenta de que ella no había hablado por mala voluntad, sino con una habitual ingenuidad.

—¿Y eso qué tiene que ver? Supongo que no creará realmente que el conflicto de la Tierra se limita a una simple cuestión de adoradores orientales de Kali *versus* un Occidente puritano y protécnico. —Hizo una pausa para cobrar aliento y prosiguió—: Los seguidores de Kali constituyen sólo una rama de los eclécticos rama-krishanos, y hay montones de asiáticos que defienden el control demográfico y la civilización técnica... Cuento con un par de ellos en mi propia tripulación. También hay americanos que reverencian a la Destructorora con tanto fervor como cualquier campesino del río Ganges... Y los musulmanes husseinitas están más cerca de usted que usted de la Nueva Cristiandad.

El capitán Banning se interrumpió y meneó la cabeza. El cisma que amenazaba dividir a la Tierra resultaba en exceso complicado para sintetizarlo en unas palabras. Pudo haber dicho que lo motivaba el simple hecho de que la tecnología no había resuelto los problemas que *debían* serlo, pero no quería expresarlo así. Sus palabras sonarían anticientíficas, y él no se oponía a la ciencia.

Gracias a los bondadosos dioses, ahora había hombres en otros planetas. La cosecha de la humanidad, a través de pacientes siglos —desde los tiempos de Galileo—, no se perdería por completo, ocurriera lo que ocurriese en la Tierra.

Andreyev se irguió hasta apoyarse en las manos, con la cabeza hundida entre los hombros.

—Me pregunto hasta qué punto se trata de una representación —murmuró Banning—. Hice un buen trabajo al aporrearle, cierto, pero la conmoción no puede ser tan importante. —Miró a Cleonie con ojos brillantes—. Quizá tengamos que arrastrarlo hasta un camarote. No quiero alarmar al resto del pasaje. A propósito, ¿dónde están?

—No sé. Acabo de salir de mi camarote...

La chica se interrumpió. Alguien llegaba corriendo desde la popa. La curva del pasillo, que rodeaba el revestimiento interior de la nave, impedía ver a más de cuarenta metros de distancia. Banning levantó el arma con cautela.

Apareció Falken, el hombre de enorme cara cuadrada.

—¡Capitán! —gritó.

El metal que los rodeaba imprimió a su voz una leve resonancia inhumana.

—¿Qué ha pasado, capitán?

—¿Cómo sabe *usted* que ha pasado algo?

—Yo... Bueno, me lo dijo el ingeniero Devon...

Falken se detuvo a un metro de distancia.

—¿Se lo dijo? ¿Ahora?

Banning entrecerró sus ojos grises. De pronto el insensibilizador que sujetaba en su mano se alzó en busca de un blanco.

—¡Quieto! —ordenó—. No se mueva.

Falken enrojeció.

—¿Qué demonios significa esto?

—Significa que la simple sospecha de que intenta sacar un arma me obligará a dejarle sin conocimiento —respondió Banning—. Si luego resulta que sólo tenía la intención de ofrecerme un bocadillo, le pediré perdón humildemente. Pero aquí huele a algo raro.

Falken retrocedió.

—Está bien, está bien, sólo quería ayudar —refunfuñó.

Cleonie dio un grito de advertencia. Cuando el voluminoso Andreyev se aferró a los tobillos de Banning y le hizo caer, éste sintió un ataque de ira contra sí mismo. Se había mostrado amable durante demasiado tiempo... Un descuido imperdonable. ¡Por Júpiter!

Chocó contra la cubierta, con su contrincante encima. En el rostro enrojecido de Andreyev se retrataba la muerte. Una de sus manos tiró de la pistola que Banning llevaba en la cintura, mientras que la otra sujetaba el brazo que sostenía el insensibilizador.

Banning levantó la cabeza y golpeó la boca de Andreyev con la frente. El otro aulló. Sus dedos se aflojaron y dejó escapar el insensibilizador. Y en ese momento intervino Falken, que lo recogió antes de que Banning reemprendiera la acción.

El capitán extendió un pulgar en un estilo muy poco deportivo. Aún no había logrado vaciar el ojo de Andreyev cuando éste chilló intentando liberarse. Banning rodó sobre sí mismo. Falken disparó, y un dardo anestésico estalló cerca de la nariz del capitán. Aspiró una bocanada de gas.

Por un instante, mientras el universo danzaba a su alrededor, Banning se incorporó tambaleándose hasta quedar de pie. Falken esquivó al sollozante Andreyev, aplastó la espalda del capitán contra la pared y le arrebató la automática de la cintura.

Unas manos se aferraron a su cuello por la espalda. Había olvidado a Cleonie.

Falken gritó, dobló la espalda y la apartó de un manotazo. Pero la distracción había sido suficiente para que Banning le asestase una patada en el plexo solar. Las dos armas cayeron de sus manos.

La planta del pie de Banning había tropezado con un duro musculo. Falken se recuperó con bastante rapidez para dar un salto en busca del arma más cercana. Banning la cubrió con un pie.

—¡No, de ninguna manera! —exclamó.

Falken se abalanzó contra él. No era la primera vez que Banning participaba en una riña feroz y no desperdició sus energías en puñetazos. Adelantó la mano abierta y, con el borde de su callosa palma, golpeó la laringe de su adversario. Se oyó un crujido seco.

Falken cayó hacia atrás, encima de Andreyev, que seguía gruñendo y frotándose el ojo lesionado. Banning se inclinó para recoger el arma.

Sonó un disparo en el pasillo. El proyectil chocó, rebotó y silbó en sus oídos. Vio entonces a Gentry, con un arma en la mano. Banning asió a Cleonie por un

brazo y se volvió rápidamente hacia la escalera de cámara.

Treparon por el hueco de la escalera. Su peso disminuía a medida que se acercaban al eje de rotación de la nave.

Al pasar por la cubierta C, tropezaron con Charles Wayne. Con toda evidencia, el segundo oficial había sido arrancado de los brazos de Morfeo por el jaleo. Entró en la escalera de cámara acomodándose el cuello dorado de la chaqueta azul de su uniforme.

—Sígame —jadeó Banning.

Apareció Gentry al pie de la escalera. Apuntó la automática al vientre del capitán.

—¡No se mueva! ¡Arriba las manos!

Banning empujó a Cleonie hacia atrás y retrocedió con ella al pasillo de la cubierta C. La bala pasó silbando sobre la cabeza de Wayne.

—Ya le he dicho lo que debía hacer. Llévela al puente de mando.

Wayne parecía desconcertado, pero cualquier astronauta sabe reaccionar de manera instantánea. Se echó a la joven sobre un hombro y se lanzó al pasillo en dirección a otro hueco de escalera.

Banning corrió a su vez. Oía los zapatos de Gentry chocar contra el metal, al seguirle los pasos. Sin dejar de correr, buscó a tientas en su bolsillo el encendedor de la pipa, lo sacó y lo encendió con el pulgar.

Todo a lo largo de las paredes, había barandillas y montantes para sujetarse en casos de gravedad nula. Gracias a la disminución de su peso, Banning trepó como un mono por la pared más cercana y acercó la llama al pequeño círculo practicado en el techo.

Bajó y se deslizó a toda velocidad hacia la escalera, Gentry entró en el pasillo y disparó. La tuerza de Coriolis desvió la bala, que sólo levantó un poco de aire cerca de la mejilla del capitán. La siguiente daría sin duda en el blanco. El par de termoelementos del techo reaccionaron al calor, emitieron una señal y pusieron en funcionamiento el sistema extintor de incendios de la cubierta C, que dejó escapar una lluvia de espuma plástica. El segundo disparo de Gentry se perdió en la nada. A partir de ese momento, se debatió entre la espuma, mientras Banning huía precipitado escaleras arriba.

El puente de mando era un burbuja en la proa de la nave, centrada justo sobre el eje de rotación. Allí no había prácticamente gravedad. Sólo se veía una serie de brillantes tableros llenos de instrumentos, y la gran pantalla visora, resplandeciente con su simulacro de cielo.

Cleonie se aferró a un montante, mareada por la repentina y desacostumbrada caída libre. Tetsuo Tokugawa, el primer oficial, de guardia en el puente, flotó a su lado y le ofreció una píldora contra el mareo. Wayne estaba agachado junto a la puerta, con los ojos desorbitados.

—¿Qué sucede, capitán? —gruñó.

—Eso es lo que me gustaría saber —resolló Banning—. Pero han ocurrido muchas cosas.

Tokugawa le miró con desesperación.

—¿No podría hacérsela tragar metiéndosela bien hondo en la garganta? He visto vomitar a muchos a causa de la fuerza de gravedad nula.

—Tiene razón, se está haciendo muy urgente.

Banning se afianzó apoyando una rodilla en un montante, sujetó la cabeza de la joven con una mano y le administró la píldora en el mejor estilo veterinario. Entretanto, hizo un breve relato de lo ocurrido. Tokugawa silbó.

—¿Qué significa esto? —inquirió—. ¿Un motín?

—¿Pueden amotinarse los pasajeros? Eso plantea una interesante cuestión legal. ¡Silencio!

Banning ladeó la cabeza y aguzó el oído. No oyó nada en los pasillos que se extendían al otro lado de la puerta abierta. La cerró y echó la llave.

Wayne parecía enfermo. No era un mal tipo, pensó el capitán, pero había sido educado en la puritana reacción de los pueblos occidentales de la época. Ahora se sentía menos impresionado por el peligro que por el golpe que todo aquello suponía para su sentido de la corrección. Tokugawa resultaba más de fiar, pues se había criado en Ciudad Lunar, entre el felino cosmopolitismo de los colonos lunares.

—¿Qué haremos? —preguntó el segundo de a bordo con voz áspera.

—Intentaremos descubrir unas cuantas cosas —gruñó Banning.

Se dirigió a la cabina intercomunicadora, entró y pulsó algunos botones. En primer lugar, quería información acerca de la propia nave.

El *Rayo* presentaba la forma de un esferoide acerado, achatado a lo largo del eje de las cámaras impulsoras, cuya estructura sobresalía de popa como una antigua torre de perforación de petróleo. Se trataba de una nave de gran envergadura. Su diámetro principal se extendía más de trescientos metros. También era poderosa. No necesitaba recorrer una elipse de Hohmann, pues avanzaba a una velocidad que le permitía seguir una órbita hiperbólica y recorrer la distancia de la Primera Estación Tierra al sistema joviano en menos de un mes. Pero adolecía de algunas limitaciones.

No estaba destinada a ingresar en una atmósfera, sino a orbitaria, mientras los trenes espaciales la cargaban o la descargaban. Se debía menos a la gran masa de su doble casco —cosa no demasiado importante cuando se cuenta con la colaboración de núcleos atómicos— que al diseño mismo. Para alcanzar sus fantásticas velocidades, tenía que expulsar iones casi a la velocidad de la luz, lo cual exigía tubos de aceleración de enorme longitud, abiertos al vacío del espacio. Si el aire rodeaba los aros metálicos con carga, se arquearían y se fundirían.

No llevaba salvavidas. Una pequeña máquina no tiene motor suficiente para desacelerar antes de agotar su masa reactiva cuando se aparta de la nave a velocidades hiperbólicas. Allí, en la extensa y fría oscuridad de más allá de Marte, no había forma de abandonar la nave.

Banning sintonizó la pantalla que, en casos de emergencia, ofrecía contacto visual en ambas direcciones con algunos puntos clave.

—Y si ésta no es una emergencia —musitó entre dientes—, nos servirá de ensayo para cuando se presente alguna.

Enfocó en primer lugar la planta biótica, situada en el corazón de la nave. Exhaló un suspiro de alivio. Nadie la había estropeado. El aire y el agua seguían renovándose.

Después, los giróstatos de control. La pantalla dejó ver los puntos de implantación, similares a las columnas de un templo pagano. En el eje de la nave, flotaba un cadáver en caída libre. Las lentas corrientes de aire le hacían dar vueltas y más vueltas. Cuando el rostro boquiabierto golpeó el fonocaptor de la pantalla, Banning reconoció a Tietjens, uno de los dos camareros. Un disparo le había atravesado la cabeza, y una horripilante nubécula roja y gris flotaba a su alrededor.

Banning apretó los labios.

—Se suponía que yo me preocuparía de tu seguridad —musitó—. Perdona, Joppe.

Pulsó la llave de la sala de máquinas. Dirigió la vista al tablero de control principal, también bajo los efectos de la gravedad axial nula. El rostro que le devolvió la mirada, enmarcado por las enormes máquinas, pertenecía al profesor Gómez. Banning contuvo el aliento.

—¿Qué está haciendo ahí? —inquirió.

—¡Ah, es usted, capitán! Imaginaba que se asomaría.

El hombrecillo se movía con la torpeza de un marinero de agua dulce, pero estaba tranquilo y no sufría los efectos del mareo espacial.

—Realizó un buen trabajo con Falken. Está muerto.

—Una lástima que no participara usted en la fiesta —repuso Banning—. ¿Cómo va el resto de los muchachos? Me refiero a los míos.

—Encontré al pelirrojo aquí de guardia cuando llegué... Lamento comunicarle que consideré necesario eliminarle.

—Tietjens y O'Farrell —dijo Banning muy lentamente—. Los liquidó a balazos, ¿no? ¿Quién más?

—Nadie más aún. Fue culpa suya, capitán. Usted precipitó esto antes de que nos preparásemos y nos vimos obligados a actuar de prisa. Nuestro plan original no incluía herir a nadie. —Su rostro arrugado adquirió una expresión grave—. Hemos apresado a todos salvo a ustedes, los del puente. Le aconsejo que se rinda sin resistencia.

—¿Qué pretenden con esto? —rugió Banning—. ¿Qué se proponen?

—Tomar posesión de esta nave.

—¿Están locos? ¿Saben lo que significa gobernarla? ¿Sabe usted cuánta energía cinética tiene en este preciso momento?

—Lamento que Falken haya muerto —comentó Gómez en tono inexpresivo—. Iba a intervenir como ingeniero. Pero me atrevo a decir que Andreyev desempeñará bien la tarea, con un poco de colaboración por mi parte. Sé algo sobre los controles nucleónicos. Por supuesto, Gentry es un astronauta de primera.

—¿Quiénes son ustedes? —gritó Banning, experimentando la fantasmagórica sensación de que todos se habían vuelto incomprensiblemente locos a su alrededor—. ¿Qué se proponen?

—No necesita saberlo —replicó Gómez—. Si se rinde ahora, serán bien tratados y les dejaremos en libertad lo más pronto posible. De lo contrario, sin duda nos veremos obligados a matarles. Recuerde que tenemos todas las armas.

Banning le dijo lo que podía hacer con las armas y cortó el circuito. Conectó el micro para comunicar con toda la nave y resumió lo acaecido, con el propósito de informar a los miembros de la tripulación que permaneciesen en libertad. Al acabar, giró sobre sus talones, salió de la cabina y en breves palabras expuso la situación a los demás.

El rostro de Cleonie, que había recuperado un poco de color, volvió a empalidecer entre sus doradas y flotantes guedejas. Banning la admiró por la forma juguetona en que preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Depende de la situación, señora —respondió—. No sabemos con certeza... Veamos, otro camarero, dos ingenieros y un marinero de cubierta... Ignoramos si los cuatro que siguen vivos han sido apresados o no, aunque

sospecho que sí.

—¡Luke! —susurró Cleonie—. Le envió usted a...

Banning asintió. Incluso en ese momento percibió la angustia de su mirada y sintió compasión por ella.

—Me temo que le hayan dejado fuera de combate, aunque no en forma permanente, espero.

La mirada de Wayne se hallaba perdida en el vacío.:

—¿Qué están *haciendo*? —tartamudeó—. ¿Son... psi-psi-psicó-patas? —No, por desgracia —se lamentó Banning—. Se trata de un; plan muy bien elaborado. En el momento oportuno, nos habrían: encerrado a punta de pistola. O quizá nos habrían matado. Pero ocurrió que Luke... En realidad, no sé bien qué, pero algo alarmó a Andreyev y éste lo redujo. Entonces intervine yo y pedí a Luke que fuera a buscar refuerzos. Sin sospechar de los demás pasajeros, Devon debió de hablar con Tietjens en presencia de otro miembro de la banda. En consecuencia, mataron al pobre Joppe y encerraron a Luke. Después, alertaron a toda la banda, y Gómez ocupó la sala de máquinas, mientras que Falken y Gentry se dedicaban a perseguirme. Una operación rápida y fácil pese a que les pusimos la zancadilla. No, sus actos corresponden a personas cuerdas. —Aguardó un instante mientras ordenaba sus pensamientos y prosiguió—: Los cuatro miembros restantes de la tripulación debían de hallarse en sus cabinas, libres de servicio. La situación depende de que Gentry haya dejado de perseguirme a tiempo para sorprenderles allí, aunque espero haberles avisado a tiempo a través del micrófono. —De repente, sonrió—. Tetsuo —ordenó—, interrumpa la rotación de la nave. ¡Pronto!

El primer oficial parpadeó, soltó una carcajada que sonó como un ladrido y saltó en dirección a los controles.

—¡Espere un momento! —le frenó Banning.

—¿Qué... qué va a intentar? —quiso saber Wayne.

—Poner este cacharro en gravedad nula. Sólo por fastidiar un poco.

—No comprendo.

—Claro, no ha visto nunca una pelota ingrávida, ¿verdad? Peor para usted. Tiene su arte. Un hombre bien entrenado, aun con las manos vacías, puede dejar en ridículo a un marinero de agua dulce con un arma en la mano.

Difícil saber si a Wayne le impresionaba más el motín o el hecho de enterarse de que su capitán había participado en vulgares reyertas.

—Anímesese, hijo —le estimuló Banning—. Usted también, Cleonie. Parecen dos platos de gachas vulcanizadas.

Se oyó un breve rasgido. Los reactores tangenciales expulsaron un racha de vapor y detuvieron la rotación de la nave. Por un instante, la pantalla astral giró como loca, puesto que siguió compensando una rotación que ya había cesado. Al fin, la fría imagen de las constelaciones se estabilizó.

—Muy bien —dijo Banning—. Hemos de movernos de prisa. Tetsuo, venga conmigo. Charlie y Cleonie, ustedes vigilen el puente. Echen el cerrojo y no le abran a nadie cuya voz suene inarmónica a sus oídos. Si aparecen nuestros muchachos, díganles que aguarden aquí.

—¿Adonde van? —suspiró Cleonie, temblorosa.

—A cargarnos a unos cuantos —contestó Banning con su inalterable buen humor.

Tomó la delantera para un largo y vertiginoso deslizamiento hasta el otro lado de la puerta. Las palabras «arriba» y «abajo» habían perdido todo

significado. Allí sólo había un laberinto de pasillos, habitaciones y huecos de escalera. Se le puso la carne de gallina al pensar que en cualquier cruce de pasillos podía aguardarle un hombre armado. El silencio que envolvía la nave le crispaba los nervios. Avanzó asiéndose a las barandillas, poniendo una mano sobre la otra y acelerando hasta que las puertas se desdibujaron ante él.

La cocina estaba en la cubierta B, exactamente «encima» de la zona reservada a los pasajeros. Cuando Banning abrió la puerta, una tetera suelta voló a la deriva y rebotó en su cabeza. Sobre un anaquel, había el habitual surtido de cuchillos de cocina. Se metió unos cuantos en el cinturón y conservó en la mano los dos más largos, uno para él y otro para Tokugawa.

—Ya no me siento desnudo —observó.

—¿Y ahora qué? —susurró el primer oficial.

—Si apresaron a nuestros compañeros, probablemente les habrán encerrado en la zona de la tripulación. Veamos...

Los camarotes de los cosmonautas se hallaban a ese mismo nivel y no necesitaban una gravedad de rotación plena —según los valores de la tierra— como la que se proporcionaba a los pasajeros en la cubierta A. Banning se deslizó con una cautela que aumentó en progresión geométrica a medida que se acercaba a la zona en la que siempre había pensado como «castillo de proa».

Tanta prudencia resultó innecesaria. Andreyev le esperaba en la puerta de un camarote con una pistola en la mano, pero el súbito cambio a la ingravidez le había pillado desprevenido. Su sufrimiento, aunque no activo, se notaba.

Banning se lanzó.

Los maltratados sentidos de Andreyev reaccionaron con lentitud. Miró a su alrededor, vio la forma en que el capitán se precipitaba sobre él y dejó escapar un alarido. De manera instintiva, apuntó el arma y disparó. Y pese a hacerlo casi a quemarropa, falló. El retroceso del arma le empujó hacia atrás. Soltó una sarta de palabrotas.

Chocó contra la pared opuesta, giró de manera violenta, rebotó y subió hasta el techo, trazando una espiral. Banning sonrió, cambió de dirección dando una patada en el suelo y se acercó al enemigo. Andreyev volvió a disparar. En un espacio tan estrecho, el balazo retumbó como una bomba. La bala desgarró la manga de la casaca de Banning, en tanto que el retroceso enviaba a Andreyev contra el techo. Al rebotar, cayó sobre el cuchillo de su contrincante.

El capitán esbozó una torpe sonrisa, aferró la chaqueta de Andreyev con la mano libre y concluyó la tarea.

Tokugawa esquivó un chorro de sangre. Parecía mareado.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó con voz ronca.

—Por Tietjens y O'Farrell. —La verdosa chispa del salvajismo se apagó en la mirada de Banning, quien agregó en tono monótono—: Abramos esa puerta.

Le dieron varios puñetazos. El delgado metal se abolló. Sin embargo, se mantuvo firme.

—¡Póngase a un lado! —gritó Tokugawa—. Haré saltar la cerradura... No hay tiempo para buscar la llave.

Tokugawa recogió el arma de Andreyev que flotaba en el aire, apoyó el cañón en la puerta y disparó. También él fue empujado hacia atrás por la fuerza del retroceso, pero sabía controlar esos fenómenos.

Luke Devon abrió la puerta de par en par. Banning nunca había visto a un hombre de aspecto tan desolado. Detrás de él, se apiñaban los demás:

Nielsen, Bahadur, Castro y Vladimiroviten. El mero hecho de encerrar a cinco hombres en un cubículo destinado a uno solo constituía una eficaz forma de inmovilizarlos.

Estallaron varias voces alrededor del capitán.

—¡Silencio! —ordenó Banning—. Nos espera mucha faena.

—¿Quién más está involucrado en esto? —quiso saber Devon—. Gentry mató a Tietjens y me apresó. Nos encerró a todos aquí, con ayuda de Andreyev. Me gustaría saber quiénes siguen en la brecha.

—Gentry y Gómez —explicó Banning—. Falken está liquidado. Conservamos el control del puente, y ahora les superamos en número, pero ellos tienen la sala de máquinas y todas las armas, salvo una. —Distribuyó los cuchillos—. Salgamos de aquí. Ya hemos metido bastante bulla como para despertar a los viejos marcianos. No quiero que venga Gentry a cobrarse su premio.

Le siguieron mientras él se zambullía en otro hueco de escalera, dirigiéndose hacia las entrañas de la nave. Tenía la intención de haber dejado a alguien de guardia en los giróstatos y la planta biótica. Pero no había llegado allí, cuando escuchó el amenazante crujido del disparo de una automática entre las paredes de metal.

Sus manos se cerraron sobre la barandilla, y el frenazo le despellejó las palmas.

—Un momento —dijo en voz muy baja—. Eso sólo puede provenir del puente.

«Si nosotros hicimos volar una cerradura de un disparo, ¿por qué no habría de imitarnos Gentry?», pensó.

Sólo había un acceso al puente, un breve corredor en el que convergían varias escaleras de cámara. A ambos lados, se encontraban los camarotes del capitán y del primer oficial; en el otro extremo, la entrada al puente.

Banning surgió del hueco de la escalera. No interrumpió la marcha, sino que se deslizó hasta el de enfrente. Un proyectil atravesó el espacio que antes ocupaba su cuerpo.

Su mente registró la imagen vislumbrada: la puerta abierta, y Gentry, afianzado en ella, con los pies apoyados en un batiente y la espalda contra el otro. De ese modo, cubría simultáneamente a Wayne y Cleonie —si seguían vivos— y el acceso al puente. El retroceso del disparo no haría mella en él.

Los seguidores de Banning permanecían apretujados como escombros de un derrumbe. El capitán aguardó hasta que le llegó la voz de Gentry:

—Veo que ha recuperado a todos sus hombres, capitán. Por lo tanto, supongo que también dispondrá de un arma. Buen trabajo. De todos modos, no se mueva. Haré volar la primera cabeza que asome por ese recodo. Sé cómo se usa un arma con fuerza de gravedad nula, y Wayne y la señorita Rogers son mis huéspedes. ¿Quiere parlamentar?

Banning intercambió una breve mirada con Devon. La nariz del ingeniero planetario aparecía aplastada y exangüe. Fue él quien respondió:

—¿Qué pretenden?

—Creo que ya lo sabe, Luke —replicó Gentry.

—Sí —reconoció Devon—. Supongo que sí lo sé.

—Entonces sabe asimismo que somos capaces de cualquier cosa. No vacilaré en matar a la señorita Rogers, ni en precipitar la nave en el sol antes de que la Guardia nos ponga las manos encima. Más vale que se rindan.

Se produjo otro silencio. Las respiraciones de sus hombres, la suya propia, sonaban roncas en los oídos de Banning. Las gotas de sudor que perlaban sus frentes brillaban bajo la luz de los tubos fluorescentes y danzaban al ritmo de las corrientes de aire.

Banning miró inquisitivo a Devon. Éste asintió.

—Es verdad, capitán —dijo en un susurro—. Nos enfrentamos a un grupo de fanáticos.

—Podemos aplastarles —repuso Banning en voz baja—. Sin duda perderemos un hombre o dos, pero...

—No —se resistió Devon—. Hemos de pensar en Cleonie. —Una extraña expresión de paz cubrió como una máscara su rostro huesudo—. Déjeme hablar con él. Tal vez consiga arreglarlo. Usted prepárese a intervenir según... Según aconsejen las circunstancias.

Ya en voz alta, Devon accedió a parlamentar.

—Bien —gruñó Gentry—. Salga despacio y sujetándose a la barandilla con ambas manos, donde yo las vea. ^

Las largas piernas de Devon desaparecieron de la vista de Banning.

—Ya basta —ordenó Gentry—. Deténgase.

«Aún deben de faltarle tres o cuatro metros hasta la puerta», pensó el capitán. Se trasladó al recodo del hueco de la escalera.

Con un repentino estremecimiento, comprendió lo que planeaba Devon. El clan Rostomily siempre había sido así. Se le pusieron los pelos de punta. No obstante, no se atrevió a abrir la boca. Se limitó a tomar unos cuantos cuchillos de manos de los hombres más cercanos a él.

—Luke —llamó quedamente Cleonie desde el puente—. Luke, cuídate.

—Claro que sí.

El ingeniero planetario rió con una extraña nota de ternura.

—¿Qué fue lo que provocó ese desliz? —se interesó Gentry.

—Verdaderamente, usas unos términos de lo más insulso —replicó Devon.

—¿Cómo dices?

El estrépito que siguió atrajo toda la atención de Gentry sobre sí mismo, pues Devon se lanzó al espacio.

Sonó un disparo. Banning oyó el impacto del proyectil. El cuerpo de Devon giró y rodó hacia atrás, pasillo abajo.

Banning dio la vuelta al recodo. No disparó contra Gentry, pues habría necesitado un segundo para afianzarse contra una pared, y ese segundo con toda probabilidad le sería fatal. Le arrojó una serie de cuchillos.

El retroceso resultó casi despreciable. Su cuerpo se retorció al mover los brazos, pero ya estaba acostumbrado a eso. En un santiamén, clavó cuatro cuchillos en el cuerpo de Gentry.

El astronauta se apartó, tuvo un vómito de sangre y buscó a tientas el arma que se le había deslizado de la mano. Tokugawa se acercó volando y le golpeó con un hombro. Ambos cayeron al suelo. El primer oficial le rodeó con sus piernas y le administró un certero y sucio golpe en el cuello.

Gracias a sus denodados esfuerzos, Cleonie llegó al lado de Devon. Banning ya estaba allí, sosteniendo su cuerpo vestido de gris entre las rodillas, mientras examinaba la herida. La muchacha cayó entre ambos.

—¿Cómo está?

Banning había oído repetidas veces aquel tono desgarrado, esa especie de grito sordo y agudo, que las mujeres dejaban escapar cuando veían a sus

hombres cubiertos de sangre.

—Podría ser peor. Aparentemente, la bala se incrustó en una costilla y se desvió de su trayectoria. La sacudida le hizo perder el conocimiento. Sin embargo, en caída libre, un balazo nunca causa tanto daño, pues el blanco rebota y se desvía con mayor facilidad. Con súbita y violenta cólera, aporreó los glóbulos rojos que flotaban en el aire.

—¡Maldición! —exclamó.

Apareció Wayne con el rostro verdooso.

—Ese hombre... Abrió la puerta de un disparo cuando no lo permitimos entrar—balbuceó—. No teníamos armas... Amenazó a la señorita Rogers...

—Está bien, no sufra. La próxima vez recuerde que debe quedarse junto a la puerta y someter al enemigo cuando entra. Bueno, supongo que tendrá los conocimientos médicos que exige su certificado. Lleve a Luke a la enfermería y remiéndelo. Nielsen, ayude a Wayne. ¿Gentry sigue con vida?

—La perderá si no se le prestan los primeros auxilios de inmediato —intervino Tokugawa—. ¡Caramba, capitán! —Silbó para expresar su respeto—. ¿Nunca se conforma con, insensibilizar a sus enemigos?

—Wayne, llévese también a Gentry, pero recuerde que Devon tiene la prioridad. Bahadur, abra la barrera de vacío para que aspire la sangre antes de que se ponga todo perdido. Tetsuo, vigile el mamparo de popa, por si Gómez intenta salir. Vladimirovitch, péguese a él. Castro, usted quédese por aquí.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció Cleonie con un valeroso esfuerzo.

—Vaya a la enfermería —sugirió Banning—. Quizá les resulte útil allí.

Pasó al puente y verificó los controles. Muy bien. Gómez no podría encender los motores sin improvisar un circuito de derivación. Sin embargo, disponía de muchas máquinas auxiliares, generadores y bombas. El capitán entró en la cabina de intercomunicación y encendió la pantalla de la sala de máquinas.

El pálido rostro de Gómez había adquirido una rígida ferocidad.

—Deseo informarle de que acabamos de librarnos de Andreyev y de Gentry —le dijo Banning—. O sea que se ha quedado solo. Salga de ahí. El espectáculo ha terminado.

—No.

La voz de Gómez sonaba inexpresiva y anormalmente serena, lo que suscitó en Banning una sensación de pavor.

—¿No me cree? Si quiere, arrastraré los cadáveres hasta aquí.

—Acepto su palabra. —Gómez torció la boca—. Quizá decida concederme el mismo honor. Sigue siendo usted quien debe rendirse. Banning hubo de esperar varios segundos la continuación.

—Aquí estoy, solo en la sala de máquinas. He corrido el cerrojo de las puertas exteriores y he activado el cierre hermético de emergencia. Para llegar aquí, tendrá que abrirse paso con un soplete. Tardaría horas. Me daría tiempo de sobra para inutilizar el sistema de propulsión.

Banning no era hombre asustadizo. No obstante, se le humedecieron las palmas de las manos y tuvo que chasquear varias veces la reseca lengua ante de articular.

—También usted moriría.

—Estoy dispuesto a afrontar esa eventualidad.

—¡Pero así no lograría nada! Destrozaría la nave y mataría a varias personas sin ningún provecho.

—Al menos evitaría que se informara de este acontecimiento a la Unión —

respondió Gómez serenamente—. No podemos permitirnos que la Guardia se entere de nuestro intento.

—¿Por qué hace todo esto? —rugió indignado el capitán.

El rostro de la pantalla tomó un aspecto inhumano. Banning conocía bien esa expresión —milenios de una historia Mena de matanzas la conocieron asimismo—, la expresión de la determinación personificada.

—No tengo por qué explicarle los detalles. Pero tal vez comprenda que necesitamos poner fin a la actual tolerancia gubernamental con respecto a la amenaza de Kali en el Este y la decadencia moral del Oeste, si la civilización ha de sobrevivir.

—Entiendo —dijo Banning con tanta suavidad como si hablara en presencia de una bomba de relojería—. Y dado que las leyes de la Unión fomentan la tolerancia...

—En efecto. No tengo nada contra la Unión. Pero los tiempos han cambiado. Si Fourre viviese, se mostraría de acuerdo con la urgencia de nuestra acción.

—Siempre viene bien invocar el testimonio de un muerto, ¿no?

—¿Cómo dice?

—Nada. Escuche, Gómez, no cometa un error irreparable. He de meditar sobre sus palabras.

—Le concedo exactamente una hora —respondió el otro con voz seca—. A partir de ese instante, empezaré a trabajar. No soy ingeniero, pero sé inutilizar unos cuantos aparatos. He estudiado algo de nucleónica. Llámeme cuando se sienta dispuesto a rendirse. Claro está, a la primera sospecha de una añagaza, estropearé el sistema de propulsión.

Y Gómez le volvió la espalda. Banning permaneció inmóvil durante un rato, con la mente en blanco. Después, se estiró hasta el tablero de controles, alertó a la tripulación y volvió a establecer la rotación. Sería mejor contar con un poco de gravedad.

—Vigile la pantalla —ordenó al dejar el asiento de pilotaje—. Si ocurre algo, avíseme por el intercomunicador. Voy a la enfermería.

—¿A la enfermería? —jadeó Castro.

—El lugar apropiado —repuso Banning—. La velocidad es como la temperatura, ¿no? En tal caso, todos padecemos una fiebre que acabará por matarnos.

Devon yacía tendido, sujeto a la mesa de operaciones. Wayne acababa de retirar la bala con unas pinzas quirúrgicas. Le cerró la herida y comenzó a suturar. Nielsen controlaba los esterilizadores visual y sónico, en tanto que Cleonie, a un costado, sostenía un cuenco y varias esponjas. Cuando Banning entró, levantaron la vista como si emergieran de un sueño. El instrumental quirúrgico había evolucionado hasta un punto en que aquella era una operación sencilla para un cosmonauta con preparación meditécnica, pero allí había un hombre que podía haber muerto, y sólo con gran esfuerzo lograron apartar la atención del latido de su corazón.

—¿Cómo está? —inquirió el capitán.

—No demasiado mal, si se tiene en cuenta lo ocurrido.

Cuando le encargaban una tarea urgente y específica, Wayne se mostraba siempre competente. Habló serenamente:

—Me atrevería a decir que presenté adrede el pecho cuando le atacaron, sabiendo que los huesos actuarían como escudos. Tiene una costilla rota y varios músculos desgarrados, pero nada irremediable.

—¿Y Gentry?

—Expiró hace cinco minutos, capitán —intervino Nielsen—. Le metí en el congelador. Tal vez haya un equipo de revivificación en Ganímedes.

—No servirá de mucho —comentó Banning—. Cuando llegemos, el cerebro anterior habrá pasado demasiado tiempo sin irrigación, de modo que la personalidad no sobrevivirá.

Se estremeció. Una cosa era la muerte limpia. A esta nunca había llegado a acostumbrarse.

—¿Soportará Luke que le hagamos recuperar el conocimiento ahora mismo? —preguntó.

—¡No!

Cleonie amenazó con tirarle el cuenco a la cabeza.

—¡Cállese! —Le volvió la espalda—. No le haríamos ningún favor dejándole dormir ahora cómodamente para morir quizá de inanición, más allá de Plutón. ¿Qué opina usted, Wayne?

—¡Hum...! No me gusta nada, capitán. Pero si lo desea, le despertará. Anestesia local para la herida, y una inyección de un estimulante suave. Oxígeno y neoplasma, por si acaso... Sí, no creo que unos cuantos minutos de conversación le causen una lesión permanente.

—Bien. Adelante, entonces.

Banning buscó su pipa, recordó que se le había caído durante la batahola y soltó una maldición.

—¿Qué decía? —preguntó Nielsen.

—Nada de importancia.

Desde luego, en estos tiempos modernos, se suponía que debía tratarse a las mujeres igual que a los hombres, pero él tenía ideas anticuadas al respecto, por lo cual le resultaba muy útil conocer unas cuantas palabrotas que los demás ignorasen. Cleonie apoyó una mano en su brazo.

—Capitán...

La joven tenía los ojos cargados de sombras, de abatimiento y de... ¿compasión?

—Capitán, ¿es necesario hacerle volver en sí? Ha recibido una herida tan grave, por nuestra causa...

—Cabe en lo posible que conozca la información capaz de salvarnos la vida a todos —respondió Banning en tono paciente.

Sonó una voz en el intercomunicador:

—Capitán... Aquí Castro, desde el puente. Ese hombre está desatracando el acceso de babor al depósito de masa.

Wayne se puso blanco al comprender de qué se trataba.

Banning movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Lo sospechaba. ¿Le preguntó qué se proponía? Nos dio una hora de plazo.

—Sí. Dijo que cumpliría su promesa, pero..., pero que quería prepararse por sí...

—Muy astuto. Le llevará cierto tiempo llegar a las válvulas de salida. Están muy bien cerradas y protegidas. La bomba le ocupará también largo rato. Para entonces, ya habremos caído sobre él...

—Quizá debiéramos empezar, capitán. Ahora mismo.

—Quizá. Entablaremos una carrera entre sus llaves inglesas y nuestros lanzallamas. Le mantendré informado. No se mueva de ahí.

Banning se mordió los labios y se volvió hacia Devon. Este comenzaba a despertar. El capitán observó que parpadeaba hasta abrir los ojos, que sus mejillas recuperaban el color y que apretaba la boca detrás de la máscara de oxígeno. Cleonie se acercó a la mesa.

—Luke...

Devon le sonrió, aportando un poco de calor humano a la fría sala llena de máquinas. Banning apartó con suavidad a la joven.

—Ya le llegará el turno, Cleonie. —Se inclinó sobre Devon—: Hola, compañero. Se pondrá bien. ¿Se encuentra en condiciones de contarme unas cuantas cosas a toda prisa?

—Lo intentaré... —respondió el convaleciente casi en un suspiro.

Banning formuló sus preguntas. Devon permanecía tendido, respirando a fondo y esbozando curiosos gestos con las manos. Por fortuna, le habían entrenado en un sistema de integración total. Conservaría el conocimiento. Incluso invocaría nuevas fuerzas, procedentes de reservas celulares ocultas.

—Liquidamos a toda la banda, excepto a Gómez, que parece el protagonista. Se ha encerrado en la sala de máquinas y amenaza ahora con hacernos volar a todos si no nos rendimos en una hora. ¿Es capaz de eso?

—Sí, claro que sí—asintió Devon débilmente.

—¿Quiénes son los miembros de esta organización? ¿Qué pretenden?

—Un grupo de fanáticos..., casi místicos... Una asociación muy numerosa, que cuenta con montones de dinero..., pero las verdaderas operaciones se realizan en secreto, unos pocos hombres...

—Creo que sé a quiénes se refiere. Se trata de los reformistas occidentales, ¿no?

Devon volvió a mover la cabeza en sentido afirmativo. El pulso que latía en su garganta pareció fortalecerse.

Banning reflexionó. En los últimos años, se había mantenido lo más apartado posible de Tierra y, cuando la visitaba, no se ocupaba de los detalles políticos, ya que reconocía todas las señales de una civilización en decadencia. Consideraba más positivo prestar toda su atención al rancho que se había comprado en Venus, para cuando llegara el día del genocidio y la noche de la ignorancia y la tiranía. No obstante, había entendido que el oriental culto antitécnico de Kali había suscitado su polo opuesto en Occidente, Nada raro, pues, que los encarnizados reformistas intentaran adelantarse a sus enemigos mediante un golpe inesperado... —Algo así como los nazis contra los comunistas en la Alemania de los años veinte —musitó.

—¿Los qué? —inquirió Nielsen.

—No tiene importancia. Veamos si le sigo, Luke. —Se paseó de un lado a otro de la enfermería—. Con el propósito de derrotar al gobierno constitucional y de imponer su voluntad a la Tierra, los reformistas matarían a unos cuantos cientos de millones de personas, sobre todo en Asia. Eso significa bombardeos nucleares, con preferencia desde el espacio. ¿Correcto?

—Sí... —La voz de Devon fue adquiriendo resonancia a medida que hablaba—. Tienen una base en algún punto del cinturón de asteroides. Albergan la esperanza de convertirlo en una fortaleza, con una flota de naves, arsenal, cuerpos militares, talleres... Naturalmente, constituye un proyecto a largo plazo. Además, hay que tomar en cuenta el aspecto público de la cuestión. Precisarán también mucho tiempo para condicionar a los ciudadanos antes de que acepten la idea de... Bien, por el momento su base no significa

demasiado. No pueden comprar naves, ya que los registros los delatarían. Tienen que construirlas. Necesitan como mínimo una gran nave de abastecimiento, de procedencia desconocida y manipularla en secreto, antes de verse en condiciones de comenzar ninguna tarea seria.

—Y nos han elegido a nosotros —razonó Banning—. Sí. Incluso comprendo sus motivos. Esta nave no sólo es veloz y de gran capacidad, sino que nuestra carga, o sea, el material de terraformación, resultaría muy valioso para ellos... Su idea consistía en ocupar este cacharro y trasladarlo a su base, permitiendo que el *Rayo* se considerase como una nave más que desaparece de modo misterioso. —Y al asentir Devon, concluyó—: Dadas las circunstancias, no creo que nos hubiesen dejado con vida.

—Yo tampoco.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Nuestra orden... Nos mantenemos al margen de la política... oficialmente..., pero tenemos nuestro servicio secreto, aunque nos servimos de él con discreción.

Por eso se negó a explicar la actitud de Andreyev, pensó el capitán.

—Sabíamos cuál era la situación en un sentido general —siguió Devon—. No obstante, claro está, ignorábamos que intentarían capturar esta nave durante el presente viaje.

—Es obvio. ¿Reconoció a Andreyev?

—Sí. Fue ingeniero planetario bajo otros nombres y se le expulsó por... buenas razones. Aunque se sometió a diversas operaciones quirúrgicas, había algo en su aspecto general que me desconcertaba. De pronto, creí descubrir su identidad. Como un imbécil entrometido, le susurré una palabra clave, ¡Reaccionó apuntándome con una pistola! Luego, otra vez como un idiota, no pensé en que Gentry podía ser su cómplice, de modo que le conté a Tietjens lo ocurrido delante de él. —Devon suspiró—. El viejo Rostomily renegaría de mí.

—No le han entrenado para un trabajo propio del servicio secreto, Luke —le consoló Banning—. Una última pregunta. Gómez quiere que nos rindamos. Supongo que eso significa permitir que nos encierre a todos, con excepción de uno o dos encargados de reducir la velocidad de la nave y a los que él apuntaría entretanto con un arma. Cuando hayamos desacelerado hasta el punto de que un tren del asteroide reformista nos iguale en velocidad, enviará un mensaje por radio y... ¡Caramba! Lo que en realidad me interesa saber es si nos perdonarán la vida.

—Lo dudo —respondió Devon.

—Cariño...

Cuando Devon cerró los ojos, Cleonie se acercó a él y le acarició las manos. Banning retrocedió.

—Gracias, Luke —dijo—. No sabía si tenía derecho a arriesgar vidas para salvar la nave. Ahora comprendo que tal riesgo no existe. No tenemos nada que perder. Cleonie, ¿puede hacerse cargo de nuestro muchacho?

—Por supuesto —susurró ella—. Sin embargo, si se presentara alguna complicación...

—No le ocurrirá nada. Le han fabricado con teflón y piel de serpiente de cascabel. Le servirá de enfermera. Aproveche para beber un poco de café y comer un bocadillo. El resto de la tripulación se reunirá conmigo en las cabinas del equipo de reparaciones, en el sector de popa... No, usted se queda donde está, Castro. Nos abriremos paso con el soplete hasta el amigo Gómez.

—Pero él... Descargará la masa reactiva —resolló Wayne.

—Quizá le alcancemos antes de que acceda a los depósitos —respondió Banning—. Un hombre podría intentarlo.

—No... Escuche, capitán. Sé muy bien cuánto tiempo se tarda en operar el sistema de descarga principal. Aun cuando Gómez se encuentra solo y carece de preparación, lo conseguiremos antes de que logremos; perforar el mamparo de popa. ¡Así no tenemos la menor posibilidad!

—¿Y qué sugiere, Wayne? —preguntó Banning con calma.

—Que nos rindamos.

—¿Para que nos maten en cuanto sus cómplices aborden la nave?

—No, capitán. Antes de que eso suceda seremos nueve contra uno, lo que nos concede una pequeña esperanza de reducirle...

—Una esperanza muy débil —rebató Banning—. Gómez no es ningún aficionado. Y si fracasamos, no sólo moriremos nosotros, sino que esa banda de fanáticos se habrá apoderado de lo que necesita para empezar. En cambio, si llegamos hasta Gómez, aunque no evitemos que inutilice la nave... sólo moriremos nosotros, y no cien millones de personas en un plazo de veinte o treinta años.

«¿Es ésa la verdad? ¿Realmente crees que un hombre puede desafiar a las Parcas? ¿Y qué opción te queda, capitán? Por definición legal, eres omnipotente y omnisciente a bordo mientras la nave continúe en marcha. ¿Qué debo hacer, dios de la nave?»

—¡Por Jove, demasiada responsabilidad para un solo hombre! —gruñó, estremeciéndose.

—¿Por quién, mi capitán? —inquirió Nielsen alarmado.

—Por Júpiter—tradujo Banning—. ¡Eso es, por Júpiter!

—¿Por Júpiter, qué?

—Nada. ¡Andando! Echaremos a Gómez de ahí.

El último y tenaz fragmento de metal fundido cayó por la ranura ya tallada y se congeló. Bahadur apagó el lanzallamas eléctrico y apartó la mascarilla de su cara morena, enmarcada por un turbante.

—Listo, capitán.

Banning pasó cuidadosamente entre los pesados cables del lanzallamas. Su cuadrilla había atacado el mamparo desde un punto cercano al revestimiento de la nave, tanto por razones tácticas como a causa de la gravedad.

—¿Cómo van las cosas en el interior? —preguntó Banning sin dirigirse a nadie en particular.

Castro le respondió desde el intercomunicador del puente, desde donde veía a Gómez trabajando, gracias a la telepantalla:

—La bomba sigue funcionando, señor. Creo que tiene en efecto la intención de cumplir su palabra.

—Menos mal que no es ingeniero —comentó el capitán—. De serlo, estos depósitos hubieran quedado descargados hace media hora.

Aguardó un instante para reunir fuerzas y decisión, repasando una vez más en su mente la situación. Las planchas exteriores de la nave detendrían un meteoro de tamaño considerable, incluso a velocidad hiperbólica relativa. Estallaría en vapor, formando un cráter lunar en miniatura. Cualquier objeto que lo atravesara perdería energía en el depósito autosoldador, situado entre los cascos. Por último, tropezaría con el revestimiento interior, que soportaba por sí mismo más de cien atmósferas de presión. Una nave espacial moderna no

se perforaba con facilidad.

A su vez, el mamparo de popa estaba preparado para contener la radiación dispersa, incluso una explosión menor, si se desbocaban las energías nucleares que impulsaban la nave. Era apenas más débil que el doble casco. Los lanzallamas habrían necesitado horas para practicar en él un orificio. Habrían ahorrado muy poco tiempo, por no decir nada, perforando por el mismo sistema la gran puerta doble del eje de la nave, que Gómez había trabado. Además, Banning no quería dañar ninguna pieza fundamental de la maquinaria de precisión. Resultaría mucho más fácil reparar el mamparo después..., si es que había un después.

La oscuridad se abrió ante él. Empuñó el arma.

—Muy bien, Vladimirovitch, vamos. Si no volvemos en diez minutos, que nos sigan Wayne y Bahadur.

Había rechazado de plano las angustiadas protestas de Tokugawa, al que ordenó permanecer en la retaguardia bajo cualquier circunstancia. Sólo el selenita, el primer oficial, poseía la suficiente pericia como piloto para llevar a cabo la excepcional maniobra acrobática que significaba para ellos la última tabla de salvación. En ese momento, él y Nielsen se dedicaban a armar jaleo en el otro extremo del mamparo, a fin de desviar la atención de Gómez.

Banning pasó al otro lado del orificio. Más allá, le esperaba la negrura, una pequeña estancia exterior en la que nadie había encendido las luces. Se preguntó si Gómez aguardaría junto a la puerta, con una bala dispuesta para el primero que asomara la cabeza.

Pronto lo sabría.

La puerta que conducía a la cámara de control principal se reducía a una delgada plancha de metal. La rotación la había situado por encima de la cabeza de Banning. Éste trepó por la escalera de mano. Cerró el puño sobre el pestillo y lo volvió con enorme cautela... Abrió la puerta de par en par y saltó al interior.

Las luces fluorescentes le envolvieron en un implacable resplandor. Próximo al centro de aquella cueva de acero, flotando frente a un panel abierto, se hallaba Gómez. ¿Así que el tozudo de cabeza pelada no les había oído forzar la entrada?

Ahora sí que los oyó. Giró torpemente y se palpó el cinturón en busca del arma. Banning disparó. La bala erró el blanco, silbó y rebotó alrededor de la gran cámara. Gómez disparó a su vez. El retroceso le arrancó del montante al que se había sujetado y le envió a la deriva en dirección a la pared.

Banning comenzó la persecución por encima de la red de mallas y las agarraderas. Su peso disminuía a medida que se acercaba el eje y hubo de luchar con todas sus fuerzas contra el característico vértigo de Coriolis. Gómez se alejó de él en espiral, chocó contra una de las sillas del tablero de controles, se asió a ella y se agachó.

Banning percibió el sonido de la bomba de emergencia, que palpitaba en el metálico silencio que le rodeaba. Cada latido significaba masa perdida..., como la sangre que mana de una arteria acuchillada. Muy rara vez se utilizaba el sistema de descarga, sólo si la masa reactiva se contaminaba o por alguna razón semejante. Gómez había encontrado una nueva meta, pensó Banning con sarcasmo: destruir la nave y asesinar a su tripulación.

—Cierre eso, Vlad—ordenó entre dientes.

—¡No se mueva! —gritó Gómez—. Si se acerca, disparo.

—¡Obedezca! —rugió Banning.

Vladimirovitch se arrastró hacia la llave de cierre. Gómez puso la pistola en posición de automático y empezó a disparar.

No logró acertar a nada de valor en los pocos segundos que le restaban. En una nave que rota en caída libre, la combinación de las fuerzas que operan sobre una bala es tan complicada que prácticamente habría que rehacer la ciencia de la balística para aprender a disparar. No obstante, aquella manguera de plomo podía matar a alguien de rebote, a menos que...

Banning se afianzó en una barra, apuntó y disparó.

El impacto de la segunda bala sacudió el cuerpo de Gómez. La pistola se desprendió de su mano. El hombre cayó sobre la silla y no volvió a moverse.

Banning corrió hacia él. Merecía la pena intentar que hablase mientras permaneciera vivo, interrogarle y... No. Al llegar a su lado, el capitán descubrió que se le agotaba la vida. Un disparo en el corazón no es indefectiblemente fatal, pero aquella vez lo había sido.

La bomba quedó en silencio. Banning se dio la vuelta.

—¿Bien? —Su voz sonaba ronca—. ¿Cuánto perdimos?

—Bastante, capitán. —Vladimirovitch bizqueó para mirar los indicadores y agregó en tono estridente—: Me temo que demasiado.

Banning dejó de prestar atención a Gómez y se aproximó a Vladimirovitch.

Se reunieron en el salón. Siete hombres sanos y fuertes, un convaleciente y una mujer. Por el momento, cada uno de ellos vio la muerte en los ojos de los demás.

—Traiga el whisky, Nielsen —dijo Banning por fin.

Sacó la pipa y comenzó a cargarla. Una mueca arrugó su boca.

—Si se les sigue alargando la cara de ese modo, van a tropezar con sus propias mandíbulas.

Cleonie, sentada a la cabecera del sofá en el que reposaba Devon, fue la primera en responder, mientras le acariciaba la cabeza y paseaba alrededor de la mesa su mirada cargada de compasión:

—¿Esperaba vernos contentos después de tanta matanza?

El capitán se encogió de hombros.

—Tuvimos suerte. Cierto que perdimos dos hombres estupendos, pero todos nuestros enemigos han muerto.

—Eso no es tan bueno como parece —intervino el ingeniero planetario—. Preferiría verlos vivos y narcotizados, lo que me permitiría averiguar dónde se esconde su asteroide y... —Hizo una pausa—. Un momento. Gentry sigue en el congelador, ¿verdad? Si en Ganímedes le reviven, quizá descubramos que su cerebro no se ha deteriorado tanto como para impedir un sondeo de su memoria profunda.

—Nada de eso —rechazó Banning en tono terminante—. Nos quitaremos de encima todos los cadáveres. Tenemos que aligerar la nave. Si el servicio secreto de tu orden, o de la Guardia, lo mismo me da, sirven para algo, ya rastrearán a los compañeros de nuestros difuntos enemigos para escarbarles el cerebro.

Cleonie se estremeció.

—¡Por favor!

—Disculpe. —Banning encendió la pipa, le dio una larga chupada y prosiguió—: Todo esto le parece morboso, ¿no? Muy bien, concentrémonos entonces en el problema de la supervivencia. La cuestión consiste en decidir

cómo aprovechar al máximo la insuficiente cantidad de masa reactiva que queda en los depósitos.

—No le comprendo —reconoció la joven.

Parecía más desconcertada que asustada. A Banning le gustó aún más por eso. Devon era un tipo de suerte..., si salía con vida. Pero ella merecía algo mejor que un ingeniero planetario, siempre recorriendo el espacio y comprometido, por contrato, a no contraer matrimonio formal hasta haberse retirado del servicio activo.

—Es bastante sencillo —explicó— Seguimos una órbita hiperbólica. Eso significa que avanzamos a una velocidad mayor que la velocidad de liberación del sistema solar. Si no la reducimos, continuaremos nuestro camino y, por más que nos racionemos, sólo contamos a bordo con alimentos para unas cuantas semanas. Por otra parte, carecemos de materia viva en suspenso.

—¿No podemos pedir ayuda por radio?

—Estamos fuera del alcance de cualquier estación.

—Pero al notar nuestra ausencia, ¿no enviarán naves de aceleración superior a ver lo que ocurre? Supongo que serán capaces de calcular nuestra órbita, ¿no?

—No con exactitud. Se deslizan muchos errores cuando el recorrido se hace tan monstruosamente largo como se hará el nuestro antes de que logren alcanzarnos. Sería extraordinario que la nave de la Guardia se acercara a menos de cinco millones de kilómetros. Además, no serviría de nada. —El capitán agitó la pipa ante Cleonie—. Todo depende de nosotros. Precisamos una deceleración de varios cientos de kilómetros por segundo y carecemos de masa reactiva suficiente.

Volvió Nielsen con botellas y vasos. Sirvió la bebida, mientras Devon decía:

—Disculpe, capitán. Supongo que ya lo habrá pensado, pero al fin y al cabo lo que cuenta es la cantidad de movimiento y no la velocidad en sí. Si prescindimos de todo lo no esencial, o sea, la carga, el mobiliario, incluso las paredes interiores y los suelos...

—Tetsuo y yo lo estuvimos planeando —respondió Banning—. Le recuerdo que, hace un instante, dije que teníamos que aligerar la nave. Incluso se nos ocurrió desmontar el casco exterior y correr el riesgo que suponen los meteoros. Como sabe, es posible hacerlo. Las naves espaciales están diseñadas de tal manera que se desarmen con bastante facilidad si se produce alguna avería, sirviéndose de las herramientas adecuadas. De modo que, si todos arrimamos el hombro, creo que habremos terminado de desmantelarla cuando llegue el momento de empezar a decelerar.

Wayne fijó la vista en la botella de whisky. No bebía de costumbre, puesto que se trata de un hábito mal visto en el Occidente de la época. No obstante, su rostro se fue poniendo cada vez más tenso, hasta que, de pronto, se estiró, se apoderó de la botella y se la llevó a la boca. Cuando terminó de tragar, casi ahogándose, dijo roncamente: —Muy bien, capitán. ¿Por qué no lo confiesa? A pesar de eso, no perderemos suficiente velocidad.

—A eso iba —replicó Banning.

Devon apretó la mano de Cleonie y preguntó inexpresivo:

—¿Cuáles son las cifras?

—Podemos entrar en el sistema joviano, pero, en ese caso, nos encontraríamos sin combustible al alcanzar una velocidad relativa al planeta de alrededor de cincuenta kilómetros por segundo.

El ingeniero planetario emitió un prolongado silbido.

—¿No hay alternativa? —inquirió Bahadur—. Quiero decir que, decelerando tanto, tal vez consiguiésemos entrar en una órbita elíptica alrededor del sol.

—Me temo que no. Cincuenta kilómetros por segundo sigue siendo una velocidad muy superior a la de liberación para esa región del espacio.

—Oiga, capitán, si mal no recuerdo, la velocidad de liberación de Júpiter es bastante *superior* a cincuenta kilómetros por segundo. Eso significa que el propio planeta nos imprimiría esa velocidad. Si no nos acercamos nos quedaría masa suficiente para entrar en la órbita de un cometa...

—Muy astuto. —Banning sopló la pipa y levantó el vaso—. También lo calculamos. Tiene razón, podemos entrar en la órbita de un cometa. Sólo que en el mejor de los casos, le llevará unos cuantos años devolvernos al alcance de una radio cualquiera... El espacio es tan inmenso que jamás nos encontrarían en una órbita tan imprevisible, a menos que pidiéramos socorro a gritos y alguien nos oyera.

—¡Años!—susurró Cleonie.

El terror que la acometió no se debía al simple miedo a la muerte, sino a la repentina comprensión de la grandeza y la vejez del universo que tan gozosamente había habitado. Banning, que ya lo sabía, esperó comprensivo.

Un minuto después, ella se irguió y le miró a los ojos.

—Muy bien, capitán —dijo—. Continúe la lección de aritmética. ¿Por qué no le pedimos sencillamente a los jovianos que nos recojan al aproximarnos a su sistema?

—Sabía usted que había una pega, ¿verdad? —murmuró Banning—. Algo elemental. La República es pobre y atrasada. Sus únicos vehículos espaciales consisten en vetustos trenes intersatélites, que ni en sueños alcanzan una velocidad de cincuenta kilómetros por segundo.

Wayne se cubrió el rostro con las manos. —Y nosotros no tenemos modo de frenar hasta un nivel a su alcance.

—No les he citado para un concurso de lamentaciones —gruñó el capitán—. Hay un medio. Ignoramos si funcionará o no, pues nunca se ha intentado. Pero Tetsuo es un excelente piloto, y en su haber figuran algunas de las más sensacionales elipses de freno que hayan visto en su vida.

Las palabras de Banning silenciaron a todos. No obstante, Devon meneó la cabeza con pesimismo. Por último, dijo:

—No dará resultado. Aun después del pretendido terraformismo, Ganímedes no cuenta con suficiente atmósfera para...

—En Júpiter se da todo tipo de atmósferas —repuso Banning.

Cayó sobre ellos un silencio casi ensordecedor. Wayne se decidió a hablar por fin. Las palabras brotaban a toda prisa de sus labios exangües.

—No, sólo funcionaría por chiripa. Perderíamos velocidad, cierto, siempre que la fricción no nos pusiera antes en estado incandescente... En última instancia, en una de esas pasadas emergeríamos con una velocidad lineal sensible. Pero no habría manera de controlar una cáscara vacía, que en eso se convertirá esta nave después de aligerarla de peso, en una atmósfera tan densa y turbulenta como la de Júpiter. Nunca sabríamos qué órbita precisa recorreríamos al emerger. Aun si lográramos calcular la trayectoria exacta y se la transmitiéramos a los jovianos, cuando sus anticuadas naves la hubiesen alcanzado, nosotros volveríamos a estar en el área de Júpiter, metidos ya en la siguiente espiral.

—Con un resultado fatal —concluyó Devon—. Hidrógeno y helio a ciento cuarenta grados absolutos. Irrespirable.

—¿Qué importa? Antes de vernos obligados a respirar eso, habríamos puesto los pies en la superficie —dijo Vladimirovitch, riendo sarcásticamente.

—Tampoco —intervino Bahadur—. Quizá nuestro casco interior soporte una presión de doscientas atmósferas. Pero en Júpiter hay decenas de miles. Quedaríamos aplastados mucho antes de llegar a la superficie.

Banning enarcó las cejas.

—¿Alguien conoce la solución perfecta?

Wayne parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Digo que quizás a alguien se le ocurra una posibilidad mejor.

—Sí, a mí. —El joven se puso rígido—. Entremos en la órbita de ese cometario que circunda el sol. Al no recibir ninguna comunicación nuestra, saldrán a buscarnos naves de la Guardia. La posibilidad de que nos encuentren es mínima. Pero la de que nos recojan los jovianos mientras practicamos esas delirantes zambullidas me parece infinitesimal.

—Una perspectiva nada alentadora en ambos casos, ¿no? —Una triste sonrisa se dibujó en los labios de Cleonie—. Prefiero perecer enseguida, aplastada de golpe, que... que ver cómo todos nos consumimos y vamos muriendo, uno por uno... O echando a suertes a quién le toca servir de comida a los demás. Quiero morir como un ser humano.

—Estoy de acuerdo —coincidió Devon.

—¡Pues yo no! —Wayne se levantó—. Capitán, no estoy de acuerdo en absoluto. No tiene derecho a correr deliberadamente el riesgo máximo con la posibilidad mínima, sólo porque representa una muerte más rápida. ¡No!

Banning hizo crujir la mesa de un puñetazo.

—Felicitaciones por haber obtenido su certificado de madurez, Wayne. Ahora, siéntese.

—¡No, por el Eterno! Exijo...

—¡Siéntese!

Wayne obedeció.

—De hecho —explicó Banning con calma—, coincido en que la probabilidad de que los jovianos nos rescaten es muy remota. No obstante, creo que tenemos la posibilidad de ayudarnos a nosotros mismos. Considero que tal vez logremos lo que hasta ahora nadie ha intentado. Entrar en los cielos jupiterianos y vivir para jactarnos de ello.

En lontananza, mientras ellos se dirigían hacia su destino, Júpiter lucía con un esplendor que ningún otro planeta igualaba, quizá ni siquiera el mismo sol. De una enorme estrella fría, pasó a ser un disco ambarino, después a una capa turgente recorrida por las borrascas... —El conjunto conmovía hasta la última fibra del corazón humano.

Pero luego uno lo rechazaba. Al acercarse, la capa turgente se convertía en una caldera dispuesta a devorarte.

Lo que expresaban los números resultaba poco prometedor. La velocidad de liberación de Júpiter se eleva a unos cincuenta y nueve kilómetros por segundo. La del *Rayo* rondaba los cincuenta y dos de velocidad relativa. Si se hubiera limitado a pasar raudamente junto al planeta, la gravitación de éste habría frenado la velocidad, y la nave se habría precipitado sobre el a una velocidad que la volatilizaría. No existía la menor posibilidad de que los

inestables y antiguos trenes de los colonos del satélite se acercaran a la nave en ningún punto de semejante órbita. Necesitarían una petición de auxilio mucho más anticipada de lo que permitía una radio de corto alcance.

Por tal razón, Tokugawa empleó la última masa reactiva en apuntar a los límites exteriores de la atmósfera.

La primera pasada fue casi insonora. Sólo un débil crujido, una sensación de calor irradiado sobre los rostros y un suave tirón debido a la deceleración indicaron que la nave surcaba los gases. Luego, volvió al vacío, curvándose en una larga y angosta elipse.

Banning operaba la radio, maldiciendo el efecto Doppler. Por fin, captó la banda de Ganímedes. A su lado, Tokugawa y Wayne observaban la pantalla visora, en la que leían las cifras correspondientes a lunas y estrellas, mientras la computadora trazaba la órbita.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Me oyen?

Desde el Puerto Espacial X, llegó una voz sibilante:

—Le oigo *Rayo*. Aquí Control Astrocentral Ganímedes. Soy Harris. ¿Tienen la trayectoria?

—Aproximada —respondió Banning—. Para que fuera exacta, necesitaríamos varias lecturas más. Escuche y registre.

Recogió la cinta de la computadora y leyó las cifras.

—Tenemos tres trenes en su zona —dijo Harris—. Intentarán encontrarlos. Buena suerte.

—Gracias. La necesitaremos.

Los pequeños y diestros dedos de Tokugawa concluyeron otro cálculo.

—Volveremos a meternos en la atmósfera dentro de unas cincuenta horas, capitán —informó—. Tiempo suficiente para el trabajo de la cuadrilla de demolición.

Banning pasó la mirada a su alrededor. Ahora no había pared trasera que la obstaculizara. Excepto la sección central, con su equipo vital, quedaba muy poco entre el puente de mando y el mamparo de popa. Durante días, los sopletes habían cortado, las llaves inglesas girado, las cámaras de aire vomitado melladas lunas temporales. La nave se había convertido en una cáscara vacía y en una telaraña de abrazaderas.

Banning se sentía como un asesino.

Al otro lado del diámetro del gran esferoide, vio flotar a Devon en caída libre, ordenando a los miembros de la tripulación que se pusieran los trajes espaciales. Mientras permanecieran en gravedad nula, el ingeniero planetario sería un excelente capataz, a pesar de su costilla rota.

La cuadrilla saldría a separar el reactor, la cámara de calderas, los tubos de iones y todo lo que hubiese en la popa. Ahora que se había consumido la masa y no quedaba nada para impulsar la nave, salvo las fuerzas impersonales de la mecánica celeste, los motores significaban un montón de chatarra, cuyo peso podía matarles. Los generadores eran otra cuestión... En el banco capacitor, había suficiente energía almacenada para mantener la cáscara iluminada y caliente durante semanas. Y tal vez necesitaran esas semanas si los jovianos no les alcanzaban en el espacio.

Banning suspiró. Desde que el hombre había gobernado por primera vez un leño o un cesto de mimbre en el mar, un capitán sufría una verdadera agonía al perder su nave.

Recordó un submarino, largo tiempo atrás... Aún le dolía el pensamiento,

aunque no había sido culpa suya. Naturalmente, la idea que acaso les salvase a todos se le había ocurrido porque entendía algo de submarinos... ¿O debía adjudicar el mérito a los hermanos Montgolfier o a Arquímedes?

Cleonie flotó hacia él. Se había vuelto bastante diestra en la caída libre durante el período anterior a la deceleración, mientras orbitaban hacia Júpiter, cuando se había detenido la rotación para facilitar la tarea de echarlo todo por la borda.

—¿No le importa que le moleste? —le preguntó.

—Pues claro que no. —Banning sacó la pipa. La presencia de la muchacha le animaba—. Por definición, la presencia de una chica hermosa nunca supone una molestia.

Ella sonrió y se apartó de los ojos un mechón de pelo suelto que formaba un halo en torno a su rostro fatigado.

—Me siento tan inútil... —comenzó.

—Tonterías. Siga sirviéndonos las comidas, con eso nos resulta ya de gran utilidad. Tietjens y Nielsen dejaban mucho que desear en ese aspecto.

—Estuve pensando... —Cleonie se ruborizó—. Me interesa muchísimo comprender el trabajo de Luke.

—Claro.

Banning abrió la bolsa de tabaco y empezó a cargar la pipa, empresa nada fácil en caída libre.

—¿Qué quiere saber?

—Pues... Chocamos con la atmósfera a gran velocidad, a una velocidad superior a la que llevan los meteoros al chocar con la Tierra, ¿no es cierto? ¿Por qué no nos incendiamos? —Los meteoros no se incendian. Se volatilizan. Nosotros sólo rozamos una capa de aire muy delgada. No convertimos suficiente velocidad en calor, y una gran parte del que generamos la arrastra el aire mismo.

—Pero... Jamás oí decir que se utilizaran elipses de freno con una velocidad tan elevada como la nuestra.

Banning encendió el mechero, lo sostuvo «encima» de la cazoleta de la pipa y aspiró.

—En realidad —dijo—, no creo que saliera bien en la atmósfera de la Tierra o de Venus. Ahora bien, dado el potencial de gravitación propio de Júpiter, diez veces mayor, el aire va atenuándose con la altitud de manera proporcionalmente más lenta. En otras palabras, contamos con una capa más profunda de aire poco denso para frenarnos. Eso está bien. Habremos de dar unas cuantas pasadas... Y la cosa se prolongará durante días, si no nos rescatan, pero nos salvaremos.

Terminó de encender la pipa. Había algo engañoso en fumar en caída libre. Los aventadores de aire circulante, que evitaban ahogarse con su propio aliento, no servían de mucho con un objeto tan pequeño como una pipa. Sin embargo, Banning necesitaba de un modo desesperado ese consuelo.

Muchas horas más tarde, sirviéndose de cifras orbitales modificadas por nuevas observaciones, un tren espacial de Ganímedes se acercó lo suficiente para localizar el *Rayo* en su radar. Después de mucho maniobrar, resultó que el tren no contaba con la masa reactiva suficiente para equiparar sus velocidades. Por un segundo, estuvo tan próximo que los hombres de la cuadrilla de Devon, que trabajaban en el casco, se quedaron mirándole... como los condenados al infierno que observan el paso de los elegidos.

El tren espacial pidió por radio un vehículo con los depósitos más llenos. Llegó uno. Deceleró como un potro espantado. El *Rayo* ya había caído en el inmenso campo de gravedad jupiteriana, a más profundidad de la accesible para los motores del tren.

La nave errante desapareció de la vista en la grandiosa faz del planeta. Las altas nubes impedían verla con telescopios, unas nubes de radicales libres, que no existirían un solo instante en condiciones tolerables para los humanos. Júpiter es más extraño de lo que los hombres imaginan.

Cuando la nave volvió a emerger, su órbita no fue muy diferente. Pero los trenes que casi la alcanzaron durante la primera se habían visto obligados a marcharse. Imposible permanecer suspendidos allí, en un campo tan vasto. El *Rayo* hizo otra prolongada y solitaria pasada. Al concluirla, Ganímedes no se encontraba en posición favorable, y Calixto no lo había estado en ningún momento. En consecuencia, la nave ingresó por tercera vez en la atmósfera de Júpiter.

En la siguiente salida al vacío, su órbita se había acortado y desviado en un grado considerable. El arrastre del aire operaba a un ritmo creciente. Cada vez se hundían más profundamente en las nubes tóxicas, y cada desplazamiento a través del espacio puro llevaba menos tiempo. No obstante, no perdían las esperanzas. Por fin, los ganimedeanos se organizaban. Realizaron un excelente cálculo de la cuarta órbita libre e instalaron trenes bien provistos de combustible en los puntos estratégicos...

El *Rayo* no siguió el curso previsto.

Pura cuestión de mala suerte. La cuadrilla de Devon, que trabajaba cada vez que la nave salía al vacío, había separado casi por completo la sección de popa. La última inmersión en la resistencia cada vez más tenaz del aire puso punto final a la tarea. Las fuerzas de arrastre y reacción —una forma alterada de modo imprevisto— azotaron con violencia al *Rayo* a través de la estratosfera. Al fin logró liberarse, aunque en una órbita totalmente distinta.

No obstante, sólo gracias a un extraordinario golpe de buena suerte, los jovianos se habían acercado tanto la primera vez. Las probabilidades se reafirmaban.

La radio dejó oír una voz débil y apagada:

—Volvimos a perderles. Ignoramos si la próxima conseguiremos aproximarnos más. Sus plazos se están volviendo muy breves.

—Quizá no debieran correr el riesgo.

Banning suspiró. Había esperado más, pero si los dioses habían decidido que su nave se hundiera irremisiblemente en Júpiter, no le quedaba más remedio que aceptarlo.

—Espero que las cosas no vayan demasiado mal—concluyó.

Afuera, el aire emitía un rugido sepulcral. Presiones incomparablemente superiores a las de los océanos más profundos de la Tierra les aguardaban abajo.

En su última pasada próxima al espacio puro —las estrellas parecían difusas—, Banning informó por radio:

—No enviaré más mensajes, salvo una señal de diez minutos en la misma banda cuando nos detengamos. ¡Suponiendo que estemos vivos! Tenemos que ahorrar capacitores. Transcurrirá cierto tiempo hasta que lleguen a rescatarnos. En ese momento, llámenme. Si hemos sobrevivido, responderé y, a partir de ese momento, emitiré un tono uniforme, mediante el cual podrán

localizarnos. ¿Comprendido?

—Comprendido. Suerte, cosmonauta... Alí y aquí.

Mientras en la pantalla visora las nubes se volvían cada vez más densas, Banning sumó mentalmente las cifras por enésima vez.

De acuerdo con sus órdenes, debía presentarse en Pobos quince días más tarde. Al no verle aparecer, la Guardia enviaría una nave de alta aceleración, a fin de averiguar lo sucedido. Eso precisaría unas cuantas fechas más. Otra semana para que la tal nave retornara a Marte con un informe sobre los hechos. Marte se comunicaría entonces con la luna por rayo-radio —eso al menos sería instantáneo—, y la Guardia, o acaso los ingenieros planetarios, pondrían manos a la obra de inmediato.

Los ingenieros planetarios disponían de naves preparadas para ingresar en la atmósfera y naves poderosas, pero lentas. Uno de esos vehículos sería remolcado por un veloz aparato de la Guardia, impulsado por iones, procediendo a modificaciones en ruta. El viaje exigiría un par de semanas, según el cálculo más pesimista.

Un máximo de seis semanas, digamos, hasta recibir ayuda. En ningún caso menos de cuatro, al margen de las velocidades que desarrollaran los últimos modelos.

Bien, el *Rayo* tenía provisiones y energía para más de seis semanas. Tan largo tiempo bajo gravedades de signo positivo 2 no resultaría nada divertido, aunque las inyecciones de gravenol les protegerían contra cualquier daño fisiológico. Los vientos les zarandearían, claro, pero eso sería soportable. Se mantendrían por encima de la región de las corrientes verticales, en el equivalente jupiteriano de la estratosfera...

Una nube roja pasó por la pantalla.

Luke Devon, atado a su asiento como todos los demás, gritó a través de la nave sin carga:

—¡Si hubiera sabido que ocurriría todo esto! ¡Qué oportunidad para la investigación! Tengo algunos instrumentos, aunque sólo servirán para un trabajo muy tosco.

—Por mi parte —replicó Banning—, he conservado una baraja y algunas fichas de póquer. De todos modos, no creo que le dé mucho tiempo a investigar..., en la atmósfera jupiteriana al menos.

Dirigió una significativa mirada en dirección a Cleonie. Aunque no la veía, supo que se había ruborizado. Lamentaba turbarla, porque la joven le parecía muy agradable, pero la carcajada que sus palabras despertaron en los demás le justificaron. Mientras los hombres rieran, en especial de chistes tan malos, resistirían. La nave descendía y descendía. En una ocasión, atrapada en una ráfaga feroz, dio una vuelta de campana. De no hallarse todo bien sujeto, se habría producido un revoltijo infernal. La masa estaba distribuida de manera tal que el cacharro se enderezaría siempre por sí solo, pero... Sí, reflexionó Banning, tendrían que usar algún tipo de cinturón de seguridad enganchado a las abrazaderas interiores. Los improvisarían.

Comenzó a amainar el viento que atronaba más allá del casco.

—La velocidad disminuye —anunció Tokugawa.

Un poco más tarde, levantó la vista del radioaltímetro.

—Hemos frenado.

—Fin del viaje. —Banning se estiró. Le dolían todos los huesos—. No nos resta mucho más por hacer. Más vale que nos atemos a nuestras literas y

durmamos durante una semana.

Sintió todo el peso de Júpiter sobre sus hombros. Pero continuaban todos en vida. Habían vaciado la nave. No obstante, conservaron comida y bebida, herramientas y materiales, juegos y libros. Todo lo necesario para mantenerse cuerdos y respirando mientras aguardaban.

Verificaron los cálculos. Una cáscara acerada y hueca de trescientos y pico de metros de diámetro, soportaba una carga de más de cien mil toneladas, además de su propia masa, y una gravedad específica neta inferior a 0,03. Ahora bien, el aire de Júpiter tiene un peso molecular medio de alrededor de 3,3, de modo que, dejando aparte la tolerancia a la temperatura y otras cuestiones, se deducía que, a semejante densidad, su presión era de unas cien atmósferas, es decir, soportable.

Como una gota de aceite en un densímetro, como un globo suelto en la Francia del siglo XVIII, como una pequeña y desafiante burbuja en los cielos, el *Rayo* siguió flotando.

EL DÍA EN LLAMAS

Durante quién sabe cuánto tiempo, la estrella había orbitado silenciosa en la inmensidad que se extendía entre Betelgeuse y Rigel. Bastante más grande que el término medio —aproximadamente vez y media las dimensiones del Sol—, la intensidad de su brillo era proporcional a su tamaño. Una bola incandescente, con corona y relieves de esplendorosa gloria. Pero hay muchas como ella. Una nave del primer Sublime Reconocimiento descubrió su existencia. No obstante, la tripulación se sentía más interesada por un sol vecino dotado de planetas. Además, no debía demorarse demasiado en aquel sistema. La galaxia es inmensa, y su objetivo consistía en obtener algunos datos acerca de este brazo espiral que habitamos. En consecuencia, algunas señales espectroscópicas escaparon a su atención.

Nadie retornó allí durante un par de siglos. La civilización técnica tenía a su disposición más de lo que podía abarcar —por no hablar de comprender— en los millones de astros más cercanos. De modo que nadie sospechó el hecho de que se trataba de una estrella más vieja de lo normal para su tipo dentro de aquella región. Sin duda, procedía de otros parajes. Claro que no era muy antigua desde el punto de vista astronómico. Pero los grandes soles sin descendencia evolucionan rápida y extrañamente.

No obstante, por pura casualidad, una nave de reconocimiento de la Liga Polesotécnica, que exploraba la lejanía en busca de nuevos mercados, pasaba a un año luz de distancia cuando la estrella explotó.

Aclaremos —si es que la simultaneidad tiene algún significado en las distancias interestelares— que la agonía mortal se había iniciado unos meses atrás. Nunca tan feroz, la reacción termonuclear había incendiado el último hidrógeno del núcleo central. Desequilibradas por la presión de la radiación, las capas exteriores se hundieron bajo su propio peso. Se liberaron fuerzas que dispararon un orden enteramente distinto de fusiones atómicas. Nacieron nuevos elementos, no sólo los que suelen encontrarse en los planetas, sino también los efímeros transuránicos. Durante un tiempo, el tecnecio dominó esa anarquía. Raudales de neutrones y neutrinos arrastraron consigo el resto de la energía equilibrante. La compresión se convirtió en catástrofe. Durante el breve apogeo, la supernova fue tan radiante como toda su galaxia.

La tripulación habría muerto debido a la proximidad, de no encontrarse la nave en hiperimpulsión. No se quedaron allí. Todavía les alcanzaba una cantidad peligrosa de radiación entre los microsaltos cuánticos. Además, carecían del equipo necesario para estudiar un fenómeno tan poco común. Aquella suponía la primera oportunidad en toda nuestra historia de observar en directo una supernova. La Tierra estaba demasiado lejana para pedir ayuda. En cambio, la colonia científica de Catawrayannis no estaba demasiado. Desde allí les enviarían material de laboratorio.

Para rastrear en detalle el desarrollo de los acontecimientos, se necesitaban considerables recursos. Entre otras cosas, para habilitar un lugar donde pudiesen vivir los hombres y fabricar los instrumentos a medida que los precisaban, es decir, aquellos que no se almacenaban en las factorías corrientes. Para cuando llegaran, el frente de onda que transmitía información sobre los acontecimientos en rápido progreso se habría extendido tan lejos que la debilitación, inversa al cuadrado de la distancia, crearía enloquecedoras

inexactitudes.

Ahora bien, a una distancia de poco más de un parsec de la estrella —una distancia excelente para la observación durante un período de años—, había un sol de tipo G. Uno de sus planetas se asemejaba a la Tierra en numerosos aspectos de la clasificación, tanto físicos como bioquímicos. Los registros de Reconocimiento indicaban que su cultura más avanzada rozaba ya la revolución, científico-industrial. ¡Excelente!

Claro que los informes de Reconocimiento eran más que incompletos y tenían un retraso de dos siglos.

—No.

El maestro mercader David Falkayn retrocedió alarmado. Los cuatro guardias más próximos a él empuñaron sus pistolas. Superficial y profanamente, Falkayn se preguntó qué canon habría violado ahora.

—Imploro tu misericordia —dijo. Hacha Larga Morruchan, mano del vach Dathyr, se inclinó hacia delante en su estrado. Alto incluso según los cánones merseyanos, lo que significaba sobrepasar la elevada estatura de Falkayn en unos quince centímetros, sus largos ropajes de un tono naranja, con los hombros ensanchados, y la mitra rematada por cuernos volvía casi aplastante su figura. Por debajo, era poco más o menos antropeide, salvo por su postura inclinada, contrapesada por la cola, que formaba un trípode con los pies calzados con botas, sobre el cual se apoyaba. Tenía la piel verde, un tanto escamosa, y carecía por completo de pelo. Una aserrada cresta se extendía desde ía parte superior de su coronilla hasta el extremo de la cola. Profundas circunvoluciones en la cabeza hacían el papel de orejas. No obstante, su rostro era humano, su estructura ósea corpulenta y su fisiología esencialmente mamífera.

Falkayn ignoraba cuánto sabía la mente que se ocultaba detrás de aquellos ojos, de un negro de azabache.

La áspera voz de bajo dijo:

—No dominarás este mundo. Si renunciáramos al derecho y al feudo franco que nuestros antepasados ganaron, el Dios enviaría a sus espíritus para amonestarnos.

Falkayn paseó la mirada a su alrededor. Rara vez se había sentido tan solo. La sala de audiencias del castillo de Afon se extendía, alta y angosta, mejor proporcionada que cualquiera construida por los hombres. Los tapices curiosamente entretejidos que cubrían las paredes de piedra —entre ventanas arqueadas en la parte superior y en la inferior— y las banderas de batallas que colgaban de las vigas servían muy poco para apagar los ecos. Los guerreros, alineados desde la antecámara hasta una chimenea en cuyo hogar se hubiera asado un elefante, usaban armaduras y cascos con máscaras de demonios. Sumadas a los sables corvos y las picas provistas de púas, las armas de fuego no parecían fuera de lugar. En cambio, la posibilidad de entrever el cielo azul se mostraba inaccesible y lejana.

Les rodeaba un frío aire invernal. La fuerza de gravedad apenas superaba la terrestre. Sin embargo, Falkayn no dejaba de sentir su influencia.

Se irguió. Llevaba su propia pistola al cinto, no un insensibilizador químico, sino un arma energética. Adzel, desde la ciudad, y Chee Lan, a bordo de la nave, escuchaban todo a través del transceptor que él llevaba en la muñeca. La nave tenía potencia suficiente para arrasar Ardaig. Morruchan debía de saberlo.

Pero la misión de Falkayn consistía en lograr su cooperación. Escogió con todo cuidado sus palabras: —Te imploro misericordia, mano, si acaso yerro en mi ignorancia y hablo mal tu lengua... Nada deseo, excepto la amistad. Anuncio nuevas de un peligro inminente contra el que debéis prepararos temprano si no queréis perder todo cuanto poseéis. Mi gente gustosa os enseñará cómo actuar. Tan vastos son los afanes necesarios y tan escaso el tiempo que por fuerza habréis de aceptar consejo nuestro. Si no, inútiles seremos. Pero nuestro comportamiento jamás será de conquistadores. Eso no sólo sería un acto malvado, sino que no daría nada a quienes traficamos con muchos mundos. No, queremos ser hermanos, venimos a ayudar en un día de dolorosa necesidad.

Morruchan frunció el ceño y se frotó el mentón.

—Sigue. Francamente, tengo mis dudas —replicó—. Según dices, Valenderay está a punto de convertirse en una supernova...

—No, mano, afirmo que ya lo ha hecho. Su luz afligirá este planeta en menos de tres años.

Falkayn utilizó la unidad de tiempo merseyana, un poco mayor que la terrestre. Se maldijo a sí mismo por las dificultades idiomáticas. Los xenólogos de Reconocimiento habían asimilado bastante bien la lengua de Eriau durante los varios meses que habían pasado allí, y Falkayn y sus compañeros de tripulación la aprendieron por medio de la transformación sináptica durante el viaje. Y ahora resultaba que, doscientos años atrás, Eriau se hallaba en pleno cambio lingüístico. ¡Ni siquiera pronunciaba correctamente las vocales! Hizo un esfuerzo por actualizar sus conocimientos de gramática:

—Serías... quiero decir si es tu deseo... Si quieres confirmar lo que digo, te llevaremos a ti, o a un miembro leal de tu corte, en nuestro vehículo, para que el estallido estelar sea contemplado por ojos vivientes.

—Sin duda los científicos y los poetas se batirían en duelo por conseguir participar en ese viaje —dijo Morruchan con sequedad—. Pero creo en lo que dices. Tú mismo, tu nave y tus compañeros dais la prueba de ello. —Su voz se agudizó—. No obstante, no soy ningún crédulo y no te considero un semidiós sólo porque vengas del exterior. Tecnológicamente, tu civilización le lleva la delantera a la mía, eso es todo. Una atenta lectura de los registros del breve período que los extranjeros pasaron entre nosotros demuestra que no tenían razones más nobles que una curiosidad profesional. Aquello fue circunstancial. Se marcharon y jamás regresaron. Hasta ahora. Dime entonces qué esperas de nosotros.

Falkayn experimentó cierto alivio. Morruchan parecía de su propia especie, después de todo. No se asombró, no se mostró idealista, no se dejó llevar por ninguna incomprensible motivación no humana. Se enfrentaba a un astuto y escéptico político, perteneciente a una cultura orientada hacia lo pragmático.

«Por lo menos, eso parece —se dijo el hombre a modo de advertencia—, ¿Qué sé en realidad acerca de Merseya?»

A juzgar por las observaciones hechas en órbita, el control radial, el contacto inicial por radio y el viaje hasta allí en un coche eléctrico de superficie, en el planeta vivía una mezcla de sociedades, dominadas por la que rodeaba el Ancho Océano. Dos siglos antes, el gobierno local se había dividido en tres clanes aristocráticos. Falkayn suponía que, desde entonces, habían alcanzado algún grado de unificación continental, ya que su solicitud de entrevistarse con la más alta autoridad le había llevado a Ardaig y a una confrontación con aquel

individuo. No obstante, ¿podía hablar Morruchan por toda su especie? Falkayn lo dudaba. Bueno, por algo había que empezar.

—Seré sincero, mano —dijo—. Mi tripulación y yo sólo hemos venido a preparar el camino. Si tenemos éxito, nos recompensarán con una parte de las ganancias resultantes. Nuestros científicos desean utilizar Merseya y sus lunas como bases desde las cuales observar la supernova durante los próximos doce años. Lo mejor para ellos sería que vosotros satisficierais la mayor parte de sus necesidades, no sólo en cuanto a alimentos, sino respecto a una serie de instrumentos que ellos os enseñarían a fabricar. Os lo abonarían todo a un precio justo y, por añadidura, adquiriríais conocimientos. Pero antes debemos asegurarnos de que perdura una civilización merseyana. Para ello, tendremos que ejecutar grandes trabajos. Vosotros nos pagaréis por ellos y por las mercancías provistas a tal efecto. El precio no será usurario. Nos dejará sólo una pequeña ganancia. Con ella compraremos cualquier mercancía merseyana susceptible de venderse entre nosotros obteniendo nuevos beneficios. —Sonrió—. Así, todos saldremos ganando y nadie tiene nada que temer. La Liga Polesotécnica no está compuesta por conquistadores ni bandidos, sino por meros aventureros mercantiles, que intentan ganarse la vida honradamente.

—¡Hum! —gruñó Morruchan—. Hemos llegado al nudo de la cuestión. Cuando te comunicaste con nosotros por primera vez y hablaste acerca de una supernova, mis colegas y yo consultamos a los astrónomos. No somos del todo salvajes y conocemos al menos la energía atómica y los viajes interplanetarios. Bien, nuestros astrónomos afirman que una estrella semejante alcanza una potencia de apogeo alrededor de quince mil millones de veces superior a la de Korych. ¿Correcto?

—Bastante aproximado, mano, en caso de que Korych sea vuestro sol.

—La única estrella cercana capaz de estallar de esa manera es Valenderay. De acuerdo con tu descripción como la más brillante al sur del cielo, debes de referirte a ella.

Falkayn asintió. Luego, inseguro de que ese gesto significara lo mismo para los merseyanos que para él, corroboró:

—Sí.

—Me pareció algo terrible —prosiguió Morruchan—, hasta que me señalaron que Valenderay se encuentra a una distancia de tres y medio años luz, una distancia tan enorme que ninguna mente puede imaginar. La radiación, cuando llegue a nosotros, apenas se elevará a un tercio de la que recibimos a diario desde Korych. En unos cincuenta y cinco días terrestres, se habrá reducido a la mitad... Y así sucesivamente, hasta que, poco tiempo después, sólo veremos una nebulosa brillante por la noche. Claro que cabe esperar fastidiosos fenómenos atmosféricos, tormentas, lluvias torrenciales, quizás alguna inundación, si se derrite hielo suficiente en el casquete polar del sur. Todo eso pasará. De cualquier forma, el centro de la civilización está aquí, en el hemisferio norte. También es verdad que, en el apogeo, habrá una cantidad peligrosa de radiaciones X y ultravioleta. Pero la atmósfera de Merseya las bloqueará.

Morruchan se echó hacia atrás, apoyándose en la cola, y unió en forma de puente los dedos de sus manos extrañamente humanas.

—O sea que el peligro del que hablas apenas existe —terminó—. ¿Qué pretendes en realidad?

Revivió en Falkayn su educación como hijo de nobles en Hermes. Irguió los

hombros y se cuadró. Impresionante de verdad: un joven alto, rubio, de brillantes ojos azules en un rostro delgado y de pómulos altos.

—Mano —dijo con gravedad—, percibo que aún no has tenido tiempo de consultar a tus sabios en cuestiones de...

Se interrumpió. Ignoraba el equivalente merseyano de «electrónica».

Morruchan se abstuvo de sacar partido de la situación. Al contrario, decidió mostrarse cooperativo. La réplica de Falkayn fue vacilante y se interrumpió a menudo mientras elaboraban entre ambos y deducían el significado de una frase comprensible a medias. En esencia y en lenguaje común, dijo lo siguiente: «Mano, en parte estás en lo cierto. Pero considera lo que seguirá. La erupción de una supernova es más violenta de lo que pensáis. Incluye procesos nucleares tan complejos que nosotros mismos aún no los comprendemos con todo detalle. Por esta razón queremos estudiarlos. Te diré lo que sabemos y tus físicos te lo confirmarán.

»Cuando los núcleos y los electrones se recombinan en bola de fuego celeste, generan vibraciones magnéticas asimétricas. Sin duda sabes lo que esto significa en lo que respecta a la detonación de un arma atómica. Ahora, piensa en ello a escala estelar. Cuando esas fuerzas choquen, caerán sobre el campo magnético de Merseya, hasta alcanzar la superficie. Los motores eléctricos no protegidos, los generadores, las líneas de transmisión... Sí, por supuesto, tenéis pantallas, pero se dispararán vuestros disyuntores automáticos, se inducirán voltajes intolerables y todo el sistema se estropeará. Lo mismo ocurrirá con las líneas de telecomunicación. Y las computadoras. En el caso de que uséis transistores... ¿Ah, los usáis...? El encontronazo entre la conducción positiva y la negativa borrará todos los bancos de memoria, interrumpirá todas las operaciones de sus pistas.

»Los electrones envueltos en esa vibración magnética no tardarán mucho en arribar. A medida que giren en espiral en el campo del planeta, su radiación sincrotónica envolverá por completo cualquier aparato electrónico que hayáis logrado salvar. Los protones serán sin duda más lentos, pues se mueven poco más o menos a la mitad de velocidad que la luz. Luego, llegarán las partículas alta y después la materia más pesada. Año tras año tras año de polvillo cósmico, en su mayor parte radiactivo, hasta un total superior, en orden de magnitud, al que ninguna guerra podría originar sin destruir toda civilización. Vuestro magnetismo planetario no supone ninguna protección. La mayoría de los iones son lo bastante energéticos para atravesarlo. Tampoco vuestra atmósfera os proporcionará ninguna defensa. Los núcleos pesados que la atravesen producirán una radiación secundaria que alcanzará el suelo.

»No digo que este planeta quede privado de toda vida. Afirmo, sin embargo, que, de no proceder a los preparativos adecuados, sufrirá un desastre ecológico. Tal vez vuestra especie sobreviva, tal vez no. En caso positivo, se reducirá a un escaso número de individuos, famélicos y primitivos. La prematura interrupción de los sistemas eléctricos de los que ahora depende vuestra civilización se habrá ocupado de ello. Imagínalo. De repente, se corta el suministro de alimentos a las ciudades. Los moradores se desbandan entonces como una horda rapaz. Y si la mayoría de vuestros agricultores son tan especializados como supongo, ni siquiera cosecharán lo suficiente para sustentarse a sí mismos. Una vez que la lucha y el hambre se hagan generales, se inutilizarán los servicios médicos y comenzarán las pestes. El efecto será similar al de un ataque nuclear contra un país sin defensa civil.

Tengo entendido que en Merseya habéis logrado evitar eso, pero sin duda contáis con estudios teóricos sobre el tema y... yo he visto planetas en los que ocurrió.

»Mucho antes del final, vuestras colonias de todo el sistema serán aniquiladas por la destrucción del aparato que mantiene vivos a los colonos. Y durante muchos años, no despegará ninguna nave espacial.

»A menos que aceptéis nuestra colaboración. Sabemos generar pequeñas pantallas de fuerza para las máquinas, y otras enormes para proteger hasta cierto punto un planeta entero. No bastan, desde luego, pero también conocemos la forma de aislamiento contra las energías que las penetren. Sabemos construir motores y líneas de comunicación que no se verán afectadas. Sabemos diseminar sustancias que protegen la vida contra toda radiación dura. Conocemos la manera de restaurar los genes imitados. En síntesis, poseemos los conocimientos que necesitáis para sobrevivir.

»El esfuerzo será enorme y, en su mayor parte, debéis realizarlo vosotros mismos. Nuestro personal disponible escasea, y nuestras líneas de transporte interestelar resultan demasiado largas. Sin embargo, os proveeremos de ingenieros y organizadores.

»Para ser te franco, mano, suerte para vosotros que nos hemos enterado de esto a tiempo, justo a tiempo. No nos temáis. No nos mueven ambiciones con respecto a Merseya, aunque sólo fuera porque se encuentra mucho más allá de nuestra esfera normal de operaciones y porque tenemos millones de planetas más rentables y mucho más cercanos a nosotros. Deseamos salvaros porque sois seres inteligentes. No obstante, resultará muy costoso, y una buena parte del trabajo descansará en manos de equipos como el mío, creados para obtener beneficios. En consecuencia, además de una base científica, necesitamos una razonable compensación económica.

»Al final, sin embargo, nos marcharemos. Lo que hagáis entonces será asunto vuestro. Al menos, no habréis perdido vuestra civilización. Además, dispondréis de una buena cantidad de nuevos equipos y de nuevos conocimientos. Considero que para vosotros supone una verdadera ganga.»

Falkayn calló. Durante un rato, sólo hubo silencio, en la poco iluminada y larga sala. Falkayn tuvo conciencia de olores que nunca había percibido en la Tierra ni en Mermes. Por último, Mornichan dijo pausadamente: —Necesito pensarlo. Tendré que conferenciar con mis colegas y con otras personas. Hay muchas complicaciones. Por ejemplo, no veo ninguna buena razón para hacer nada por la colonia de Ronruad. Por el contrario, encuentro que existen muchas, y excelentes, para dejar que se extinga.

—¿Cómo? —Falkayn apretó los dientes—. ¿Te refieres al próximo planeta exterior? Tengo entendido que las mercancías transitan aprisa a través de ese sistema.

—Claro que sí, claro que sí —reconoció Morruchan en tono impaciente—. Dependemos de los demás planetas para una serie de materias primas, por ejemplo algunos materiales fisionables o gases complejos de los mundos exteriores. No obstante, Ronruad sólo le interesa al Gethfennu.

Morruchan pronunció las palabras con tal disgusto que Falkayn aplazó el momento de pedir explicaciones.

—Las recomendaciones que presente en mi informe se inspirarán principalmente en la sabiduría del mano—se limitó a decir. —Aprecio tu cortesía —replicó Morruchan. Falkayn no supo si había o no ironía en su voz.

De hecho, el mano había recibido la novedad con más frialdad de la que cabía esperar. Claro que pertenecía a una raza diferente a los hombres, con una distinta tradición militar.

—Espero que, por el momento, honres al vach Dathyr aceptando nuestra hospitalidad, —le invitó el merseyano.

—Bueno...

Falkayn vaciló. Pensaba regresar a la nave, pero quizás haría más progresos quedándose allí. El personal de Reconocimiento había descubierto que la comida merseyana era asimilable para los hombres, además de sabrosa. Uno de los informes evidenciaba un auténtico éxtasis por la cerveza del lugar. —Acepto agradecido —decidió por fin.

—Muy bien. Te sugiero que vayas a descansar y refrescarte a las cámaras ya preparadas para ti. Con tu anuencia, se presentará un mensajero a preguntarte qué debe traerte de tu vehículo. ¿O prefieres que sea trasladado aquí?

—¡Hum, no! Razones políticas...

A Falkayn no le interesaba en absoluto correr ningún riesgo. Los merseyanos no estaban tan retrasados con respecto a la Liga como para no darles una sorpresa desagradable si se lo proponían. Morruchan arrugó la piel que le cubría la cresta sobre la frente, pero no hizo ningún comentario.

—Cenarás conmigo y con mis consejeros a la puesta del sol—informó.

Se despidieron ceremoniosamente.

Dos guardias condujeron a Falkayn a través de una serie de pasillos. Subieron una majestuosa escalinata, con la barandilla tallada en forma de serpiente. Le dejaron en sus habitaciones, espaciosas y con una serie de dispositivos que brindaban una comodidad y un bienestar que no tenían mucho que envidiar a los de su propia civilización. Las alfombras hechas con pieles de reptiles y las cabezas de animales que adornaban las paredes sobre colgaduras de color carmesí, suscitaban una cierta inquietud. Sin embargo, no le importó demasiado. Uno de los balcones daba a los jardines del palacio, cuyo austero buen gusto recordaban el estilo japonés primitivo, y a la ciudad.

Ardaig ocupaba un área considerable y debía de albergar de dos a tres millones de almas. El palacio se hallaba en un sector antiguo, con edificios de piedra gris almenados y rematados por fantásticas tórrelas. Las montañas que la rodeaban aparecían salpicadas de villas pertenecientes a los ricos, en medio de un manto de nieve blanca sombreada de azul. Terraplenada con estructuras altas y modernas, la bahía resplandecía como el bronce de un cañón. Entraban y salían cargueros. Un reactor con ala en delta silbó en lo alto. Sin embargo, se oía muy poco ruido de tráfico. En el sacrosanto Barrio Antiguo, se prohibían todos los vehículos que no fueran imprescindibles.

—Me llamo Wedhi, protector —se presentó el bajo merseyano de túnica negra que le aguardaba—. Espero que me permitas ser tu vasallo para servirte en lo que ordenes.

—Te doy las gracias —respondió Falkayn—. ¿Querrás mostrarme ahora cómo funcionan las instalaciones? —No veía la hora de conocer un cuarto de baño diseñado para ese pueblo—. Luego, acaso te pida un pichel de cerveza, un libro de texto sobre geografía política y un poco de intimidad por unas cuantas horas.

—El protector ha hablado. Te ruego que me sigas.

Los dos entraron en la cámara contigua, amueblada a la manera de un

dormitorio. Como por accidente, Wedhi rozó la puerta con la cola. Dado que no se trataba de una puerta automática, sino que se movía sobre goznes, se cerró a causa del impacto. Wedhi asió la mano de Falkayn y le dejó algo en la palma. Simultáneamente, se mordió los labios. ¿Significaría ese gesto que debía guardar silencio?

Falkayn sintió que un estremecimiento recorría su espina dorsal. Asintió y se guardó el fragmento de papel en un bolsillo.

En cuanto se quedó solo, abrió la nota, inclinándose sobre ella por si Je espiaban. La grafía no había cambiado.

Ten cuidado, habitante estelar. Hacha Larga Morruchan no es tu amigo. Si logras que esta noche alguien de tu compañía visite en secreto la casa de la esquina de Triaú y Victory señalada con dos esvásticas gemelas sobre la puerta, la verdad saldrá a la luz.

A medida que caía la noche, fue asomando la luna Neihevin, con su color de cobre, por encima de las colinas del este, en cuyos bosques centelleaba la escarcha. Lythyr, una pequeña y pálida media luna, ya estaba en lo alto, mientras Rigel se abría camino en el corazón de la constelación del Lancero.

Chee Lan se apartó de la pantalla visora con un estremecimiento y una frase muy poco femenina.

—No estoy programada para eso —se quejó la computadora de la nave.

—La sugerencia iba dirigida a mis dioses—replicó Chee,

Permaneció un buen rato meditando con tristeza sobre sus pesares. Ta-chih-chien-pih —O₂ Eridani A II, o Cyntia para los humanos— le parecía aún más distante de lo que estaba. La tibia y rojiza luz solar, las crujientes hojas alrededor de los hogares de las copas de los árboles se habían perdido en el tiempo y en el espacio. No sólo la intimidaba el frío exterior. ¡Aquellos merseyanos eran tan condenadamente *grandes!*

Ella no abultaba más que un perro de tamaño mediano, aunque el espeso rabo agregaba cierta magnitud a su figura. Sus brazos, casi tan largos como las piernas, concluían en delicadas manos de seis dedos. La cubría una piel blanca y plumosa, salvo donde se destacaba una máscara azulada, enmarcando los ojos verdes y la cara redonda de hocico romo. Al verla por primera vez, las féminas humanas tenían la tendencia a llamarla «encanto».

Se erizó. Las orejas, los bigotes y el pelo se le pusieron de punta. ¿Qué hacía ella, descendiente de carnívoros que perseguían a sus presas de rama en rama en saltos de cinco metros, xenobióloga de profesión, promotora mercantil por elección y campeona de tiro porque fe encantaba disparar armas de fuego, qué hacía sintiendo algo parecido al respeto por una pandilla de bárbaros pelones y patizambos? Se sentía sobre todo irritada. Había albergado la esperanza de concluir su última escultura mientras permanecía a bordo de la nave. En cambio, debía fastidiarse y salir a traquetear en medio de aquel asqueroso mal tiempo, moverse sin ser vista a través de un montón de piedras mugrientas al que sus constructores llamaban ciudad, oír a un patán parlotear horas enteras acerca de una riña entre cucarachas borrachas, soportando una perorata pretendidamente de carácter político... ¡Y fingir que se tomaba en serio la parodia!

Un cigarrillo narcótico la apaciguó, aunque lo consumió en feroces chupadas.

—Bueno, supongo que la cuestión reviste su importancia—murmuró—. Me esperan succulentas comisiones si el proyecto prospera.

—De acuerdo con mi programación, nuestro primer objetivo es de carácter humanitario —dijo la computadora—, pese a que no logro encontrar ese concepto en mi almacenamiento de datos.

—No te preocupes, Cabeza Hueca —replicó Chee, ahora de humor más benigno—. Por si quieres saberlo, se relaciona con esas represiones que tienes archivadas bajo el título de leyes y ética. Pero este viaje no nos concierne. Ya sé, los corazones sangrantes cacarean sobre eso de «Rescatar una Civilización Prometedora», como si la galaxia no hubiese introducido ya el caos en muchas civilizaciones. Bien, si quieren pagar, allá ellos. No les queda más remedio que trabajar con la Liga, porque la mayor parte de las j naves le pertenecen y no las alquilará de balde. Y la Liga tendrá que! empezar por nosotros, pues a los promotores mercantiles se les < supone expertos en establecer los primeros contactos, y nosotros éramos los únicos disponibles en ese momento, lo cual fue un golpe de buena suerte.

Apagó el cigarrillo e inició los preparativos. De hecho, no había alternativa. Tuvo que reconocerlo después de una conversación tri-direccional por radio con sus compañeros. (No les preocupaba que algún espía escuchara su conversación, dado que ningún merseyano conocía una sola palabra de ánglico.) Falkayn estaba paralizado en el palacio. Adzel andaba suelto por la ciudad, pero sería el último al que elegirían para una misión secreta. En consecuencia, la única disponible era Chee Lan.

—Mantén el contacto con nosotros tres—ordenó a la nave—. Registra todo lo que entre esta noche por mi comunicador bidireccional. No te muevas sin recibir órdenes en idioma galáctico y no respondas a ningún intento nativo de comunicación. Avísanos de inmediato si observas cualquier cosa desacostumbrada. Si no sabes nada de nosotros en veinticuatro horas, regresa a Catawrayannis e informa. Como Chee no pidió respuesta, el computador no se la proporcionó.

Chee se ciñó un arnés de gravedad, un equipo de herramientas y dos pistolas, un insensibilizador y un inyector de aire. Se echó encima una capa negra, no tanto para protegerse del frío como para disimular tantos arreos. Apagó las luces, abrió la portezuela del personal sólo lo suficiente para pasar y saltó.

El aire era frío y cortante. Más allá parecía líquido. Bajo los cielos, reinaba el silencio. Incluso el zumbido de su propia gravedad se perdía en él. Al pasar por encima de los soldados que rodeaban la nave, la *Cabezona*, con carros blindados y artillería —una precaución sensata desde la perspectiva nativa, tuvo que reconocerle, lógicamente descrita como guardia de honor—, vislumbró el tímido parpadeo de las hogueras de campamento y oyó un fragmento de una bronca canción. Silbó en las cercanías un aerodeslizador grande y negro, cruzando la Vía Láctea. Chee Lan modificó su trayectoria para evitar que la vieran.

Durante algún tiempo, sobrevoló una extensión cubierta de nieve. En un planeta desconocido, nadie aterriza en el centro de la ciudad si puede evitarlo. Las montañas y los bosques daban paso a un llano cultivado, en el que se apiñaban las luces de los poblados alrededor de los castillos de torres almenadas. Merseya —aquel continente, al menos— parecía haber mantenido el feudalismo incluso en los albores de la era industrial. ¿O no?

Quizás aquella misma noche lo descubriría.

Ante sus ojos aparecieron la costa y Ardaig. En aquella ciudad no

centelleaban las luces ni rugía el tráfico como en la mayoría de las comunidades de Técnica. Las ventanas amarillas esparcían sus puntos luminosos como luciérnagas atrapadas en una red fosforescente. El río Oiss refulgía con un brillo mate al fluir a través de la ciudad y penetrar en la bahía, bañada por la doble claridad lunar. Triple en realidad. Ahora asomaba Wythna. Un murmullo de máquinas se elevó hacia el cielo.

Chee eludió otro aparato y bajó como un rayo hacia el Barrio Antiguo, casi en penumbra. Aterrizó detrás de un bazar cerrado y buscó la callejuela más cercana. Se acurrucó y observó los contornos. En aquel sector crecía en las calles un césped resistente, ahora cubierto por una capa de hielo. Las farolas distaban bastante entre sí. Pasó un merseyano montado en una especie de perdieron astado. El ciudadano llevaba la cola plegada sobre la grupa de la bestia. A sus espaldas, flotaba la capa, dejando al descubierto una chaqueta acolchada, reforzada con relucientes discos de metal, y un fusil terciado al hombro.

Indudablemente no era un guardia. Chee había visto los uniformes militares, y Falkayn le había transmitido imágenes de las tropas de la corte de Morruchan por intermedio de la antena direccional manual. También la había informado de que los soldados hacían además las veces de policías. En ese caso, ¿por qué iba armado un civil? Eso indicaba un grado de desorden y violencia impropio de una sociedad tecnológica..., a menos que dicha sociedad tuviese más problemas de los que Morruchan admitía. Chee comprobó si sus armas salían con facilidad de su funda.

Se desvaneció el *cloc cloc* de los cascos. Chee asomó la cabeza fuera de la callejuela y buscó orientación en los carteles de la calle. En lugar de palabras, los merseyanos utilizaban coloridos emblemas heráldicos. Pero la gente de Reconocimiento había trazado un buen mapa de Ardaig, que el grupo de Falkayn memorizó. El Barrio Antiguo no podía haber cambiado mucho. Avanzó a grandes pasos, buscando cobertura cada vez que aparecía un jinete o un peatón. No hubo muchos.

¡Allí estaba la esquina señalada! Entrecerró los ojos para ver mejor en las tinieblas e identificó el símbolo tallado en el dintel de una casa gris, de pobre aspecto. Subió a toda prisa las escaleras y llamó a la puerta, sin apartar la mano libre del insensibilizador.

La puerta se abrió con un crujido. Un rayo de luz se filtró a través de la hendedura. Frente a Chee, apareció un merseyano empuñando una pistola. Movi6 la cabeza a un lado y a otro, esforzándose por ver quién llamaba en medio de la noche.

—Estoy aquí, idiota —musitó Chee.

El otro bajó la vista y retrocedió de un salto.

—¡En! ¿Eres de la nave estelar?

—No —se mofó Chee—, he venido a revisar las cañerías. —Pasó directamente a un pasillo con friso de madera—. Si quieres conservar el secreto que me trajo aquí, permíteme sugerirte que cierres la puerta.

El merseyano obedeció. Permaneció un momento observándola bajo la luz de una lámpara incandescente.

—Pensé que serías... diferente.

—Los que visitaron por primera vez este mundo eran terráqueos, pero supongo que no os imaginaréis que todas las razas del cosmos se ajustan a sus ridículas características. Escucha, no dispongo de mucho tiempo que

dedicar al asunto por el que me habéis convocado, de modo que condúceme en el acto ante tu amo. El merseyano obedeció de nuevo. Vestía con ropas semejantes a las que usaban por la calle, una casaca con cinturón y pantalones muy holgados. Pero cierta precisión en el corte, al igual que las rayas de colores azul y dorado y el doble galón bordado en las mangas, indicaban que se trataba de una librea. ¿O un uniforme? Chee confirmó esta segunda posibilidad al ver a otros dos individuos ataviados de manera similar, armados y en posición de firmes delante de una puerta. Estos últimos la saludaron y la hicieron pasar.

Chee penetró en una cámara señorial. Aunque había instalado un calefactor radiante, crepitaba el fuego en el hogar. Chee prestó escasa atención a las suntuosas colgaduras y a las columnas talladas. Dirigió la mirada a los dos personajes que la aguardaban sentados.

Uno de ellos, atlético, con el rostro surcado por cicatrices, golpeteaba inquieto el suelo con la punta de la cola. Lleva manto azul y dorado y una corta lanza de ceremonia. Al ver a Chee, contuvo el aliento. La cyntiana resolvió que le convenía mostrarse amable.

—Mi nombre es Chee Lan, respetables. Formo parte de la expedición interestelar y he venido en respuesta a vuestra cordial invitación.

—*Khraich* —El aristócrata, una vez recuperado el aplomo, se llevó un dedo a la ceja—. Bienvenida seas. Yo soy Dagla, llamado Pronto Ira, mano del vach Alien. Te presento a mi camarada Olgor hu Freylin, que ostenta el rango de maestro de la guerra en la república de Lafdigu y ha venido a Ardaig como delegado de su país.

Olgor era de edad mediana, rechoncho y de piel más oscura y rasgos más achatados que los comunes en torno al Ancho Océano. También vestía como un extranjero, una especie de toga con hebras de metal entretejidas en la tela de color púrpura. Su voz sonaba suave e imperturbable, carente de la aspereza propia de aquellas tierras. Cruzó los brazos —¿un gesto de saludo?— y dijo en eriau y con fuerte acento extranjero:

—Grande es el honor que nos haces. Puesto que los últimos visitantes de tu poderosa civilización permanecieron confinados sobre todo en esta región, quizá no tengas noticias de la mía. Permíteme, pues, decirte que Lafdigu se encuentra en el hemisferio sur y ocupa una buena parte de su continente. En aquellos tiempos, no estábamos aún industrializados. Ahora pensamos que la situación ha cambiado.

—Todo lo contrario, maestro de la guerra, ten la certeza de que nuestra gente ha oído hablar mucho de la venerable cultura de Lafdigu y lamento de veras no tener tiempo para visitarla personalmente. A medida que soltaba sus mentiras, Chee Lan iba adquiriendo mayor tacto. La cyntiana gruñó para sus adentros: «¡Por favor! Como si no tuviéramos problemas suficientes, también interviene en esto la politiquería internacional».

La entrada de un sirviente, con una botella de cristal tallado y copas» les interrumpió.

—Confío en que tu raza, a semejanza de los terráqueos, pueda compartir un refresco merseyano —invitó Dagla.

—Desde luego —aceptó Chee—. Es indispensable que quienes viajan juntos ingieran las mismas sustancias. Muchas gracias, mano.

—No contábamos con..., *hurgh*..., con un invitado de tus dimensiones —intervino Olgor—. ¿Prefieres una copa más pequeña? El vino es fuerte.

—Esta me parece perfecta. —Chee saltó a una mesa baja, se sentó en cuclillas y levantó su copa con las dos manos—. Entre los galácticos, se acostumbra a beber a la salud de los amigos. A la vuestra, respetables.

Bebió un largo trago. Había comprobado a menudo que resultaba ventajoso guardar silencio sobre el hecho de que el alcohol no afecta, el cerebro cyntiano.

Dagla bebió una cantidad mayor aún, paseó la mirada por la habitación y rugió:

—Con tu permiso, capitán, basta de formalidades. —Chee se quitó la capa—. ¿O debo decir capitana?

Vació el vaso de un trago. En su sociedad, se juzgaba que las mujeres debían limitarse a la cocina, la iglesia y los crios.

—Tenemos... —vaciló—, tenemos importantes asuntos que tratar.

—El mano es demasiado brusco con nuestra noble invitada —protestó Olgor.

—Nada de eso, el tiempo apremia —respondió Chee—. Evidentemente, se trata de una cuestión de mucho peso, puesto que llegasteis a sobornar a un sirviente de la mismísima corte de Morruchan.

Dagla sonrió.

—Instalé allí a Wedhi hace ocho años. Una buena cámara acústica.

—Espero que el mano del vach Hallen pueda confiar en sus propios servidores... —ronroneó Chee.

Dagla arrugó el ceño, mientras Olgor fruncía los labios.

—Hay que correr algún riesgo. —Dagla pareció cortar el aire con un ademán—. Los únicos datos que conocemos los obtuvimos por vuestras primeras comunicaciones de radio, que decían muy poco. Morruchan os aisló con toda prontitud. Espera sin duda que sólo os enteréis de lo que él desea. Para manipularos. Aquí, en esta casa, podemos hablar con franqueza.

«Con tanta franqueza como vosotros decidáis», pensó Chee.

—Tenéis toda mi atención —dijo.

Entre Dagla y Olgor hilvanaron por fragmentos el relato. Lo que decían parecía razonable.

Cuando llegó el equipo de Reconocimiento, la cultura del Ancho Océano se hallaba a un paso de la era de las máquinas. Se había descubierto ya el método científico. Poseían una astronomía heliocéntrica, una física postnewtoniana y premaxweliana, una química naciente, una taxonomía bien desarrollada y algunas especulaciones acerca de la evolución. Las máquinas de vapor funcionaban en los primeros ferrocarriles. Sin embargo, el poder político continuaba fragmentado entre los diversos vachs. Los científicos, los ingenieros, los maestros, trabajaban bajo el patronato de uno u otro mano.

Los visitantes del espacio tenían demasiado sentido de la responsabilidad para transmitirles ningún tipo de información práctica significativa. De todas maneras, no les hubiera servido para nada. ¿Cómo se fabrican transistores, por ejemplo, si no se sabe refinar los semimetales ultrapuros? ¿Y para qué se quieren, si todavía no se cuenta con la electrónica? Sin embargo, los humanos habían dado un fuerte empujón a la ciencia teórica y experimental con sus relatos... Y sobre todo, mediante el simple e impresionante hecho de su presencia.

Luego, se habían marchado.

Un pueblo salvaje y orgulloso, al que irritaba su propia insignificancia. Chee conjeturó que allí estaba la raíz de la mayor parte de la efervescencia social

que siguió. Y acaso un motivo más urgente que la curiosidad o los beneficios comenzó a impulsar a los científicos: el deseo, la necesidad de ponerse al día, de permitir la entrada de Merseya en la escena galáctica.

Los vachs cabalgaron con gran astucia sobre la cresta de la ola. Poco a poco, dejaron de lado sus disputas, formaron una confederación libre, afrontaron los nuevos problemas con suficiente habilidad para que no surgiera ningún movimiento que les despojara de sus privilegios. No obstante, persistieron las rivalidades, los propósitos excluyentes y a menudo un espíritu reaccionario, un retorno a los viejos tiempos en que los jóvenes respetaban al Dios y a sus mayores.

Entretanto, se extendió la modernización por todo el planeta. El país que no mantenía ese ritmo pronto caía bajo la dominación extranjera. A Lafdigu le había ido muy bien. Chee tuvo la clara impresión de que la república era en realidad una dictadura de botas claveteadas. Sus propias ambiciones imperiales chocaban con las de los manos. Se había evitado la guerra nuclear en el terreno, pero, de vez en cuando, se entablaban batallas espaciales horribles y sin resultados definitivos.

—Y así estamos —agregó Dagla—. Por ser el más vasto y el más poderoso, la voz del vach Dathyr se escucha más en este reino. Pero hay otros vachs que le presionan: Hallen, Ynvory, Rueth, incluso Urdiolch, que no posee tierras. Comprenderás lo que significaría si alguno de ellos obtuviese vuestros servicios exclusivos.

Olgor asintió.

—Entre otras cuestiones —dijo—, a Hacha Larga Morruchan le gustaría lograr que se ignore a mi país. Al estar situado en el hemisferio sur, nos tocará lo peor del estallido de la supernova. Si no nos protegemos, quedaremos eliminados de sus ecuaciones.

—Con toda sinceridad, capitana —prosiguió Dagla—, no creo que Morruchan desee vuestra ayuda. *Khraich*, sí, aceptará la indispensable para evitar el colapso total. Pero ha despotricado durante mucho tiempo contra el mundo moderno y sus costumbres. No lamentaría ver la civilización industrial lo bastante reducida para retornar al orgulloso feudalismo.

—¿Qué hará para impedirnos llevar a cabo nuestro trabajo? —inquirió Chee—. No le juzgo tan tonto como para matarnos, pues otros seguirán nuestros pasos.

—Ése es capaz de cualquier cosa —opinó Dagla—. Tratará, como mínimo, de mantener su posición, de que operéis a través de él y recibáis la mayoría de vuestra información de sus fuentes... Y se aprovechará de vosotros para incrementar su poder. ¡A expensas de todos los demás!

—Lo previmos incluso en Lafdigu, cuando tuvimos noticias de vuestra llegada —apuntó Olgor—. El Colegio de Estrategas me envió aquí de inmediato para captarnos todas las alianzas posibles. Algunos manos se muestran dispuestos a admitir que mi país continúe siendo una fuerza en el mundo, como precio por nuestra colaboración en debilitar a sus vecinos más cercanos.

Chee dijo lentamente:

—A mi entender, suponéis demasiadas cosas con respecto a nosotros, pese a vuestros escasos conocimientos.

—Capitana —puntualizó Olgor—, la Merseya civilizada ha tenido dos siglos para estudiar cada palabra, cada imagen, cada leyenda acerca de vosotros. Algunos os creen semejantes a dioses... o a demonios. Sí, han florecido cultos

basados en la esperanza de vuestro retorno y no me atrevo a imaginar qué harán ahora que habéis venido. Sin embargo, hay entre nosotros mentes más frías, y aquella primera expedición fue sincera, ¿verdad? Por lo tanto, según el postulado más razonable, ninguna de las razas estelares posee poderes mentales de los que nosotros carecemos. Ocurre, sencillamente, que tienen historias más prolongadas. Y cuando supimos cuántas estrellas hay, comprendimos que vuestra civilización está muy poco extendida entre ellas. No haréis un enorme esfuerzo por nosotros, en términos de vuestra propia economía. Imposible. Os urgen otras cosas. Tampoco contáis con el tiempo necesario para enteraros de todo sobre Merseya y discutir cada detalle de vuestra actuación. La supernova destellará en nuestros cielos en menos de tres años. Os veis forzados a cooperar con cualquier autoridad que encontréis y creer en su palabra en cuanto a cuáles son las cosas cruciales que se deben salvar y cuáles deben abandonarse. ¿Me equivoco?

Chee sopesó su respuesta.

—Hasta cierto punto tienes razón —repuso con prudencia.

—Morruchan lo sabe —prosiguió Dagla— y utilizará este conocimiento en la forma que más le convenga. —Se inclinó hacia delante, enorme en comparación de Chee—. Por nuestra parte, no lo toleraremos. Preferimos que el mundo se derrumbe para ser reconstruido por nosotros a que el vach Dathyr absorba lo que nuestros antepasados forjaron. Ningún esfuerzo planetario saldrá adelante sin la ayuda de la mayoría. Si no se concede voz y voto en las decisiones que se tomen, lucharemos.

—Mano, mano... —le reconvino Olgor.

—No, sus palabras no me ofenden —le tranquilizó Chee—. De hecho, agradezco tan sincera advertencia. Como comprenderéis, ninguno de los pueblos de Merseya nos inspira sentimientos negativos, no nos inclinamos en favor de ninguno y no tomamos partido... —Y añadió para sí: «ni nos interesan vuestras inmundas maniobras»—. Si habéis preparado un documento en el que queda establecida vuestra posición, con mucho gusto lo estudiaremos.

Olgor abrió un cofre, del que sacó un fajo de papeles atado con algo parecido a una piel de serpiente.

—Fue escrito con cierta prisa —se disculpó—. Ya os proporcionaremos una relación más completa.

—Servirá por el momento. Chee se preguntó si debía quedarse aún. Sin duda se enteraría de algo más... No, tendría que espigar demasiado entre lo que oyerá para eliminar la propaganda. Además, ya había sido todo lo diplomática que cabía esperar de ella. ¿O no?

Podrían llamar directamente a la nave, les dijo. Si Morruchan trataba de interferir las ondas aéreas, ella lo interferiría a su vez, dejándole en una posición difícil. Olgor parecía impresionado. Dala puso objeciones a un sistema de comunicación susceptible de control. Ghee suspiró.

—Entonces invítanos aquí para sostener una conversación privada —sugirió—. ¿Provocará eso un ataque de Morruchan contra vosotros?

—No, supongo que no..., aunque eso le dará una idea de lo que sabemos y de nuestros propósitos. Chee habló con su voz más dulce:

—Yo creía que el mano del vach Hallen sólo deseaba poner fin a tantas intrigas y egoísmos, lograr una apertura, de modo que los merseyanos luchasen juntos por el bienestar común.

Jamás había albergado una opinión tan tonta, pero Dagla no era capaz de

reconocer que su principal interés consistía en poner a los tuyos por encima de todos los demás. Alborotó mucho acerca de un transmisor que los equipos merseyanos fuesen incapaces de detectar. ¿No tenían uno así los galácticos? Claro que lo tenían, pero Chee no pensaba soltar prenda sobre los materiales con semejante potencialidad. Dijo que lo lamentaba, que no habían traicionada...

—Una pena... Buenas noches, mano, buenas noches, maestro de la guerra.

El guardia que la había recibido en la entrada la acompañó hasta la puerta. Se preguntó por qué no le habrían hecho sus anfitriones. ¿Por cautela o sólo por una diferencia en sus costumbres? Bien, no importaba. Ahora debía volver a la nave. Corrió por la calle helada buscando una callejuela desde la cual no se advirtiera su despegue. Tal vez hubiera alguien por allí aficionado a apretar el gatillo.

Divisó un hueco entre dos casas y se precipitó en la oscuridad. Un cuerpo cayó sobre ella. Unos brazos la inmovilizaron. Chilló. Una luz destelló brevemente y le cubrieron la cabeza con un saco. Chee inhaló un olor agrídulce y perdió el sentido.

Adzel no sabía aún qué le ocurría ni cómo se había iniciado aquello. Andaba por allí, sumido en sus propios pensamientos y, de pronto, se vio designado como orador en una reunión de plegaria. Si en efecto se trataba de rezos...

Carraspeó.

—Amigos míos—empezó.

Un bramido recorrió la sala. Rostros, rostros y más rostros contemplaban la tribuna, que él llenaba con sus cuatro metros y medio de largo. Debía de haber presentes un millar de merseyanos: plebeyos, pecheros y proletariado urbano, en su mayoría mal vestidos, entre ellos muchas mujeres. Las clases bajas no separaban los sexos con tanta rigidez como las altas. Los olores que emanaban volvían espeso y almizcleño el aire. La sala, situada en la parte nueva de Ardaig, había sido construida sin lujo. Pero sus proporciones, los matices contrastantes de los paneles, los símbolos pintados en escarlata a lo largo de las paredes, recordaron a Adzel que se hallaba en un planeta extraño.

Aprovechó la interrupción para levantar hasta el morro el transceptor que colgaba sobre su pecho y murmurar en tono lastimero:

—¿Qué les digo, David?

—Sé benévolo y evasivo —le aconsejó Falkayn—. No creo que a mis anfitriones les guste lo que está ocurriendo.

El tercer tripulante de la nave miró por encima de la fervorosa multitud, en dirección a la entrada. Junto a la puerta, vio a tres guardias de la corte de Morruchan.

A Adzel no le preocupaba un ataque físico. Además de contar con la nave como respaldo, él mismo resultaba formidable, un centauroide de mil kilos, con una coraza natural que despedía un brillo verdoso en la parte superior y dorado en la inferior. La columna vertebral tenía crestas mucho más impresionantes que las de cualquier merseyano. Las orejas no eran de suave cartílago, sino huesudas, y un saliente similar protegía sus ojos. Su rostro de cocodrilo mostraba al abrir la boca una alarmante serie de colmillos. En consecuencia, le había tocado a él, entre los tres miembros del equipo, deambular por la ciudad recogiendo impresiones. Los argumentos de Morruchan en sentido contrario habían sido rechazados con toda amabilidad.

—No temas que plantee dificultados, mano—le tranquilizó Falkayn

confiadamente—. Adzel nunca participaría en ningún tipo de violencia. Es un budista, un amante de la paz, tolerante en lo que toca a la conducta de los demás.

No logró, sin embargo, rechazar la porfía de la multitud, que acabó por arrinconarle.

—¿Sabes algo de Chee? —preguntó. —Nada todavía —contestó Falkayn—. Claro está, Cabeza Hueca sigue controlando. Supongo que se pondrá en contacto con nosotros mañana. Por favor, no vuelvas a interrumpirme. Estoy en pleno e interminable banquete oficial.

Adzel levantó los brazos para reclamar silencio. Por desdicha, aquel gesto significaba allí un estímulo para gritar con mayor vehemencia. Cambió de posición. Sus cascos resonaron ruidosos sobre la plataforma, y su cola volcó un candelabro de pie.

—Lo siento... —se disculpó.

Un merseyano de túnica roja llamado Gryf, el delirante jefe de aquella organización —¿se llamaban los fieles de la Estrella?— levantó el pesado objeto e impuso silencio en la sala.

—Amigos, amigos míos. Estoy... Agradezco profundamente el honor que me concedéis al pedirme que pronuncie unas palabras. —Trató de recordar los discursos políticos que había oído cuando estudiaba en la Tierra—. En la gran fraternidad de las razas inteligentes, que se extiende a todo lo largo y lo ancho del universo, es indudable que a Merseya le corresponde desempeñar un magnífico papel.

—¡Muéstranos..., muéstranos el camino! —aulló el público—. El camino, la verdad, la larga senda hacia el futuro.

—¡Ah...! Sí, será un placer. —Adzel se volvió hacia Gryf—. Pero tal vez antes, vuestro..., hum..., vuestro glorioso líder quiera explicarme los motivos de este... de esta...

¿Cómo se decía «club»? ¿O la palabra que necesitaba era «iglesia»? Sobre todas las cosas, Adzel necesitaba información.

—El noble galáctico bromea —comentó Gryf extasiado—. Sabes muy bien quiénes son los que han vivido de acuerdo con los preceptos impartidos por los galácticos, en la leal esperanza del retorno que nos prometieron. Somos vuestro instrumento escogido para la salvación de Merseya y la erradicación de sus males. ¡Usadnos!

Adzel era planetólogo de profesión, pero su insaciable curiosidad le había llevado a estudiar otros muchos campos. Recorrió mentalmente los libros que había leído, las sociedades que había visitado, hasta que identificó el modelo. Aquella gente había adjudicado una significación casi religiosa a una escala casual en su planeta. ¡Oh, la gema en el loto! ¿Qué clase de confusión se había originado?

Tenía que descubrirlo.

—Eso está... muy bien —afirmó—. Muy bien, sin duda alguna. Dime, ¿a cuánto asciende el número de vuestros miembros? —A más de dos millones, protector, dispersos en veinte naciones. Hay algunas eminencias entre nosotros, por ejemplo el heredero del vach Isthyr. Pero la mayoría está integrada por pobres virtuosos. De saber que en este día llegaría el protector... Bien, vendrán todos lo antes posible a escuchar tu mandato.

Adzel previo que semejante afluencia colmaría la medida. Mientras recorría las calles, Ardaig le había parecido ya bastante turbulenta. Y lo poco que había

aprendido —a través de los psicólogos de Reconocimiento— acerca de los instintos básicos merseyanos sugería que formaban una especie combativa. Por lo tanto, la histeria masiva podía derivar en incidentes muy desagradables.

—¡No!—gritó.

El volumen de su voz casi hizo caer a Gryf del estrado. Moderó el tono.

—Que permanezcan en sus hogares. La serenidad, la paciencia y el cumplimiento de los deberes cotidianos son las más excelsas virtudes galácticas.

«¡Intenta que se trague eso un aventurero mercantil!», se dijo Adzel para sus adentros. Se contuvo y anunció en voz alta:

—No os ofrezco ningún milagro.

Estuvo a punto de agregar que la noticia que llevaba se refería a sangre, sudor y lágrimas. Al fin, decidió callar. Cuando uno se enfrenta a un pueblo cuyas reacciones no sabe predecir, semejantes noticias deben comunicarse con tacto y cuidado. La primera comunicación radial de Falkayn había sido cauta precisamente por esa razón.

—Eso está claro —intervino Gryf, que no era ningún estúpido, ni siquiera un loco, excepto en sus creencias—. Nosotros mismos debemos liberarnos de nuestros opresores. Dinos por dónde empezar.

Adzel observó que los soldados de Morruchan empuñaban con firmeza sus fusiles. «¿Esperan que pongamos en marcha algún tipo de revolución social? —pensó como en un torbellino—. No podemos. No nos atañe. A nosotros nos corresponde vuestras vidas y para lograrlo no debemos debilitar, sino fortalecer la autoridad establecida, a fin de que coopere con nosotros. Toda revolución madura con lentitud, como consecuencia de la tecnología... ¿Me atreveré a decírselo?» La pedantería tal vez les apaciguase, aunque sólo fuera aburriéndoles hasta dormirles.

—En el caso de que se necesite un gobierno — declamó—, existe un requerimiento básico para que dicho gobierno funcione bien: su legitimidad. Y el problema básico de cualquier innovador político consiste en cómo continuar, o en cómo establecer de nuevo, una base sólida para tal legitimidad. Por consiguiente, los recién llegados como yo mismo no podemos...

Fue interrumpido —más tarde se sintió tentado a decir «rescatado»— por un ruido procedente del exterior, un ruido que iba en crescendo, un bronco sonsonete, el martilleo de pisadas sobre el pavimento. Las mujeres del público gimieron. Los hombres gruñeron y avanzaron hacia la puerta. Gryf saltó de la plataforma, se lanzó hacia lo que Adzel identificó como un telecomunicador y activó la antena direccional. Quedó a la vista la calle y una turba armada. Por encima de sus cabezas, contra el fondo de tejados cubiertos de nieve y el cielo nocturno, ondeaba un estandarte amarillo.

—¡Los demonistas! —rugió Gryf—. Me lo temía.

Adzel corrió a su lado.

—¿Quiénes son?

—Una secta de lunáticos. Imaginan que vosotros, los galácticos, deseáis y habéis deseado desde el principio corrompernos hasta conducirnos a nuestra propia destrucción. No te preocupes, estaba preparado para esto. Mira.

Por los callejones, avanzaban apretadas filas de fornido? varones armados. Uno de los soldados de caballería pronunció unas palabras ante el micrófono de un transmisor portátil. Sin duda pedía ayuda para sofocar el inminente tumulto. Adzel regresó al estrado y suplicó a todos que permanecieran en el

interior de la sala.

Quizás hubiera logrado su objetivo, gracias a la potencia de sus pulmones más que por la razón, pero en ese momento sonó en su transceptor la voz de Falkayn:

—¡Reúnete conmigo de inmediato! ¡Han raptado a Chee!

—¿Qué dices? ¿Quién? ¿Por qué?

La barahúnda que le rodeaba perdió toda su importancia.

—Lo ignoro. Cabeza Hueca acaba de avisarme. Chee ya había abandonado el lugar de su visita. Cabeza Hueca captó un grito, los sonidos de un forcejeo y nada más. Voy a pedirle que trate de rastrearla por medio de la onda de transmisión. Cabeza Hueca dice que la fuente está en movimiento. Muévete tú también y ven al castillo.

Adzel se movió y, al hacerlo, arrastró consigo un trozo de pared.

Korych se elevó a través de las nieblas invernales, que se volvieron doradas al humear más allá de las torres y por encima del río. Los timbales intensificaron su redoble ritual desde la montaña Eindh. Se alzaron las persianas de puertas y ventanas, comenzaron a formarse los corros del mercado, resonó el murmullo de un centenar de pequeños talleres. A la distancia, pero más profundos y más portentosos, se oían el zumbido del tráfico y los motores en los barrios nuevos, los toques de sirena de las embarcaciones de ía bahía, el silbido de los aviones a chorro en lo alto, el estruendo de los cohetes cuando una nave abandonó el puerto espacial en dirección a la luna Seith.

Hacha Larga Morruchan apagó las luces de la cámara donde se ocupaba de los asuntos confidenciales. La luz del amanecer fluyó pálida a través del vidrio, poniendo de relieve el tono macilento de los rostros.

—Estoy muy fatigado —dijo—. Y nos encontramos en un callejón sin salida.

—Mano —respondió Falkayn—, lamento que así sea, pero no nos moveremos de aquí hasta tomar alguna decisión.

Morruchan y Dagla echaban fuego por los ojos. El rostro de Olgor permanecía inexpresivo. Ninguno de ellos estaba acostumbrado a semejantes tratos. Falkayn miró a cada uno de ellos a los ojos, y Adzel levantó la cabeza desde su posición en el suelo, donde se había enroscado. Los merseyanos se apoyaron de nuevo sobre sus colas.

—La totalidad de vuestro mundo está en juego, respetables —advirtió Falkayn—. Mi gente no sentirá el menor deseo de gastar tiempo y dinero, de prescindir de algunos de los suyos, si le espera tan ingrato tratamiento.

Alzó los arreos colocados sobre el escritorio de Morruchan y los sopesó. Guiados por Cabeza Hueca, los sabuesos de la corte los habían encontrado en una zanja de las afueras de la ciudad y los habían llevado al castillo horas atrás. Con toda evidencia, los raptos de Chee sospecharon que a través de aquellos objetos se transmitía una señal. Falkayn los sintió conmovedoramente ligeros en su mano.

—¿Qué quieres que te digamos? —argumentó Olgor—. Cada uno hemos expresado nuestras sospechas de que alguno de los otros dirigió la acción con el propósito de obtener ventajas para sí mismo. También pudo haberla llevado a cabo otro vach u otra nación, o los demonistas, incluso los fieles de la Estrella, por alguna retorcida razón. —Se volvió hacia Dagla—. ¿Seguro que no tienes la menor idea de para quién trabajaba tu servidor?

—Ya te he dicho que no —replicó el mano de Hallen—. En este país no tenemos la costumbre de fisgonear en (as vidas ajenas. Sólo sé que Dwy

ingresó a mi servicio hace unos años, que su prestación fue satisfactoria y que ahora ha desaparecido. Supongo que actuaba cómo espía de alguien y que habló a sus amos de la posibilidad de aprehender a un miembro de la tripulación galáctica. Resulta muy fácil hacer una llamada por telecomunicador y sólo necesitaban cubrir las escasas rutas posibles para ella al separarse de nosotros.

—En síntesis —declaró Morruchan—, actuó de manera similar al espía tuyo que te reveló mis movimientos.

—Ya basta, respetables—suspiró Falkayn—. Demasiadas veces hemos abordado el mismo tema en esta maldita noche. Acaso una investigación nos proporcione alguna clave sobre Dwyrr, por ejemplo de dónde viene y otros datos. Pero eso llevará tiempo. Debemos analizar todas las posibilidades de inmediato. Incluyendo un examen de vosotros mismos. Os sugiero que os practiquéis mutuamente un registro de comprobación.

—¿Y quién te registrará a ti? —quiso saber Morruchan.

—¿Qué pretende insinuar el mano?

—Que tal vez se trate de una triquiñuela tuya.

Falkayn se mesó los cabellos.

—¿Y por qué razón?

Le hubiera gustado agregar algo, pero las relaciones ya se habían enfriado.

—¿Cómo puedo saberlo? —alegó Morruchan—. Tú eres un desconocido. *Dices* que no te mueven designios imperialistas, pero tus compañeros se han reunido con rivales míos, con un culto cuya principal esperanza consiste en trastocar el orden de las cosas, y el Dios sabrá con quién más. ¿Con el Gethfennu, por ejemplo?

—¿Sería el mano tan amable de explicarme quiénes forman este último? —inquirió Adzel con su voz más melosa.

—Ya hemos hablado de ellos —respondió Dagla.

—Sin duda mientras yo estaba fuera, orientando nuestra nave en su búsqueda y el consiguiente retorno a la base. Te ruego que disculpes la pregunta de un humilde tonto.

La idea de que alguien como Adzel se llamase a sí mismo humilde tonto pilló tan de improviso y desconcertó tanto a los merseyanos que olvidaron su furia. Falkayn añadió:

—No me disgustaría que te extendieras más sobre ellos. Jamás sospeché de su existencia antes de ahora,

—Forman un sindicato criminal, extendido a lo largo y lo ancho del mundo y por el espacio —explicó Morruchan—. Ladrones, asesinos, ramera, estafadores, corruptores de todo lo bueno. Morruchan prosiguió su relato. Mientras hablaba, Falkayn se dedicó a analizar cada una de sus palabras. Sin duda el Gethfennu constituía una pésima influencia, pero Morruchan tenía demasiados prejuicios y ningún sentido histórico, lo que le impedía comprender por qué había prosperado el sindicato. La revolución industrial había hecho temblar los pilares de la sociedad. Los trabajadores que acudieron en tropel a las ciudades se vieron libres de las viejas restricciones feudales... y también de la correspondiente protección. El empobrecimiento cultural y material engendró el desorden. No obstante, sobrevivió la tradición señorial, aunque en forma distorsionada. En poco tiempo, las bandas se reunieron en una red que ofrecía a sus miembros protección y objetivos, además de beneficios.

El reino clandestino del Gethfennu nunca sería destruido por unos vachs y

unas naciones divididos entre sí. El Sindicato se defendía de manera muy eficaz, más a menudo manejando el dinero y las influencias que recurriendo a la violencia. Y desde luego, representaba una válvula de seguridad. Un plebeyo que frecuentara sus garitos o casas de placer tal vez saliera esquilado, pero no tramaría una insurrección.

Por lo tanto, se llegó a un acuerdo tácito, del tipo que muchos planetas conocen, entre ellos la Tierra. Los mandamases de la banda mantenían la estafa y el vicio a un nivel tolerable, limitándolos a determinadas áreas y a ciertas clases. El asesinato, el robo y el chantaje no alcanzaron el aristocrático palacio ni los altos cargos financieros. Sí el soborno, en cambio, en algunos países, con lo cual el Gethfennu se vio reforzado.

En los últimos tiempos, sus tentáculos se habían extendido más allá de aquellos cielos, y la banda se había convertido en una empresa interplanetaria. Como ejemplo estaba Ronruad, el planeta exterior más cercano. Exceptuando en lo que se refería a la investigación científica, presentaba escaso valor intrínseco. Por el contrario, como base, tenía tanta importancia estratégica que su emplazamiento había llegado a provocar alguna guerra. En consecuencia, el último tratado de paz general lo había neutralizado, dejándolo fuera de toda jurisdicción. Poco tiempo después, el Gethfennu se aprovechó de esta circunstancia y fundó allí una colonia, donde todo se hallaba permitido. Una línea de viajes espaciales —era un secreto a voces que la controlaba el sindicato— ofrecía un servicio de pasajeros. Luridor se transformó en la ciudad pionera adonde acudían los merseyanos respetables en busca de una alegría desenfadada, aunque costosa. También llegó a ser un nido de problemas, y Falkayn comprendía muy bien por qué razón Morruchan no quería protegerla contra los efectos de la supernova.

Descubrió que lo mismo opinaba Dagla y muy probablemente, pensó, la mayoría de los manos. Olgor lo manifestó con menos énfasis, pero estuvo de acuerdo en que, en el mejor de los casos, Ronruad debía ocupar el último lugar en el orden de prioridades.

—¿Insinúas que el Gethfennu raptó a Chee Lan para cobrar un rescate?— preguntó Adzel.

—Cabe en lo posible —contestó Dagla—, aunque tal vez el rescate que os pidan consista en obligaros a prestarles ayuda. Si se han infiltrado también en el servicio del mano Morruchan, conocerán la situación.

—Pero no pueden ser tan ingenuos... —objetó Falkayn.

—Investigaré —prometió Morruchan—. Estoy en condiciones de informarme directamente. Sin embargo, los canales de comunicación con el Gethfennu son intrincados y, por lo tanto, lentos.

—En cualquier caso —aclaró Falkayn de mal humor—, Adzel y yo no tenemos la menor intención de dejar a nuestra compañera durante años en las garras de esos criminales, para que al final quizá le corten la cabeza.

—Todavía no sabes si ha caído en su poder —le recordó Olgor.

—Cierto, No obstante, rondaremos el espacio, acercándonos a su colonia. En Merseya, que conocemos mal, poco podríamos hacer. Aquí debéis investigar vosotros, respetables, y lograr que todos los demás colaboren en vuestra investigación.

La orden pareció acabar con la poca paciencia de Morruchan.

—¿Crees que no tenemos más ocupaciones que buscar a ese ser? ¿Nosotros, que dominamos a millones?

Falkayn se enojó a su vez.

—¡Pues si queréis seguir dominándolos, más vale que convirtáis la búsqueda de Chee Lan en vuestra mayor preocupación!

—¡Calma, calma! —intervino Olgor—. Nos sentimos todos tan cansados, que los aliados nos volvemos enemigos. Eso no es bueno. —Apoyó una mano en el hombro de Falkayn—. Galáctico, supongo que te darás cuenta de que organizar un registro de todo el sistema en un mundo tan diverso como el nuestro supone una tarea de mayor magnitud que el registro en sí. No pocos líderes de naciones, tribus, clanes y facciones desconfiarán de la verdad cuando se la transmitamos. Demostrarla exigirá una gran habilidad diplomática. Otros centrarán su interés en manipular esta cuestión para obtener ventajas sobre nosotros. Y otros aún albergarán la esperanza de que os vayáis para no retornar jamás... Y no hablo sólo de los demonistas. —Si no nos devuelven a Chee sana y salva —amenazó Falkayn—, es posible que estos últimos vean satisfecho su deseo.

Los labios de Olgor dibujaron una sonrisa superficial.

—Galáctico —murmuró—, no hagamos juegos de palabras. Vuestros científicos quieren adquirir aquí conocimientos y prestigio, vuestros mercaderes esperan obtener beneficios. No permitirán que un lamentable incidente provocado por unos pocos merseyanos y que afecta a uno solo de los vuestros... No permitirán que eso se interponga entre ellos y sus objetivos, ¿verdad?

Falkayn observó con fijeza los ojos de ébano de Olgor. Fue el primero en bajar la vista. Sintió náuseas. El maestro de la guerra de Lafdigu había descubierto su baladronada.

Los tres líderes, claro está, organizarían algún tipo de investigación, aunque sólo se encaminase a averiguar qué organización había infiltrado agentes entre su personal y hasta qué punto. También era indudable que otros merseyanos cooperarían. Pero la investigación estaría mal coordinada y se desarrollaría con lentitud. No lograría nada contra seres tan astutos como los que habían capturado a Chee Lan.

Para sus tres interlocutores, y sin duda para la casi totalidad de los merseyanos, Chee Lan carecía de valor.

Despertó en una celda.

La estancia medía menos de tres metros de largo, y la mitad de ancho y altura. Sin ventanas, sin puertas y sin comodidades. La capa de pintura no lograba ocultar la construcción básica, formada por grandes bloques, cuya insensibilidad a los puñetazos sugería gran espesor. En las paredes, había soportes que sujetaban en su lugar equipos de diversas clases. A pesar del diseño ajeno por entero al de Técnica, Chee reconoció una lámpara, un renovador de aire con termostato, una unidad de desperdicios, un canapé de aceleración... ¡Por Cosmos, equipos espaciales!

No le llegaba ningún sonido, ninguna vibración, salvo el leve zumbido del aventador de unidades de aire. Las paredes eran blancas, sin ninguna nota de color. Un rato después, tuvo la sensación de que se juntaban. Les soltó una serie de imperios.

Sollozó aliviada cuando vio que uno de los bloques se deslizaba de costado. Asomó un rostro merseyano. Detrás, divisó sólo el brillante metal. Retumbos, un fuerte estruendo y gritos que impartían órdenes resonaron, a través de lo que debía de ser el casco de una nave, procedentes sin duda de un puerto

espacial.

—¿Te sientes bien?—inquirió el merseyano. El recién llegado parecía más duro aún que el término medio, pero evidentemente trataba de mostrarse cortés. Llevaba una pulcra casaca, con las insignias correspondientes a su graduación.

Chee se debatió contra la idea de dar un salto, arañarle los ojos y precipitarse hacia la libertad. No, no tenía la menor posibilidad de éxito. Pero tampoco pensaba abrazarle.

—Sí, gracias —refunfuñó—. Si dejamos de lado insignificancias tales como el hecho de que tus inmundos lacayos me golpearon y me asfixiaron, además de la sed y el hambre. Por semejante atropello, creo que pediré a mis compañeros que borren este apestoso planeta del universo.

El merseyano rió.

—A juzgar por tu estado de ánimo, no estás enferma. Te he traído comida y agua. —Le entregó unos recipientes—. En breve, iniciaremos un viaje de unos cuantos días. ¿Necesitas algo?

—¿Adonde nos dirigimos? ¿Quién eres? ¿Qué significa...?

—*Hurh*, pequeña, no pienso mantener abierto este agujero mucho tiempo, corriendo el riesgo de que algún lengua larga lo descubra. Dime ahora mismo lo que necesitas, para intentar que te lo envíen desde la ciudad.

Más tarde, Chee se maldijo a sí misma con más pintoresquismo del que jamás había empleado con nadie, ni siquiera con Adzel. Solicitando determinados objetos, hubiera proporcionado algunos indicios a sus compañeros. Demasiado obnubilada, demasiado aturdida por los acontecimientos, pidió automáticamente libros e imágenes que la ayudaran a comprender mejor la situación de Merseya. También un texto de gramática, se apresuró a añadir. Estaba harta de hablar como un Shakespeare. El merseyano asintió y volvió a colocar el bloque en su lugar. Oyó un débil chasquido. Una cerradura de ranura y lengüeta, pensó, accionada por una llave magnética.

Las raciones la reanimaron. Poco después, se sentía lo bastante bien para sacar algunas conclusiones. Con toda claridad, la habían encerrado en un compartimento secreto, empotrado en el muro de un refugio antirradiación.

Los vehículos interplanetarios merseyanos funcionaban con energía iónica termonuclear. Los que practicaban aterrizajes—transbordadores que se ocupaban de las grandes naves o de las tareas especiales como aquella— se asentaban en silos profundos y partían de ellos, a fin de que los campos electromagnéticos contuvieran el chorro de presión y lo neutralizaran antes de que envenenara los alrededores. Todos llevaban un blocao para proteger a la tripulación y los pasajeros, en caso de verse atrapados por una tormenta solar. En conjunto, una estupenda obra de ingeniería. Lamentablemente, sería abandonada en cuanto supiesen aprovechar la fuerza de gravedad y las pantallas de fuerzas.

Unos cuantos días en gravedad merseyana. Hum, eso significaba un planeta cercano. No conociendo las posiciones del momento, imposible deducir cuál. El tráfico era intenso en el sistema korychano, como indicaban los instrumentos de la *Cabezona* mientras se acercaban. Desde cierta distancia, Chee había seguido en las pantallas de aumento una parte de la flota, espaciosos vehículos de carga y brillantes unidades navales.

Regresó su raptor con los materiales que le había pedido y le advirtió que se

atara para el lanzamiento. Con gran afabilidad, se presentó como Iriad el Viajero, al mando de aquella embarcación de carga.

—¿Para quién o quiénes trabajas? —quiso saber Chee.

Iriad vaciló. Luego, se encogió de hombros.

—Para el Gethfennu —respondió.

El bloque se deslizó de nuevo, dejándola encerrada una vez más.

El ascenso no se pareció en nada a la sencilla elevación flotante de una nave galáctica. La aceleración aplastó a Chee contra su canapé. Un ruido atronador estremeció el blocao. Transcurrieron minutos eternos hasta que la presión cedió y el vehículo inició una marcha uniforme.

Después, durante un tiempo infinito, Chee no tuvo nada en qué ocuparse, excepto estudiar. Los oficiales le llevaban las raciones alimenticias. Muy distintos entre sí, procedían de todos los rincones de Merseya. Algunos no hablaban eriau, y ninguno tenía mucho que decir. Chee sopesó la idea de convertir su equipo de salvamento en un arma, pero, sin herramientas, la perspectiva era desalentadora. De modo que, para entretenerse, reflexionó sobre las cosas que le gustaría hacer en Iriad cuando se le presentara la ocasión. Si sus compañeros se hubieran enterado de sus pensamientos, se habrían sobrecogido de espanto.

En una ocasión, su estómago, el único reloj con que contaba, le informó de que la comida llevaba mucho retraso. Cuando por último se abrió la puerta de su celda, dejó escapar un torrente de palabrotas. Iriad retrocedió y empuñó una pistola. Chee se inmovilizó.

—¿Qué pasa? —quiso saber—. ¿Mi bazofia todavía no está lo bastante enmohecida? Iriad parecía alterado.

—Nos abordaron —explicó en voz baja.

—¿Qué dices?

En ningún momento había notado que variara la aceleración.

—Tu gente. Se arrimaron a nosotros e igualaron nuestro vector con la misma facilidad con que un corredor alcanza a otro. Desconocía su armamento, de modo que... El que subió a bordo era un verdadero dragón.

Chee dio varios puñetazos contra la cubierta protectora. ¡No, no, no! Adzel había estado a pocos metros de distancia sin sospechar... ¡El enorme y feo fanfarrón la buscaba!

Iriad se enderezó.

—Sólo que Hagan me advirtió de esa posibilidad —dijo, recuperando la confianza en sí mismo—. Sabemos cómo pasar cosas de contrabando. Y vosotros, los galácticos, no sois dioses.

—¿Adonde se dirigieron?

—Se alejaron. Fueron a inspeccionar otros vehículos.

—¿Crees en serio que conseguirás mantenerme oculta mucho tiempo?

—Ronruad está lleno de refugios de Hagan.

Iriad le entregó su almuerzo, recogió los envases vacíos y se marchó.

Varias comidas más tarde, volvió para supervisar la transferencia de Chee de la celda a un cajón de embalaje. Forzada a punta de pistola, obedeció sus instrucciones. La inmovilizaron entre almohadillas junto a una unidad aérea, en la oscuridad. Siguieron horas de maniobras, aterrizaje, esperas, descarga y transporte, hasta su desconocido punto de destino.

Al fin, abrieron la caja, y Chee emergió de ella lentamente. El peso no alcanzaba a media *g* standard. No obstante, tenía los músculos agarrotados.

Un par de descargadores se llevaron el cajón. Detrás, había unos guardias, acompañados de un merseyano que afirmó ser médico y procedió a examinarla de manera lo bastante experta y compleja para satisfacerle. Debía descansar un rato, diagnosticó, por lo cual se marcharon todos, dejándola sola.

Sus habitaciones eran interiores, pero lujosas. La comida que le llevaron, excelente. Se acurrucó en la cama y se convenció a sí misma de que debía dormir.

Algún tiempo después, la acompañaron por un largo pasillo con paneles y le hicieron subir una rampa en espiral, hasta conducirla a la presencia de aquel que había ordenado su rapto.

Estaba sentado detrás de un escritorio de oscura madera encerada, que daba la impresión de tener una hectárea de superficie. Una espesa piel blanca alfombraba la habitación y amortiguaba las pisadas. Brillaban los cuadros, suspiraba la música, el incienso endulzaba el aire. Las ventanas se abrían al exterior. Aquella parte de la laberíntica casa se proyectaba por encima del nivel del suelo. Chee vio arenas rojizas, extraños matorrales silvestres, una tormenta de polvo que atravesaba una desvaída cadena de montañas, coronada por cristales de hielo. Korych se alzaba cerca del horizonte, lejano pero feroz a través de la tenue atmósfera. Algunas estrellas titilaban en el cielo purpúreo. Entre ellas, Chee Lan reconoció Valenderay y se estremeció al verla tan luminosa y estable a pesar de que en aquellos momentos la muerte la cabalgaba con sus alas de luz.

—Te saludo, galáctica.

En labios de aquel individuo, la pronunciación del eriau sonaba distinta que en boca de Olgor.

—Soy Hagan Elutaz. Tengo entendido que tu nombre es Chee Lan.

Ella arqueó el lomo, dobló el rabo y escupió, aunque se sentía impotente. El merseyano, gigantesco, con una panza que hinchaba su manto dorado, no pertenecía a la raza del Ancho Océano. Su piel llena de escamas, lucía un color negro brillante. Sus ojos le parecieron a Chee dos almendras; su nariz, una cimitarra.

Esbozó un gesto con una mano cargada de sortijas. Los guardias de Chee entrechocaron las colas con los tobillos y se marcharon. A sus espaldas, se cerró la puerta. Pero sobre el escritorio de Hagan, al lado de un intercomunicador, había una pistola.

—No temas —sonrió Hagan—. No queremos hacerte daño. Lamentamos las indignidades que has sufrido e intentaremos repararlas. La necesidad nos obligó a actuar.

—¿La necesidad de suicidaros? —se burló Chee.

—La necesidad de sobrevivir. ¿Por qué no te acomodas en ese diván? Tenemos mucho que hablar. Puedo pedir cualquier bebida que desees. ¿Un poco de vino de moras?

Chee meneó la cabeza. No obstante, aceptó la propuesta de acomodarse y saltó al asiento.

—Espero que me expliques vuestra abominable conducta —dijo.

—Con mucho gusto. —Hagan apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la cola—. Seguramente ignorarás qué es el Gethfenu, pues nació después de la partida de los primeros galácticos. Ahora...

Siguió hablando largo rato'. Y desde luego, no mentía al referirse a un sindicato que abarcaba todo el sistema, que controlaba millones de vidas e

incontables riquezas, un sindicato lo bastante fuerte para construir su propia ciudad en aquel planeta y lo suficientemente astuto para dividir a sus enemigos entre sí, de modo que ninguno se atreviera a atacar la colonia. Todo cuanto Chee había visto confirmaba sus palabras.

—¿Estamos ahora en esa ciudad vuestra? —inquirió.

—No. En otro lugar de Ronruad. Prefiero no especificar cuál. Siento mucho respeto por tu inteligencia.

—Y yo ninguno por la tuya.

—¿*Khraich*? Pues te equivocas. Creo que operamos de forma muy eficaz, a pesar de que nos enteramos de tu paradero a última hora. Claro está, una organización como la nuestra ha de permanecer siempre preparada para cualquier eventualidad y nos hemos mantenido alerta desde vuestra llegada. Lo poco que supimos... —Maguan dirigió la mirada al blanco punto de Valenderay y aventuró—: Aquella estrella va a explotar, ¿verdad?

—Sí, Vuestra civilización quedará aniquilada, a menos que...

—Lo sé, lo sé. Entre los nuestros, hay algunos científicos. —Se inclinó hacia delante—. Los gobiernos asociados de Merseya consideran esta oportunidad como única para librarse del fastidioso Gethfennu. Basta con que en el planeta madre y en otros sitios se nos niegue la ayuda para salvar nuestra colonia, nuestra flota, nuestras propiedades. Eso acabará con nosotros. Supongo que los galácticos estaréis de acuerdo en que así sea. Dado que no existen medios para protegerlo todo a tiempo, ¿por qué no incluirnos en lo que ha de ser abandonado? Supongo que vosotros deseáis favorecer algún tipo de ley y de orden.

Chee asintió. Detrás de la máscara de piel oscura, sus ojos destellaron como esmeraldas. Hagan había acertado. A la Liga no le importaba demasiado con quién trataba, pero sí a los ciudadanos, cuyos impuestos financiarían la mayor parte de las operaciones de rescate.

—O sea que, para ganar nuestra amistad, te apoderaste de mí por la fuerza —se mofó Chee con escaso entusiasmo.

—¿Qué podíamos perder? Conferenciar con vosotros e interceder por nuestra causa no nos habría servido de nada.

—Supón que mis compañeros recomiendan que no se preste ninguna ayuda a la totalidad de la coprófaga¹ raza merseyana...

—Entonces nadie evitará el colapso —reconoció Hagan con fría calma—. El Gethfennu cuenta con más posibilidades de mejorar su posición relativa que la mayoría de las demás organizaciones.

No obstante, dudo que tus compañeros aboguen por semejante recomendación o que vuestros superiores la tomen en cuenta en caso de que así lo hicieran. Por lo tanto, necesitamos una cuña para conseguir asistencia técnica. Tú.

Chee retorció los bigotes en una especie de sonrisa.

—No soy un rehén tan importante.

—Probablemente no —reconoció Hagan—. Pero sí una fuente de información.

A la cyntiana se le erizó el pelaje a causa de la alarma.

—¿Tu reducido cerebro alberga la peregrina idea de que sabré enseñaros a protegeros por vosotros mismos? ¡Ni siquiera soy ingeniero!

—Comprendido. Sin embargo, conoces muy bien tu propia civilización.

¹ Que se comen sus propios excrementos. (Nota del traductor)

Sabes de qué son o no capaces los ingenieros. Más importante aún, has visto muchos planetas, las diferentes razas y culturas que los habitan, las costumbres, las leyes, las necesidades. Puedes decirnos qué nos espera. Nos ayudarás a conseguir naves interestelares... Un atraco aconsejado por ti obtendrá el éxito, sobre todo si es inesperado. También nos enseñarás a pilotar esas naves y nos pondrás en contacto con alguien que, pagándole, acuda en nuestra ayuda.

—Si supones que la Liga Polesotécnica lo toleraría...

Relampaguearon los dientes en el rostro de Hagan.

—Tal vez no, tal vez sí. Con tantas estrellas, la diversidad de pueblos e intereses debe de rayar en lo inconcebible. El Gethfennu posee una gran habilidad para despertar la competencia entre los demás. Cualquier información que nos proporciones nos indicará cómo actuar en este caso específico. En realidad, no imagino a tu Liga desatando una guerra para evitar que otros nos rescaten, en un momento en que todos los recursos deben reservarse para salvar a Merseya. —Extendió las manos—. O quizás encontremos un enfoque distinto —concluyó—. Depende de lo que tú digas y sugieras.

—¿Cómo sabes que puedes confiar en mí?

Hagan exclamó con voz acerada:

—¡Juzgamos el terreno por los frutos que produce! Si fracasamos, si vemos que el Gethfennu está condenado, te aplicaremos la política reservada a los traidores. ¿Te interesa visitar mis instalaciones de castigo? Son bastante amplias. Aunque pertenezcas a distinta especie, creo que conseguiremos mantenerte viva y consciente durante muchos días.

Se abatió el silencio sobre la vasta cámara. Korych se deslizó bajo el horizonte. En el acto, el cielo dejó aparecer toda su negrura, salpicada de legiones de estrellas.

Hagan encendió una luz, a fin de correr un velo sobre tan imponente visión.

—En cambio, si nos salvas, recuperarás la libertad y recibirás una sustanciosa recompensa,

Chee vislumbró en las palabras de Hagan un presagio de años de esterilidad. Y el desdén de los amigos si alguna vez retornaba. Una vida de exilio.

—¿Me retendrás hasta entonces?

—Por supuesto.

Nada. Ni la sombra de una huella. Chee había desaparecido en un vacío más insondable que el de los espacios que rodeaban la nave.

Falkayn y Adzel lo habían intentado todo. Incluso visitaron Luridor, la ciudad pecadora de Ronruad, mientras la nave acechaba en lo alto y mostraba, con un único destello de fusión de sus cañones de energía nuclear, el peligro que se cernía sobre el mundo. Registraron, amenazaron, sobornaron y suplicaron. A veces se enfrentaron al terror y otras a la arrogancia innata de los señores de Merseya. Pero nadie, en ningún sitio, les proporcionó el menor indicio sobre quién retenía a Chee Lan ni en donde la guardaban.

Falkayn se pasó una mano por los despeinados mechones rubios. Tenía los ojos inyectados en sangre y el rostro demacrado.

—Sigo pensando que debimos traer a bordo al director de ese casino y presionarle.

—No —le rebatió Adzel—. Al margen de la moralidad de la cuestión, estoy

seguro de que cualquiera que posea alguna información sobre Chee se mantendrá oculto. Se trata de una precaución elemental. Ni siquiera tenemos la seguridad de que el régimen proscrito sea el responsable del secuestro.

—En efecto. Pudieron ser Morruchan, Dagla, Olgor, o cualquier colega suyo sin que ellos lo sepan, o uno entre un centenar de otros gobiernos, o algún grupo de fanáticos, o... ¡Judas!

Falkayn observó la pantalla visora de popa. La media luna de Ronruad, con sus matices de un rojo leonado, menguaba entre las constelaciones, mientras la nave aceleraba al máximo para dirigirse de nuevo a Merseya. Ronruad era un planeta enano, un guijarro de color ocre que ni siquiera provocaría una salpicadura decente de caer en el río. Pero incluso el más insignificante de los planetas constituye un mundo: montañas, llanos, valles, arroyos, cuevas, aguas, millones de kilómetros cuadrados, un mundo demasiado vasto y variado para abarcarlo. Y Merseya era más vasta aún. Y había otros planetas, y lunas, y asteroides, además del espacio mismo.

A los raptores de Chee les bastaría trasladarla en caso necesario para que las posibilidades de que una flota de detectives de la Liga la encontrara se redujeran a proporciones infinitesimales.

—Sólo los merseyanos saben dónde buscar, qué hacer, a quién presionar —musitó Falkayn por enésima vez—. Nosotros no conocemos los detalles. Nadie perteneciente a nuestra cultura los conocerá jamás... ¡Sería preciso asimilar cinco mil millones de años de existencia planetaria! Hemos de poner a trabajar a los merseyanos, movilizarlos de verdad.

—Prefieren dedicarse a su propio trabajo —le recordó Adzel.

Falkayn se explayó en mordaces comentarios acerca del valor que concedía al trabajo de los merseyanos.

—¿Y qué hay de aquellos fanáticos? —preguntó después de una prolongada pausa, durante la cual se serenó—. Me refiero al grupo al que dirigiste la palabra.

—Sí, los fieles de la Estrella se comportarían como aliados leales —asintió Adzel—. Por desgracia, son pobres en su mayoría y muy poco realistas. No creo que nos sirviesen de nada. De hecho, temo que compliquen aún más nuestro problema, enredándose en batallas campales con los demonistas.

—¿Hablas de los antigalácticos?

Falkayn se frotó la barbilla. Las cerdas produjeron un áspero rasgueo entre el incesante y suave zumbido que llenaba la cabina. Inhaló el acre aroma de su propio abatimiento.

—Quizás hayan sido ellos —musitó.

—Lo dudo. Habrá que investigarlos, claro, lo que supone una ardua empresa, pero no me parecieron bien organizados.

—¡Maldición! Si no la recuperamos, propondré que se deje pudrir a toda esta raza.

—No prestarían la menor atención a tu propuesta. Además, sería injusto dejar morir a millones de individuos por el crimen de unos cuantos.

—En estos momentos esos millones de individuos deberían ocuparse de rastrear a aquellos cuantos. ¿Por qué no? En algún sitio ha de haber huellas de Chee Lan. Si se siguen todas y cada una...

El panel detector parpadeó. Cabeza Hueca anunció:

—Nave observada. Creo se trata transportador químico sistema exterior. Alcance... —Cierra el pico y vete a hacer puñetas —le ordenó Falkayn, con un

vocabulario en otras circunstancias inverosímil en su boca.

—No estoy programada para...

Falkayn ahogó la voz apretando el botón de desconexión.

Permaneció un rato en silencio, contemplando las estrellas. La pipa se le cayó de las manos sin que lo advirtiera. Adzel suspiró y apoyó la cabeza en el suelo.

—¡Pobrecita Chee! —murmuró Falkayn al cabo de un rato—. Vino a morir muy lejos.

—Es muy probable que siga con vida —respondió Adzel.

—Eso espero... Acostumbrada a saltar de árbol en árbol en un bosque infinito, verse encerrada la matará.

—O desequilibrará su mente. Se pone rabiosa con tanta facilidad... Y si su ira no encuentra salida, continúa creciendo en su interior.

—Tú siempre reñías con ella.

—Eso no significaba nada. Después, siempre me preparaba una comida especial. En una ocasión, le demostré mi admiración por una de sus pinturas. Entonces la arrojó en mis manos, diciéndome: «Toma esta tontería». Reaccionó como un cachorro demasiado tímido para decirte que te quiere.

—Hum...

El botón de conexión del ordenador saltó.

—Necesario reajuste curso —indicó Cabeza Hueca—, con propósito evitar paso peligrosamente próximo transportador mineral.

—Pues hazlo —ordenó Falkayn en tono desapacible—. ¡Caray, vaya tráfico espacial más intenso!

—Nos hallamos en el plano eclíptico y todavía cerca de Ronruad —explicó Adzel—. No se debe a la casualidad.

Falkayn entrelazó las manos. La boquilla de la pipa produjo un seco chasquido.

—¿Por qué no bombardeamos la superficie sin matar a nadie? —dijo con voz extrañamente fría—. Nos limitaríamos a incendiar unas cuantas instalaciones de valor económico, prometiendo más de lo mismo si no abandonan su estúpida actitud y empiezan a buscar enserio a Chee.

—No. Gozamos de una considerable libertad de acción, pero no de tanta.

—Ya lo discutiríamos después con la junta investigadora.

—Semejante acción no causaría más que confusión y antagonismo, además de entorpecer las tareas de rescate. De hecho, las impediría por completo. Como habrás observado, el orgullo es una característica fundamental de las culturas merseyanas dominantes. Cualquier intento de intimidación sin contar con una fórmula que nos permita salvar las apariencias les induciría a rechazar la ayuda galáctica. Nos convertiríamos en responsables de un delito. No lo permitiré, David.

—¿Así que no podemos hacer nada, nada para...?

Falkayn no concluyó su frase. Dio un puñetazo en el brazo de la silla y se puso en pie de un salto. Adzel se levantó, con los nervios de punta. Conocía a su compañero.

Merseya aparecía como una inmensidad salpicada de océanos, blasonada de nubes y continentes, bordeada de amaneceres y crepúsculos en el zafiro profundo de su cielo. Sus cuatro lunas pequeñas formaban una diadema. Korych resplandecía con su plumaje de luz zodiacal.

El crucero espacial *Yonuar*, de la Flota Unida de los Grandes Vachs,

oscilaba cercano a la órbita polar. Oficialmente, patrullaba el espacio, por si era necesario prestar ayuda a los vehículos civiles que se encontraran en apuros. En realidad, vigilaba las naves de guerra de Lafdigu, de Wolder, de la Alianza Nersan..., de cualquiera de quien desconfiaran sus amos, incluidos los recién llegados galácticos, en caso de que retornaran. Sólo el Dios sabía sus intenciones. Había que andar con tiento y conservar las armas a mano.

En su puente de mando, el capitán Tryntaf Fangryf-Tamer fijó la vista en el falso tanque e intentó imaginar qué ocultaban esas miríadas de soles. Había crecido sabiendo que otros revoloteaban libremente entre ellos, mientras que su pueblo permanecía confinado en aquel único sistema. Y detestaba esa certeza. Allí estaban otra vez. ¿Para qué? Corrían demasiados rumores, pero la mayoría de ellos se centraban en el amenazador destello llamado Valenderay.

Ayuda, colaboración... ¿Se convertiría el vach Isthyr en mero cliente de algún grotesco mundo exterior?

Parpadeó una señal. Una voz dijo por el intercomunicador: «De Central Radar a capitán. Detectado objeto en una ruta interceptada». Siguió unas cifras increíbles. Desde luego, no se trataba de un meteoro, pese a la ausencia de radiación a propulsión. En consecuencia... ¡Los galácticos! Cuando Tryntaf se precipitó a impartir órdenes, la chaqueta negra de su uniforme se tensó sobre sus hombros. Zafarrancho de combate. No quería buscarse problemas, pero era prudente y, si se presentaban dificultades, le encantaría ver cómo soportaban los extranjeros los rayos láser y los cohetes nucleares.

En las pantallas, iba aumentando de tamaño una achaparrada y troncada gota de agua, ridículamente minúscula contra la mole de bestia marina del *Yonuar*. Se emparejó con la órbita de éste a tal velocidad que Tryntaf oyó silbar el aire entre sus labios. ¡Condenación! ¿Por qué no se partía aquel casco y la tripulación se extendía sobre él en una capa rojiza? Algún tipo de contracampo... El vehículo flotaba a pocos kilómetros de distancia. Tryntaf procuró calmarse. Sin duda se dirigirían a él y debía mantenerse sereno, cerebral y frío.

Las instrucciones selladas mencionaban que los galácticos habían dejado Merseya indignados porque la totalidad del planeta no se dedicaba por entero a la tarea que ellos deseaban. Los manos habían recomendado moderación. Harían lo que razonablemente pudieran por cumplir con sus huéspedes de las estrellas, pero también tenían otros intereses. Los galácticos se mostraron incapaces de comprender que los asuntos de todos los mundos revestían mayor importancia que sus deseos personales. Su actitud fue recibida con altivez, para no dejar mal parado el nombre de los vachs de todas las naciones.

Por lo tanto, cuando la pantalla del comunicador exterior le proporcionó una imagen, Tryntaf dejó un dedo apoyado sobre el botón que desencadenaría el combate. Le costó ocultar su repugnancia. Aquellos rasgos afilados, la mata de pelo, el cuerpo sin cola, la vellosa piel pardusca le parecían una sucia caricatura de la especie merseyana. Habría preferido hablar con su compañero, a quien percibía en el fondo. Una criatura francamente extraña.

No obstante, Tryntaf intercambió las cortesías habituales y preguntó en tono sereno a los galácticos qué deseaban. Falkayn dominaba ya bastante bien el lenguaje merseyano moderno.

—Capitán —dijo—, créeme que lo lamento y te pido disculpas, pero tendrás que retornar a la base.

A Tryntaf le dio un vuelco el corazón. Sólo su cinturón de seguridad evitó que se viera lanzado hacia atrás y que cruzara de un salto el puente, en el vuelo de ensueño de la gravedad cero. Tragó saliva y logró responder con voz tranquila:

—¿Por qué razón?

—Se la hemos comunicado a varios de vuestros líderes —explicó Falkayn—, pero, dado que ellos no aceptan la idea, te la explicaré a ti personalmente. Alguien, no sabemos quién, ha raptado a un miembro de nuestra tripulación. Creo que comprenderás, capitán, que el honor exige recuperarlo.

—Lo comprendo —reconoció Tryntaf—, y el honor nos exige a nosotros colaborar en la tarea. ¿Pero qué tiene eso que ver con mi nave?

—Permíteme proseguir, por favor. Deseo demostrarte que no pretendemos ofenderte. Disponemos de muy poco tiempo para prepararnos antes del desastre y de un personal muy escaso. La contribución de cada uno es vital. Nos resulta imposible prescindir de los conocimientos especializados de nuestra compañera desaparecida, de modo que su regreso adquiere la máxima importancia para todos los merseyanos.

Tryntaf gruñó. Reconocía la legitimidad del argumento, aun a sabiendas de que sólo estaba destinado a encontrar una vía aceptable para que su gente cediera a la voluntad de los extranjeros.

—La búsqueda no acabará nunca si permitimos que la trasladen a otro punto en el espacio —continuó Falkayn—. En consecuencia, mientras no vuelva con nosotros, debe interrumpirse todo tráfico interplanetario.

Tryntaf ahogó un juramento.

—Imposible —denegó.

—Todo lo contrario —repuso Falkayn—. Esperamos tu cooperación. Ahora bien, si tu sentido del deber no lo consiente, nosotros pondremos en vigor ese decreto.

Tryntaf se asombró a sí mismo al oírse decir, en una oleada de furia:

—No he recibido esas órdenes.

—Lo lamento. Sé que tus superiores acabarán por impartirlas. Sin embargo, eso requiere su tiempo, y los casos de urgencia no esperan. Te ruego que retournes a la base.

El dedo de Tryntaf presionó el botón.

—¿Y si no lo hago?

—Capitán, no corras el riesgo de que dañemos tu hermosa nave...

Tryntaf dio la señal.

Sus artilleros apuntaron y vomitaron una descarga de rayos y cohetes.

Ni uno solo dio en el blanco. El enemigo se ladeó, dejando pasar los misiles como meros guijarros. Un rayo de pleno poder les acertó, pero no en el casco. La energía chisporroteó y cayó en forma de lluvia sobre una barrera invisible.

El pequeño vehículo voló en curva como un avión. Un destello salió de su morro. Sonaron las alarmas. En un grito cercano a la histeria, desde Control de Averías informaron al capitán que el blindaje había sido arrancado como madera cortada con un cuchillo. El daño no era grave. No obstante, de haber apuntado a los depósitos de masa reactiva...

—Cuánto lo siento, capitán —oyó la voz de Falkayn—. Se producen con tanta facilidad los accidentes con los sistemas de armas excesivamente automatizados, ¿verdad? Por el bien de tu tripulación y por el bien de tu país, la responsabilidad de cuya nave te corresponde, te ruego que modifiques tu

decisión,

—¡Alto el fuego! —resolló Tryntaf.

—¿Regresarás al planeta? —quiso saber Falkayn.

—Te doy mi palabra —replicó Tryntaf con la garganta seca.

—Bien. Eres un hombre sensato, capitán. Te presento mis respetos. ¡Ah! Te ruego que notifiqués lo ocurrido a tus colegas comandantes de naves espaciales, con objeto de que tomen las medidas destinadas a asegurar que no ocurrirán más accidentes. Entretanto, por favor, inicia la retirada.

Los reactores apuñalaron el espacio. El *Yonuar*, orgullo de los vachs, emprendió su espiral interior.

A bordo de la *Cabezona*, Falkayn se secó la frente y sonrió a Adzel:

—Por un instante, temí que ese imbécil nos acertara.

—Pudimos inutilizar su comandancia sin causar bajas —comentó Adzel—. Creo que disponen de salvavidas.

—Sí, pero piensa en las pérdidas y en las protestas. —Falkayn se estremeció—. Venga, sigamos viaje. Nos falta por convencer a muchos más.

—¿Piensas que una sola nave civil bloqueará todo un globo? —preguntó Adzel—. Que yo sepa, nunca se ha hecho nada semejante.

—No, supongo que no. El campo opuesto contaba también con fuerzas como el impulso de gravedad, por ejemplo. Los botes de remos merseyanos son otra cosa. Nos bastará vigilar este planeta, a través del cual pasa todo el tráfico. —Falkayn cargó su pipa de tabaco—. Adzel, ¿por qué no redactas nuestra comunicación al público? Tú eres más diplomático que yo.

—¿Y qué les digo?

—Lo mismo que acabo de manifestar yo, adornado y atado con una cinta rosa.

—¿De verdad esperas que funcione, David?

—Tengo bastantes esperanzas. Oye, nos limitaremos a pedir que depositen a Chee en un lugar seguro y que nos lo notifiquen después. Descartaremos toda intención por nuestra parte de castigar a nadie y les persuadiremos señalando que los galácticos hemos de demostrar el valor de nuestra palabra si la misión que nos trajo aquí ha de tener alguna posibilidad de éxito. Si los raptos no cumplen... En primer lugar, la totalidad de la población les dará caza día y noche. En segundo lugar, ellos mismos, sean quienes fueren, se enfrentarán a graves problemas a causa del bloqueo. No tendrían una flota interplanetaria de tal magnitud de no ser básica para su economía.

Adzel se revolvió incómodo en su asiento.

—No debemos dar lugar a que nadie muera de hambre.

—No lo haremos. Los alimentos no se envían a través del espacio, excepto los muy costosos, los destinados a los gastrónomos. ¿Cuántas veces tengo que explicártelo, cabeza dura? En cambio, les forzaremos a perder dinero. Megacréditos diarios. Algunos de los capitostes merseyanos quedarán varados en lugares como Luridor y se volverán locos ordenando a sus subordinados que pongan remedio a la cuestión. Cerrarán las fábricas, los puertos espaciales permanecerán ociosos, se desmoronarán las inversiones, se originará un desequilibrio político y militar... En fin, ocurrirá de todo. —Falkayn encendió la pipa, aspiró y exhaló una nube de humo azul—. En realidad, no llegaremos tan lejos, creo. Los merseyanos son tan capaces como nosotros de prever las consecuencias. No se trata de un desastre hipotético, que tendrá lugar dentro de tres años, sino del dinero y el poder que perderán en este mismo momento.

Por lo tanto, concederán la prioridad a encontrar a esos raptos y descargar su resentimiento contra ellos. Estos últimos lo sabrán también y harán todo lo posible por evitarlo. Apuesto lo que quieras que, en unos días, se ofrecerán a canjear a Chee por el indulto.

—Espero que cumplamos nuestra palabra —dijo Adzel.

—Ya te he dicho que la cumpliremos. Ojalá no nos viéramos obligados a ello.

—Por favor, David, no seas tan cínico. Detesto verte perder la dignidad.

Falkayn rió entre dientes.

—Así obtengo beneficios. Adelante, Cabeza Hueca, localízanos otra nave.

La sala de teleconferencias del castillo Afon podía operar un circuito cerrado que abarcaba el mundo entero. Aquel día lo puso en funcionamiento. Falkayn estaba sentado en una silla que había llevado consigo y contemplaba, a través de la mesa marcada por las dagas de guerreros ancestrales, el mosaico de pantallas que cubrían la pared opuesta. Un centenar o más de rostros merseyanos le observaban con el ceño fruncido. A esa escala, carecían de individualidad. Todos salvo uno, un semblante negro rodeado de marcos vacíos. Ningún señor permitiría que su imagen se proyectara junto a la de Maguan Eluatz.

Morruchan, el mano del vach Dathyr, instalado junto al humano, se levantó y dijo con fría formalidad:

—Nos hemos reunido en el nombre del Dios y de la sangre. Ojalá nos hayamos reunido para el bien. Ojalá la sabiduría y el honor nos acompañen...

Falkayn le escuchaba a medias, repasando mentalmente su discurso. En el mejor de los casos, le esperaban problemas tan grandes como una bomba de cobalto.

No había ningún peligro, claro. *La Cabezona* flotaba a la vista por encima de Ardaig. La televisión transmitía su imagen a toda Merseya. Eso le vinculaba a Adzel y a Chee Lan, que aguardaban junto a la artillería. Se sentía protegido.

Ahora bien, sus palabras podían provocar una ira tan grandiosa como para desbaratar su misión. Debía decirlo con infinito cuidado, con la esperanza de que saliera bien.

—... la obligación con nuestro huésped nos exige que le escuchemos —concluyó Morruchan bruscamente.

Falkayn se puso en pie. Sabía que aquellos ojos le veían como un monstruo motivado por razones incomprensibles y que, además, había demostrado ser peligroso. Por lo tanto, se había presentado desarmado y vestido con su mono gris más sencillo. Empezó a hablar con mucha suavidad.

—Respetables —dijo—, perdonadme que no emplee vuestros títulos, ya que ostentáis muchos rangos y representáis a muchas naciones. Vosotros vais a decidir por toda vuestra raza. Espero que os sintáis libres de pronunciaros con tanta franqueza como yo lo haré. Celebramos una conferencia secreta e informal, que intenta determinar lo mejor para Merseya. Permitidme en primer lugar expresar mi sincera gratitud por vuestros generosos esfuerzos, que nos devolvieron sana y salva a nuestra compañera de equipo. Permitidme también agradecer vuestra aceptación de mi deseo de que el... el cacique Hagan Eluatz participara en esta honorable asamblea, a pesar de que, según la ley, no tenía ningún derecho. En breve os aclararé la razón de mi solicitud. Permitidme, por último, expresaros de nuevo mi pesar por haberme visto en la necesidad de interrumpir vuestro comercio espacial, aunque fuera durante un

período muy breve, y mi reconocimiento por vuestra cooperación en esta medida de emergencia. Espero que consideréis justificadas las pérdidas cuando lleguen los míos para ayudaros a salvar vuestra civilización.

Después de estas palabras introductorias, Falkayn abordó el meollo de la cuestión.

—Ahora bien, es hora ya de que olvidemos el pasado y pensemos en el futuro. Debemos organizar la gran tarea. El problema consiste en saber cómo. Los tecnólogos galácticos no desean usurpar la autoridad merseyana. De hecho, ni siquiera podrían hacerlo. Serían demasiado pocos, demasiado extraños, y supondría para ellos una carga excesiva. Si han de cumplir su trabajo en el breve tiempo disponible, no les queda otro recurso que aceptar la guía de los poderes actuales. Habrán de utilizar las instalaciones existentes, para lo cual deben contar con la autorización de quienes las controlan. No me detendré en los detalles. Unos dirigentes experimentados como vosotros, respetables, comprenderán con facilidad lo que esto significa. —Se aclaró la garganta—. Obviamente, una de las cuestiones más importantes se refiere a quién se entenderá de manera directa con nuestra gente, que no tiene el menor deseo de discriminar. Todos serán consultados dentro de la esfera de sus prerrogativas. Todos recibirán ayuda, dentro de lo posible. Sin embargo, un comité formado por la totalidad resultaría muy numeroso y muy diverso. Para plantear una política global, nuestra gente prefiere un pequeño consejo merseyano unificado, al que pueda llegar a conocer a fondo y con el que desarrollar procedimientos eficaces para tomar las decisiones. Más aún, han de aprovecharse los recursos de todo el sistema de manera coordinada. Por ejemplo, ¿cómo permitir que el país Uno acapare minerales que necesita el país Dos? Los envíos pasarán libremente de un punto cualquiera a cualquier otro. Necesitamos poner en servicio toda la flota carguera disponible. Nosotros os proporcionaremos pantallas de radiación para vuestros vehículos, pero no disponemos de éstos en la cantidad precisa. Por otra parte, habrá que mantener cierta dosis de la actividad normal. La gente tendrá que comer, por ejemplo. Entonces, ¿cómo proceder a una apropiada distribución de los recursos y establecer un sistema justo de prioridades?

En su interior, Falkayn no veía la hora de fumar una pipa. No obstante, prosiguió en el mismo tono sereno y seguro.

—A partir de estas consideraciones, respetables, resulta esencial para nosotros una organización internacional capaz de proporcionarnos, *imparcialmente*, información, consejo y coordinación. Si cuenta con instalaciones y trabajadores propios, tanto mejor. Ojalá una organización semejante existiese ya de manera legal. No es así y dudo que haya tiempo de formarla. Si me permitís que lo diga, respetables, sobre Merseya gravitan demasiados rencores y celos, que venís arrastrando desde el pasado, para uniros en hermandad de la noche a la mañana. De hecho, dicho grupo internacional habrá de ser estrechamente vigilado, para que no trate de engrandecerse a sí mismo y desmerecer a otros. Nosotros, los galácticos, podemos colaborar con una sola organización, no con un centenar de ellas. Ahora bien —el sudor perlaba la frente de Falkayn—, carezco de autoridad plenipotenciaria. La misión de mi equipo se reduce a presentar propuestas. Sin embargo, el problema es tan urgente que sin duda se adoptará cualquier plan que propongamos con el propósito de iniciar la tarea de inmediato. Bien. Hemos descubierto un grupo que trasciende al resto, que no se deja llevar por

las barreras existentes entre un pueblo y otro. Se trata de un grupo amplio, poderoso, rico, disciplinado, eficiente. No se ajusta del todo a lo que mi civilización preferiría como principal instrumento para la salvación de Merseya. Con toda sinceridad, nos gustaría verlo perderse en un sumidero en lugar de atrincherarse más aún. Pero nosotros acostumbramos a decir que la necesidad no conoce leyes.

Falkayn percibió que aumentaba la tensión, como si se cerniera sobre ellos una tempestad. A toda prisa, antes de que se produjera el estallido, aclaró:

—Me refiero al Gethfennu.

La escena que siguió fue indescriptible.

Bueno, a fin de cuentas, se había limitado a adelantar el contenido de su informe. Podría señalar que él también tenía motivos para quejarse y los dejaba de lado por el bien común. Incluso podría —y con considerable placer— formular algunas coloridas invectivas contra el linaje y las costumbres de Maguan..., que sonreía muy pagado de sí mismo.

Al fin, horas más tarde, la asamblea acordó considerar la propuesta. Falkayn adivinaba el resultado. A Merseya no le quedaba ninguna opción.

Las pantallas se apagaron.

Empapado en sudor, tembloroso y exhausto, Falkayn observó en silencio el rostro de Hacha Larga Morruchan. A su lado, el mano se destacaba como un gigante. Sus dedos tamborileaban cerca de la culata de su pistola. Por último dijo, escupiendo cada palabra: —Confío en que sepas lo que haces. No sólo perpetúas esa pandilla, sino que le concedes la legitimidad. A partir de ahora, se juzgará parte integrante de la sociedad establecida.

—Entonces tendrán que obedecer sus leyes, ¿verdad?

A Falkayn le dolía la laringe. Su voz sonó ronca.

—¿Ellos? ¡Nunca! —Morruchan meditó un instante—. Bueno, ya llegará el día del ajuste de cuentas. Los vachs lo prepararán. Y después... ¿Nos enseñaréis a construir naves estelares?

—No, si me dan voz y voto en la decisión —replicó Falkayn.

—Otro tanto en tu contra, aunque poco importa a largo plazo. Nuestra raza está destinada a aprender mucho más sobre esa cuestión... Bien, galáctico, nuestros nietos lo verán.

—¿La gratitud menoscabaría vuestra dignidad?

—No. Existen entre nosotros suficientes soñadores para una orgía de sentimentalismo. Pero tú volverás a tu lugar de origen. Yo me quedaré.

Falkayn se sentía demasiado cansado para discutir. Se despidió en tono formal y llamó a la nave para que vinieran a buscarle.

Más tarde, mientras atravesaban la noche interestelar, escuchó la diatriba de Chee:

—... todavía he de vérmelas con esos patas sucias. Lamentarán haberme puesto un dedo encima.

—No te propondrás volver, ¿verdad? —inquirió Falkayn.

—Claro que no —respondió Chee Lan—. Pero los ingenieros de Merseya necesitarán diversión. Una parte de la misma se la proporcionará el Gethfennu, supongo que sobre todo en juegos de azar. Si yo sugiero a nuestros muchachos que traigan ciertos artilugios en miniatura capaces, por ejemplo, de controlar una ruleta...

Adzel suspiró.

—En este espléndido y terrible cosmos, ¿por qué las criaturas vivientes

hemos de ser eternamente perversas? —dijo.

Una sonrisa torció la boca de Falkayn.

—De lo contrario, no nos divertiríamos tanto.

Humanos y no humanos seguían trabajando cuando el frente de la onda causada por la supernova llegó a Merseya.

De pronto, la estrella —apenas menos fulgurante que Korych— llenó la noche sureña con un destello demasiado brutal para el ojo común. Un brillo blanco azulado cubrió la tierra, destacando agudamente las sombras, iluminando como en un relámpago los árboles y las montañas. Batieron alas en los bosques, chillaron los animales a través del aire impuro, redoblaron los tambores y se elevaron plegarias en aldeas que antaño temían la oscuridad que ahora ansiaban. El día que siguió fue espeluznante y terrible.

La estrella se marchitó a través de los meses, hasta que se convirtió en una punta de cuchillo apenas visible cuando el sol brillaba en lo alto. Creció en belleza, sin embargo, pues la radiación excitaba los gases que la rodeaban, de manera tal que destellaba en medio de una blancura que se profundizaba en los bordes, entre un azul violáceo y un encaje nebuloso que refulgía con un centenar de mágicos matices. También en los cielos de Merseya vibraron estandartes de auroras, cuyo susurro se oía incluso en la superficie. Todos los vientos transportaban en sus ráfagas el olor de las tormentas.

Entonces comenzó la lluvia nuclear. Y ya nada volvió a ser divertido.

EL HOMBRE SENSIBLE

1

La Mermaid Tavern había sido primorosamente decorada. Grandes bloques de coral labrado formaban las columnas y los reservados. En las paredes, colgaban galones de la marina y peces espada. Había también murales de Neptuno y de su corte, incluida una enorme imagen animada de un ballet de sirenas, que llamaba la atención. Pero las amplias ventanas de cuarzo sólo traslucían el cambiante azul verdoso del agua de mar, y los únicos peces visibles nadaban en un acuario, frente a la barra. Colonia del Pacífico carecía del encanto grotesco de los emplazamientos de Florida y de Cuba. En cierta medida, se trataba de una ciudad obrera, lo que se reflejaba incluso en sus diversiones.

El hombre sensible se detuvo unos instantes en la entrada y abarcó con una rápida mirada la amplia estancia circular. Menos de la mitad de las mesas se hallaban ocupadas durante aquel período de menor actividad, cuando el turno de las doce a las dieciocho horas seguía trabajando, mientras los demás ya hacía un buen rato que habían abandonado sus pasatiempos más costosos. Sin embargo, como es lógico, siempre había alguien en la taberna. Dalgetty iba clasificando a los clientes a medida que los observaba.

Un grupo de ingenieros que, a juzgar por las aburridas expresiones de las tres o cuatro muchachas que se habían unido a ellos, comentaban sin duda la fuerza de compresión del ultimísimo tanque submarino. Un bioquímico que, por el momento, parecía haber olvidado su plancton y sus algas marinas y se concentraba en una empleada joven y bonita que le acompañaba. Un par de rudos encargados de los cajones de suspensión que se proponían beber a placer.

Un hombre de mantenimiento, un experto en computadoras, el piloto de un tanque, un buzo, un rancharo marino, una bandada de taquígrafos, un inconfundible grupo de turistas, algunos químicos y metalúrgicos... El hombre sensible los descartó a todos. Había otras personas a las que no consiguió clasificar con un mínimo de probabilidades y que, luego de una ligera vacilación, decidió ignorar. De ese modo, sólo quedaba el grupo en el que participaba Thomas Bancroft.

Dicho grupo ocupaba una de las grutas de coral, una caverna en penumbra para la visión corriente. Dalgetty tuvo que entrecerrar los ojos a fin de divisar el interior, y la luz difusa de la taberna se convirtió para él en un intenso resplandor al dilatar tanto las pupilas. Dudó... Sí, no cabía la menor duda, se trataba de Bancroft. Además, junto a su reservado, había otro vacío.

Dalgetty relajó sus nervios ópticos hasta recuperar una percepción normal. Durante los breves segundos de dilatación, los fluorescentes le habían provocado dolor de cabeza. Bloqueó el paso de ese malestar al campo de la conciencia y se dispuso a cruzar la estancia.

Se disponía a entrar en la caverna vacía, cuando una camarera le tocó en el brazo para detenerle, una muchacha joven, que llevaba un iridiscente adorno sobre el escueto uniforme. Gracias a las ingentes sumas de dinero

que ingresaban en Colonia del Pacífico, sus habitantes podían permitirse el lujo de las artes decorativas.

—Lo siento, señor —dijo la chica—. Se reservan para grupos. ¿Le interesa una buena mesa?

—Yo soy un grupo —replicó Dalgetty—. Por lo menos, puedo convertirme rápidamente en uno. —Se apartó un poco para evitar que le viera alguno de los acompañantes de Bancroft, si por casualidad se asomaba—. ¿Sería tan amable de buscarme compañía?

Manoseó un billete C y se preguntó cómo se las arreglaban algunas personas para realizar con elegancia semejante gesto.

—Por supuesto, señor—respondió la joven, aceptando el billete con una naturalidad que le envidió y dedicándole una aturdidora sonrisa—. Póngase cómodo.

Dalgetty se apresuró a entrar en la gruta. No sería fácil. Las toscas paredes de color rojo se cerraban sobre su cabeza y formaban un espacio lo bastante amplio para albergar a unas veinte personas. Unos cuantos tubos fluorescentes estratégicamente situados emitían una extraña luz submarina que bastaba para ver, pero impedía que alguien percibiese nada en el interior. Y si uno deseaba aislarse por completo, le bastaría correr el pesado cortinaje. Intimidad... ¡Ja, ja!

Se sentó a la mesa hecha con un madero de deriva y se apoyó en la pared de coral. Cerró los ojos y concentró su voluntad. Sus nervios se sintonizaron con tal tensión que parecían a punto de saltar. Sólo tardó unos segundos en introducir su mente por las rutas requeridas.

Los sonidos de la taberna pasaron de un débil murmullo a una rompiente estruendosa, convirtiéndose en una ola inmensa y entrecortada. Las voces resonaron en su cabeza, agudas y graves, secas y suaves, hasta que el torrente coloquial, sin sentido alguno, se concretó en palabras, palabras, palabras. A alguien se le cayó un vaso. Le pareció el estallido de una bomba.

Dalgetty se estremeció y apretó la oreja contra la pared de la gruta. A pesar de la roca que le separaba de ellos, percibiría lo suficiente de la charla que sostenían. El nivel de sonido era elevado. No obstante, si se la adiestra en la concentración, la mente humana se transforma en un filtro eficaz. La barahúnda exterior desapareció de la conciencia de Dalgetty. Gradualmente, captó el hilo sonoro.

Primer hombre: «... no importa. ¿Qué pueden hacer?»

Segundo hombre: «Presentar una queja al gobierno. ¿Quieres que el FBI nos pise los talones? No me interesa en absoluto».

Primer hombre: «Tranquilízate. Aún no han tomado ninguna medida, y eso que ha pasado ya una semana desde que...»

Segundo hombre: «¿Cómo lo sabes?»

Tercer hombre (Dalgetty recordó haber oído aquella voz firme y autoritaria en sus discursos televisados. Era el propio Bancroft: Yo lo sé. Tengo suficientes conexiones para sentirme seguro):

Segundo hombre: «De acuerdo, aún no lo han denunciado. ¿Pero por qué?»

Bancroft: «Conoces el motivo. Están tan interesados como nosotros en que el gobierno no se mezcle en esto».

Voz de mujer: «Bueno, ¿pero se quedarán esperando y lo admitirán? No, encontrarán la forma de...»

—YA ESTOY AQUÍ, SEÑOR.

Dalgetty se levantó de un salto y se dio la vuelta. Su corazón latió alocadamente, hasta que sintió que le temblaban las costillas. Maldijo su propia tensión.

—¡VAYA, SEÑOR! ¿QUÉ LE OCURRE? PARECE...

Un nuevo esfuerzo para bajar el volumen, aferrar con los dedos del dominio el atronador corazón y forzarlo al descanso.. Dalgetty centró la mirada en la chica que acababa de entrar. El mismo había solicitado su presencia, sólo porque quería ocupar aquel reservado.

La muchacha hablaba ya en un nivel de voz soportable. Otro bonito adorno. El hombre sensible se estremeció, vacilante.

—Siéntate, guapa. Lo lamento. Se me han disparado los nervios. ¿Qué quieres beber?

—Un daiquiri.

La joven sonrió y se sentó junto a él. Dalgetty marcó las consumiciones en el expendedor: el cóctel para ella y un whisky con soda para él.

—Usted es nuevo aquí. ¿Acaban de contratarle o ha venido de visita? — De nuevo la sonrisa—. Me llamó Glenna.

—Pues yo soy Joe —se presentó Dalgetty. A decir verdad, su nombre de pila era Simón—. Sólo pasaré aquí unos días.

—¿De dónde eres? —quiso saber la muchacha—. Yo vengo de Nueva Jersey.

—Lo cual demuestra que nadie nace en California.

Esbozó una sonrisa. Su autodominio se afirmaba. Había controlado sus desenfrenadas emociones y de nuevo se veía capaz de pensar con claridad.

—Soy... Bueno, una especie de flotador. De momento, carezco de verdadera dirección.

El expendedor envió las bebidas en una bandeja y mostró la cuenta en un parpadeo de luces: 20 dólares. No le pareció excesivo, contándolo todo. Dio un billete de cincuenta a la máquina y ésta le devolvió el cambio, una moneda de cinco dólares y un billete.

—Bueno, a tu salud—brindó Glenna.

—A la tuya.

Dalgetty entrecrocó su copa y se preguntó cómo diría lo que debía decir. ¡Maldición! No le estaba permitido dedicarse a charlar y acariciar a la muchacha. Su misión consistía en escuchar... Pasó por su mente un irónico montaje de todas las series de detectives que había visto, el aficionado que acaba de iniciar su carrera y que resuelve el caso, etcétera. Hasta el momento, no había apreciado los detalles inherentes a la cuestión.

Titubeó y luego decidió que lo mejor sería un enfoque directo. Después, creó deliberadamente una fría confianza entre ambos. En su inconsciente, temía a aquella muchacha, tan ajena a su clase. «Está bien —se dijo—, obliga a la reacción a salir a la superficie, reconócela, reprímela.» Debajo de la mesa, sus manos trazaron el complejo dibujo simbólico que contribuía a semejante acumulación de emociones.

—Glenna, sospecho que voy a resultarte un acompañante bastante aburrido. Ocurre que estoy llevando a cabo una investigación psicológica y aprendiendo a concentrarme bajo diversas situaciones. Comprenderás que me gustaría intentarlo en un lugar como éste. —Sacó un billete de 2 C y lo depositó ante ella—. Si aceptaras permanecer aquí en silencio... Supongo que no tardaré más de una hora.

—¡Vaya! —La muchacha arrugó el entrecejo. Luego, se encogió de hombros y sonrió con ironía—: Muy bien, tú pagas.

Tomó un cigarrillo de la achatada cajetilla que llevaba en el cinturón, lo encendió y se relajó.

Dalgetty se apoyó contra la pared y volvió a cerrar los ojos.

La joven lo estudió con curiosidad. Era un hombre de estatura mediana, fornido, discretamente vestido con una túnica azul de manga corta, pantalones grises y sandalias. Tenía el cuadrado rostro salpicado de algunas pecas, la nariz chata, ojos almendrados y una sonrisa tímida, muy agradable. Llevaba el cabello rojizo cortado al rape. Calculó su edad en unos veinticinco años. En suma, una persona muy común, sin nada de particular, a excepción de sus músculos de luchador y, desde luego, la excentricidad de su conducta.

Bueno, no se podía decir que mostrara un solo tipo de conducta.

Dalgetty vivió unos instantes de inquietud, no porque la historia que le había contado fuese inverosímil, sino, al contrario, porque se aproximaba demasiado a la verdad. Se liberó de la indecisión. Existía la posibilidad de que ella no hubiera comprendido nada y de que no se le ocurriera mencionarlo. Al menos, que no se lo mencionara a las personas a cuya caza él andaba.

¿O que andaban a la caza de él?

Se concentró y, de modo gradual, las voces volvieron a hacerse perceptibles: «... quizá. Pero supongo que se mostrarán perseverantes.»

Bancroft: «Sí. Está en juego algo demasiado importante para preocuparse por un puñado de vidas. De todos modos, Michael Tighe es humano. Hablará».

Mujer: «¿Quieres decir que podremos obligarle a confesar?»

Era una de las voces más frías que Dalgetty había oído en su vida.

Bancroft: «Sí, aunque detesto recurrir a medidas extremas».

Mujer: «¿Nos queda alguna otra posibilidad? No abrirá la boca a menos que le forcemos. Mientras tanto, su gente recorrerá el planeta para buscarle. Son muy listos».

Bancroft (Con ironía): «Vamos, ¿qué pueden hacer? Se necesita algo más que un aficionado para hallar a un hombre desaparecido. Eso exige todos los recursos de una considerable organización policial. Y como ya he dicho, no les interesa la intromisión del gobierno».

Mujer: «Tom, yo no me siento tan segura, Al fin y al cabo, el Instituto constituye un grupo legal. Está patrocinado por el gobierno y ejerce una influencia abrumadora. Sus graduados...»

Bancroft: «De acuerdo. Es verdad que forma a doce tipos de psicotécnicos. Investiga. Aconseja. Publica descubrimientos y teorías. Pero, créeme, el Instituto Psicotécnico se parece a un iceberg. Su verdadera naturaleza y sus propósitos permanecen ocultos bajo el agua. No, que yo sepa no se dedica a nada ilegal. Sus objetivos son tan amplios que trascienden por completo las leyes».

Hombre: «¿Qué objetivos?»

Bancroft: ««Ojalá lo supiera. Sólo poseemos indicios y conjeturas, no lo ignoras. Uno de los motivos que nos proponíamos al apoderarnos de Tighe era averiguar más cosas. Sospecho que su verdadero trabajo exige un absoluto secreto».

Mujer (Pensativa): «Sí, comprendo a lo que te refieres. Si el mundo en general llegara a enterarse de que está siendo... manipulado, la manipulación se tornaría imposible. ¿Pero adonde quiere llevarnos el grupo de Tighe?»

Bancroft: «No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de que pretendan... asumir el mando. Tal vez se propongan algo todavía más grande. (*Suspiró.*) Hagamos frente a la realidad. Tighe es también un cruzado. Un idealista muy sincero, a su manera. Pero ocurre que ha abrazado unos ideales erróneos. Ahí tenéis uno de los motivos por los cuales detestaría verle sufrir algún daño».

Hombre: «Pero en caso de que tengamos...»

Bancroft: «Pues en ese caso, lo haremos y se acabó. De todos modos, no me agradaría».

Hombre: «De acuerdo, tú eres el jefe, ya nos avisarás cuando llegue el momento. Sin embargo, te aconsejo que no esperes demasiado. El Instituto, te lo aseguro, no se limita a un conjunto de científicos poco realistas. *Alguien* ha salido a buscar a Tighe y, si lo localizara, tropezaríamos con verdaderas dificultades».

Bancroft (En tono moderado): «Bien, vivimos en una época turbulenta o que pronto lo será. Conviene que nos acostumbremos a la idea».

A partir de ahí, la conversación derivó en una charla ociosa. Dalgetty gimió para sus adentros. No habían mencionado ni una sola vez el sitio donde guardaban al prisionero.

De acuerdo, hombrecito, ¿y ahora qué? Thomas Bancroft era un pez gordo. Su empresa legal gozaba de una gran fama. Había formado parte del Congreso y del Gabinete. Y aunque el partido laborista estuviera ahora en el poder, seguía siendo un antiguo estadista muy respetado. Contaba con amigos en el gobierno, en el mundo de los negocios, los sindicatos, los gremios, los clubs y las ligas, desde Mayne a las Hawai. Bastaba con que abriera la boca para que, en una noche oscura, alguien le saltara los dientes a Dalgetty. O bien, si se mostraba prudente, para que acabase arrestado bajo la acusación de conspiración, con bastantes problemas legales para ocuparle durante los próximos seis meses.

Lo que oyó confirmaba las sospechas de Ulrich, un miembro del Instituto, en el sentido de que fue Thomas Bancroft quien secuestró a Tighe. No obstante, aquella confirmación no les servía de nada. Si acudía a la policía con la información, ésta podía reaccionar de diversas formas: a) reírse estentóreamente; b) encerrarle para someterle a un examen psiquiátrico; c) peor aún, revelar la historia a Bancroft, que, de ese modo, se enteraría de lo que se proponían los chicos del Instituto y tomaría las medidas pertinentes.

2

Desde luego, eso sólo significaba el comienzo. La pista era larga y quedaba muy poco tiempo antes de que comenzaran a atormentar el cerebro de Tighe. Y a lo largo del sendero, acechaban los lobos.

Durante unos estremecedores segundos, Simón Dalgetty comprendió el embrollo en que se había metido.

Pareció transcurrir una eternidad hasta que el grupo de Bancroft se decidió a marcharse. La mirada de Dalgetty les siguió hasta que salieron del bar: cuatro hombres y la mujer. Todos serenos, educados, de aspecto distinguido, con elegantes trajes oscuros. Probablemente, hasta el grueso guardaespaldas poseía un título universitario, aunque de tercera clase. Jamás se confundiría con asesinos, secuestradores ni siervos de aquellos que traerían de nuevo el gangsterismo político. Sin duda tampoco ellos se veían bajo esa luz, reflexionó

Dalgetty.

El enemigo —el secular y proteico enemigo, que durante un sangriento siglo había sido combatido por fascista, nazi, sintoísta, comunista, atomista, americanista y Dios sabía cuántos istas más— se había vuelto cada vez más astuto con el paso del tiempo. Ahora incluso había adquirido la capacidad de engañarse a sí mismo.

Los sentidos de Dalgetty retornaron a la normalidad. De pronto, le causó un gran alivio verse sentado en un reservado con escasa iluminación, en compañía de una bonita muchacha, reducido por un instante a un simple ser humano. Pero su sentido de la misión continuaba ensombreciendo su interior.

—Lamento haber tardado tanto —dijo el hombre sensible—. Pide otra consumición.

—Acabo de hacerlo —sonrió la muchacha. Él reparó en la cifra 10 que brillaba en el expendedor y colocó dos monedas en la ranura. Con los nervios aún vibrantes, marcó para pedir otro whisky.

—¿Conoces a las personas que estaban en la gruta de al lado? —inquirió Glenna—. Vi que las mirabas al salir.

—Bueno, conozco por su fama al señor Bancroft —repuso—. Vive en esta ciudad, ¿no?

—Tiene una casa en la Estación de las Grullas, aunque no pasa mucho tiempo en ella. Supongo que casi siempre está en tierra firme. Dalgetty asintió con la cabeza. Había llegado a Colonia del Pacífico hacía dos días, que pasó dando vueltas con la esperanza de acercarse a Bancroft lo suficiente para obtener alguna pista. Ya lo había conseguido, pero sus averiguaciones carecían de valor. Se había limitado a confirmar lo que el Instituto consideraba muy probable, sin descubrir ninguna información nueva.

Necesitaba meditar su próximo movimiento. Vació el vaso. —Será mejor que me vaya —dijo. —Si quieres, podemos cenar aquí —propuso Glenna. — Gracias, pero no tengo hambre. Quizá más adelante. Era verdad. La tensión nerviosa que acarreaba el uso de sus poderes le cortaba el apetito, Además, los fondos no daban para gastos extra.

—De acuerdo, Joe. Me gustaría que volviésemos a vernos —sonrió—. Eres una persona extraña, pero también agradable.

La muchacha rozó los labios de Dalgetty con los suyos, se levantó y salió. Dalgetty cruzó la puerta y pulsó el botón de uno de los ascensores ascendentes. Pasó por numerosos niveles. La taberna se encontraba debajo de los cajones de suspensión de la estación, próxima al cable del ancla principal, junto a la profundidad de las aguas. Por encima de ella, había almacenes, salas de máquinas, cocinas, todas las instalaciones de la existencia moderna. Salió de un quiosco y desembocó en una cubierta superior a nueve metros por encima de la superficie. No había nadie allí. Avanzó hasta la barandilla, se apoyó en ella, miró hacia el mar y gozó de la soledad.

Debajo de él, los niveles descendían hasta la cubierta principal: líneas fluyentes y curvas, amplias láminas de plástico transparente, carteles animados, el césped y los macizos de flores de un pequeño parque, personas que caminaban de prisa o despacio. La inmensa mole giroestabilizada no se movía, al menos de manera perceptible, al impulso de la marejada del Pacífico. La estación del Pelicano, «centro» de la colonia, albergaba sus tiendas, salas de espectáculos y restaurantes, sus servicios y entretenimientos.

En torno a ella, el agua aparecía de color azul añil bajo la luz de la tarde, recorrida por arabescos de espuma. Dalgetty oyó las olas que chocaban contra las escarpadas paredes. En lo alto, el cielo mostraba algunas nubes en el poniente, nubes que se tornaban doradas. Las gaviotas que se cernían en el aire parecían vaciadas en oro, y la bruma del oriente en sombras anunciaba la línea costera del sur de California. El hombre sensible respiró a fondo, dejó que sus nervios, sus músculos y sus vísceras se relajaran, desconectó su mente y, por un momento, se convirtió en un organismo que se limitaba a vivir y se alegraba de hacerlo.

Las demás estaciones, las moles ascendentes y aerodinámicas que constituían Colonia del Pacífico impedían una visión más amplia. Se habían construido algunos puentes colgantes muy espaciosos, para enlazarlas entre sí, pero aún se desarrollaba un importante tráfico marítimo. Hacia el sur, divisó una zona negra sobre las aguas, una granja marítima. En respuesta a un interés fugaz, su entrenada memoria le recordó que, según las últimas cifras, el dieciocho coma tres por ciento de las provisiones alimenticias se extraía de especies modificadas de algas marinas. Sabía que dicho porcentaje aumentaría rápidamente.

En otros puntos, había plantas extractoras de minerales, bases pesqueras y estaciones experimentales y de investigación pura. Debajo de la ciudad flotante, alojada en la plataforma continental, se extendía el emplazamiento submarino: pozos petrolíferos, que completaban los procesos industriales de sintetización, minería, exploración en tanques para descubrir nuevos recursos, un lento desarrollo hacia el exterior a medida que los hombres aprendían a internarse en el frío, la oscuridad y la presión. Resultaba costoso, pero a un mundo superpoblado le quedaban pocas alternativas.

Baja y pura, Venus era ya visible en el horizonte crepuscular. Dalgetty aspiró el aire marino, húmedo y acre, y sintió una ligera compasión por los hombres que estaban allí... Y en la luna, y en Marte, entre los mundos. Realizaban una tarea importantísima y desgarradora. De todos modos, Dalgetty se preguntó hasta qué punto era más importante y significativa que este trabajo en los océanos terrestres.

O más importante y significativa que unas páginas de ecuaciones garabateadas y guardadas en el cajón de uno de los escritorios del Instituto. «¡Basta!» Como un perro bien adiestrado, Dalgetty se sobrepuso al discurrir de su mente. Había venido allí a trabajar también.

Las fuerzas con las que iba a enfrentarse le parecían monstruosas. Un hombre solo contra un tipo de organización desconocida. Debía rescatar a otro hombre antes de que... Bueno, antes de que cambiaran la historia y la lanzaran por un camino equivocado, el largo sendero cuesta abajo. Poseía conocimientos y capacidades, pero no le servirían para detener una bala. Tampoco se incluían en ellos el adiestramiento para ese tipo de guerra. Una guerra que no era guerra, una política que no era política, sino un puñado de ecuaciones garabateadas, un libro de datos trabajosamente recogidos y un cerebro pleno de sueños.

Bancroft tenía a Tighe en su poder..., en alguna parte. El Instituto no podía pedir ayuda al gobierno, pese a que, en gran medida, coincidía con él. Como máximo, prestaría a Dalgetty algunos hombres que le ayudaran, pero no contaba con pelotones de gorilas. Además, el tiempo, como un sabueso, le pisaba los talones.

El hombre sensible se volvió, de pronto consciente de la presencia de otra persona, un hombre maduro, flaco y canoso, con algunos rasgos de intelectual, que se apoyó en la barandilla y comentó en tono tranquilo:

—Bonita noche, ¿no?

—Sí—confirmó Dalgetty—, muy bonita.

—Este lugar me produce una sensación de auténticos logros —agregó el desconocido.

—¿Cómo ha dicho? —se interesó Dalgetty, dispuesto a la charla.

El hombre observó el mar y habló con suavidad, como para sus adentros:

—Tengo cincuenta años. Nací durante la tercera guerra mundial y crecí entre las hambres y las locuras masivas que la siguieron. Marché a luchar en Asia. Me preocupó una población que se expandía de manera insensata y malgastaba unos recursos disminuidos de manera insensata. Vi una América escindida entre la decadencia y la locura. Ahora, sin embargo, puedo detenerme y observar un mundo dirigido por unas Naciones Unidas que funcionan, donde el crecimiento demográfico se nivela y el gobierno democrático se extiende de un país a otro. Estamos conquistando los mares e incluso salimos a otros planetas. Las cosas han cambiado desde mi infancia. En líneas generales, para mejorar.

—¡Ah, un alma hermana! —exclamó Dalgetty—. Sin embargo, creo que simplifica usted demasiado.

El hombre frunció el entrecejo.

—¿Así que vota a los conservadores?

—El partido laborista es conservador —afirmó Dalgetty—. Lo demuestra su coalición con los republicanos, los neofederalistas y algunos grupos disidentes. No, no me preocupa que permanezca en el poder, ni que los conservadores prosperen, ni que los liberales tomen el mando. Me preocupa quién controla al grupo que está en el poder.

—Supongo que sus afiliados—replicó el hombre.

—¿Pero quiénes son sus afiliados? Sabe usted tan bien como yo que el gran fracaso del pueblo estadounidense ha consistido siempre en su falta de interés por la política.

—¿Cómo? No diga eso. Por lo menos vota, ¿no? ¿Cuál fue el último porcentaje?

—Ocho ocho coma tres siete. Por supuesto que votan..., después de que le presentan la lista de candidatos. ¿Pero cuántos de ellos intervienen en la nominación de los candidatos o en la confección de los programas electorales? ¿Cuántos dedican realmente algún tiempo a *trabajar* en eso o escriben a sus representantes en el Congreso? El término «muñidor» conserva aún su sentido despectivo. En nuestra historia, el voto ha sido demasiado a menudo una mera cuestión de elección entre dos máquinas bien engrasadas. Un grupo lo bastante inteligente y decidido que se haga cargo de un partido, conservará, si quiere, el nombre y las consignas y, en pocos años, efectuará entre bambalinas un *viraje* completo.

Dalgetty hablaba con rapidez al referirse a una de las facetas de la tarea a la cual había consagrado su vida.

—Dos máquinas, o cuatro, o cinco, como tenemos ahora, son mejores que una sola —afirmó el desconocido.

—No si el mismo grupo las controla a todas —puntualizó Dalgetty con severidad.

—Pero...

—«Si no puedes derrotarlos, únete a ellos.» Y si te unes a todos los partidos, mejor aún. De ese modo, *nunca* pierdes.

—Me parece que eso no ha ocurrido todavía —dijo el hombre.

—No, no ha ocurrido —asintió Dalgetty—. Al menos en Estados Unidos, porque en otros países... Pero no lo olvide, ocurrirá pronto. Hoy las líneas no las trazan las naciones ni los partidos, sino... las filosofías, si entiende lo que quiero decir. Dos perspectivas del destino humano inspiran todas las líneas nacionales, políticas, raciales y religiosas.

—¿Y cuáles son esas dos perspectivas? —inquirió con serenidad el desconocido.

—Podríamos llamarlas libertaria y totalitaria, aunque los pertenecientes a la segunda no se consideran forzosamente como tales. En términos legales, durante el siglo diecinueve se alcanzó la cumbre del individualismo desenfrenado. En honor a la verdad, las presiones y las costumbres sociales resultaban más represivas de lo que supone hoy la mayoría de la gente. En el siglo veinte, se quebró esa rigidez en las costumbres, la moral y los hábitos de pensamiento. Piense, por ejemplo, en la emancipación de las mujeres, la facilidad del divorcio o las leyes sobre la intimidad. Al mismo tiempo, el control legal se hizo más severo. El gobierno se encargó de un número cada vez mayor de funciones, los impuestos ascendieron de manera desorbitada, y la vida del individuo quedó cada vez más circunscrita por reglamentaciones que decían «debes» y «no debes». Bueno, según afirman, la guerra se halla a punto de desaparecer en tanto institución. Con eso se aliviarán muchas presiones. Se han eliminado medidas tan constreñidoras como el servicio militar obligatorio, los trabajos forzados o el racionamiento. Poco a poco, vamos logrando una sociedad donde el individuo goza del máximo de libertad, tanto respecto a las leyes como a las costumbres. Quizá se haya desarrollado más en Estados Unidos, Canadá y Brasil, pero se va extendiendo a todo el mundo. Sin embargo, hay elementos a quienes no agradan las consecuencias del auténtico libertarismo. Y la nueva ciencia de la conducta humana, masiva e individual, alcanza una formulación rigurosa. Se está convirtiendo en la herramienta más poderosa con que se haya contado nunca, porque aquel que controle la mente humana controlará asimismo todos los actos del hombre. Recuerde que cualquiera puede utilizar dicha ciencia. Si lee entre líneas, descubrirá la oculta lucha por asegurarse su dominio en cuanto llegue a la madurez y a la fase de aprovechamiento empírico.

—¡Ah, sí! —dijo su interlocutor—. El Instituto Psicotécnico.

Dalgetty asintió con la cabeza, preguntándose por qué se había lanzado a pronunciar semejante conferencia. Bueno, cuantas más personas tuvieran cierta idea de la verdad mejor..., aunque de nada les serviría conocer toda la verdad. Todavía no.

—El Instituto adiestra a tantas personas para cargos gubernamentales y ejecuta tantas tareas consultivas que, en ocasiones, da la impresión de que, de manera casi imperceptible, se va haciendo cargo de todo el espectáculo —agregó el otro hombre.

Dalgetty se estremeció a causa de la brisa del ocaso y lamentó no haber llevado su capa. Pensó con hastío: «Ya salió de nuevo. Ya está aquí otra vez la historia que ellos divulgan, no con acusaciones descaradas ni en su totalidad, sino por una vía lenta y sutil, un susurro aquí, una alusión allá, una noticia

periodística parcial, un artículo supuestamente desapasionado... ¡Ah, desde luego! Conocen la semántica aplicada».

—Hay demasiadas personas que temen semejante resultado —declaró—. No tienen por qué. El Instituto es una organización investigadora privada, que cuenta con una subvención federal. Sus archivos están abiertos a la consulta del público. —¿Todos los archivos?

El rostro del hombre se difuminaba en el crepúsculo. Dalgetty creyó percibir una ceja que se alzaba con escepticismo. No respondió a la observación, aunque dijo:

—Existe en el público la idea confusa de que un grupo en posesión de una ciencia completa del hombre, que el Instituto no posee ni con mucho, «asumiría el mando» de inmediato y, mediante manipulaciones de un tipo no especificado, pero aterradoramente sutil, gobernaría el mundo. La teoría sostiene que, sabiendo los botones que hay que apretar y todas las cosas por el estilo, los hombres harán lo que deseas, sin enterarse de que les están manipulando. Una solemne majadería.

—Bueno, yo no lo aseguraría —repuso el hombre—. En líneas generales, parece bastante plausible. Dalgetty meneó la cabeza.

—Supongamos que soy ingeniero y veo una avalancha a punto de caerme encima. Sabré en teoría lo que debería hacer para detenerla, dónde colocar la dinamita, dónde erigir la pared de cemento, etcétera. Ahora bien, esos conocimientos no me servirán de nada. No dispondré de tiempo ni de las energías precisas para utilizarlos. Lo mismo sucede con respecto a la dinámica humana, tanto masiva como individual. Se necesitan meses o años para cambiar las convicciones de un hombre. Y cuando se trata de cientos de millones de seres humanos... —Se encogió de hombros—. Las corrientes sociales abarcan demasiado para ejercer sobre ellas algo más que un control leve y gradual. A decir verdad, quizá los resultados más valiosos conseguidos hasta la fecha no sean los que enseñan qué puede hacerse, sino los que demuestran lo que no puede hacerse.

—Se expresa usted con el tono de la autoridad —comentó el hombre.

—Soy psicólogo —replicó Dalgetty con sinceridad, pero no agregó que actuaba al mismo tiempo como sujeto, observador y cobaya—. Supongo que hablo demasiado. Voy de mal en peor.

—Nada de eso.

El hombre apoyó la espalda en la barandilla. Su mano surgió de las sombras tendiendo un paquete.

—¿Fuma?

—No, gracias.

—Una rareza en nuestra época.

El breve resplandor del mechero dibujó el rostro del desconocido sobre el fondo del crepúsculo.

—He descubierto otros métodos de relajación.

—Le felicito. A propósito, yo soy profesor de literatura inglesa en Colorado.

—Por desdicha, lo desconozco todo sobre ese campo —confesó Dalgetty.

Durante unos instantes, el hombre sensible experimentó una sensación de pérdida. Sus procesos mentales se habían apartado demasiado del ser humano corriente para encontrar algún interés en la literatura o la poesía. La música, la escultura, la pintura, en cambio... En ellas sí había algo. Miró las aguas extensas y centelleantes, fijándose en las estaciones, con las luces apagadas, pero

iluminadas por las primeras estrellas, y saboreó con verdadero placer la infinidad de simetrías y armonías. Se precisaban unos sentidos como los suyos para descubrir aquel mundo maravilloso.

—Estoy de vacaciones —explicó el hombre. Como Dalgetty no respondiera, agregó tras una breve pausa—: Supongo que usted también, ¿no?

Dalgetty sintió un ligero estremecimiento. Una pregunta personal procedente de un desconocido... Bueno, uno no esperaba discreción por parte de alguien como la joven Glenna. Pero un profesor debería estar mejor condicionado con respecto a las costumbres sobre la intimidad.

—Sí —repuso secamente—. Sólo he venido de visita.

—A propósito, me llamo Tyler, Harmon Tyler.

—Joe Thomson.

Dalgetty estrechó la mano que le ofrecía.

—Podríamos continuar esta conversación, si piensa quedarse algún tiempo —propuso Tyler—. Ha planteado algunos puntos interesantes.

Dalgetty valoró la situación. Quizá valiera la pena quedarse mientras Bancroft permaneciera en la colonia, con la esperanza de averiguar algo más.

—Tal vez pase otro par de días aquí —respondió.

—Magnífico —declaró Tyler.

Miró hacia el cielo, que comenzaba a poblarse de estrellas. La cubierta seguía vacía. Rodeaba la mole oscura y elevada de una torre de observación meteorológica, que funcionaba durante la noche mediante mandos automáticos, por lo que no había nadie más a la vista. Algunos tubos fluorescentes formaban pálidos charcos de luz incandescente sobre el suelo de plástico. Tyler miró la hora y agregó en tono distraído:

—Son las diecinueve treinta. Si no le molesta esperar hasta las veinte, le mostraré algo interesante.

—¿De qué se trata?

—Una sorpresa —rió Tyler entre dientes—. Pocas personas lo conocen. Bien, volviendo a la cuestión que planteó usted antes...

La media hora transcurrió velozmente. Dalgetty llevó casi todo el peso de la charla:

—... y la acción de masas. Escuche, en una primera aproximación bastante tosca, un estado de equilibrio semántico a escala mundial, que nunca ha existido, desde luego, quedaría representado por una ecuación según la fórm...

—Discúlpeme. —Tyler volvió a consultar el dial luminoso—. Si no le importa interrumpirse durante unos minutos, le mostraré ese espectáculo extraño del que le hablé.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Claro.

Tyler arrojó el cigarrillo, que dejó una estela en la penumbra, como un minúsculo meteoro. Asió a Dalgetty por un brazo. Ambos rodearon sin apresurarse la torre meteorológica.

Los hombres llegaron del otro lado y se encontraron con ellos a mitad de camino. Dalgetty apenas los había vislumbrado cuando sintió un pinchazo en el pecho.

¡Una pistola de dardos!

El mundo rugió a su alrededor. Avanzó un paso e intentó gritar, pero se le agarrotó la garganta. La cubierta se elevó y chocó contra él. Luego, su mente empezó a deslizarse en la oscuridad.

De alguna parte, la voluntad surgió en su interior, los reflejos adiestrados funcionaron y Dalgetty aprestó todas sus energías mermanas para luchar contra el anestésico. Fue como un tantear en la niebla. Perdió una y otra vez el conocimiento, mientras la opresión se intensificaba. Como un rayo vislumbre en medio de la pesadilla, advirtió que le transportaban. En una ocasión alguien detuvo al grupo en un pasillo y preguntó si había algún problema. La respuesta pareció surgir de un punto muy lejano:

—No lo sé. Se desmayó..., así de simple. Le llevamos a un médico.

Tardaron un siglo en bajar por un ascensor. Las paredes del cobertizo para botes se estremecieron con un temblor líquido en torno a Dalgetty. Le subieron a bordo de una embarcación grande, invisible entre la bruma gris. Un fragmento de su embotado ser pensó que se trataba de un cobertizo privado, pues nadie intentó detener..., intentó detener..., intentó detener...

Entonces cayó sobre él la noche.

3

Despertó poco a poco, presa de un vómito seco y parpadeó hasta abrir los ojos. Se oía el silbido del aire, señal de que volaban. Sin duda viajaban en un trífido. Intentó forzar su recuperación, pero su mente continuaba demasiado paralizada.

—Tome, beba esto.

Dalgetty aceptó el vaso y bebió sediento. El frescor y la firmeza se diseminaron por todo su cuerpo. La vibración interior desapareció y el dolor de cabeza se redujo lo suficiente para tornarse soportable. Miró lentamente a su alrededor y sintió el primer hormigueo de pánico.

¡No! Reprimió la emoción con un empujón casi físico. Había llegado el momento de la calma, el ingenio rápido y...

El hombre corpulento que se hallaba cerca de él asintió y asomó la cabeza por la puerta hacia el exterior.

—Creo que ya se siente bien —gritó—. ¿Quiere hablar con él?

Los ojos de Dalgetty recorrieron el compartimento, a todas luces la cabina trasera de un amplio avión, provista de lujosos asientos reclinables y una mesa con incrustaciones. Una amplia ventana daba a la escalera.

¡Atrapado! Le invadió una oleada de amargura, una furia impotente contra sí mismo. *¡Me arrojé por así decirlo en sus brazos!*

Tyler entró en la estancia, seguido de una pareja de hombres fornidos, con rostros inexpresivos. Sonrió.

—Lo siento —murmuró—, pero ha de saber que metió la pata.

—En efecto. —Dalgetty meneó la cabeza, torciendo la boca en una mueca—. Las de atrás, para más señas.

Tyler volvió a sonreír, con una expresión benévola.

—Ustedes, los aficionados a los juegos de palabras, son incurables —dijo—. Me alegro de que haya asimilado bien la situación. No deseamos causarle ningún daño.

El escepticismo ensombreció el ánimo de Dalgetty, pero logró relajarse.

—¿Cómo me descubrieron? —inquirió.

—Por diversos detalles. He de decirle que actuó con mucha torpeza. —Tyler se sentó al otro lado de la mesa, en tanto que los guardias continuaban de pie—. Estábamos seguros de que el Instituto intentaría

contraatacar. En consecuencia, estudiamos a fondo la organización y su personal. Le reconocieron, Dalgetty. Y conocíamos su estrecha relación con Tighe. Además, nos siguió sin usar siquiera una máscara facial. De todos modos, se le vio perder el tiempo por la Colonia. Vigilamos sus movimientos. Una de las chicas dedicadas al alterne en la taberna nos contó algunas cosas interesantes sobre usted. Decidimos que valía la pena interrogarle. Yo le tanteé en la medida de lo posible como un conocido casual y luego le conduje a la cita. —Tyler extendió las manos—. Eso es todo.

Dalgetty suspiró. Sus hombros se hundieron bajo la súbita e inmensa carga del desaliento. Sí, tenían razón. Estaba fuera de órbita.

—Bien—dijo—, ¿qué ocurrirá ahora?

—Ahora íes tenemos a ambos, a usted y a Tighe —respondió el otro, encendiendo un cigarrillo—. Espero que se muestre más dispuesto a hablar que él.

—¿Y en caso de que me niegue?

—Escúcheme con atención. —Tyler frunció el ceño—. Existen motivos para guardarle consideraciones a Tighe. En primer lugar, su gran valor como rehén. Usted, en cambio, es un don nadie. Aunque no somos monstruos, personalmente siento muy poca simpatía por los fanáticos de su especie.

—¡Vaya! —repuso Dalgetty con un deje de ironía—. Un interesante ejemplo de la evolución semántica. En líneas generales, vivimos un período sereno y tolerante, donde la palabra «fanático» se ha convertido en un mero epíteto para designar a un sujeto que se sitúa al otro lado.

—¡Basta! —le cortó Tyler—. No le permitiremos dar largas al asunto. Queremos que responda a muchas preguntas. —Las enumeró con los dedos mientras las iba exponiendo—. ¿Cuáles son los objetivos últimos del Instituto? ¿Cómo piensa alcanzarlos? ¿Hasta dónde ha llegado? En un sentido científico, ¿en qué consiste exactamente lo que ha descubierto sin publicarlo? ¿Qué sabe sobre nosotros? —Esbozó una breve sonrisa—. Está usted muy apegado a Tighe. Él le crió, ¿verdad? Sin duda sabe tanto como él.

«Sí —pensó Dalgetty—. Tighe me crió. En realidad, fue el único padre que tuve. Yo era huérfano y él me recogió y se portó bien conmigo.»

En su memoria, surgió con claridad la imagen de la vieja casa. Se alzaba en los amplios terrenos arbolados de las hermosas colinas de Maine. Un pequeño río descendía hasta una bahía salpicada de veleros. Habían tenido vecinos, seres de hablar pausado, con más realidad a su alrededor de lo que conocía la mayor parte del mundo desarraigado del presente. Y habían recibido muchas visitas, hombres y mujeres con mentes como centelleantes hojas de espada.

Dalgetty creció rodeado de intelectos dirigidos al futuro. Tighe y él viajaron por todas partes. Visitaron a menudo la enorme torre del edificio principal del Instituto y, como mínimo, una vez al año se trasladaban a la Inglaterra nativa de Tighe. Pero siempre conservaron el cariño que les inspiraba la vieja casa.

Ésta se alzaba sobre un cerro, larga, baja y teñida de gris por las inclemencias del tiempo, como una parte del terreno. Durante el día, reposaba sobre el verde cegador de los árboles iluminados por el sol o la pureza resplandeciente de la nieve. Por la noche, se oía crujir las tablas y el gemido solitario del viento encañonado en la chimenea. Sí, había sido una gran época.

Recordó también el aspecto maravilloso de su existencia. Adoraba su entrenamiento. El mundo sin horizontes de su interior constituía un terreno glorioso de exploración que le había orientado hacia el exterior, hacia el mundo real. Sintió el viento, la lluvia y la luz del sol, el orgullo de los altos edificios y la ondulación de un caballo al galope, la agitación de las olas, la risa de las mujeres y el zumbido uniforme y misterioso de las grandes máquinas, lo sintió todo con una plenitud que le llevó a compadecer a los sordos, mudos y ciegos que le rodeaban.

¡Ah, sí! Amaba esas cosas. Estaba enamorado del planeta que giraba y de los cielos infinitos en lo alto, un mundo de luz, de fuerza y de vientos veloces, un mundo que resultaría doloroso abandonar. Pero Tighe se hallaba encerrado en la oscuridad.

Empezó a hablar lentamente:

—Nunca fuimos otra cosa que un centro educativo y de investigación, una especie de universidad informal, especializada en el estudio científico del hombre. En modo alguno constituimos una organización política. Se sorprendería al ver cuánto difieren nuestras opiniones individuales.

—¿Y qué? —se encogió de hombros Tyler—. Esto sobrepasa la política. Su trabajo, una vez terminado, cambiaría toda la sociedad, incluso la naturaleza del hombre. *Sabemos* que han descubierto más cosas de las que han hecho públicas. En consecuencia, se reservan dicha información para uso propio.

—¿Y ustedes la quieren para favorecer sus propósitos?

—Sí —respondió Tyler. Y añadió tras un instante—: Desprecio el melodrama, pero le advierto que, si no coopera, lo pasará mal. No olvide que también tenemos a Tighe. Uno de ustedes desfallecerá si presencia el interrogatorio del otro.

«*¡Llévame pronto a ese lugar! ¡Vamos, llévame junto a Tighe!*»

El esfuerzo por mantener una expresión y un tono de voz serenos le resultó monstruoso.

—¿Adonde nos dirigimos?

—A una isla. Pronto llegaremos. Yo regresaré, pero el señor Bancroft vendrá pronto. Así se convencerá de la importancia que tiene esto para nosotros.

Dalgetty asintió con la cabeza.

—¿Me permite meditarlo un rato? No es fácil tomar semejante decisión.

—Por supuesto. Espero que tome la correcta.

Tyler se levantó y se marchó con los guardias. El hombre corpulento que antes le había ofrecido el vaso permanecía en el mismo lugar. El psicólogo comenzó a concentrarse poco a poco. El débil sonido de las turbinas, los silbidos de los reactores y del aire al ser hendido se incrementaron.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—NO PUEDO DECIRLO. POR FAVOR, CÁLLESE.

—Oiga, seguramente...

El guardia no respondió, pero estaba pensando: «Ree-vii-lla-gii-gee-do... Nunca aprenderé a pronunciar ese maldito nombre. ¡Caray, vaya sitio dejado de la mano de Dios! Quizá logre hacer una escapada hasta México. Esa muchachita de Guada...»

Dalgetty se concentró. Revilla... Ya lo tenía. Revillagigedo. un pequeño

grupo de islas situado a casi seiscientos kilómetros de la costa mexicana, poco visitado, con muy escasos habitantes. Su memoria eidética entró en actividad. Conjuró la imagen de un mapa a gran escala que había estudiado en una ocasión. Cerró los ojos y fijó la situación exacta, latitud y longitud, de cada isla en particular.

Un momento. Un poco hacia el oeste, había una isla que pertenecía al grupo. Además..., Echó un vistazo a todos los datos que poseía con respecto a Bancroft. Espera a ver si recuerdo. Bertrand Meade, que parecía ser el eje de todo el movimiento..., sí, Meade era el propietario de la minúscula isla.

¡De modo que allí se dirijan! Se acomodó y dejó que el cansancio le invadiera. Aún tardarían un rato en llegar.

Dalgetty suspiró y observó las estrellas. ¿Por qué los hombres las habían agrupado en constelaciones tan toscas cuando el modelo global del firmamento presentaba una inmensa y bellísima armonía? Sabía que el peligro aumentaría en grado sumo para él tan pronto como aterrizasen. Tortura, mutilación, incluso la muerte.

Volvió a cerrar los ojos. Se quedó dormido casi en el acto.

4

Aterrizaron en un campo pequeño. Aún era de noche. Atraído por el resplandor de las luces, Dalgetty no tuvo muchas posibilidades de reconocer el lugar. Vio hombres que montaban guardia con fusiles Magnum, matones profesionales de aspecto rudo, uniformados de gris. Les siguió obediente por la pista de cemento, a lo largo de un sendero y a través de un jardín, hasta la mole curvada y destacada de una casa.

Se detuvo unos segundos mientras abrían la puerta y oteó la oscuridad. El mar rompía siseando en una amplia playa. Captó el saludable olor salobre de las aguas y llenó sus pulmones de aire. Quizá fuera la última vez,

—Adelante.

Un brazo le sacudió para ponerle de nuevo en movimiento. Descendieron por un pasillo vacío y fríamente iluminado, bajaron en una escalera mecánica y se internaron en las entrañas de la isla. Otra puerta. Después, una habitación y un brusco empujón. La puerta se cerró con estrépito a sus espaldas.

Dalgetty examinó su celda, pequeña y con los muebles imprescindibles: una litera, un retrete y un lavabo. En una de las paredes, se veía una reja de ventilación. Nada más. Intentó escuchar con el máximo de sensibilidad, pero sólo captó murmullos lejanos y confusos.

«¡Papá! —pensó—. También tú estás aquí.»

Se dejó caer con pesadez en la litera y analizó la estética del contorno. Poseía cierta austeridad nada desagradable, el equilibrio inconsciente del funcionalismo total. Dalgetty volvió a dormirse enseguida.

Un guardia le despertó con la bandeja del desayuno. Dalgetty intentó leer los pensamientos del hombre. Ninguno valía la pena. Comió con gran apetito, sin preocuparse por el cañón del fusil que le apuntaba, devolvió la bandeja y volvió a quedarse dormido. Lo mismo ocurrió a la hora del almuerzo.

Cuando volvieron a despertarle, su sentido del tiempo le indicó que eran las catorce treinta y cinco. Esta vez, aparecieron tres fornidos ejemplares.

—Vamos —dijo uno de ellos—. Nunca vi un chico más a propósito para darle un tirón de orejas.

Dalgetty se levantó y se pasó una mano por el pelo. Las cerdas rojas de la incipiente barba le rasparon la palma de la mano. Significaba una tapadera, un símbolo sustitutivo para recobrar el pleno dominio de su sistema nervioso. Fue como si le lanzaran por un inmenso abismo.

—¿Cuántos de ustedes hay aquí? —preguntó.

—Los suficientes. ¡Venga, camine!

Dalgetty captó el susurro de su pensamiento: «Somos cincuenta guardias, ¿no? Sí, creo que cincuenta».

¡Cincuenta! Dalgetty se sobresaltó, mientras avanzaba flanqueado por dos de ellos. Cincuenta matones bien adiestrados. El Instituto se había enterado de que el ejército personal de Bertrand Meade recibía una excelente instrucción. Nada demasiado visible, desde luego —oficialmente, sólo se trataba de criados y guardaespaldas—, pero sabían disparar.

Y él estaba solo, en medio del océano. Solo contra ellos, sin que nadie conociese su paradero. Le tenían en sus manos. Al bajar por el pasillo, sintió frío.

Al final, había una habitación con bancos y un escritorio. Uno de los guardias señaló la silla colocada en un extremo.

—Siéntese —gruñó.

Dalgetty obedeció. Las correas rodearon sus muñecas y sus tobillos, sujetándole a los brazos y las patas del firme mueble. Otra de las correas le rodeó la cintura. Miró hacia abajo y descubrió que la silla se hallaba atornillada al suelo. Uno de los guardias se acercó al escritorio y puso en marcha un magnetofón.

En el extremo más distante de la habitación, se abrió una puerta. Entró Thomas Bancroft, un hombre corpulento metido en carnes, pero con todos los signos de una excelente salud. Usaba ropa de un buen gusto discreto. Coronaba su cabeza una espesa cabellera blanca, y en el rostro, de rasgos correctos y subido color, brillaban un par de vivos ojos azules. Sonrió ligeramente y se sentó ante la mesa.

Con él venía una mujer. Dalgetty la miró con más dureza. Le resultaba desconocida. Era de estatura mediana, más bien menuda, con el pelo rubio demasiado corto y ningún maquillaje sobre sus marcadas facciones esclavas. Joven, en perfecta forma, se movía con un decidido andar masculino. Con sus oblicuos ojos grises, su nariz delicadamente curva y aquella boca llena y hosca, hubiera sido una belleza de proponérselo.

«Una mujer moderna —pensó Dalgetty—. Una máquina de carne y hueso que intenta comportarse de manera más masculina que los propios hombres, frustrada y desdichada sin saberlo y por eso mismo aún más amargada.»

Sintió un fugaz dolor, una enorme compasión por los millones de seres humanos. No se conocían a sí mismos, se combatían entre sí como bestias salvajes, enredados, encerrados en pesadillas. El hombre podía ser tan excelso si le daban ocasión...

Miró a Bancroft y dijo:

—A usted ya le conozco, pero sospecho que la señora está en posición ventajosa con respecto a mí.

—Le presento a mi secretaria y ayudante general, la señorita Casimir.

La voz del político resultaba imponente, un instrumento maravillosamente

controlado. Se inclinó por encima de la mesa. El magnetofón situado junto a su brazo zumbaba en el silencio a prueba de ruidos.

—Señor Dalgetty, me gustaría que comprendiese que no somos demonios. Sin embargo, existen algunas cosas demasiado importantes para ceñirnos a las reglas corrientes. En el pasado, se desencadenaron guerras a causa de ellas y cabe en lo posible que se reproduzcan. Para todos los implicados, sería más sencillo si usted cooperara ahora con nosotros. Nadie tiene por qué saber que lo ha hecho.

—Supongamos que contesto a sus preguntas —arguyó Dalgetty—. ¿Cómo sabe que le diré la verdad?

—Muy fácil. Gracias a la neoscopolamina. Supongo que no será inmune a ella. Confunde demasiado la mente para que le interroguemos bajo su influencia con relación a tan complejos asuntos. Sin embargo, nos permitirá saber si nos ha contestado con sinceridad.

—¿Y después qué? ¿Me dejarán marchar?

Bancroft se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Quizá tengamos que retenerle algún tiempo, pero después perderá su importancia y regresará sano y salvo.

Dalgetty meditó. ¿Cómo luchar contra las drogas de la verdad? Además, existían procedimientos aún más radicales, como la lobotomía prefrontal, por ejemplo. Se estremeció. Las correas de cuero artificial le daban una impresión de humedad en contacto con su ropa ligera. Miró a Bancroft.

—¿Qué pretende en realidad? —preguntó—. ¿Por qué trabaja para Bertrand Meade?

La gruesa boca de Bancroft se abrió en una sonrisa.

—Me parece que le corresponde a usted responder a las preguntas.

—Que lo haga o no depende de quién las plantee —puntualizó Dalgetty. «¡Gana tiempo! ¡Posterga el momento del terror, postérgalo!»—. Con toda sinceridad, lo que sé de Meade no me inspira ningún sentimiento amistoso. Tal vez me equivoque a su respecto.

—El señor Meade es un famoso ejecutivo.

—Ya. Y asimismo el poder que maneja a numerosas personalidades políticas, incluido usted. Hablando claro, el verdadero amo del movimiento activista.

—¿Qué sabe usted del movimiento? —intervino la mujer bruscamente.

—Tiene una historia complicada —contestó Dalgetty—. De iodos modos, el activismo es, en esencia, una..., una *Weltans-chauung*² No nos hemos recuperado todavía por completo de las guerras mundiales y sus consecuencias. En todo el mundo, la gente se aleja de las grandes y difusas Causas, con mayúscula, para atenerse a una visión más natural y precisa de la vida. Algo análogo a la Ilustración del siglo dieciocho, que también sucedió a un período de conflictos entre fanatismos contrapuestos. Incluso en la mente popular, se ha desarrollado la creencia en la razón, un espíritu de moderación y tolerancia. Predomina la actitud de esperar a ver con respecto a todo, incluidas las ciencias, en especial la ciencia nueva y aún no constituida de la psicodinámica. El mundo desea un período de calma.

»Bien, tal estado de ánimo presenta sus inconvenientes. Produce maravillosas estructuras de pensamiento, pero hay una extraña frialdad en

² En alemán, concepción del mundo. (Nota del traductor.)

ellas, tan poca pasión auténtica, tanta cautela... Por ejemplo, las artes se estilizan cada vez más. Los pueblos se burlan abiertamente de los viejos símbolos, como la religión, el estado soberano o una determinada forma de gobierno, símbolos por los que antes morían los hombres. En el Instituto somos capaces de formular, mediante una prolija educación, la condición semántica.

Y a ustedes no les gusta. Su tipo de hombre necesita algo grandioso. Ahora bien, la mera grandeza concreta no le basta. Podrían consagrar sus vidas a la ciencia, a la colonización interplanetaria o al mejoramiento de la sociedad, como hacen con entusiasmo tantas personas... Eso no va con ustedes. En el fondo, añoran la imagen del padre universal. Quieren una Iglesia todopoderosa, un estado todopoderoso, en una palabra, *algo* todopoderoso, un símbolo inmenso y confuso que les exija todo cuanto poseen y, a cambio, sólo les proporcione un sentimiento de pertenencia. —La voz de Dalgetty sonaba ronca—. En síntesis, no saben mantenerse sobre sus propios pies, incapaces de afrontar la verdad de que el hombre es un ser solitario y de que su objetivo ha de fijárselo él mismo.

Bancroft frunció el ceño.

—No he venido a que me sermoneen —protestó.

—Como guste. Pensé que le interesaba mi opinión sobre el activismo. Así que he empleado un lenguaje poco preciso. Para concretar, desea usted convertirse en el jefe de una Causa. Sus hombres, los leales, no los simplemente contratados, anhelan ser seguidores. Sólo que en la actualidad no existe ninguna Causa, salvo la muy sensata de mejorar la vida humana.

Casimir, la mujer, se inclinó sobre la mesa. Sus ojos brillaban con extraña intensidad.

—Usted mismo acaba de puntualizar los inconvenientes —afirmó—. *Vivimos* un período decadente.

—No —rechazó Dalgetty—. No, a menos que insista en recurrir a connotaciones cargadas de sentido. Vivimos un necesario período de calma. Una época de retroceso para que toda una sociedad... Bueno, en la formulación de Tighe se resuelve a la perfección. La situación actual debería continuar durante setenta y cinco años, poco más o menos, según la opinión del Instituto. Albergamos la esperanza de que, en dicho período, la razón se afirme de tal modo en la estructura básica de la sociedad que, cuando surja la próxima gran oleada de pasión, no vuelva a los hombres contra sí mismos. El presente es... Sí, digamos analítico. Mientras recuperarnos el aliento, más vale que tratemos de comprendernos a nosotros mismos. Cuando llegue el próximo período sintético..., o creativo, o de cruzada, como prefiera, será más cuerdo que todos los anteriores. El hombre no puede permitirse el lujo de volverse loco una vez más. Al menos, no en un mundo en posesión de la bomba de litio.

Bancroft asintió con un movimiento de cabeza.

—Y ustedes, en el Instituto, intentan controlar ese proceso —dijo—. Intentan prolongar el período de... ¡Maldición, de decadencia! Escuche, Dalgetty, yo también he estudiado el sistema de la escuela moderna. Sé con cuánta sutilidad se adoctrina a la generación en desarrollo mediante políticas formuladas por *sus* hombres que forman parte del gobierno.

—¿Adoctrinar? Yo diría adiestrar. Se adiestra a los alumnos en el dominio de sí mismos y en el pensamiento crítico. —Dalgetty esbozó una

sonrisa—. Bueno, no estamos aquí para discutir sobre cuestiones generales. Digamos específicamente que Meade se siente encargado de una gran misión. Se ve a sí mismo como el líder natural de Estados Unidos. Y en última instancia, del mundo entero, a través de las Naciones Unidas, donde somos todavía poderosos. Quiere restaurar lo que denomina las «virtudes ancestrales»... Como ve, Bancroft, he escuchado los discursos de Meade y los suyos. Dichas virtudes consisten en la obediencia física y mental a la «autoridad constituida», en el «dinamismo», lo cual, en términos operativos, significa que la gente habrá de saltar cada vez que él dé una orden, en... ¿Para qué proseguir? Se trata de la historia de siempre. Hambre de poder y la recreación del estado absoluto, esta vez a escala planetaria. Mediante apelaciones psicológicas a algunos y promesas de recompensa a otros, Meade se ha constituido todo un séquito. No obstante, es lo bastante astuto para saber que no puede sacarse de la manga una revolución. Tiene que lograr que la gente la desee. Ha de invertir la corriente social, hasta que ésta retorne al autoritarismo..., cuya cúpula ocupará.

»Y, en este punto, interviene el Instituto. Sí, hemos desarrollado teorías que, al menos, intentan explicar los acontecimientos históricos. No tanto una cuestión de recopilación de datos, como de inventar una simbología rigurosa y autocorrectora. Al parecer, nuestras paramatemáticas son precisamente eso. No hemos dado a conocer todos nuestros hallazgos a causa de los posibles usos erróneos. Quien sepa cómo hacerlo, podría moldear la sociedad mundial conforme a cualquier imagen propuesta, y en cincuenta años, o en menos tiempo aún. A ustedes les interesan nuestros conocimientos para realizar sus propósitos.

Dalgetty calló. Reinó un prolongado silencio, durante el cual su respiración sonó innaturalmente ruidosa.

—De acuerdo. —Bancroft volvió a asentir con la cabeza—. Hasta ahora no nos ha dicho nada que no supiéramos.

—Soy muy consciente de ello —confirmó Dalgetty.

—Su fraseología resulta muy poco amistosa. No comprende el estancamiento y el repugnante cinismo de esta era.

—Ahora le toca a usted emplear palabras rimbombantes —adujo Dalgetty—. Los hechos *son*, nada más. Carece de sentido formular juicios morales sobre la realidad. Lo único que cabe hacer es tratar de cambiarla.

—Sí—repuso Bancroft—. De acuerdo, eso estamos intentando. ¿Querrá ayudarnos?

—Pueden destrozarme si lo desean. No conseguirán dominar una ciencia que cuesta años aprender.

—No, pero nos enteraríamos de su contenido y de dónde encontrarlo. En nuestro bando también hay buenos cerebros. Gracias a sus datos y ecuaciones, acabarían por averiguarlo. —Los ojos claros le miraron con extrema frialdad—. Me parece que no se da cuenta de su situación. Es usted nuestro prisionero, ¿entiende?

Dalgetty tensó los músculos, sin responder. Bancroft suspiró.

—Tráiganle —ordenó.

Uno de los guardias abandonó la estancia. Dalgetty se deprimió. «¡Papá!», pensó angustiado. Casimir se acercó y se detuvo ante él. Buscó con los ojos la mirada de Dalgetty.

—No haga el tonto —aconsejó—. Es más doloroso de lo que se imagina. Hable.

Dalgetty la miró. «Tengo miedo —pensó—. Dios sabe hasta qué punto tengo miedo.» Percibió el acre olor de su propio sudor.

—No —respondió.

—Le aseguro que recurrirán a todo.

La mujer hablaba con una voz agradable, pausada y suave, que en ese momento se tornó áspera. Palideció a causa de la tensión.

—Vamos, hombre, no se condene a sí mismo a la insensatez...

Había algo raro en esas palabras. Los sentidos de Dalgetty comenzaron a funcionar. Se había acercado, y él percibió las señales de su horror, pese a que la mujer intentaba ocultarlas. «No es tan dura como simula. En ese caso, ¿por qué se ha unido a ellos?»

Dalgetty lanzó un farol:

—Sé quién es usted. ¿Se lo digo a sus amigos?

—No, no lo haga.

La mujer retrocedió con rigidez, y los aguzados sentidos de Dalgetty captaron el olor del miedo. Pocos segundos después Casimir había recuperado el control.

—Está bien —dijo—, haga lo que le parezca.

Pero en el fondo persistía el pensamiento, refrenado por la viscosidad del pánico: «¿Sabrá que pertenezco al FBI?»

¡El FBI! El hombre sensible se agitó pese a las correas. ¡Santo cielo!

Recuperó la serenidad mientras la mujer regresaba junto a su jefe. Su mente seguía trabajando. Sí, ¿por qué no? Los hombres del Instituto se relacionaban poco con los detectives federales, que, desde la abolición de los desacreditados servicios de seguridad, habían vuelto a cumplir funciones más amplias. Sin duda desconfiaban por su cuenta de Bertrand Meade y le asignaron algunos agentes. También había mujeres en su seno, y una mujer siempre llama menos la atención que un hombre.

Sintió un escalofrío. No le interesaba en absoluto la presencia allí de un agente federal.

La puerta se abrió de nuevo. Un cuarteto de guardias hizo pasar a Michael Tighe. El inglés se detuvo, con la mirada fija frente a él.

—*¡Simón!*

Fue una exclamación ronca, cargada de pesar.

—Papá, ¿te han hecho daño? —preguntó Dalgetty con delicadeza.

—No, no... Por ahora, no. —Meneó la cana cabeza—. Pero tú...

—Tómalo con calma, papá.

Los guardias acompañaron a Tighe hasta un banco delantero y le obligaron a sentarse. El anciano y el joven cruzaron sus miradas a través del espacio. Tighe habló a la manera oculta:

«¿Qué piensas hacer? No voy a permanecer sentado y dejar que ellos...»

Dalgetty no podía responder de manera inaudible, por lo que sacudió la cabeza y exclamó en voz alta:

—Todo irá bien.

«¿Crees posible una fuga? Procuraré ayudarte.»

—No —rechazó Dalgetty—. Ocurra lo que ocurra, no hagas ni digas nada. Es una orden.

Bloqueó su sensibilidad, mientras Bancroft estallaba:

—¡Basta! Uno de los dos cederá. Si el doctor Tighe se resiste, nos ocuparemos de él y veremos si el señor Dalgetty lo consigue.

Bancroft hizo un floreo con la mano al coger un cigarro. Dos de los matones se acercaron a la silla. Llevaban tubos flexibles de caucho artificial en las manos.

El primer golpe alcanzó a Dalgetty en las costillas. No lo sintió —había interpuesto un bloque nervioso—, pero le castañetearon los dientes. Mientras permaneciera insensible, sería incapaz de escuchar...

Un segundo golpe, y otro más. Dalgetty apretó los puños. ¿Qué hacer, qué hacer? Miró en dirección al escritorio. Bancroft fumaba, contemplando el espectáculo de manera tan desapasionada como si se tratase de un experimento apenas interesante.

Casimir permanecía de espaldas. Uno de los matones se irguió.

—Jefe, pasa algo raro. Me parece que no siente nada.

—¿Drogado? —Bancroft frunció el ceño—. No, es prácticamente imposible.

Se frotó el mentón y estudió sorprendido a Dalgetty. Casimir se dio la vuelta para mirarle. El sudor cubría el rostro de Michael Tighe, que brillaba bajo la fría luz blanca.

—De todos modos, se le puede hacer daño —afirmó el guardia.

Bancroft se estremeció.

—No me gusta la mutilación completa —puntualizó—. En fin... Dalgetty, se lo había advertido.

«¡Vete, Simón! —susurró Tighe—. Sal de aquí.»

Dalgetty levantó su pelirroja cabeza. La determinación cristalizó en su interior. No serviría para nada con los brazos rotos, un pie aplastado, un ojo arrancado, los pulmones chamuscados... Casimir formaba parte del FBI. Quizá lograra ayudarle.

Puso a prueba la tensión de las correas. Medio centímetro de cuero artificial... Un tirón las soltaría, pero, ¿se quebraría los huesos al hacerlo? «Sólo hay un modo de averiguarlo», pensó pesaroso.

—Iré a buscar un soplete —dijo uno de los guardias del fondo de la habitación.

Su rostro mostraba una impasividad absoluta. La mayoría de aquellos matones debían de ser deficientes mentales, se dijo Dalgetty, como casi todos los guardias en los campos de exterminio del siglo XX. Nada de molesta compasión por la carne humana que destrozaban, desollaban y quemaban.

Se concentró. Esta vez le invadió la ira, una nube de furia que se alzaba en su mente, una pantalla roja de rabia que se interpuso en su visión. ¿Cómo se atrevían?

Gruñó a medida que la energía inundaba su interior. Ni siquiera sintió las correas cuando estallaron. El mismo ímpetu le arrojó a través de la habitación, hacia la puerta.

Alguien gritó. Uno de los guardias, un hombre gigantesco, le cerró el paso. El puño de Dalgetty apareció ante sus ojos, se oyó un crujido, y el cráneo del matón chocó contra su propia columna vertebral. Dalgetty ya lo había sobrepasado. Le cerraron la puerta en las narices. La madera se astilló cuando él atravesó la puerta.

Una bala silbó a sus espaldas. Se escabulló por el pasillo, subió por la escalera más cercana, y su velocidad hizo que las paredes se desdibujaran. Otro proyectil se incrustó en los paneles de un costado. Trazó una curva, vio una ventana y se cubrió los ojos con un brazo para saltar.

El plástico era resistente, pero sus setenta y siete kilos lo golpearon a una velocidad de cuatro metros y medio por segundo. ¡Dalgetty atravesó la ventana!

La luz del sol relampagueó ante sus ojos al chocar contra el suelo. Rodó, se puso en pie de un salto e inició la carrera a través del césped y el jardín. Abarcó el paisaje con la mirada mientras corría. En semejante estado de temor y de ira, no dominaba sus pensamientos. Sin embargo, su memoria almacenó los datos para estudiarlos más tarde.

5

La casa constituía un laberinto de dos plantas, una serie de curvas y planos entre las palmeras. La isla descendía en brusca pendiente desde la fachada de la casa hasta la playa y el desembarcadero. A un lado, se encontraba el campo de aviación; al otro, la barraca de los guardias. En la parte trasera, en la dirección que seguía Dalgetty, el terreno se tornaba escabroso y montaraz, lleno de piedras, arena, hierba cortada y tocones de eucaliptos, ascendiendo durante más de tres kilómetros. Hacia todos los ángulos, divisó el infinito centelleo azul del mar. ¿En dónde se ocultaría?

No reparó en el accidentado terreno por el que corría, y el seco jadear de sus pulmones le sonó como algo espantosamente lejano. No obstante, cuando un proyectil silbó junto a su oído, lo percibió y, de alguna profundidad desconocida, sacó fuerzas para incrementar su velocidad. Echó una ojeada hacia atrás y vio que sus perseguidores salían en desorden de la casa; hombres vestidos de gris, en cuyas armas resplandecía la intensa luz solar.

Se precipitó hacia un matorral, se dejó caer al suelo y se arrastró boca abajo hasta una elevación del terreno. Al llegar al otro lado, se irguió y corrió por la elevada pendiente. Otra bala, y otra más. Distaban de él kilómetro y medio, pero poseían armas de largo alcance. Se agachó y corrió en zigzag. Los proyectiles levantaban chorros de arena a su alrededor.

Un peñasco de unos dos metros surgió en su camino, una roca volcánica negra, que brillaba como el cristal húmedo. Llegó hasta él a la máxima velocidad. Prácticamente *caminó* por su ladera. En cuanto el impulso murió, se asió a una raíz y llegó a la cima. Así quedó fuera del campo de visión de sus perseguidores. Saltó alrededor de otra mole pétrea y patinó hasta detenerse. A sus pies, un ríscoso acantilado caía desde cerca de treinta metros sobre blanca humareda de espuma.

Dalgetty inspiró una bocanada de aire y forzó a sus pulmones a trabajar como un fuelle. Un largo salto hacia abajo, pensó vertiginosamente. Si no se partía el cráneo contra un escollo, tal vez acabase despedazado en el fondo del mar. Pero no le quedaba otro sitio adonde ir.

Procedió a un rápido cálculo. Había corrido los tres kilómetros cuesta arriba en menos de nueve minutos, batiendo sin duda alguna un récord en semejante terreno. Sus perseguidores tardarían otros diez o quince en alcanzarle. No lograría retroceder sin ser visto y, esta vez, ellos se hallarían lo bastante cerca para cubrirle de plomo.

«De acuerdo, hijo —se dijo—. Ahora te zambullirás, y en más de un sentido.»

Su ropa ligera e impermeable, desgarrada por la vegetación de la isla, no supondría ningún estorbo. De todos modos, se quitó las sandalias y las guardó en la bolsa del cinturón. Agradeció a todos los dioses que la parte física de su adiestramiento hubiese incluido los deportes acuáticos. Avanzó a lo largo del

acantilado, buscando un punto propicio para zambullirse. El viento gemía a sus pies.

Allí... Allí abajo. Aunque no había rocas visibles, la espuma marina bullía y humeaba. Volvió a concentrar todas sus energías, dobló las rodillas y se lanzó al vacío.

El choque de su cuerpo contra el agua fue como un martillazo. Salió a la superficie, tembloroso y trastornado, aspiró una bocanada de aire que en parte era rocío salobre y volvió a hundirse. Una roca le arañó las costillas. Dio largas brazadas, siempre hacia arriba, hacia el cegador resplandor blanco de la luz. Alcanzó la cresta de una ola y se montó en ella, pasando sobre un escollo de bordes afilados.

Aguas poco profundas. Cegado por el permanente salpicar de la bruma salobre y ensordecido por el rugido de las rompientes, se dirigió a tientas hacia la orilla. Al pie del acantilado, se abría una playa estrecha y pedregosa. Corrió a lo largo de ésta, en busca de un sitio donde esconderse.

Allí. Una cueva abierta por el mar, unos tres metros tierra adentro, con el fondo cubierto por cerca de un metro de aguas serenas. Entró en la caverna y se tendió, sintiendo el agotamiento posarse como una mano sobre su cuerpo.

Era una cueva ruidosa. La hueca resonancia llenaba la caverna como el interior de un tambor. Dalgetty no le prestó atención. Permaneció echado sobre las piedras y la arena, mientras su mente se deslizaba hacia la pérdida del conocimiento, dejando que el cuerpo se recuperara por cuenta propia.

Algo más tarde, recobrado ya, observó su entorno. La cueva estaba en penumbra. Sólo se filtraba una luz verdosa que permitía divisar las paredes negras y el agua que se arremolinaba lentamente. Nadie lograría ver mucho debajo de la superficie. Bien. Se estudió después a sí mismo. Tenía la ropa desgarrada, la piel lacerada, con una herida alargada y sangrante en un flanco. Mala cosa. Una mancha de sangre en el agua le delataría tanto como un grito.

Hizo una mueca, presionó los bordes de la herida para unirlos y ordenó mediante un ejercicio de la voluntad que la hemorragia cesara. En el momento en que se formó un coágulo lo bastante firme para permitirse relajar la concentración, los guardias bajaban atropellados en su búsqueda. No le quedaban muchos minutos. Ahora tenía que efectuar el proceso inverso a la energetización, reducir el metabolismo, frenar el latido cardiaco, disminuir la temperatura corporal y embotar su galopante cerebro.

Comenzó a mover las manos, se balanceó de un lado a otro y murmuró las fórmulas autohipnóticas. Tighe las denominaba sus sortilegios. Pero no eran más que gestos estilizados, que suscitaban los reflejos condicionados desde lo profundo de la médula, «Voy a dormirme...»

Pesadez, pesadez... Se le cerraban los párpados, las húmedas paredes se perdían en una inmensa oscuridad, una mano mecía su cabeza. El ruido de las rompientes disminuyó hasta convertirse en un murmullo, el de las faldas de la madre que jamás había conocido y que venía a darle las buenas noches. El frío fue cubriéndole como velos que caían uno tras otro sobre su pensamiento. Afuera reinaba el invierno, pero su cama se mantenía caliente.

Cuando oyó el ruido de las botas que se acercaban —apenas perceptible a causa del océano y de su letargo—, Dalgetty casi olvidó lo que seguía. Sí, ya lo recordaba. «Haz varias inspiraciones largas y

profundas, oxigena el torrente sanguíneo, llena una vez más los pulmones y deslízate bajo el agua.»

Permaneció echado en la oscuridad, apenas consciente de las voces que llegaban débilmente hasta él.

—Aquí hay una caverna..., un buen lugar para esconderse.

—No, yo no veo nada.

El roce de los pies sobre la piedra.

—¡Huy! Me he hecho daño en el dedo gordo del pie... La caverna no tiene salida. Aquí no está.

—¿No? Pues mira esto. En esa piedra, hay manchas de sangre, ¿verdad? Seguro que *ha estado* aquí.

—¿Se habrá metido ahí debajo?

Las culatas de los fusiles buscaron en el agua, sin que logran sondear la cala.

La voz de la mujer resonó en la caverna:

—Si se ha escondido bajo el agua, tendrá que subir a respirar.

—¿Y cuándo? Hemos de registrar esta maldita playa. Bueno, lanzaré una serie de disparos contra el fondo.

—No sea necio —le atajó Casimir bruscamente—. Ni siquiera sabrá si le ha alcanzado. Nadie contiene la respiración más de tres minutos.

—Sí, Joe, tiene razón. ¿Cuánto hace que estamos aquí?

—Calculo que un minuto. Démosle dos más. ¡Caray! ¿Viste cómo corría? ¡No es un ser humano!

—De todos modos, se le puede matar. Si quieres que te diga mi opinión, creo que se ha quedado ahí fuera, dejándose arrastrar por las olas. Esa sangre tal vez sea de pez. A lo mejor un tiburón persiguió a un pez hasta aquí dentro y lo alcanzó.

—O si el cuerpo de él entró aquí a la deriva, ahora se encuentra sumergido. ¿Tienes un cigarrillo? —preguntó Casimir.

—Tome, señorita. ¡Vaya, ahora que caigo! ¿Cómo ha venido con nosotros?

—Oiga, vaquero, soy tan buena tiradora como usted y quiero cerciorarme de que rematan bien su trabajo. —Hubo una pausa—. Han pasado cerca de cinco minutos. Si todavía sigue en condiciones de remontar a la superficie, es una verdadera foca. Sobre todo porque su cuerpo debe de estar muy necesitado de oxígeno, después de semejante carrera.

En el letargo del cerebro de Dalgetty surgió un frío asombro suscitado por la mujer. Había leído sus pensamientos y sabía que pertenecía al FBI. Sin embargo, parecía extrañamente deseosa de darle caza.

—Bueno, vámonos de aquí.

—Vayan ustedes delante —dijo Casimir—. Me quedaré un rato más aquí, por las dudas. Después, saldré a buscarle por mi cuenta. Ya me he cansado de seguirles.

—De acuerdo. En marcha, Joe.

Transcurrieron otros cuatro minutos, hasta que el dolor y la tensión de los pulmones se le hicieron insoportables a Dalgetty. Estaría desvalido al salir a la superficie, todavía en un estado de semihibernación, pero todo su cuerpo reclamaba el aire. Subió muy despacio.

La mujer lanzó una exclamación de sorpresa. Enseguida, sacó la automática y le apuntó al entrecejo.

—De acuerdo, amigo, salga.

Hablaba en voz muy baja, con una vibración, dejando traslucir cierta dosis de espanto.

Dalgetty trepó al borde, junto a ella, y se sentó con las piernas colgando, abrumado por la tristeza que le causaba la recuperación. Cuando alcanzó la plena conciencia, miró a la mujer y descubrió que ésta se había trasladado al otro extremo de la caverna,

—No intente saltar —le aconsejó Casimir. Sus ojos asustados captaron la luz difusa en un amplio vislumbre—. No sé qué opinar de usted.

Dalgetty respiró bien a fondo, se sentó muy erguido y se aferró a la piedra fría y resbaladiza.

—Pues yo sé quién es usted —afirmó.

—¿Ah, sí? ¿Y quién soy? —le desafió ella.

—Una agente del FBI ocupada en vigilar a Bancroft.

Casimir entrecerró los ojos y apretó los labios.

—¿Por qué piensa semejante cosa?

—No tiene importancia, pero estoy en lo cierto. Ello me da cierta ventaja sobre usted, se proponga lo que se proponga.

La cabeza rubia se movió en sentido afirmativo.

—Me lo sospechaba. El comentario que me dirigió en la celda sugería... Bueno, no podía correr riesgos, sobre todo porque demostró salirse de lo corriente al romper las correas y destrozar la puerta. Acompañé al grupo de búsqueda con la esperanza de encontrarle.

Dalgetty se vio obligado a admirar la rápida mente que se ocultaba tras la frente ancha y lisa.

—Estuvo a punto de lograrlo. A favor de ellos —la acusó.

—Tenía que evitar las sospechas —replicó ella—. Calculé que no había saltado de la escarpadura presa de la desesperación. Sin duda pensaba en algún escondite, y sumergirse me pareció lo más probable. En vista de sus anteriores hazañas, estaba convencida de que podría contener la respiración durante un tiempo anormalmente largo. —Esbozó una vacilante sonrisa—. Aunque nunca imaginé un tiempo tan *inhumanamente* largo.

—Veo que posee un cerebro. ¿También posee un corazón?

—¿Qué quiere decir?

—Me gustaría saber si piensa arrojarnos al doctor Tighe y a mí a los lobos o si se siente dispuesta a ayudarnos.

—Depende —repuso con calma—. ¿Qué le ha traído aquí?

Dalgetty torció la boca en un gesto de pesar.

—No he venido con ningún propósito definido —contestó—. Sólo intentaba obtener una pista con respecto al paradero del doctor Tighe. Ellos fueron más listos y me trajeron aquí. Ahora *tengo* que rescatarle. —Su mirada sostuvo la de la mujer—. El secuestro constituye un delito federal. Su deber consiste en apoyarme.

—Quizás obedezco a deberes superiores —replicó. Se inclinó hacia delante y preguntó tensa—: ¿Cómo se propone conseguirlo?

—Que me cuelguen si lo sé. —Dalgetty observó malhumorado la playa, el oleaje y el humeante rocío—. Pero su arma me serviría de gran ayuda.

Ella permaneció unos instantes ensimismada, con el ceño fruncido.

—Si no regreso pronto, saldrán a buscarme.

—Hemos de encontrar otro escondite —coincidió el hombre sensible—.

Entonces supondrán que he sobrevivido y que la retengo por la fuerza. Recorrerán toda la isla en nuestra busca. Si no logran localizarnos antes del anochecer, se desplegarán lo suficiente para darnos una oportunidad.

—En mi opinión, más vale que yo regrese ahora mismo —declaró—. Así le apoyaré desde el interior.

Dalgetty denegó con la cabeza.

—Nada de eso. Deje de actuar como un detective del estereoespectáculo. Si me entrega su arma y declara que la perdió, no dejará de despertar sus sospechas, dada su excitación. Si se la lleva, seguiré afuera y desarmado... ¿Y qué puede hacer usted, una persona sola, en ese nido? Ahora somos dos y tenemos un arma de fuego. Me parece una apuesta más segura.

Casimir acabó por aceptar su propuesta.

—De acuerdo, ha ganado. Siempre que me decida a ayudarlo. —Con un movimiento espasmódico, levantó el arma que había bajado—. ¿Quién es usted, Dalgetty? ¿Qué es usted?

El hombre sensible se encogió de hombros.

—Digamos que el ayudante del doctor Tighe y que gozo de algunos poderes inusitados. Usted sabe lo suficiente sobre el Instituto para comprender que no se trata de una contienda entre dos grupos de gánsters.

—Me gustaría saber... —De repente, guardó la automática en la cartuchera—. Muy bien. Pero acepto sólo de manera provisional.

El alivio inundó a Dalgetty como una ola.

—Gracias—murmuró—. ¿Adonde vamos?

—Me he bañado varias veces en los parajes más tranquilos y conozco un lugar a propósito —explicó Casimir—. Espere aquí.

Atravesó la caverna y se asomó a la boca. Alguien debió de llamarla, ya que saludó con la mano. Se apoyó en la pared de roca, y Dalgetty vio el rocío marino resplandeciendo sobre su cabello. Después de cinco interminables minutos, retornó a su lado.

—Está bien —anunció—. El último acaba de subir por el sendero. En marcha.

Marcharon a lo largo de la playa, que retemblaba bajo sus pies a causa de la furia del mar. Se percibía un chirrido en medio del bufar y el rugir de las oías, como si los dientes del mar mordieran la roca.

La playa se curvaba hacia el interior, formando una pequeña y protegida cala. A partir de ésta, subía un estrecho sendero. La mujer señaló hacia el océano.

—Allá—declaró—. Sígame.

Casimir se quitó los zapatos, como había hecho él, y aseguró la cartuchera. El arma era sumergible, pero no serviría de nada si se le caía. Vadeó las aguas y empezó a nadar enérgicamente a crol.

6

A unos diez metros de la orilla, treparon por una roca escarpada, que sobresalía unos cuatro metros de la superficie. Estaba hendida en el centro, formando un pequeño hueco, invisible desde tierra y desde el agua. Treparon por la piedra y se sentaron, con la respiración agitada. El océano aullaba a sus espaldas, y el aire resultaba frío al contacto con sus pieles húmedas.

Dalgetty se recostó contra la piedra lisa y observó a la mujer, que contaba impertérrita los cartuchos que llevaba en la bolsa. La túnica y el pantalón, de tela ligera y ahora empapados, transparentaban una figura muy armoniosa.

—¿Cómo se llama? —se interesó el hombre sensible.

—Casimir—replicó ella sin apartar la mirada de su tarea.

—Me refiero al nombre de pila. Yo me llamo Simón.

—Y yo Elena, si tanto le interesa. Cuatro cartuchos, cien balas, más las diez que hay en este momento en la cámara. En caso de que necesitemos disparar, más valdrá que acertemos. Dado que no son Magnums, hay que acertar en un punto vital para dejar a un hombre fuera de combate.

—Bueno, tendremos que arreglárnoslas. —Dalgetty se encogió de hombros—. Espero que hagamos buenas migas.

—¡Oh, *no!* —rechazó Elena, sin que él supiese si era una exclamación apreciativa o de rechazo—. Y menos en este momento.

—Parece que no soy muy popular. Todo el mundo me manda a paseo. Pero, como dicen en Francia, *ma chérie*, estamos solos y tres son una multitud.

—No se haga ilusiones.

—Estoy lleno de ilusiones, aunque reconozco que éste no es el lugar adecuado para satisfacerlas. —Dalgetty cruzó las manos debajo de la cabeza y parpadeó al mirar al cielo—, Chica, qué bien me vendría ahora un refresco de menta.

Elena frunció el ceño.

—Será mejor que no intente convencerme de que es usted un estadounidense corriente —dijo con voz fría—. Un..., un control emocional como el suyo en semejante situación le vuelve aún menos humano,

Dalgetty maldijo para sus adentros. Ella era endemoniadamente rápida, nada más. ¿Le bastaría su inteligencia para darse cuenta de que...?

«¿Tendré que matarla?»

Apartó esa idea de su mente. Si quería, podía superar su propio condicionamiento con respecto a todo, incluido el crimen, pero jamás se decidiría a tomar tal medida. No, eso quedaba excluido.

—¿Cómo llegó aquí? —la interrogó—. ¿Qué sabe el FBI?

—¿Por qué habría de contestarle?

—Bueno, sería agradable contar con la posibilidad de que nos lleguen refuerzos.

—No, no llegarán. —Su tono era puro hielo—. Será mejor que se lo diga. De todos modos, el Instituto lo averiguaría a través de sus relaciones con el gobierno... ¡El maldito pulpo!

Miró al cielo. Los ojos de Dalgetty siguieron la curva de sus altos pómulos. Un rostro poco común... No se veían con frecuencia unas facciones tan extrañamente agradables. La leve ruptura de la simetría...

—Como cualquier ser pensante, hace tiempo que nos hemos planteado ciertas preguntas sobre Bertrand Meade —comenzó a explicar la muchacha en una voz sin inflexión—. Lástima que en el país haya tan pocos seres pensantes.

—Algo que el Instituto intenta corregir —puntualizó Dalgetty.

Elena Casimir le ignoró.

—Por último, se tomó la decisión de infiltrar agentes en sus diversas organizaciones. Llevo casi dos años trabajando con Thomas Bancroft. Se falsificaron con todo cuidado mis antecedentes, y soy una secretaria eficaz.

Incluso así, hace aún poco tiempo que me concedió la suficiente confianza para esbozarme una idea de lo que ocurre. Por lo que sé, ningún otro agente del FBI se ha enterado de tantas cosas.

—¿Qué ha descubierto?

—En síntesis, las mismas cosas que usted describió en la celda, y algunos detalles más sobre el verdadero trabajo que llevan a cabo. Al parecer, el Instituto descubrió los planes de Meade mucho antes que nosotros, y el hecho de que no acudiera a solicitarnos ayuda no habla mucho en favor de sus objetivos, sean los que fueren. La decisión de secuestrar al doctor Tighe sólo se tomó hace un par de semanas. No tuve ocasión de comunicarme con mis compañeros. Siempre hay alguien cerca vigilando. Poseen una excelente organización, de modo que aun los miembros no sospechosos trabajan bajo observación en cuanto han llegado lo bastante alto para conocer datos importantes. Todo el mundo espía a todo el mundo y presenta informes periódicos. —Le miró hoscamente—. Y aquí me tiene. Ningún funcionario conoce mi paradero y, si desaparezo, se atribuirá a un lamentable accidente. Nunca se demostraría nada y dudo de que concedieran al FBI otra posibilidad real de espiarles.

—Bueno, ya tienen ustedes datos suficientes para proceder a una incursión —aventuró Dalgetty.

—No, no los tenemos. Hasta el momento en que me comunicaron que se apoderarían del doctor Tighe, no supe con certeza que se dedicaban a algo ilegal. Las leyes no dicen nada en contra de que las personas con ideas semejantes se asocien para fundar una especie de club, ni aun en el caso de que contraten guardaespaldas. Ciertamente la ley de 1999 prohíbe la existencia de ejércitos privados, pero resultaría difícil demostrar que Meade dispone de uno.

—En realidad, no se trata de un ejército privado —reconoció Dalgetty—. Esos matones no pasan de ser lo que afirman, unos guardaespaldas. Esta lucha se libra sobre todo a... a nivel mental.

—Supongo que sí. ¿Puede un país libre prohibir el debate o la propaganda? Sin olvidar que, entre los acólitos de Meade, figuran algunos miembros poderosos del gobierno. Si lograra salir con vida de aquí, proporcionaría a mis jefes pruebas suficientes para acusar a Thomas Bancroft de secuestro, amenazas, mutilación criminal y conspiración, pero no tocaríamos al grupo principal. —Apretó los puños—. Es como luchar contra fantasmas.

—*Libras una batalla contra el brillo del crepúsculo. ¡Mi señor, el juicio está próximo!* —dijo Dalgetty citando *Heriot's Ford*, uno de los pocos poemas que le gustaban—. De algo servirá deshacernos de Bancroft. La forma de combatir a Meade no consiste en atacarlo de manera material, sino en modificar las condiciones en las que ha de trabajar.

—¿Modificarlas para qué?

La mirada de Elena desafió la de Dalgetty. Éste notó que en medio del gris había puntitos dorados.

—¿Qué quiere el Instituto? —preguntó la muchacha.

—Un mundo sano.

—Lo sospechaba. Tal vez Bancroft esté más cerca de la verdad que usted. Quizá debería pasarme a su lado.

—Supongo que deseará usted un gobierno que favorezca la libertad, ¿no? En

el pasado, tarde o temprano siempre acabó por caer, por el motivo principal de que no existen suficientes personas con la inteligencia, la rapidez, y la resistencia precisas para rechazar los inevitables abusos del poder contra la libertad. El instituto procura conseguir estas dos cosas: crear una masa de ciudadanos con tales características y, simultáneamente, construir una sociedad que produzca por sí misma hombres de ese tipo, una sociedad que refuerce en ellos las cualidades requeridas. Calculamos que, en las condiciones ideales, tardaremos alrededor de trescientos años en implantarla en todo el mundo. En realidad, llevará más tiempo.

—¿Pero qué tipo de persona se necesita? —preguntó Elena sin el menor entusiasmo—. ¿Quién lo decide? *Ustedes*. No se distinguen en nada de los demás reformadores, Meade incluido. Todos están decididos a reformar a la raza humana para que se conforme a su propio ideal, le guste o no.

—Claro que le gustará —sonrió Dalgetty—. Forma parte del proceso.

—Una tiranía más perversa que la de los látigos y las alambradas —declaró Elena.

—Usted jamás los padeció.

—Y usted *ha* recibido ese conocimiento —le acusó—. Poseen los datos y las ecuaciones necesarias para transformarse en ingenieros sociales.

—En teoría —puntualizó Dalgetty—. En la práctica, no resulta tan sencillo. Las fuerzas sociales son tan grandes que... Bueno, podrían hundirnos antes de que lográramos nada. Existen muchas cosas que aún ignoramos. Se necesitarán décadas, quizá siglos, para alcanzar una dinámica completa del hombre. Estamos un paso más allá de la regla empírica del político, pero aún no hemos llegado al punto que nos permitiría utilizar reglas de cálculo. Hemos de tantear el camino.

—Sin embargo, cuentan con los principios de un conocimiento que deja al descubierto la verdadera estructura de la sociedad y los procesos que la crean —insistió Elena—. Gracias a ese conocimiento, con el tiempo el hombre podría alcanzar el orden mundial que desea y también una cultura estable, sin los horrores de la opresión y el derrumbamiento. Pero ustedes ocultan el hecho de que esa información existe y la aprovechan en secreto.

—Por pura necesidad —aseguró Dalgetty—. Si el público en general supiera que presionamos aquí y allá y que damos consejos interesados, con vistas a *nuestros* propios fines, todo explotaría ante nuestros ojos. A la gente no le gusta que la manipulen.

—¡Pues eso es lo que hacen! —Su mano se movió hacia la automática—. Ustedes, una camarilla de quizá cien hombres...

—Muchos más. Se sorprendería si supiera cuántas personas están con nosotros.

—Han decidido que *ustedes* son los árbitros todopoderosos. Su sabiduría superior conduciría a la pobre y ciega humanidad por el camino del cielo. ¡Yo sostengo que es el camino del infierno! El siglo pasado vio la dictadura de la élite y la del proletariado. Parece que éste ha dado luz la dictadura de los intelectuales. Ninguna de ellas me gusta.

—Escuche, Elena. —Dalgetty apoyó todo el peso de su cuerpo en un codo para mirarla—. No simplifique tanto. De acuerdo, contamos con unos conocimientos especiales. Cuando nos dimos cuenta de que nuestra investigación conducía a alguna parte, tuvimos que decidir si daríamos a

conocer nuestros resultados o nos limitaríamos a divulgar hallazgos seleccionados y menos importantes. ¿No comprende que, de una manera u otra, la decisión nos correspondería siempre a nosotros, unos pocos? Incluso destruir toda la información habría significado una decisión. —Su voz se volvió más apremiante—. Por eso hicimos lo que, en mi opinión, fue una elección acertada. La historia demuestra tan concluyentemente como nuestras ecuaciones que la libertad no es una condición «natural» del hombre. En el mejor de los casos, supone un estado metastásico que con mucha facilidad deriva en la tiranía. Ésta se impone unas veces desde el exterior, gracias a los bien organizados ejércitos de un conquistador, otras proviene del interior..., a través de la voluntad de los hombres que ceden sus derechos a la imagen paterna, al dirigente todopoderoso, al estado absoluto. ¿Qué uso le dará Bertrand Meade a nuestros hallazgos si logra apoderarse de ellos? Provocará el fin de la libertad, influyendo sobre las personas para que deseen ese fin. Lo condenable de todo ello estriba en que el objetivo de Meade se alcanza con mucha mayor facilidad que el nuestro.

Supongamos que accedemos a divulgar nuestros conocimientos. Supongamos que educamos según nuestras técnicas a todo aquel que lo solicite. ¿No se imagina lo que ocurriría? ¿No se da cuenta de la lucha que se desencadenaría por el control de la mente humana? Tal vez se iniciase de modo tan inofensivo como el planteamiento de una campaña publicitaria más eficaz por parte de un hombre de negocios. Acabaría en un tumulto de propaganda, contrapropaganda, manipulaciones sociales y económicas, corrupción, competencia por los puestos clave... Y en última instancia, violencia. Todos los tensores psicodinámicos apuntados no lograrán detener una ametralladora. La violencia atropellaría a la sociedad hundida en el caos, en una paz obligada... Y los pacificadores, sin duda con la mejor voluntad del mundo, recurrirían a las técnicas del Instituto para restablecer el orden. Un paso conduce al siguiente, el poder se vuelve cada vez más centralizado y, en poco tiempo, caemos una vez más en el estado totalitario. ¡Y este estado totalitario jamás sería derribado!

Elena Casimir se mordió los labios. Una brisa pasajera bajó por la pared rocosa y desordenó su cabello claro. Largo rato después, comentó:

—Quizá no se equivoque. Pero, en líneas generales, Estados Unidos tiene hoy un buen gobierno. Sus miembros, por lo menos, deberían saberlo.

—Demasiado riesgo. Tarde o temprano, alguien, probablemente una persona impulsada por motivos idealistas, nos obligaría a ponerlo todo al descubierto. Por eso ocultamos incluso la existencia de nuestras ecuaciones más importantes. Y tampoco pedimos ayuda cuando los detectives de Meade se enteraron de lo que se enteraron.

—¿Cómo saben que su querido Instituto no se convertirá en la oligarquía que acaba de describir?

—No lo sabemos, pero nos parece poco probable. Verá, los discípulos a los que terminamos por enseñar todo cuanto sabemos son concienzudamente adoctrinados en nuestras creencias actuales. Y hemos aprendido lo bastante sobre psicología individual para adoctrinarles a fondo. Ellos lo transmitirán a la próxima generación, y así sucesivamente. Mientras tanto, albergamos la esperanza de que la estructura social y el clima mental se modifiquen de tal modo que, al final, resulte muy difícil, si no imposible, que alguien imponga un

dominio absoluto. Como ya he dicho, ni siquiera una psicodinámica desarrollada hasta sus últimas consecuencias es omnipotente. Por ejemplo, la propaganda corriente no causa ningún efecto sobre las personas acostumbradas a ejercer su sentido crítico.

Podremos generalizar los conocimientos cuando en el mundo haya suficientes personas cuerdas. Por ahora, hemos de mantenerlos a cubierto y procurar sin exageraciones que nadie descubra lo mismo de manera independiente. Dicho sea de paso, en la práctica esa prevención se limita a reclutar a los investigadores de talento para que se unan a nuestras filas.

—El mundo es demasiado grande —dijo Elena con voz muy suave—. ¿Cómo prever todas las posibilidades? Muchas cosas podrían fallar.

—Sí, se trata de un riesgo que hemos de correr.

La mirada de Dalgetty se había ensombrecido. Durante un rato, permanecieron en silencio e inmóviles. Luego, ella dijo:

—Todo eso suena muy bien, pero... Dalgetty, ¿qué es usted?

—Simón —la corrigió.

—¿Qué es usted? —repitió Elena—. Ha hecho cosas que nunca habría creído posibles. ¿Es usted humano?

—Eso me han dicho —sonrió.

—¿Sí? ¡Me gustaría comprobarlo! ¡Cómo pudo...?

El hombre sensible la amenazó con un dedo.

—¡Cuidado! No olvide el derecho a la intimidad. —Y agregó rápida y seriamente—: Ya sabe demasiado. Espero que sea capaz de guardar el secreto durante toda su vida.

—Eso está por verse —afirmó Elena sin mirarle.

7

El ocaso incendiaba las aguas, y la isla se recortaba como una oscura montaña contra el cielo del crepúsculo. Dalgetty estiró sus músculos agarrotados y miró por encima de la hendedura.

Durante las horas de espera, no habían intercambiado muchas palabras. Él le había formulado algunas preguntas, con la cuidadosa indiferencia del analista cualificado, obteniendo las reacciones esperadas. Supo algunas cosas más acerca de ella. Hija de las ciudades paralizadoras y agonizantes y de la ensombrecida vida familiar de la década de 1980, se había visto obligada a protegerse con rudeza. En el prolongado adiestramiento para su trabajo y en el trabajo mismo, encontró un ideal con el cual sustituir la ternura que nunca conoció.

Sintió compasión por Elena. No obstante, de momento, poco podía hacer para ayudarla. Respondió con cautela a sus preguntas. Por unos instantes, pensó que, a su manera, estaba tan solo como ella. «Por supuesto, eso no me preocupa... ¿O sí?»

La mayor parte del tiempo lo pasaron intentando planificar el siguiente paso. De momento, sus propósitos coincidían. Elena describió la casa y la configuración de los terrenos, señalando la celda donde solían encerrar a Michael Tighe. Pero no resolvieron gran cosa en el aspecto táctico.

—Si Bancroft se alarma lo suficiente, trasladarán en avión al doctor Tighe —explicó ella.

El hombre sensible asintió.

—Será mejor que demos el golpe esta misma noche, antes de que llegue a ese extremo.

La idea suscitó en él un vivo dolor. «Papá —pensó—, ¿qué te están haciendo en este momento?»

—También existe el problema de la comida y la bebida. —La voz de Elena sonaba ronca a causa de la sed y amortiguada por el desaliento del hambre—. No aguantaremos mucho tiempo más. —Le miró extrañada—. ¿No siente debilidad?

—Ahora no —replicó, pues había bloqueado sus sensaciones.

—Ellos... ¡Simón!—Se asió a su brazo—. Un avión... ¿Lo oye?

El murmullo de los reactores atravesó el rugido de las rompientes.

—Sí. ¡De prisa! ¡Métase en el agua!

Se deslizaron por la empinada roca y bajaron por el lado más lejano. El océano atrapó los pies de Dalgetty, y la espuma estalló por encima de su cabeza. Se agachó y rodeó con un brazo a la mujer cuando ésta resbaló. El avión ronroneó en lo alto, dorado por la luz del ocaso. Dalgetty se agazapó y dejó que la frialdad de las olas le lamiera. El borde al que se aferraban era liso y ofrecía muy pocos asideros.

La nave trazó un círculo, y sus reactores atronaron el espacio al reducir la velocidad. «Se sienten preocupados por ella. Seguramente están ya convencidos de que sigo con vida.»

Las blancas aguas rugieron por encima de sus cabezas. Aspiró a toda prisa una bocanada de aire, antes de que le alcanzara una ola encrespada. Sus cuerpos se sumergieron por completo, de modo que sus caras no serían visibles en medio de la niebla de espuma... No obstante, el avión se deslizaba horizontalmente y con toda probabilidad llevaba ametralladoras.

Los músculos del estómago de Dalgetty se contrajeron, esperando sentir el impacto de las balas trazadoras.

El cuerpo de Elena se libró de su abrazo y se hundió. Él permaneció en el mismo sitio, sin atreverse a seguirla. Lanzó una rápida ojeada hacia arriba... Sí, el reactor había desaparecido de la vista y retornaba a tierra. Soltó el borde de la roca y nadó entre las olas. La cabeza de la muchacha surgió de entre ellas. Elena se apartó de Dalgetty y regresó a las rocas. Una vez en la hendedura, como los dientes le castañeteaban de frío, se apretó contra él en busca de calor.

—Bueno —dijo Dalgetty, vacilante—. Estamos a salvo. A partir de este momento, entra usted a formar parte de nuestro club de veteranos del Pacífico.

La risa de Elena se oyó apenas, a causa del estruendo de las olas y del siseo del viento.

—Está usted haciendo méritos, ¿verdad?

—Yo... ¡Eh! ¡Mire ahí abajo!

Espiando por encima del borde, Dalgetty vio a varios hombres descendiendo por el sendero, seis tipos armados que se movían con cautela. Uno de ellos portaba un equipo de radio a la espalda. Casi invisibles en la sombra del acantilado, empezaron a rastrear la playa.

—Siguen buscándonos —gimió Elena.

—No se imaginaría lo contrario, ¿verdad? Bueno, espero que no se acerquen hasta aquí. ¿Alguien más conoce este lugar? —preguntó Dalgetty al oído de la mujer.

—No, creo que no —susurró Elena—. A nadie le apeteció nadar hasta este extremo de la isla. De todas formas...

Dalgetty aguardó ceñudo. El sol se había puesto, y el crepúsculo se tornaba cada vez más oscuro. Algunas estrellas cobraron vida hacia el oriente. Los matones concluyeron el registro y se desplegaron en fila a lo largo de la playa.

—Oiga —murmuró Dalgetty—, se me ocurre una idea. Bancroft ha ordenado sin duda un registro concienzudo de la isla, aunque debe estar convencido de que me he internado en el mar. En su lugar, yo habría supuesto que nadaría mar adentro, con objeto de que me recogiera alguna embarcación. En consecuencia, se protege contra cualquier operación intentada por un grupo de desembarco.

—¿Y qué soluciona eso? —inquirió Elena—. Aunque eludiéramos a nado el radio de acción de esos hombres, no conseguiríamos tomar tierra. La mayor parte de la isla forma un acantilado vertical. ¿O acaso usted...?

—No. No deje correr la imaginación, no tengo ventosas en los pies. ¿Cuál es el alcance de su arma?

Elena miró por encima del borde. La noche Jo cubría todo. La isla se había convertido en un muro de hostilidad, y los hombres se mantenían ocultos.

—¡No se ve nada! —protestó—. No es posible que *usted*...

El hombre sensible le apretó el hombro.

—Sí, amiga mía, claro que veo. En cuanto a ser lo bastante buen tirador para... Bueno, habré de intentarlo, así de sencillo.

El rostro de Elena se reducía a un borrón blanco, y el temor a lo desconocido infundía un matiz metálico a su voz.

—En parte foca, en parte gato, en parte ciervo. ¿Y qué más? Simón Dalgetty, no me parece usted un ser humano.

El no respondió. La anormal y voluntaria dilatación de las pupilas le dañaba los ojos.

—¿Qué más hizo el doctor Tighe? —El tono de Elena sonaba frío en la oscuridad—. ¿Cómo estudiar la mente humana si no se estudia también el cuerpo? ¿Qué consiguió el doctor Tighe? ¿Acaso es usted ese mutante sobre el que siempre se ha especulado? ¿El doctor Tighe creó o encontró al *Homo superior*?

—Si no anulo ese equipo de comunicación por radio antes de que lo utilicen, acabaré siendo el «homo... geneizado».

—No le quite importancia —repuso Elena con la boca contraída—. Si no pertenece a nuestra especie, he de considerarle un enemigo. Al menos hasta que se demuestre lo contrario. —Le apretó el brazo con los dedos—. ¿Constituye usted el resultado obtenido por la reducida camarilla del Instituto? ¿Han llegado a la conclusión de que la humanidad no sirve para ser civilizada? ¿Están preparando el camino para que los de su especie asuman el poder?

—Escuche —dijo Dalgetty, harto de tanta suspicacia y desconfianza—, de momento no somos más que dos personas sin la menor duda mortales, a las que intentan dar caza. ¡Por lo tanto, cálese de una vez!

El hombre sensible cogió la pistola de la cartuchera de Elena y deslizó un cargador completo en la recámara. Había adoptado una visión de alta

sensibilidad, y el rostro de Elena aparecía blanco contra la roca húmeda, con destacados puntos grises a lo largo de los altos pómulos y debajo de los ojos muy abiertos y asustados. Más allá de los riscos, el mar lucía con un brillo metálico bajo las estrellas, surcado por la espuma y las sombras.

Mientras se ponía en pie, la fila de guardias se silueteó como una serie de bultos un poco más claros contra la vertiginosa superficie de la isla. Los matones armaron una ametralladora pesada apuntando hacia el mar y, a escasa distancia, situaron un reflector autopropulsado en ese momento sin encender. Dos elementos peligrosos, pero a Dalgetty le urgía más localizar el equipo de radio, capaz de alertar a toda la guarnición.

¡Allí! Aproximadamente en el centro de la playa divisó a un hombre con una pequeña joroba en la espalda. Llevaba una metralleta en las manos y caminaba de un lado a otro, nervioso. Dalgetty levantó la pistola con lenta y profunda concentración, deseando que fuera un fusil. «Recuerda ahora las prácticas de tiro al blanco, el brazo relajado, los dedos extendidos. No tires del gatillo, apriétalo... ¡Has de acertar a la primera!»

Disparó. La pistola era un modelo militar semisilencioso y no dejaba una traidora estela de luz. La primera bala golpeó al matón y le lanzó trastabillando entre la arena y las rocas. Dalgetty apretó de nuevo el gatillo y roció de disparos a su víctima, una lluvia de plomo que *debía* destrozar el equipo de radio.

¡Se desató en caos en la playa! Si el reflector se encendía mientras sus ojos conservaban semejante sensibilidad, quedaría ciego durante horas. Disparó con todo cuidado y acertó a la lente y la bombilla. La ametralladora abrió fuego, tartamudeando salvajemente en la noche. Si alguna otra persona de la isla oía semejante barahúnda... Dalgetty volvió a disparar, y el artillero se desplomó sobre su arma.

Las balas sisearon a su alrededor, tanteando en la oscuridad. Derribado el primero, derribado el segundo, derribado el tercero. Un cuarto hombre corría sendero arriba. Dalgetty disparó y erró, disparó y erró, disparó y erró. El hombre iba a quedar fuera de su alcance y daría la voz de alarma... *¡Blanco!* Cayó lentamente como una muñeca desarticulada, y rodó camino abajo. Los dos guardias que restaban se precipitaron hacia el amparo de una caverna, lo cual le impidió alcanzarles.

Dalgetty se deslizó por la roca, se zambulló en la cala y nadó hacia la orilla. Los disparos agitaban las aguas. Se preguntó si le oirían en medio del ruido del océano. Pronto se hallaría lo bastante cerca para recuperar la visión nocturna normal. Se concentró por entero en nadar.

Sus pies tocaron arena y vadeó hasta la orilla, mientras el agua trataba de arrastrarle. Se agachó y respondió a los disparos que surgían de la caverna. Los gritos y los alaridos se sucedían a su alrededor. Parecía imposible que no los oyeran desde arriba. Tenso Ja mandíbula y gateó hacia la ametralladora. La parte serena de su ser notó que sus contrincantes disparaban al azar. Dedujo, en consecuencia, que no le veían.

El hombre que yacía junto a la ametralladora estaba vivo, pero había perdido el conocimiento. Con eso bastaba Dalgetty se inclinó sobre el gatillo. Nunca había manipulado un arma semejante, pero debía de estar preparada para disparar. Pocos minutos atrás, habían intentado matarle con ella. Apuntó la mira hacia la boca de la caverna y abrió el fuego.

El retroceso hizo bailotear el arma, hasta que Dalgetty aprendió la forma

de dominarla. No lograba ver a nadie en la caverna, pero oía rebotar el plomo en las paredes. Disparó durante un minuto y se detuvo. Después, se arrastró por el suelo en ángulo. Llegó al acantilado, se deslizó por éste, se acercó a la entrada de la caverna y esperó. Del interior no surgía ningún sonido.

Se atrevió a echar un rápido vistazo. Sí, la ametralladora había cumplido su tarea. Sintió un ligero mareo.

Cuando se dio la vuelta, Elena salía del mar. La mirada que la mujer le dirigió estaba cargada de extrañeza.

—¿Se ha ocupado de todo? —preguntó sin ninguna inflexión en la voz.

Dalgetty asintió con la cabeza. Recordó que ella apenas alcanzaría a verle y dijo en voz alta:

—Sí, supongo que sí. Recoja algún arma y emprendamos la marcha.

Con los nervios sintonizados para la visión nocturna, no le resultó difícil agudizar otras percepciones y captar los pensamientos de Elena: «No es humano. ¿Por qué iba a preocuparle matar a un hombre?»

—Claro que me preocupa —declaró Dalgetty con suavidad—. Nunca había matado a nadie y no me agrada.

Elena Casimir se apartó de él. Dalgetty comprendió que había cometido un error.

—Vamos, tome su pistola —dijo—. Será mejor que se lleve una metralleta, si sabe manejarla.

—Sí—afirmó.

El hombre sensible había disminuido una vez más su nivel de recepción. La voz de Elena sonaba serena y ronca.

—Sí—repitió—, sé manejarla.

¿Contra quién?, se preguntó Dalgetty. Se apoderó del fusil automático que yacía junto a una de las figuras caídas.

—En marcha.

Giró sobre sus talones y emprendió el camino hacia arriba. Sintió una punzada en la columna vertebral al pensar que ella iba detrás, en un estado rayano en la histeria.

—Recuerde que nuestro objetivo se centra en rescatar a Michael Tighe —le susurró por encima del hombro—. Carezco de experiencia militar y dudo de que usted se haya visto nunca en nada semejante, de modo que probablemente cometeremos todos los errores imaginables. Pero hemos de salvar al doctor Tighe.

Elena no respondió.

Ya en lo alto del sendero, Dalgetty se echó boca abajo y se arrastró sobre la cima. Alzó un poco la cabeza para mirar hacia delante. Nada se movía ni se agitaba. Se agachó al tiempo que avanzaba.

Unos metros más adelante, los matorrales interceptaron su visión. A lo lejos, al final de la pendiente, divisó algunas luces. La casa de Bancroft debía de ser aquel resplandor luminoso. ¿Cómo entrar sin ser vistos? Hizo que Elena se acercara a él. Ella se puso rígida ante su contacto, pero cedió.

—¿Se le ocurre algo? —preguntó Dalgetty.

—Nada.

—Podría hacerme el muerto —dijo inseguro—. Entonces usted declararía que yo la atrapé, pero que después recuperé el arma y me mató. De ese modo, quizás, ellos dejen de sospechar y me trasladen al interior del edificio.

Se apartó de él una vez más.

—¿Se cree capaz de simular eso?

—Por supuesto. Me hago una pequeña herida y la obligo a sangrar lo suficiente para que parezca causada por una bala, que nunca sangran mucho. Y reduzco las pulsaciones y la respiración hasta que los sentidos corrientes de ellos dejen de detectarlas, un relajamiento muscular casi total, incluidos esos aspectos tan poco románticos de la muerte que casi nunca se nombran. Claro que puedo.

—Ahora sé seguro que no es humano —aseguró Elena. Le temblaba la voz—. ¿Es sintético? ¿De laboratorio?

—Me gustaría que me diera su opinión sobre mi idea —repuso él, ligeramente molesto.

Para Elena debió de significar un gran esfuerzo librarse del miedo que sentía. Por último, meneó la cabeza.

—Demasiado peligroso. Si yo fuera uno de ellos, y después de todo lo que he visto, lo primero que haría al encontrar su supuesto cadáver sería atravesarle el cerebro con una bala... Y quizás el corazón con una estaca. ¿O acaso sobreviviría también a un tratamiento semejante?

—No —reconoció Dalgetty—. De acuerdo, sólo fue una idea. Acerquémonos a la casa.

Cruzaron los matorrales y el césped. Dalgetty pensó que un batallón armaría menos jaleo que ellos. En un momento dado, su audición agudizada captó pisadas de botas. Empujó a Elena hacia la sombra, al amparo de un eucalipto. Dos guardias pasaron a su lado, patrullando el terreno. Sus figuras se destacaban, negras e inmensas, contra el fondo de las estrellas.

Próximos a la linde de los terrenos, Dalgetty y Elena se agacharon entre la hierba alta y rígida, con objeto de observar el edificio en el que debían penetrar. El hombre había tenido que disminuir su sensibilidad visual a medida que se acercaban a la zona iluminada. Unos potentes reflectores iluminaban el desembarcadero, el campo de aviación, las barracas y el jardín. Partidas de guardianes vigilaban cada una de las secciones. Sólo se veía luz en una de las ventanas de la casa, en el primer piso. Bancroft debía de aguardar allí, dando vueltas y atisbando la noche en la que acechaba el enemigo, ¿Habría solicitado refuerzos por radio?

Desde luego, no había llegado ni salido ningún avión. Si un aparato hubiera volado por el cielo, no le habría pasado inadvertido. El doctor Tighe seguía en la isla..., si vivía.

La decisión creció en su interior. Existía una remota posibilidad.

—Elena, ¿cómo andan sus talentos de actriz? —preguntó en voz muy baja.

—Después de trabajar dos años como espía, supongo que aceptables.

A pesar de la tensión, su rostro mostró señales de desconcierto al mirarle. Dalgetty adivinó sus pensamientos: «¡Qué pregunta tan ingenua para un superhombre! ¿Acaso se trata sólo de un simulador?» Le explicó su plan. Elena frunció el entrecejo.

—Una locura, ya sé —confesó Dalgetty—. Pero, ¿se le ocurre algo mejor?

—No. Si se cree capaz de interpretar su papel...

—Y usted el suyo.

La observó con frialdad, aunque su mirada expresaba al mismo tiempo la súplica. De pronto, su rostro en penumbras pareció extrañamente joven y desvalido.

—Pongo mi vida en sus manos. Si no confía en mí, dispare. Sin, embargo, matará algo mucho más importante y trascendental que mi persona.

—Dígame primero quién es usted —pidió Elena—. ¿Cómo voy a aceptar los fines del Instituto si utilizan medios como usted? Un mutante, un androide o... —Contuvo la respiración—. Acaso un ser del espacio extraterrestre, de las estrellas. Simón Dalgetty, ¿qué es usted?

—Si respondiera a esa pregunta, casi seguro que le mentiría — respondió desolado—. Por ahora, debe confiar en mí.

Elena suspiró.

—Está bien.

El hombre sensible no supo si ella mentía a su vez.

Dejó el fusil y cruzó las manos sobre la cabeza. La muchacha avanzó tras él, descendiendo por la pendiente hacia la luz, sin dejar de apuntarle a la espalda con la ametralladora.

Mientras caminaba, Dalgetty iba acumulando una energía y una velocidad latentes inauditas para un ser humano.

Uno de los centinelas que custodiaban el jardín interrumpió sus pasos. Levantó el fusil y gritó con un matiz histérico en la voz:

—¿Quién va?

—Buck, soy yo —gritó Elena—. No se preocupe. Traigo al prisionero.

—¿Cómo?

Dalgetty arrastró los pies hasta introducirse en el círculo de luz, se detuvo cabizbajo y mantuvo relajada la mandíbula, como si estuviera a punto de derrumbarse de cansancio.

El matón dio un salto hacia delante.

—¡Le atrapó!

—No grite —pidió Elena—. Cierto que atrapé a éste pero hay más. Siga con su ronda. Le he quitado las armas. Ahora resulta inofensivo. ¿Está en la casa el señor Bancroft?

—Sí, sí..., por supuesto. —El duro rostro observó a Dalgetty con algo más que temor—. Permítame acompañarla. Ya sabe lo que hizo la última vez.

—¡Permanezca en su puesto! —le detuvo ella—. Ya ha recibido órdenes. Puedo manejarle sola.

8

Quizá no habría funcionado con la mayoría de los hombres, pero aquellos matones no brillaban por su inteligencia. El guardia asintió, tragó saliva y prosiguió su ronda. Dalgetty avanzó por la senda en dirección a la casa.

En la puerta, un hombre levantó el fusil.

—¡Deténganse! Primero, debo avisar al señor Bancroft.

El centinela entró en la casa y accionó el botón del intercomunicador.

Dominado por una tensión nerviosa susceptible de convertirse en fuerza física, Dalgetty sintió un arrebató de miedo. El plan era endemoniadamente impreciso... Podía ocurrir cualquier cosa.

La voz de Bancroft llegó hasta ellos.

—Elena, ¿eres tú? ¡Buen trabajo, muchacha! ¿Cómo lo lograste?

La calidez de su tono por debajo de la excitación suscitó en Dalgetty el fugaz pensamiento de cuál había sido la verdadera relación entre ellos.

—Ya te lo contaré arriba, Tom —respondió Elena—. Es demasiado importante para que lo oigan todos. De todos modos, que las patrullas sigan de guardia. En la isla hay más seres como éste.

Dalgetty imaginó el estremecimiento instintivo de Thomas Bancroft, un instinto procedente de los tiempos en que la noche significaba el terror rondando en torno a un minúsculo círculo de fuego.

—De acuerdo. Si estás segura de que él no...

—Le tengo bien cubierto.

—Aun así, te enviaré media docena de guardias. Espera.

Los hombres salieron corriendo de las barracas, donde sin duda esperaban la llamada a las armas, y les rodearon. Un círculo de rostros tensos, ojos cautelosos y armas que apuntaban. Temían a Dalgetty, y el miedo les volvía vulnerables. El rostro de Elena se mantenía inescrutable.

—¡Adelante! —dijo.

Un hombre se situó unos metros delante del prisionero, sin dejar de mirar hacia atrás mientras caminaba. Dos más le flanquearon y los restantes ocuparon la retaguardia. Elena avanzó en medio de ellos, sin dejar de apuntar con el arma a la espalda de Dalgetty. Atravesaron el larguísimo pasillo y montaron en la ronroneante escalera mecánica. Los ojos de Dalgetty se movieron con anhelo... ¿Por cuánto tiempo más conseguiría seguir viendo?, se preguntó.

La puerta del despacho de Bancroft se hallaba entreabierta. Oyeron la voz de Tighe, una voz serena, firme, a pesar del golpe que debió de significar para él la captura de Dalgetty. Al parecer, proseguía una conversación ya iniciada:

—...en realidad, la ciencia se remonta a la noche de los tiempos. Francis Bacon especuló en torno a una auténtica ciencia del hombre. Además de crear la lógica simbólica, que habría de ser una herramienta tan importante para la solución del problema, Boole realizó algunos trabajos en la misma dirección. En el siglo pasado, se desarrollaron diversas líneas de ataque. Desde luego, ya existía la psicología de Freud y de sus sucesores, la cual proporcionó las primeras ideas acertadas sobre la semántica humana. Hubo también los enfoques biológico, químico y físico del hombre considerado como mecanismo. Algunos historiadores, como Spengler, Párelo y Toynbee, comprendieron que la historia no transcurría por las buenas, sino que seguía una especie de pauta. La cibernética estableció conceptos como la homeostasis y el *feedback* o retroalimentación, conceptos que se aplicaban al hombre en tanto que individuo y a la sociedad en tanto que globalidad. La teoría de los juegos, la ley del menor esfuerzo y la epistemología generalizada de Haeml apuntaban hacia leyes básicas y hacia el enfoque analítico. Las nuevas simbologías de la lógica y la matemática plantearon sus formulaciones... Porque el problema ya no consistía en recoger datos, sino en encontrar un simbolismo riguroso para manipularlos y desembocar en nuevos datos. Buena parte del trabajo del Instituto se ha limitado, lisa y llanamente, a recoger y sintetizar todos los descubrimientos anteriores.

Dalgetty sintió una oleada de admiración. Atrapado e impotente entre unos enemigos a quienes la ambición y el miedo convertían en implacables, Michael Tighe seguía siendo capaz de jugar con ellos. Debía de retrasar las cosas durante horas, de postergar la llegada de las drogas y la tortura

revelando primero una cosa, luego otra..., con una estrategia sutil, de modo que sus captores no comprendieran que sólo les revelaba lo que averiguarían en cualquier biblioteca.

El grupo entró en una estancia amplia, amueblada con lujo y buen gusto y con las paredes ocultas por estanterías repletas de libros. Dalgetty se fijó en que, sobre la mesa, había un juego de ajedrez chino. En consecuencia, Bancroft o Meade jugaban al ajedrez... Al menos, tenían algo en común en aquella noche asesina.

Tighe, sentado en un sillón, levantó la vista. Una pareja de guardias permanecían a su espalda, con los brazos cruzados. Les ignoró.

—Hola, hijo —murmuró. El sufrimiento había velado su mirada—. ¿Te encuentras bien?

Dalgetty asintió en silencio. No tenía forma de dirigirle un mensaje, de asegurarle que aún había esperanzas.

Bancroft entró en la estancia y cerró la puerta con llave. Hizo una señal a los guardias, que se desplegaron junto a las paredes, apuntando con las armas hacia el interior. Temblaba ligeramente y le brillaban los ojos, como de fiebre.

—Siéntese—ordenó—. ¡Allí!

Dalgetty ocupó el sillón señalado, mullido y suave. Sería difícil levantarse de un salto. Elena se acomodó frente a él, en el borde de su asiento, y apoyó la metralleta en su regazo. De súbito, todo fue inmovilidad en la habitación.

Bancroft se acercó a la mesa y revolvió el interior de una caja de cigarros. No alzó la vista.

—¿De modo que le atrapaste? —dijo.

—Sí —afirmó Elena—. Pero primero se apoderó él de mí.

—¿De qué manera... cambiaste las tornas? —Bancroft escogió un cigarro y mordió con torpeza la punta—. ¿Qué ocurrió?

—Me quedé en una caverna, descansando —explicó Elena con voz inexpresiva—. De repente, él surgió de las aguas y me inmovilizó. Pasó oculto bajo el agua más tiempo del que nadie se imaginaría. Me obligó a ir con él a una roca de la cala... ¿Sabes al sitio que me refiero? Nos ocultamos hasta el anochecer, momento en que abrió el fuego contra los hombres que registraban la playa. Los mató a todos. Yo estaba atada, pero logré desembarazarme de las ligaduras, unos jirones de su camisa. Mientras él disparaba, le golpeé con una piedra detrás de una oreja. Después, le arrastré hasta la orilla antes de que volviese de su desmayo, recogí un arma y le obligué a caminar hasta aquí.

—Un excelente trabajo, Elena —Bancroft respiraba con dificultad—. Me ocuparé de que recibas la bonificación que mereces. ¿Y qué más sucedió? Dijiste...

—Sí. —Elena no apartaba de él la mirada—. Charlamos mientras estuvimos en la cala. Intentó convencerme de que le ayudara. Tom... No es humano.

—¿Cómo? —El pesado cuerpo de Bancroft se sacudió con un espasmo. Hizo un esfuerzo por serenarse—. ¿A qué te refieres?

—A su fuerza muscular, su velocidad y su telepatía. Ve en la oscuridad y contiene la respiración más tiempo de lo concebible. No, no es humano.

Bancroft observó la inmóvil figura de Dalgetty. Los ojos del prisionero se

fijaron en los suyos. Bancroft fue el primero en apartar la mirada.

—¿Has dicho telepatía?

—Sí—respondió ella—. Dalgetty, ¿quiere demostrarlo?

Nada se movía en la estancia. Al cabo de un rato, Dalgetty habló:

—Muy bien, Bancroft, le diré lo que pensó: «De acuerdo, maldito seas, ¿conque puedes leer mis pensamientos? Vamos, inténtalo y sabrás lo que pienso de ti». Y siguió una sarta de maldiciones.

—Mera suposición —rechazó Bancroft. El sudor humedecía sus mejillas—. Una suposición acertada nada más. Vuelva a intentarlo.

Hubo otra pausa, al cabo de la cual Dalgetty declaró:

—«Diez, nueve, siete, A, B, M, Z, Z...» ¿Quiere que continúe?

—No —murmuró Bancroft—. No, basta ya. ¿Qué clase de persona es usted?

—A mí me lo confesó —intervino Elena—. Te costará trabajo creerlo. Yo misma no sé qué pensar. Viene de otro sistema solar.

Bancroft abrió la boca y volvió a cerrarla. La voluminosa cabeza se agitó en un gesto de negación.

—Viene de... Tau Ceti —agregó Elena—. Están mucho más adelantados que nosotros. Ya sabes cuánto se ha especulado sobre el tema durante los últimos cien años.

—Durante más tiempo, muchacha —la corrigió Tighe.

Ni en su rostro ni en su voz se transparentaba otra cosa que una mezcla de aburrimiento y humor pero Dalgetty comprendió que en su interior acababa de encenderse una súbita llama.

—No tiene más que leer *Micromegas*, de Voltaire —concluyó el doctor.

—Conozco la novela —le interrumpió Bancroft en tono brusco—. ¿Quién no? Muy bien, ¿por qué han venido aquí y qué quieren?

—Digamos que queremos apoyar al Instituto —respondió Dalgetty.

—Pero usted se ha criado desde la infancia en la...

—¡Ah, sí! Hace mucho tiempo que mi pueblo está en la Tierra. Muchos de nosotros hemos nacido aquí. Nuestra primera nave espacial llegó en 1965. —Se echó hacia delante en el sillón—. Supuse que Casimir se mostraría sensata y me ayudaría a rescatar al doctor Tighe. Puesto que me ha fallado, he de apelar a su sentido común, Bancroft. Contamos con varios equipos en la Tierra y en todo instante sabemos dónde se encuentra cada uno de nosotros. Bancroft, si trata de forzarme, moriré antes de revelar el secreto de nuestra presencia. Sólo que, en ese caso, usted morirá también. La isla será bombardeada.

—Yo... —El jefe miró por la ventana, hacia la inmensidad de la noche—. No esperará que..., que acepte esto como si...

—Le contaré algunas cosas que quizá le haga cambiar de idea —agregó Dalgetty—. Sin duda alguna, demostrarán la veracidad de mis palabras. Sin embargo, debe hacer salir a sus hombres. Sólo se lo diré a usted.

—¿Para que salte sobre mí? —protestó Bancroft.

—Que se quede Casimir —repuso Dalgetty—. Aceptaré asimismo la presencia de cualquier otra persona que usted juzgue capaz de guardar un secreto y dominar su codicia.

Bancroft paseó nervioso por la habitación. Recorrió con la mirada a los hombres de guardia. Rostros asustados, rostros desconcertados, rostros ambiciosos. Una decisión difícil. Dalgetty supo que su vida dependía de lo

acertado del cálculo que Elena y él habían hecho sobre la personalidad de Thomas Bancroft.

—¡De acuerdo! Dumason, Zimmermann, O'Brien, quedaos aquí. Si este pájaro se mueve, le disparáis. Los demás aguardaréis afuera.

Los guardias salieron en fila india, y el último de ellos cerró la puerta a sus espaldas. Los tres que restaban se desplegaron estratégicamente, uno junto a la ventana y los otros dos en las paredes contiguas. Hubo una prolongada pausa.

Elena tuvo que improvisar un plan y transmitírselo por telepatía a Dalgetty. Éste asintió. Bancroft se situó delante del sillón, con las piernas separadas, como para detener un posible golpe, y los puños en las caderas.

—Vamos ya —apremió—. ¿Qué quería decirme?

—Puesto que me han atrapado, voy a proponerle un trato a cambio de mi vida y de la libertad del doctor Tighe —respondió Dalgetty—. Permítame enseñarle...

Comenzó a incorporarse, aferrándose a los brazos del sillón.

—¡Quieto! —gritó Bancroft.

Tres armas giraron para apuntar al prisionero. Elena retrocedió, hasta colocarse junto al guardia más próximo a la mesa.

—Como guste. —Dalgetty se recostó en el sillón y, como al descuido, lo empujó casi medio metro. Se hallaba ahora frente a la ventana y, por lo que sabía, sentado exactamente en línea entre el hombre allí apostado y el de la pared más alejada—. A la Unión de Tau Ceti le interesa que en otros planetas se desarrollen las civilizaciones adecuadas. Escuche, Thomas Bancroft, si consigo convencerle de que se pase a nuestro bando, nos sería de gran utilidad. La recompensa es cuantiosa. —Observó unos instantes a la muchacha, y ella asintió con un gesto imperceptible de la cabeza—. Por ejemplo...

La energía estalló en su interior. Elena aferró la culata del arma y golpeó la nuca del hombre que estaba a su lado. Dalgetty se movió en una fracción de segundo, antes de que los demás comprendieran lo que ocurría y reaccionaran.

El impulso que le levantó del asiento lanzó el pesado y acolchado sillón resbalando por el suelo hasta chocar, con un golpe seco, contra el hombre situado a su espalda. Al pasar junto a Bancroft, Dalgetty le asestó con la zurda un puñetazo en la mandíbula. Al guardia de la ventana no le dio tiempo a desviar su arma, que apuntaba a Elena, y apretar el gatillo. Dalgetty le asió por la garganta, quebrándole el cuello.

Hiena permaneció junto a su víctima mientras ésta caía. Después, apuntó al guardia que se encontraba al otro lado de la habitación. El golpe del sillón le había hecho desviar el fusil.

—Suéltalo o disparo —ordenó la mujer.

Dalgetty recogió un arma y la apuntó hacia la puerta. Suponía que los hombres de fuera entrarían corriendo y que se armaría la de San Quintín. Pero sin duda los gruesos paneles de roble habían amortiguado el ruido.

El hombre situado detrás del sillón dejó caer su fusil al suelo. Un temor sobrenatural abría desmesuradamente su boca.

—¡Dios mío! —El esbelto cuerpo de Tighe se había erguido, tembloroso. Su serenidad se había trocado en horror—. Simón, el riesgo de...

—No teníamos nada que perder, ¿verdad?

La voz de Dalgetty sonaba ronca, y su anormal energía comenzaba a abandonarle. Sintió una oleada de cansancio. Supo que pronto habría de pagar por el abuso al que había sometido su cuerpo. Observó el cadáver que yacía a sus pies, murmurando:

—No era mi intención matarle.

Con un esfuerzo de su disciplinada voluntad, Tighe se recuperó y se acercó a Bancroft.

—Al menos, él está vivo —comentó—. ¡Oh, Simón, Dios mío! Pudieron haberte matado con tanta facilidad.

—Es posible que aún lo hagan. Todavía no estamos a salvo. Papá, por favor, busca algo para atar a los otros dos.

El inglés asintió con un movimiento de cabeza. El guardia aporreado por Elena se movía, entre gemidos. Tighe le ató y le amordazó con unos jirones de tela que rasgó de su túnica. El otro se sometió humildemente al verse frente a la metralleta. Dalgetty les obligó a rodar detrás de un sofá, junto al hombre al que había matado.

Bancroft también recuperaba el conocimiento. Dalgetty encontró una botella de bourbon y se la entregó. Los escrutadores ojos le miraron con el mismo terror de antes.

—¿Y ahora qué?—barbotó Bancroft—. No lograrán huir...

—Al menos lo intentaremos. Si se hubiese tratado tan sólo de combatir al resto de su pandilla, le habríamos utilizado como rehén, pero ahora existe una salida mejor. ¡De pie! Vamos, acomódese la túnica y arréglese el pelo. Hará usted cuanto le digamos porque, si algo sale mal, nada perderemos pegándole un tiro,

Y Dalgetty le expuso con voz cortante sus órdenes.

Bancroft miró a Elena, y sus ojos denotaron algo más que dolor físico.

—¿Por qué lo hiciste?

—Pertenezco al FBI —replicó ella.

Todavía atontado, Bancroft meneó la cabeza, se dirigió al fono-visor del escritorio y se puso en contacto con el hangar.

—He de trasladarme de inmediato al continente. Preparen el vehículo rápido para dentro de diez minutos... No, el piloto regular y nadie más. Dalgetty irá conmigo... No, no hay ningún problema. Se ha puesto de nuestra parte.

Salieron de la habitación. Elena se acomodó la metralleta bajo un brazo.

—Muchachos, regresen a las barracas —dijo Bancroft en tono cansino a los hombres que aguardaban fuera—. Todo está solucionado.

Quince minutos más tarde, el reactor privado de Bancroft surcaba los cielos. Y transcurridos otros cinco, el piloto y él se hallaban atados y encerrados en un compartimento de la parte trasera. Michael Tighe se hizo cargo de los mandos.

—Esta nave funciona como la seda —comentó—, Nada nos detendrá antes de que lleguemos a California.

—En efecto. —El agotamiento había apagado la voz de Dalgetty—. Papá, me voy a descansar. —Apoyó por un segundo una mano en el hombro del anciano y agregó—: Me alegro de verte con nosotros.

—Gracias, hijo —repuso Michael Tighe—. No te diré nada más. Me he quedado sin palabras.

Dalgetty se acomodó en un asiento reclinable. Uno a uno, liberó los controles de su ser: sensibilidad, bloqueos nerviosos, estimulación glandular. La fatiga y el dolor aumentaron en su interior. Atisbo entonces las estrellas y escuchó el sombrío siseo del aire con sentidos meramente humanos.

Elena Casimir se sentó a su lado, y él comprendió que su trabajo aún no había terminado. Estudió los definidos rasgos del rostro femenino. Ella podía ser una enemiga implacable, e incluso, como amiga, habría que vencer su testarudez.

—¿Qué piensa hacer de Bancroft? —preguntó Dalgetty.

—Les acusaremos de secuestro a él y a toda la pandilla —respondió—. Le aseguro que de ésta no se librará. —Fijó su mirada incierta y algo asustada en él, murmurando—: Los psiquiatras de la Cárcel Federal han sido entrenados por el Instituto. Ustedes se ocuparán de remodelar la personalidad de Bancroft a su manera, ¿verdad?

—En la medida de lo posible —contestó Simón—. En realidad, carece de importancia. Como factor en nuestra lucha, Bancroft está liquidado. Sin embargo, queda todavía Bertrand Meade. Aunque Bancroft hiciera una confesión completa, dudo de que nos permita tocar a Meade. Sin embargo, el Instituto ya ha aprendido a protegerse de los métodos extralegales. Dentro de la estructura de la ley, le dejaremos actuar y le derrotaremos a pesar de todo.

—Con un poco de ayuda de mi departamento —apuntó Isleña en tono acerado—. De todos modos, habrá que restar importancia a la historia de este rescate. De nada serviría suscitar demasiadas ideas en el público, ¿no cree?

—De acuerdo—reconoció Dalgetty.

Le pesaba la cabeza. Deseaba apoyarla en el hombro de ella y dormir durante un siglo.

—En realidad—continuó—, depende de usted. Si presenta a sus superiores el informe conveniente, todo se resolverá. Lo demás se reduce a detalles. De lo contrario, lo estropeará todo.

—No sé. —Le observó durante largo rato—. No sé si debo hacerlo o no. Tal vez me haya dicho la verdad con respecto al Instituto y a la justicia de sus objetivos y métodos, ¿Pero cómo cerciorarme, si ignoro lo que hay detrás? ¿Cómo saber que no había más que fantasía en esta historia sobre Tau Ceti, que usted no es en realidad el agente de una potencia no humana, que va dominando poco a poco a nuestra raza?

En otro momento, Dalgetty quizás habría discutido, intentando ocultárselo o engañarla una vez más. Ahora estaba muy cansado y se sentía dominado por un extraño sentimiento de sumisión.

—Si se empeña se lo explicaré. Me pondré en sus manos —dijo—. A usted le tocará decidir nuestro triunfo o fracaso.

—¡Adelante!

La muchacha adoptó una actitud de cautela.

—Soy humano, Elena. Tan humano como usted. Sólo que he recibido un adiestramiento muy especial, eso es todo. Se traía de otro descubrimiento del Instituto, aunque opinamos que el mundo no está preparado para recibirlo. Para muchas personas, hacerse con seguidores como yo significaría una tentación demasiado grande. —Apartó la mirada, hacia la silbante oscuridad—.

También el científico forma parte de la sociedad y tiene responsabilidades frente a ella. Esa..., esa restricción que nos imponemos es una de las maneras en que cumplimos dicha obligación.

Elena guardó silencio. De pronto, alargó una mano y la apoyó sobre la de Dalgetty. El impulsivo gesto llenó a éste de ternura.

—El trabajo de papá se centraba sobre todo en la psicología de la acción de masas —agregó, procurando encubrir sus sentimientos—. Muchos de sus compañeros estudian al ser humano individual como un mecanismo. Se ha avanzado mucho desde los tiempos de Freud, tanto en psiquiatría como en neurología. En última instancia, ambos puntos de vista son intercambiables. Hace alrededor de treinta años, uno de los equipos fundadores del Instituto descubrió lo bastante respecto a la relación entre consciente, subconsciente y mente involuntaria para iniciar una serie de pruebas prácticas. Junto con otros, fui elegido como conejillo de Indias. Sus teorías dieron resultado. No le expondré los detalles de mi adiestramiento. Abarcaba ejercicios físicos, prácticas mentales, un poco de hipnotismo, una dieta especial, etcétera. Algo mucho más allá de la educación sintética, lo más avanzado que conoce el público en general. Ahora bien, su objetivo, por el momento sólo realizado en parte, se centraba en desembocar en el ser humano totalmente integrado.

Dalgetty hizo una pausa. El viento gemía y murmuraba más allá de las paredes de la nave.

—No existe una clara división entre consciente y subconsciente, como tampoco la hay entre ellos y los centros que controlan las funciones involuntarias—prosiguió—. El cerebro es una estructura continua. Supongamos, por ejemplo, que uno se da cuenta de que un coche está a punto de atropellarle. Las pulsaciones se aceleran, aumenta la producción de adrenalina, la visión se agudiza, disminuye la sensibilidad al dolor, es decir, el cuerpo se prepara para la lucha o la huida. Aunque no existe una necesidad física evidente, ocurre lo mismo, si bien a menor escala, al leer un cuento terrorífico por ejemplo. Y los psicóticos, sobre todo los histéricos, son capaces de originar en sí mismos algunos de los más complejos síntomas fisiológicos.

—Creo que empiezo a comprender —murmuró Elena.

—La ira o el miedo provocan una fuerza anormal y reacciones rápidas. En el psicótico, esa fuerza y esas reacciones llegan a producir síntomas físicos, como quemaduras, manchas en la piel o, en el caso de la mujer, un falso embarazo. En ocasiones, insensibiliza por entero alguna parte de su cuerpo a través de un bloqueo nervioso. Se inicia o se interrumpe una hemorragia sin motivos aparentes. El psicótico entra en estado de coma o permanece varios días despierto, sin la menor somnolencia. Es capaz de...

—¿De adivinar el pensamiento? —preguntó ella como un desafío.

—Que yo sepa, no. —Simón rió entre dientes—. Los órganos de los sentidos de los seres humanos poseen una sensibilidad asombrosa. Sólo se necesitan tres o cuatro unidades elementales de energía para estimular el púrpura visual... Bueno, en realidad un poco más, a causa de la absorción del globo ocular. Algunos histéricos oyen el tictac de un reloj a seis metros de distancia, el mismo tictac que una persona normal no percibe a treinta centímetros. Y así sucesivamente. Existen excelentes razones para que el umbral de percepción se limite hasta cierto punto en las personas

comunes. Los estímulos de las condiciones corrientes resultarían cegadores, ensordecedores e insoportables si no se interpusiera alguna defensa. —Hizo una mueca—. ¡Lo sé muy bien!

—¿Y qué me dice de la telepatía? —insistió Elena.

—No supone ninguna novedad. Se demostró que los casos de supuesta adivinación del pensamiento que tuvieron lugar durante el siglo pasado se debían a una audición extremadamente aguda. La mayoría de las personas subvocaliza sus pensamientos superficiales. Con un poco de práctica, la persona capaz de captar esas vibraciones aprende a interpretarlas. Eso es todo, Elena. —Esbozó una leve sonrisa—. Si quiere ocultarme sus pensamientos, no tiene más que abandonar esa costumbre.

Ella le miró con una emoción que Dalgetty no supo reconocer.

—Entiendo —suspiró—. Además, puesto que extrae cualquier dato del subconsciente, su memoria también debe de ser perfecta. Usted... usted puede hacer cualquier cosa, ¿verdad?

—No —repuso—. Soy un simple experimento. Ellos aprendieron mucho observándome. Lo único que me convierte en excepcional es un control consciente de algunas funciones por lo general subconscientes o involuntarias. En modo alguno de todas ellas. Además, no utilizo ese control más allá de lo necesario. Existen sólidas razones biológicas para que la mente del hombre se halle tan dividida y por las cuales un caso como el mío paga las consecuencias del esfuerzo. Después de este combate, me costará un par de meses recuperar la forma. Me encuentro al borde de una crisis nerviosa, que no durará mucho, desde luego, pero que no resultará nada divertida mientras dure. —Miró a Elena, con expresión suplicante—. Bien, ya conoce la historia. ¿Qué decide?

Por primera vez, Elena le dirigió una verdadera sonrisa.

—No se preocupe, Simón —le tranquilizó—. No..., no te preocupes.

—¿Vendrás a sostenerme la mano mientras me recupero?

—Tonto, ya te la estoy sosteniendo—respondió Elena. Dalgetty sonrió dichoso. Después, se quedó dormido.

PIRATAS ESPACIALES

1

El hombre hambriento saltó de la nave y se sumergió en el silencio. Percibía el susurrar de la sangre en sus venas, el paso del aire a través de sus fosas nasales, el ínfimo rechinar de una comba aspirante que lo devolvía al depósito de renovación. Tenía conciencia de la tensión de su carne, de la rigidez de sus coyunturas, del olor de su cuerpo encerrado, de un vacío en el estómago... Sobre todo, de ese vacío. Por lo demás, estaba solo. Y el universo que se extendía más allá de su casco, más solitario aún que él. Doce mil estrellas visibles, brillantes y sin titilaciones, salpicaban de gloria la oscuridad. La Vía Láctea ceñía la creación, como una cascada de hielo. A la izquierda, se veía el sol, reducido pero resplandeciente hasta un punto intolerable. No importaba. Todo era demasiado remoto.

Recuperó su firme y normal sentido práctico. «Me estoy mareando — pensó—. No puedo permitírmelo. Todavía no.» A medida que se acercaba a la inanimada nave, se entorpecía su visión. La curva de popa despedía una luz tan intensa que hubo de protegerse el rostro con un guante. La gran forma esferoide presentaba orificios semejantes a bocas abiertas. Escogió el de mayor tamaño, una tronera panorámica destrozada, y rectificó su camino con un breve chorro de sus tubos de propulsión.

Si dispusiera de algunos instrumentos, habría conseguido una aproximación más exacta, conducido su nave hasta el costado de aquel pecio. Por desdicha, sólo contaba con un mínimo de medios electrónicos. En cuanto al resto, debía confiar en los sentidos y los músculos que él, y sus padres antes que él, habían entrenado para enfrentarse a una situación extrema. Por un momento, volvió a divagar. Se encontró tratando de imaginar un viaje por la Tierra. O incluso por Marte. No tanto al aire libre, entre el verdor y los dilatados horizontes, bajo el sol imponente. Todo eso podía visualizarlo a partir de las películas que había visto. No, viajando por el interjuego de los vectores, algo parecido a correr todo el tiempo en condiciones de subaceleración. Surgió ante sus ojos el casco, un precipicio redondeado. Giró ¡obre sí mismo y se lanzó, con las botas por delante. Le recorrió el estremecimiento del impacto desde las espinillas hasta el cráneo, los circuitos incluidos en las pesadas suelas se cerraron automáticamente. Se separaron las cargas. La mitad «inferior» se volvió positiva con respecto a la nave. Los electrones del metal del vehículo se arremolinaron para ir a su encuentro. No existía el peligro de que un arco voltaico atravesara el aislamiento, sostenido por la carga indispensable.

Cuidándose de apoyar sólo un pie a la vez, se dirigió al borde mellado del orificio, a través del cual se filtraban los rayos solares, arrojando sombras de ébano detrás del equipo y los controles. Arrugó la frente. ¡Maldición! Las rocas habían estropeado la nave. Necesitaría costosas reparaciones antes de volver a estar en condiciones de uso..., lo cual reducía el valor de su salvamento y, más importante aún, su comisión.

Salvo, claro está, que se tratase de un cargamento especial. Le recorrió un estremecimiento de entusiasmo que le hizo olvidar su debilidad. Entró.

Guiado por el fluctuante haz de luz de su linterna, bajó por un tenebroso pasillo y un pozo negro hasta la bodega central.

No estaba sellada ni herméticamente cerrada, de acuerdo con la costumbre que se seguía en todos los cargueros no tripulados. Abrió una puerta y avanzó entre pilas de cajones. La luz de la linterna puso de relieve las letras impresas:

ELECTRÓNICA HESPERIA
SCX-107
ELEMENTOS CONDUCTORES 2000

No se molestó en leer las instrucciones referentes a la manipulación. Paseó la luz de un punto a otro, comprobando que en todos los cajones se repetían las mismas palabras. Su corazón latió desbocado.

—¡Santo Judas! —murmuró.

Y se embarcó en una regocijada letanía, que aumentaba de volumen y se volvía más profana segundo a segundo. Y aquélla no era toda la carga. Desde luego, nadie necesitaría a la vez tantas unidades superconductoras de temperatura ambiente, pero lo que había visto hasta ahora suponía la riqueza.

Le recorrió una oleada de debilidad y temblores. «Lo mejor será regresar cuanto antes, sin preocuparme por el resto de lo que haya a bordo. Más adelante, habrá tiempo de sobra para examinarlo.»

Abandonó el lugar con tanta prisa que levantó ambos pies a la vez. Tuvo que derivar, invadido por las náuseas a causa de las fuerzas de rotación, echando pestes hasta que tropezó con un mamparo al que logró asirse. El malestar cedió. Siguió avanzando con cautela, salió del pecio y volvió a su nave. Sólo le faltaba herirse ahora, en cualquiera de las mil formas en que se hiere uno en el espacio, cuando en el Torreón le aguardaban mujeres, whisky y orgías sin fin.

Estrecha e incómoda, su nave le rodeó de metal. Pasó a través de la cámara de aire y se quitó el traje espacial, poniendo sumo cuidado en no tocar ningún punto de la helada superficie con las manos desnudas. Procedió a los cálculos de navegación, computó las cantidades y envió un rayo láser a través de tres millones y medio de kilómetros desiertos.

—Aquí Sadler, de la nave de salvamento *Capitán Hook*, llamando a Control de Operaciones de Torreón —recitó.

A continuación, transmitió una serie de símbolos en código. El jefe Karrigan no corría riesgos. Sólo respondía tras asegurarse de que quien intentaba comunicarse con la fortaleza formaba parte de los suyos. Temía que los marcianos, después de descubrir indicios de su órbita, trataran de confirmarla.

La respuesta tardó en llegar. Sadler agregó algunas observaciones insultantes a su señal de llamada.

—Control de Operaciones de Torreón recibiendo llamada Sadler, del *Capitán Hook* —dejó oír el altavoz—. Hola, Dave. Aquí, Bob Mackintosh, de servicio. ¿Qué novedades hay? Cambio.

—Yo... La tengo. —El hombre hambriento tragó saliva y dominó su voz—. Tengo la nave marciana. Emparejé su trayectoria y estuve a bordo. La carga parece en buen estado y... valiosa. Pero me he quedado sin comida y ando escaso de masa de reacción. Envíame algo en el remolcador. Lo antes posible. Cambio.

Transcurrió medio minuto, mientras el rayo recorría su camino y llegaba la respuesta. En los oídos de Sadler resonaba un débil siseo, el trasfondo parlante de las estrellas.

—¿Así que la persecución fue prolongada? —observó Mackintosh—. ¿Por

qué no se lo comunicaste a alguien que se encontrara en mejor posición para interceptarla? Empezábamos a pensar que se nos había escapado. Cambio.

—Sabes muy bien por qué no lo hice —gruñó Sadler—. No quería compartir con nadie mi comisión, pues tenía la certeza de alcanzarla. Date prisa, Bob. Ocúpate de que me envíen lo mejor, sobre todo en lo que se refiere a comida. Estaré en condiciones de pagarla. Luego, informa al jefe y comunica al resto de los muchachos que pueden desconectar sus radares y volver a casa. La nave marciana me pertenece.

2

Syrtis, la ciudad más grande y bulliciosa de Marte —además de su capital—, es asimismo la más antigua. En kilómetros a la redonda de su periferia, se alzan nuevos rascacielos, cada uno rodeado de verdes terrenos. Hacia el sur, la ciudad se pierde en las tierras agrícolas que rodean el ecuador y, hacia el norte, en desiertos de arena rojiza y ásperos riscos, no afectados por la civilización. Sin embargo, la mayoría de los edificios del centro fueron edificados por los pioneros.

Gruesas paredes de piedra gris, argamasa roja, antiestéticas masas de unos cuantos pisos, rematadas por terrazas donde aparcan las naves ligeras. Las galas del comercio moderno parecerían fuera de lugar en esas fachadas.

Su solidez resulta engañosa. Ahora que se ha completado el proyecto sobre la atmósfera, los vapores de oxígeno y agua corroen con tal rapidez la roca marciana que las estrechas y serpenteantes calles aparecen siempre llenas de polvo. Ese distrito ya no albergará a muchas generaciones.

James Church se sentiría encantado de vivir mientras contase allí con una oficina. En cierta manera, era un tradicionalista.

De pie ante una ventana abierta, con la pipa en la boca y las manos a la espalda, contemplaba el panorama mientras aguardaba a su visitante. El alféizar conservaba las huellas de los aparatos que otrora impedían la entrada de los gases letalmente fríos y sutiles. También había estrías de un período posterior, en el que una disputa iniciada en el Mariner, al otro lado de la calle, había terminado en el Decadia Sangriento, El Mariner seguía funcionando. Entraba y salía gente por la puerta, bajo el consabido simulacro del vehículo de exploración espacial. Church percibía fragmentos de música, el gemido de un grupo en boga. Incluso se imaginaba oír la caída de los dados y los giros de la ruleta, aunque, sin duda, el murmullo de los peatones de alegre vestimenta sonaba demasiado fuerte para eso. En esas latitudes, el sol se pone muy tarde durante un verano dos veces más largo que en la tierra, y Syrtis había resuelto el grave problema de los pasatiempos mientras duraba la luz del día. Church respiró hondo, entre una serie de bufidos. El aire que inhaló era frío. Aquella noche habría escarcha. Se destacaban heladas nubes cristalinas en un cielo de color púrpura. Pasó una bandada de gansos. «Bien, bien —pensó—, el Ministerio de Ecología está llegando realmente a algo con este plan. Parecía imposible, pero dicen que los ingenieros genéticos han resuelto el problema de la acumulación. Me pregunto cómo lo habrán logrado. Cuando disponga de tiempo, leeré algo al respecto.»

Alguien habló por el intercomunicador de su maltrecha mesa escritorio:

—El señor Dobshinsky quiere verle.

Church atravesó la habitación.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió obedeciendo a su voz. Permaneció a la espera. Bajo, rechoncho y canoso, su imagen no correspondía a la del marciano típico. Vestía con discreción, y una pequeña panza abultaba su pantalón. Sólo la piel bronceada por el sol y los descoloridos ojos azules —con patas de gallo, consecuencia de una vida entera entrecerrándolos a través de las dunas desnudas— coincidían con la imagen clásica.

Philip Dobshinsky, en cambio, era alto y delgado. También más joven, más apuesto y con más colores en su vestimenta de lo que Church esperaba en un miembro de la Asociación Interplanetaria de Armadores. Dobshinsky se detuvo, y recorrió con la mirada la pequeña sala atestada de libros y recuerdos, mostrando cierta vacilación. El despacho exterior de Church, Investigaciones y Vigilancia, tampoco le había impresionado con exceso.

—¿Cómo estás? —El detective extendió la mano por encima del escritorio—. Toma asiento. ¿Un porro?

—No, gracias. Ahora no. —Dobshinsky apartó la cajetilla, aunque se trataba de Twin Moons, una mezcla muy cara de tabaco y marihuana—. Prefiero un trago, si no tienes inconveniente.

—Por supuesto. ¿Whisky? Juro que es auténtico, y no ese ácido sulfúrico que fabrican en La Olla del Diablo.

Church se volvió en su silla giratoria —anterior a la época en que los colonizadores se dedicaran a fabricar asientos más cómodos— y abrió una nevera.

Dobshinsky se agitó nervioso. Tampoco su asiento se adaptaba al contorno de su cuerpo cada vez que realizaba un movimiento. Church sonrió mientras se ocupaba de servir los vasos.

—Ya lo sé —afirmó—. Te preguntas cómo una agencia policial presuntamente poderosa opera en este agujero. La respuesta es sencilla: me gusta. Prefiero gastar el dinero destinado a impresionar a los clientes en buenas bebidas, comidas, porros y mujeres. Relájate, hijo.

—Soy novato en estas cuestiones —confesó Dobshinsky—. Todos lo somos... Me refiero a los miembros de la Asociación. Nuestros problemas de control humano no solían presentar complicaciones. Gracias.

Tomó el vaso de manos de Church y se lo llevó a los labios. El hielo tintineó por la prisa con que se tragó la bebida. Church exhaló una bocanada de humo y dijo:

—Al llamar, sólo mencionaste que te gustaría hablar conmigo sobre un posible negocio. Pero está claro que piensas en la piratería asteroide.

—Bien... Sí. —Dobshinsky enderezó la espalda—. Hasta ahora, la agencia Neopinks se ha ocupado de nuestros asuntos, como bien sabes. No obstante, parece que no logran encarar de manera eficaz este problema. Si tú consigues algo... Francamente, en tal caso firmaríamos un contrato contigo al instante.

Church mantuvo una expresión no comprometida, pero se le aceleró el pulso y fijó la vista en las fotografías que cubrían su escritorio. Un hombre con dos hijos en la Universidad y una hija a punto de ingresar en ella —que, por añadidura, deseaba seguir sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de París— haría muy buen uso de los beneficios proporcionados por un negocio a semejanza de esta. Además, Mary le había hablado de una casa mejor en Thaumasia, adonde se trasladaban durante los inviernos del hemisferio norte...

—Antes de seguir adelante —murmuró—, ¿no habéis considerado la idea de apelar al gobierno?

—¿Cómo? —El asombro superó la timidez de Dobshinsky—. ¿Qué tiene que ver el gobierno?

—La cuestión afecta al bienestar público. No se reduce a una nave ligera que ataca a otra porque ha traspasado los límites de su territorio. Aquí nos enfrentamos con un puñado de insurrectos convertidos en piratas, que nos causan graves pérdidas económicas.

—A los exportadores.

—A todo Marte, si se considera a largo plazo. Los precios y las tarifas de seguros han salido ya camino de Andrómeda, ¿verdad? Por lo tanto, está implicada toda nuestra política interplanetaria.

—Y el gobierno no cuenta con agentes bien entrenados y equipados. Tendrá que contratarlos. —Dobshinsky tomó otro largo trago de whisky—. De todos modos, nos hemos puesto en contacto con el gobierno. Si la marina fuese capaz de limpiar el Cinturón... Pero no hay caso. Si aceptas el trabajo, ya te enterarás de los detalles al leer el sumario confidencial.

—Gracias por tu amabilidad.

El otro pareció desconcertado y Church sonrió:

—Quiero decir por abordarlo con tanta diplomacia —aclaró—. Podrías haber dicho: «Si te encargamos el trabajo»... Bueno, profundicemos todo lo posible en una conversación informal. ¿Habéis perdido otra nave?

—La *Reina de Thyle* —respondió Dobshinsky con los labios apretados—. No sé si el nombre significa algo para ti.

—Me temo que no.

Church, cuya profesión le ponía en contacto con todas las facetas del mundo, se concentraba en sus propios asuntos menos que cualquier marciano medio. Sin embargo, hasta ese momento, los cargamentos interplanetarios habían permanecido fuera de su alcance. Los ricachos sí que se ocupaban de sus propios asuntos.

Sólo hasta ese momento.

—Nuestra pérdida más reciente y una de las más graves —explicó Dobshinsky—. Además de su valor, que asciende a las siete cifras, hay que tener en cuenta la carga. Entre otras cosas, una megasuma astronómica en unidades de computación destinadas a Pallas, a menos de veinte decadas desde la captura del *Jove*.

Church enarcó levemente las cejas:

—Disculpa que te interrumpa. ¿Tenéis la certeza de que no se trata de casos fortuitos? Al menos, eso dicen los círculos oficiales.

—La tenemos, prácticamente. Por ejemplo, el *Jove* transportaba maquinaria rebotica de minería a Ganímedes. El informe de Neopinks, basado en datos de su sucursal en la Tierra, señala que Supertrónica ofreció una carga del mismo material a unos precios criminales. Según afirman, han descubierto métodos de producción más baratos. Por supuesto, los números de serie y otros detalles no coinciden. No obstante, cuando tales incidentes se repiten una y otra vez...

—Sí, comprendo. —Church movió la cabeza en un gesto afirmativo—. Me pregunto —musitó casi para sus adentros— por qué razón los así llamados casos fortuitos resultan siempre catastróficos. —Levantó la voz—: Tengo entendido que el *Jove* no apareció.

—Al menos por ahora. Tal vez se destrozó por completo o quizá los asientas

intentan repararlo a fin de aprovecharlo. También cabe en lo posible que en este momento se dirija a la Luna con una tripulación que se califica a sí misma de salvamento.

Escupió las dos últimas palabras.

—Sí, la cosa parece chocante.

—¿Cómo chocante? Puedo darte cifras demostrativas de que la economía marciana corre peligro. La Tierra se cruza de brazos, toma el botín y espera a festejarlo con lo que quede de nosotros.

3

Félix Kerrigan, jefe de Torreón, miró al hombre de pie ante su trono y masculló:

—No.

Nicholas Riskin se puso rígido.

—Un momento... —empezó a decir.

—Ya me oíste. —La manaza derecha de Kerrigan trazó un gesto cortante en el aire—. No pienso quebrantar la Regla ni tampoco la confianza de mis hombres. —Señaló a la alta y sombría figura de Sadler, situada a un costado, con la vista fija en Riskin—. Dave encontró la *Reina de Thyle* y le corresponde una comisión del diez por ciento sobre todo lo que contenga. ¿Qué clase de jefe sería yo si le estafara lo que ha ganado con su trabajo?

—Nadie te propone que le robes —protestó Riskin, un hombre educado en Marte, cuya pronunciación sonaba remilgada, incluso a sus propios oídos, al expresarse en el rudo dialecto asterita—. El Consejo le pagará lo que corresponda.

—En dólares de los Mundos Libres —adujo Sadler—. Quiero dólares de la Tierra, que me permitan comprar artículos terrestres. ¿Qué se fabrica aquí, en el Cinturón, que merezca la pena?

Riskin se humedeció los labios con la lengua y paseó la mirada a su alrededor. Se sentía muy solo.

La cámara era más grande y lujosa que la mayoría de los cuartuchos excavados en el planetode. En realidad, estaba adornada con bárbara opulencia, colgaduras de color escarlata cubriendo las paredes, auténticas pieles de mutigres sobre el suelo, y muebles no de plástico, sino de roble macizo. Una arcada se abría a la sala de banquetes, asimismo magnífica. Desde allí, llegaba el ruido de vasos y risas, a medida que la tripulación de la nave de Riskin se mezclaba con la del vehículo de salvamento y las chicas. De este lado, en cambio, reinaba la tirantez.

Kerrigan permanecía sentado en su alto sitial de níquel y acero, como un dios pagano. El jefe representaba una regresión a los tiempos en que la Tierra era joven y salvaje: más de un metro noventa, una corpulencia a tono con esa estatura, las facciones oscurecidas por la barba, los ojos de un color verde de hielo. Su vestimenta contribuía al efecto general. Mientras que Sadler se vestía con un alegre mono y Riskin con un sencillo pijama de paisano, Kerrigan lucía una casaca azul y pantalones blancos, todo ello cubierto de dorados. En su gorra de oficial, brillaba la estrella de jefe.

Por un momento, Riskin, bajo y calvo, y cuyo trabajo no exigía por regla general ningún valor físico, pensó en jactarse: «Oye —diría—, yo represento al Consejo, que a su vez nos representa a todos. ¿Te permitirás el lujo de

convertirte en enemigo de las restantes jefaturas del Cinturón?» Pero no. En ese caso, tal vez Kerrigan perdiera la paciencia. O peor aún, se reiría a carcajadas. Con excepción de algunas escaramuzas ocasionales, los señores de los asteroides no libraban guerras entre sí. Escaseaban demasiado los recursos y, además, les parecía más seguro y mucho más lucrativo vivir a costa de los marcianos.

Por otro lado, se planteaba una cuestión de principios... De política, mejor dicho. Un señor debe defender a sus partidarios, aunque sólo fuese porque, de lo contrario, éstos le arrojarían por la cámara de aire y elegirían a otro. En caso de votación, los colegas de Kerrigan le darían sin la menor duda la razón.

Por lo tanto, tenía que evitar a toda costa una votación. Riskin se relajó y esbozó una sonrisa. Intentaría la diplomacia, su verdadero trabajo.

Se inclinó ligeramente ante Sadler:

—Discúlpame. No pretendía defraudarte. El Consejo me envió para formularte una propuesta. Tú la rechazaste. Estás en tu derecho, de modo que no discutamos más.

El cosmonauta le estrechó la mano.

—De acuerdo. —La furia se desvaneció con la misma rapidez con que le había acometido—. No quiero perjudicar la causa común, ni nada por el estilo, pero me las he arreglado demasiados años con la paga básica. Lo máximo que obtuve fue una pequeña comisión de vez en cuando, al localizar una nave naufragada al mismo tiempo que otros. Ésta constituía mi gran oportunidad y lo arriesgué todo para aprovecharla. No quiero que se me esfume.

—Claro está que no. —Riskin miró a Kerrigan—. Sin embargo, esto plantea ciertas cuestiones políticas. ¿Podríamos hablar en privado, jefe?

—Bueno...

El jefe frunció el entrecejo. Ansiaba marchar a la sala de banquetes. Su actual amante presidía el festín y, según se decía, estaba celoso. Pero debía mostrarse hospitalario.

—De acuerdo—dijo al fin—, si no nos ocupa demasiado tiempo.

Salió de la cámara a grandes zancadas, que a Riskin le costó trabajo seguir, pese a la débil fuerza de gravedad. Sin duda el jefe hacía a diario más ejercicio del necesario para mantener el funcionamiento de su organismo.

En el extremo de un pasillo, Kerrigan abrió una puerta que daba a su despacho particular, Riskin jamás lo había visitado y le sorprendió aquella imagen de fría economía. Desde luego, un jefe no podía ser un estúpido, se recordó a sí mismo. Tampoco un cosmonauta corriente. Pese a la sencillez de las naves del asteroide (donde no había que luchar contra las fuerzas de atracción planetarias ni contra ninguna atmósfera y donde no se necesitaban pantallas de radiación, dada la lejanía del sol), nadie sobreviviría allí sin unos buenos conocimientos de física y química. No obstante, a esto se reducía poco más o menos la educación recibida en los Mundos Libres. El consejero esperaba que el cerebro básicamente sano de Kerrigan fuese capaz de absorber una rápida lección de historia y economía.

En la pared exterior, habían instalado una tronera panorámica, con un precipicio saliente que ocultaba la nave a posibles observaciones desde lo alto. Al igual que otras fortalezas asientas, Torreón estaba camuflado de tal manera que se confundía con otro medio millón de pequeños mundos desolados. La escena dejó sin aliento a Riskin. La oscura piedra metálica caía sobre una margen cortada a pico. Más allá pululaban las estrellas.

Por un espantoso instante, el miedo le sacudió los nervios. Los otros, los alienígenas, los de Más Allá... Airado, dominó sus emociones. «¡Supersticiones! —se burló de sí mismo—. El equivalente moderno de los ángeles, los demonios y los fantasmas. Demasiadas historias sensacionalistas durante muchas generaciones, hasta que su imagen quedó vinculada a nuestros instintos más primarios... ¡Ah, sí! Sin duda existen razas no humanas. Incluso hemos encontrado rastros de sus emisiones de radio, de su motor nuclear. ¡Basta ya! Están demasiado lejanos.»

Volvió a prestar atención a Kerrigan. El jefe no se sentó, pero le señaló una silla para que la ocupara.

—Habla—le invitó en tono seco.

—No sé por dónde empezar—reconoció Riskin.

El consejero sacó una caja de puros y ofreció uno a Kerrigan, que meneó la cabeza. El tabaco andaba tan escaso que muy pocas asteritas —salvo en las colonias retenidas por Marte— solían fumar.

Riskin encendió su cigarro.

—Créeme que la Secretaría del Consejo no actúa de manera arbitraria —dijo—. No podemos permitirnoslo. Sabemos que somos unos simples empleados a quienes se paga para resolver disputas, permanecer al corriente de lo que ocurre a todo lo largo y lo ancho del sistema solar y hacer sugerencias políticas en pro de la causa común. Ahora bien, hemos analizado muy a fondo esta cuestión de los salvamentos y quisiéramos que todo lo capturado se entregara a una autoridad central, la cual dispondría la venta o la distribución del botín. Naturalmente, no se eliminaría el incentivo económico para los autores del hallazgo. El sistema actual... Bueno, no estoy convencido de que no acabe por provocar la caída de los Mundos Libres.

—¿Cómo?—exclamó Kerrigan. Tras una pausa, agregó—: Está bien, te escucho.

—El cuadro es amplio—declaró Riskin, ya animado—. ¿Te molesta que repita una serie de cuestiones que ya conoces? Sucede que la gente da por obvios los hechos del entorno en que se ha criado y no siempre comprende cómo se relacionan esos hechos.

Kerrigan luchó contra sus deseos personales y ganó. Cruzó los brazos y adoptó una postura más relajada. Los habitantes del espacio aprenden pronto la paciencia.

Riskin exhaló un anillo de humo.

—Siempre nos hemos dicho a nosotros mismos que nos limitamos a repetir la historia —explicó—. Marte fue colonizado por descontentos que querían liberarse del gobierno unificado terrestre. Desarrollaron una civilización individualista. Con el propósito de financiar la ingente tarea de convertir en habitable su planeta, montaron el Gran Timo en la Tierra. No voy a entrar en detalles tan complejos. Digamos que arreglaron las cosas de modo que también se beneficiaran lo bastante de facciones influyentes de los Protectorados Unidos. Así, se aceptó el hecho consumado, aunque con una reticencia que aún perdura.

—Sé todo eso —gruñó Kerrigan—. De vez en cuando leo algún libro.

—Por supuesto. He trazado un bosquejo para comparar con él nuestro propio caso, que *no* es paralelo. Sólo lo parece. Piénsalo. Con menor gravedad y más cercano a la riqueza mineral del Cinturón, Marte se convirtió en el principal armador, en parte por necesidad. La Tierra cuenta con tantos recursos

que no necesita una gran flota mercante. Por lo general, las empresas marcianas ofrecen precios más bajos. Así, la mayoría de los transportes en suelo marciano y la mayoría de las naves espaciales terrestres se construyen en Marte. Y Marte colonizó los asteroides. Sin embargo, la vida en ellos resultaba dura y cruel. Ni siquiera ahora se puede considerar como un lecho de rosas. Así que imagínate lo que significaba en las primeras décadas. Muy pocos se sentían dispuestos a trabajar aquí, si no les iba demasiado mal en su lugar de origen. En otras palabras, descendemos de emigrados, descendientes a su vez de otros emigrados. Un pueblo semejante no suele producir hombres aptos para formar parte de una organización. Tienden a obrar por cuenta propia en cuanto se les presenta la ocasión. No obstante, la exigencia de capital era excesiva para un solo hombre. En consecuencia, comenzaron a brotar pequeñas empresas privadas, cada una dirigida por su fundador. Necesariamente, éste ostentaba la autoridad de capitán de la nave. Cualquier otro sistema habría supuesto una pronta aniquilación. Así nacieron las jefaturas.

Riskin desprendió la ceniza del cigarro y, después de una pausa, prosiguió:

—¿No comprendes? Nos jactamos de ser unos nobles demócratas que reclaman lo que se les debe a los tiranos del planeta madre, lo mismo que los antepasados de éstos con respecto a la Tierra. A decir verdad, los jefes entraron a menudo en conflicto con la Declaración de las Libertades y otros puntos delicados de las leyes marcianas. No estaba en su mano evitarlo. O se establecía un nuevo tipo de civilización adaptada a las condiciones locales, o se volvía a trabajar para una empresa de Pallas, de Ceres o de cualquier sitio semejante. Y nos declaramos independientes. A Marte no le gustó nada, pero la represión habría sido demasiado costosa. Además, los terrestres se sintieron encantados. La Tierra ejerce una presión económica y política. Incluso hubo ciertas amenazas de presión militar..., sutiles, pero amenazas al fin. En caso de guerra, Marte llevaría las de perder, por lo que bloqueó el comercio con los Mundos Libres, con la esperanza de someterlos por el hambre. Tenemos muy poco que ofrecer a la Tierra, que, de todos modos, no dispone de las naves mercantes precisas para establecer un comercio con nosotros. En consecuencia, hemos optado por... seamos francos, por piratear los vehículos marcianos que atraviesan la zona de los asteroides y las rutas jovianas. Encontramos compradores en la Tierra para esos productos, e incluso algunos en los asteroides marcianos, claro que bajo cuerda. Con el dinero obtenido, adquirimos en la Tierra lo que necesitamos.

Riskin se interrumpió, ya sin aliento, un poco ronco y con un irresistible deseo de tomar un trago.

Kerrigan frunció el ceño:

—No entiendo adonde pretendes llegar, salvo a lo que todos sabemos.

—Sólo a esto —replicó Riskin—. Ordena todos mis datos y comprenderás que tenemos entre las manos una guerra revolucionaria. Nadie le da ese nombre y quizá muy pocos la reconozcan como tal, pero es un hecho. Si no nos organizamos para librarla del modo debido, la perderemos.

—¿Cómo?

—No podemos continuar eternamente así. Supongamos que Marte toma contramedidas a las que no sepamos escapar. En Secretaría, hemos considerado una serie de posibilidades. Si alguna de ellas funciona, volveremos al punto de partida, aislados y aniquilados. Y lo más grave sería

que Marte decidiese reconocer nuestra independencia. Estoy seguro de que hasta ahora se ha negado por pura terquedad. ¿Qué ocurriría en ese caso? Las ganancias se encuentran en los grandes asteroides que conserva Marte. Nunca lograremos sostenernos con el comercio ordinario, al menos sin una inversión de capital muy superior a nuestros medios, aun con la ayuda de Marte o la Tierra. Nos enfrentaremos a la alternativa de renunciara nuestra forma de vida y volverá trabajar como asalariados... o morir de inanición. Hemos de prepararnos para que esto no ocurra.

—¡Hum!

Kerrigan comenzó a pasearse por el despacho, dando una serie de extraños saltos, semejantes a pasos de baile. Detrás de su cabeza, parpadeaban las constelaciones.

—Reconozco que algunas veces me he preguntado... Pero aquí no llegan muchas noticias —dijo por último. Riskin se levantó y repuso con impaciencia.

—Hasta ahora, hemos permitido que las cosas siguieran su curso. Un acontecimiento condujo a otro. Los jefes se dieron cuenta de la facilidad con que se capturarían las naves marcianas y, desesperados, pasaron a los hechos. Esta actividad se convirtió en una parte importante de su economía. Vuestras plantas hidropónicas, vuestros tanques proteicos y otras fuentes os proporcionan alimentos y píldoras para la baja fuerza de gravedad. Mináis las rocas y refináis los minerales. Producís en parte todo lo que necesitáis, aunque sólo en cantidad limitada, porque contáis con recoger cada tantos años un vehículo que vale muchos «megapavos». Por eso mantenéis a personas como Sadler. Sin embargo, ¿qué ocurrirá si nunca más atrapáis una nave? ¿A qué clase de trabajo dedicaríais a los hombres de su especie?

Kerrigan se detuvo, bajó la cabeza y observó a Riskin con la frente arrugada.

—¿Qué sugiere el Consejo?

—Que aprovechemos la empresa de salvamentos para la causa común, mientras dispongamos de ella. De acuerdo con el sistema actual, todo lo capturado pertenece a la jefatura que llevó a cabo el abordaje. El jefe emplea la mayor parte de su noventa por ciento en máquinas, recambios y otros artículos prácticos. Esto fortalece a los Mundos Libres en su conjunto y, por lo tanto, es bueno. Pero dicho jefe gasta también en lujos, y el propio autor del salvamento tiende a derrochar su comisión de la misma manera. Y eso es malo. Más aún —agitó el puro en el aire—, incluso cuando se compran cosas de primera necesidad, no existe la menor coordinación. Digamos que tú adquieres una nueva computadora. Muy bien. Pero resulta que el jefe Brill, de Nido del Dragón, compra otra computadora, con lo que nos vemos con un instrumento repetido. ¿Por qué no compra él un separador de isótopos y canjea contigo aleaciones por información? Ambos saldríais beneficiados.

Kerrigan se dio unos tironeaos a la barba.

—Sí, comprendo tu punto de vista. He de pensarlo, pero tal vez tengas razón. Supongamos que, en efecto, la tienes. ¿Cómo convenceré a Dave Sadler?

—Debo reconocer que en Centralita aún no hemos resuelto por completo ese problema —suspiró Riskin—. Sin embargo, no lo juzgo insoluble. Si la Secretaría.¿e! Consejo se encargara de la distribución de las capturas y decidiera en nombre de la causa común qué artículos corresponden a las jefaturas autoras del salvamento, e incluso repartiera una parte entre las que no han efectuado ningún salvamento en mucho tiempo... Bien, en ese caso,

seguiríamos pagando comisiones regulares a los captores. En dólares locales, claro, no terrestres ni marcianos. Los Mundos Libres andan muy necesitados de divisas. No obstante... ¡Hum! Podríamos crear una industria de lujo y lugares de placer propios, para que los muchachos despilfarren allí sus ganancias.

Kerrigan guardó silencio durante largo rato, permaneciendo en actitud reflexiva ante la tronera panorámica.

—Quizá —dijo al fin—. Hasta aquí, vosotros, los consejeros, habéis efectuado un buen trabajo. No nos habiéramos entendido sin vuestra orientación, sin vuestros agentes en Marte, sin vuestras halagadoras palabras para incitarnos a la sensatez. Personalmente, no me opongo a vuestra propuesta. Pero acaso otros jefes se manifiesten en contra.

—Si tú das el ejemplo con el *Reina de Thyle*...

Riskin se interrumpió. Kerrigan se había dado la vuelta, con expresión amenazadora. El consejero continuó muy de prisa, aunque en tono suave:

—Habrá compensaciones, claro. No esperamos que te muestres generoso a cambio de nada. Debemos estudiarlo.

—Es posible.—Kerrigan entrecerró sus verdes ojos—. Sí, es posible.

—Me quedaré todo el tiempo necesario para discutir estas cuestiones — afirmó Riskin.

—Me parece muy bien.

La expresión calculadora desapareció del rostro del magnate. Lanzó una carcajada y palmeó en la espalda a su interlocutor. Éste cruzó la mitad del despacho de un salto, a causa del manotazo.

—Disculpa —dijo Kerrigan—. Vamos, hablaremos de nuevo mañana. Ahora nos espera el festín.

4

Mientras aguardaba en la suntuosa sala de espera de Dobshinsky, Church ordenó mentalmente los informes secretos que había estudiado. La recepcionista humana representaba un obstáculo para la concentración, dada la suntuosidad de su propia persona. No obstante, Church descubrió que se sentía satisfecho con un ocasional vistazo en su dirección. Hombre serio, prescindía de las drogas y de las chicas que, de acuerdo con la costumbre, ofrecía a sus clientes, aunque ese mismo rasgo de su carácter le transformaba en un lobo cuando se sentaba a la mesa de póquer.

La historia de la piratería asterita resultaba inquietante, pensó. Al principio, la cuestión no presentaba ningún misterio. Desaparecían las naves y aparecía el botín en el mercado. Dado que los hombres de negocios se mostraban tan fanáticos como cualquier otro marciano con respecto a su inviolable intimidad, los investigadores no lograron rastrear los canales comerciales. Sin embargo, siguieron las órbitas de las naves perdidas en una búsqueda angustiosamente larga y costosa, a través de muchos megakilómetros. Por último, recuperaron algunos fragmentos flotantes, que confirmaron cuanto los agentes secretos conocían ya por otros medios. Los asteritas apostaban sus endeble y pequeñas naves en diversos puntos y esperaban. Y puesto que se publicaban los programas de transporte, nada más fácil que calcular la órbita de una nave. Cuando la presa se acercaba, los asteritas igualaban su velocidad, le interceptaban el paso con linternas láser, desconectaban el piloto automático y

se apoderaban de ella.

La marina marciana se entregó a la búsqueda de los culpables. Esto ocurría antes de la pretendida Independencia. Algunos de dichos culpables fueron llevados ante un tribunal. Tal vez los juicios en su contra apresuraron la Declaración de Hidalgo. Fue imposible encontrar al resto. Se ignoraba a qué asteroides se habían retirado.

Como parte de la política de «rendición por el hambre», la Asociación situó sus moscardones orbitales en las trayectorias de la Tierra a Venus. A partir de estas rutas, se transbordaba a los vehículos más costosos, capaces de recorrer todo el camino en condiciones de aceleración. Ninguna nave pirata podía aspirar a interceptar una presa que, en el momento en que surgía en su radar, le llevaba ya muchos kilómetros por segundo de ventaja.

Aun así, siguieron desapareciendo naves. Se procedió a nuevas investigaciones secretas, sobre todo en la Tierra, que se había apresurado con júbilo a reconocer la nación asterita. A través de sus propios espías, los jefes supieron qué señales mensajeras debían usar. Un piloto automático responde necesariamente a ese rayo y sigue al autor de la señal adonde éste desee. Se cambiaron entonces las señales. Ahora, sólo un puñado de hombres de confianza conocía la información necesaria.

Después de un breve intervalo, se reanudaron las pérdidas, esta vez a un nivel catastrófico. Un ingeniero espacionaval aventuró la hipótesis de que agentes asteritas infiltrados en las empresas marcianas sustituían las cintas de rumbo de los «pilotos», desviando así las naves. Valía la pena comprobar la teoría. Se reemplazó a todo el personal de esas secciones. Se interrumpieron las pérdidas.

Por un tiempo.

Después, en rápida sucesión, las naves *Jehu*, *Ahab* y *Li'l David* no entregaron sus cargamentos. La agencia Neopinks mezcló algunos de sus hombres entre el personal de carga y descubrió que se instalaban bombas de tiempo en las salas de máquinas. Se trataba de un método burdo, que sugería la desesperación. Hallaron a los culpables y se tomaron nuevas medidas de seguridad. Marte gozó de un nuevo respiro.

Hasta que...

Se abrió la puerta interior y salió un gordo dando zancadas, Parecía indignado y pagado de sí mismo a la vez. Church le reconoció: un agregado de la embajada de los Protectorados Unidos. No le saludó.

—Pasa, por favor—ronroneó la recepcionista.

Church reprimió la obscena respuesta que sin duda le habría soltado cualquier marciano más joven. Él no sólo había llegado ya a la madurez, sino que se sentía preocupado. Entró en el despacho lujosamente artesonado de Dobshinsky. En su condición de presidente de Transportes Transjovianos y de secretario de la Asociación, ocupaba un despacho en el quincuagésimo piso de la Gratte-Ciel Tower, provisto de una vista panorámica y un inmenso escritorio de caoba. Church pasó por alto el espectáculo de la marcha triunfal del Gran Acueducto a través del desierto pintado y estrechó distraído la mano de Dobshinsky.

—Toma asiento —le indicó éste—. Te ruego que me disculpes por haberte hecho esperar. Ese maldito terrestre no se decidía a irse.

—¿Qué quería? —Church empezó a llenar de tabaco su pipa—. Supongo que algo relacionado con nuestro problema.

—Sí. Una «amistosa advertencia». —Dobshinsky pronunció las palabras entre dientes, como si el otro y él fuesen enemigos personales—. No debemos armar nuestras naves.

—¿Qué? ¿Y cómo piensan impedirlo? Quiero decir que tenían derecho a invocar en contra nuestra el tratado del Espacio Libre, retorciéndolo de tal manera que nos fuera imposible enviar nuestra marina contra los Mundos Libres. Pero eso no se aplica a los vehículos comerciales.

—Dijo que su gobierno interpretaría la instalación de armas pesadas como piratería y adoptaría una, comillas, actitud muy firme, fin de las comillas. Le pregunté cómo interpreta la Tierra la piratería que nos ataca y me respondió, con toda la cara dura, que eso se había acabado.

—Ya... En efecto, pensaba discutir contigo ese aspecto del asunto. Sin embargo, aparte de una declaración de guerra —y ya sabes que en la Tierra la opinión pública sería presa del pánico antes de considerar siquiera la adopción de medidas militares— aparte de eso, ¿de qué modo evitarán que la Asociación arme sus naves?

—Como mínimo, suspendiendo el comercio con nosotros. Necesitan algunos de los bienes y servicios que les proporcionamos, pero se las arreglarán sin ellos. Además, a los asteritas les encantaría ayudarles. Por otro lado, a Marte le es absolutamente indispensable el comercio con la Tierra. Ha pasado mucho tiempo desde la época de los pioneros, pero aún no hemos llegado al punto de mantener una tecnología compleja sin importar ciertos artículos. Nos tienen bien amarrados. —A Dobshinsky le tembló la mano al llevarse el cigarrillo a la boca, en un intento por calmarse—. ¡Odio a los terrestres!

—No exageres —le calmó Church—. He conocido a algunos decentes.

—Nómbrales. ¡No son más que una pandilla de pellas de manteca! Incluso piensan con frases hechas.

—Naturalmente, el gobierno unificado produjo en la Tierra un tipo de ciudadano de buenas tragaderas. Su vida está tan regulada que su principal libertad reside en la fantasía, bien alimentada por los sensibilizadores y la publicidad. Tal vez para el terrestre medio, esos trillados y viejos espectáculos sean más reales y significativos que su propia vida. De cualquier manera, no supone un gran esfuerzo infundir terror a la manada. Así consiguieron nuestros abuelos implantar el Gran Timo. —Church encendió la pipa—. Pero todo esto carece de importancia. Nuestro problema se centra ahora en los Mundos Libres.

—¡Te ruego que no los lames así!

—¿Por qué no? Así se denominan a sí mismos. Y para ser sincero, te diré que no dejo de comprenderlos.

Dobshinsky, que se sentía mejor después de una o dos bocanadas de humo, se limitó a preguntar:

—¿Sí? ¿Y cómo?

Church sonrió.

—Quizá por mis cromosomas. Matheny era tío abuelo mío, y uno de mis antepasados directos participó en la Tertulia de Boston. En un plano más serio, te diré que me gusta leer tratados socio-históricos y me he dado cuenta de que tanto los astenias como nosotros seguimos un proceso bastante corriente.

—¿Cuál?

—La evolución de) nomadismo. En la Tierra, no fueron los antiguos nómadas los fundadores de la civilización. Meras excrescencias de ésta, débiles

tribus forzadas a poblar las zonas que nadie quería, inventaron técnicas de supervivencia, pero nunca pasaron de constituir elementos marginales de la civilización, dependiendo de ella para muchas de sus necesidades. —Church se encogió de hombros—. Sin duda, su forma espartana de vida exigía las más rígidas virtudes. Se convirtieron en guerreros *par excellence*, que atacaban a los países arraigados y en ocasiones los conquistaban. Pero, vistas las cosas desde una perspectiva de amplio alcance, no supieron sustentarse a sí mismos. Las circunstancias determinaron su cultura. Lo mismo ocurrió con los asteritas.

Dobshinsky pensaba en cuestiones más inmediatas.

—Aunque no se nos permita instalar tórrelas en nuestras naves. no veo nada que nos impida equiparlas con hombres armados.

—¿Para que salten en pedazos al impacto con los meteoritos?

—Irían bien protegidos y resistirían a los atacantes.

—Una o dos veces. Después, los asteritas abordarían las naves armados hasta los dientes. No, no funcionaría. —Church frunció el ceño—. Además, detesto matar.

—En ocasiones, se hace necesario. Si la Tierra no... ¿Y por qué razón no hemos de ejercer nosotros una presión sobre ellos? Por ejemplo, denegarles la entrega de las naves construidas para sus líneas... Eso perjudicaría a las corporaciones, que de inmediato apelarían a su gobierno.

—No te quepa la menor duda —coincidió Church—. Debo reconocer que, incluso en sus momentos más codiciosos, aun tratándose de un ejecutivo de alto nivel, el terrestre se comporta como un animal poco previsor. Sin embargo, en este caso específico. Marte no obtendría el intercambio interplanetario que nos proporciona la entrega de esas naves. Llevaríamos la peor parte. —Agitó la pipa en un gesto didáctico—. A partir de vuestros archivos, he llegado a una conclusión muy distinta a la de vuestra ex agencia de investigaciones. La entrevista que sostuviste hoy con ese fulano de la embajada confirma mis sospechas. La cuestión es más grave de lo que se piensa.

Dobshinsky permaneció inmóvil, aguzando los oídos. —Superficialmente, da la impresión de que este nuevo método de piratería significa su último cartucho —explicó Church—. Suponemos que obtienen un beneficio muy escaso. Tienen que mantener patrullas cubriendo enormes áreas espaciales. Cuando sus radares detectan una nave, deben esparcir gravilla cósmica en cantidades por fuerza fantásticas para sus pequeños vehículos. No les queda más remedio que confiar en que la velocidad relativa de la grava anule el motor para emparejar las velocidades. Esto no siempre ocurre a larga distancia. Por lo general, la nave prosigue en condiciones de aceleración y sólo sufre algunas perforaciones. Además, cuando consiguen inutilizarla, tanto la nave como la carga se hallan a veces tan estropeadas que la operación no les compensa.

Dobshinsky asintió:

—Una de las razones por las que te adjudicamos el contrato fue que los agentes de Neopinks predijeron, en base a eso, que pronto se acabaría la piratería. No acertaron.

—Correcto. Existe como mínimo un cerebro extremadamente sutil detrás de todo esto, una mente que ha trazado un plan con mano maestra.

La pipa de Church se había apagado. Volvió a encenderla.

—Como ves —prosiguió—, no cabe la menor duda de que nos enfrentamos a una piratería organizada. Claro que a menudo, cuando el botín llegaba al

mercado, se habían borrado ya las huellas, pero en otros casos aparecieron suficientes pruebas condenatorias. De modo que quienquiera que comprara el material en la Tierra recibía mercancías robadas. Dirás lo que quieras de los terrestres, pero, aunque hay muchos maleantes entre ellos, el ciudadano medio se rige por un código moral más férreo que el tuyo, el mío o el del vecino de enfrente. El terrestre se escandaliza de algunas cosas que nosotros damos por sentadas. Dicho sea de paso, éste es uno de los motivos por los que nuestros antepasados se separaron de ellos. De cualquier manera, la aceptación de las propiedades marcianas robadas no podía continuar mucho tiempo. Cuando los hechos salieran a la luz, se habrían levantado ruidosas protestas públicas. De momento, sin embargo... Bien, los asteritas aseguran que se dedican sólo al salvamento de vehículos naufragados en accidentes naturales. Algo muy aceptable.

—¡Ja! —exclamó Dobshinsky en tono sarcástico—. De la noche a la mañana, los meteoritos se vuelven más frecuentes en varios órdenes de magnitud. Analizamos algunos de ellos empotrados en partes estructurales de las naves que lograron salvarse y encontramos rastros de material orgánico humano. Esas rocas habían sido tratadas. ¡Ni siquiera un terrestre se creería tamaña estupidez!

—Claro que no —reconoció Church—. Pero no olvides que el terrestre es un ignorante desde el punto de vista científico. Un par de respetados astrónomos afirman que las recientes dificultades se deben a la rocalla procedente de una familia de enormes cometas que ingresó en el sistema solar hace un millón de años o más. Un químico agrega que, en los objetos cósmicos, se sintetizan por procesos naturales materias orgánicas, por ejemplo condritas carbonáceas. Y vuestros descubrimientos reavivan la antigua teoría de que en la nebulosa preplanetaria original se formaban moléculas complejas.

—Sí, tal vez el ciudadano terrestre sea aún capaz de albergar algunas sospechas. Pero está condicionado para creer en la Autoridad. Jamás desaprobaba un sonoro pronunciamiento. Muy probablemente ha oído decir, en su programa religioso favorito, que Dios castiga a los licenciosos marcianos, y sin duda creen también que los productos de los saqueos a que nos someten proceden de Él. En síntesis, ya no hay nada que perturbe el buen funcionamiento de su órgano de la hipocresía.

—Eso me incita todavía más a pensar que, detrás de todo esto, se esconde una mente poderosa.

—¿Y podrá continuar? Tú mismo afirmaste que empleaban un método torpe y costoso.

—En efecto. Más costoso aún para un solo jefe. Por cada uno que logre un botín cuantioso, se arruina una docena. En cambio, si compartiesen los gastos entre todos... y si el gobierno de la Tierra les concede una especie de subsidio, quizá pagando a un precio elevado las «mercancías salvadas»... ¿Comprendes?

—Comprendo.

Dobshinsky aspiró largamente el humo de su cigarrillo,

—¿Y por qué no eludís el plano eclíptico en vuestras trayectorias? —sugirió Church.

—Eso serviría durante un tiempo —respondió Dobshinsky—. No a largo plazo. Nos costaría demasiado. Entre enviar nuestras naves de máxima potencia a través del Cinturón, siguiendo las órbitas de Hohmann para el

comercio más rentable con la Tierra, y perder varios vehículos al año, nos da más o menos lo mismo.

Church suspiró. Esperaba esa respuesta. Los armadores nunca se decidirían a emplear un subterfugio tan evidente.

Dirigió la mirada hacia el exterior. En el límite del desierto, se extendían los verdes y magníficos huertos. Por el horizonte paso una tormenta de polvo, semejante a una gran bestia leonada bajo los cielos. «Sí—pensó—, los yermos también poseen su hermosura. Hemos edificado algo infinitamente precioso en Marte. El hombre no sólo goza de libertad según la ley. Cuando lo desea, se dirige a la libertad última, la sencilla soledad en el desierto. Éste es el legado de mis abuelos. No debo permitir que se lo arrebatan a mis nietos antes de nacer.»

Church se estremeció, miró a Dobshinsky a los ojos y dijo:

—Creo que nos enfrentamos al dilema de luchar a brazo partido con quien se oculta detrás de los jefes o ponernos de acuerdo con él. En mi cabeza, se va esbozando una posible solución para tantas dificultades. Pero primero hemos de encontrar a ese hombre.

—¿En no sé cuantos miles de millones de kilómetros cúbicos de espacio?

La sonrisa de Dobshinsky se redujo a una leve mueca.

—Sabemos por dónde empezar. Los agentes dobles de Marte.

—¿Y cómo localizarlos? —Dobshinsky se dejó caer con desánimo en su asiento—. Como mínimo, una de las personas que programó esos «pilotos» tiene que ser culpable. Pero eran cerca de cuarenta.

—¿Qué medidas tomasteis, además de despedirlos a todos?

—¿Qué otras podíamos tomar? ¡No estamos en la Tierra! Nuestra agencia les siguió durante algún tiempo, pero no observó nada sospechoso. Por último, decidimos que el responsable se mantendría oculto por tiempo indefinido y abandonamos. Al incluirle en la lista negra, le dejamos al desnudo, por así decirlo, de modo que no le quedaba nada que intentar.

—Yo no aseguraría que le hayáis dejado tan al desnudo —replicó Church—. En realidad, y sobre la base de que el actual método de piratería da buenos resultados, sospecho que está haciendo un negocio provechoso a costa nuestra. Intentaré desenmascararle.

5

Mucho, mucho tiempo atrás, antes de que el hombre pusiera el pie en Marte, las lunas gemelas brindaban un excelente marco para el romanticismo. Quizás un melancólico vestigio de este fenómeno fue responsable de posteriores intentos por sacar de ellas algo bueno. Claro que, desde la superficie, apenas se las distinguía a simple vista y las propuestas de intensificar su reflejo mediante el aluminio nunca pasaron de elucubraciones de los ingenieros. Pero no pocos exploradores perdieron la camisa —y en algunos casos los pantalones— antes de que se aceptase que Fobos y Deimos se reducían a unos simples pedazos de roca sin ningún valor. Después de la Independencia, la marina marciana pensó durante un tiempo en establecer una base en alguna de ellas. Luego, se enmendó la constitución, debilitando aún más al gobierno, la defensa pasó a manos de empresas contratadas, y los pocos sentimentales contables demostraron que se disfrutaría de un mayor alcance de detección y de más seguridad en las inversiones mediante naves en órbita continua.

Cierto sindicato construyó un lujoso albergue y un centro de diversiones en Pobos. El panorama de Marte, gigantesco en el cielo espacial, impresionaba. Sin embargo, cualquier insignificante planeta conseguía el mismo efecto mediante una pantalla de video. Unos cuantos aprovecharon la idea, sin que fuera necesario pagar los billetes del transbordador para ver el espectáculo. El sindicato quebró.

Por consiguiente, hubo aclamaciones cuando varias universidades e institutos investigadores se asociaron para crear un observatorio en la cara oculta de Deimos. La masa de la luna exterior filtraba las interferencias de los bulliciosos canales de radio marcianos; a tanta distancia, el viento solar no era lo bastante intenso para perturbar los instrumentos de rayos X y de rayos cósmicos; las señales enloquecedoramente crípticas de los del Más Allá se recibían durante la mitad del período de treinta horas y, claro está, el espectro visible proporcionaba un magnífico espectáculo. Por una temporada, el lugar se convirtió en una importante atracción turística, lo que contribuyó a pagar los gastos.

Con el paso de los años, decayó el interés. Un rancharo, un marino, un empresario, un timador, un ama de casa, tenían ocupaciones más importantes que preocuparse por las últimas noticias sobre los quasares. Las finanzas del observatorio padecieron con esta pérdida de interés. La junta aceptó encantada la ayuda de algunas opulentas fundaciones de la Tierra. Y a su vez, los científicos terrestres se alegraban de conseguir nombramientos —por períodos de corta duración— como miembros del personal de Deimos. La reciente tensión diplomática no afectó a las relaciones cordiales. Los científicos se situaban por encima de la política.

Si a eso vamos, reflexionó Church, también se situaba el marciano corriente. En el Cinturón, jamás había existido ningún tipo de imperialismo. Las empresas privadas se instalaban allí para ganar dinero, sin más. Si dichas empresas tropezaban con problemas, mala suerte. «Tal vez no debiera referirme con tanta mordacidad a la imprevisión terrestre —pensó—. Nosotros no somos mucho mejores. Nos preocupamos por la ecología y la conservación porque no tenemos más remedio. Pero muy pocos vamos más lejos. El bienestar a largo plazo de toda la raza humana exige una acción inmediata en los asteroides, mientras el precio se mantenga asequible, antes de que los recursos minerales de los planetas escaseen tanto que no nos quede alternativa, en un momento en que los costos resulten terribles, tanto social como económicamente. ¿Pero quién les convence?»

Rechazó de su mente tanto ardor misionero. En ese momento, el problema se restringía a conservar la vida durante unas cuantas semanas.

El transbordador se asentó en su plataforma, perdiéndose el rugido del motor en un resonante silencio. Church se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó. La escasa fuerza de gravedad de Deimos hizo que rebotase hasta el techo y se golpease en la cabeza. Desde la parte delantera de la larga cabina vacía —era el único pasajero de una nave de carga—, el copiloto se volvió y le sonrió.

—Te lo advertí, doctor Quist —le dijo—. Permíteme que te eche una mano.

Church estuvo a la altura de su papel. Bajo la máscara, el vocalizador daba a su voz un tono agudo, envejeciéndola, pero la irritabilidad corría por su cuenta y se sintió orgulloso de expresarla:

—¡He estado aquí antes, jovencito!

Habían pasado muchos años desde su último disfraz. Sentía la carne artificial adherirse a la cabeza y a las manos, resbaladiza, mientras los transductores microminiaturizados convertían el sutil movimiento de los músculos en equivalencias, pero no identidades. Sin embargo, descubrió que se reafirmaba en él un arte aprendido largo tiempo atrás. Calvo y encorvado, recorrió el pasillo arrastrando los pies, con convincente inseguridad.

—Me da la impresión de que eso fue hace mucho tiempo —insinuó el copiloto—. Y vosotros... No quiero faltarte al respeto, abuelo, pero se necesita criarse en este campo de gravedad para moverse en él como pez en el agua. Sujétate a mi brazo.

—Tú eres un asterita, ¿no? —inquirió Church.

—Sí, de Juno. No veo la hora de volver, pero, con tantos problemas, no he conseguido otro trabajo.

Y el larguirucho jovenzuelo flotó a su encuentro. Church no se sorprendió. Los astenias no rebeldes disfrutaban de la ciudadanía marciana, con derecho a moverse con tanta libertad como cualquiera dentro del territorio de Marte. Un buen principio, aunque había favorecido la presencia de espías y sabotadores. Soltó algunos gruñidos, pero aceptó la ayuda.

Camino de la salida, echó un vistazo a la superficie: campo espacial, algunas colinas y unos cuantos instrumentos sobre el próximo horizonte, negros y esqueléticos contra las estrellas. Entró en el tubo de la portilla, donde derivó en una especie de ensueño peldaño tras peldaño, hasta que emergió en la terminal.

Le aguardaba un hombre de pelo oscuro y rasgos afilados, también con aspecto de asterita, que extendió la mano y esbozó una sonrisa levemente forzada.

—Bienvenido, doctor Quist.

—Muchas gracias —respondió Church—. Eres Henry Lawrence, de la división de radio, ¿verdad?

—El mismo. Pensé que lo mejor sería acompañarte a tu alojamiento y dejarte instalado. Las cosas deben de haber cambiado bastante desde que estuviste aquí por última vez, sobre todo con las nuevas instalaciones. ¿Ése es todo tu equipaje?

Lawrence recogió el baúl armario de manos del copiloto. Church sintió admiración por la destreza con que manipulaba una masa tan considerable. Desde luego, pesaba poco, pero no había perdido un solo gramo de inercia.

Bajaron por una rampa, en dirección a las entrañas del satélite. Lawrence parecía abrumado,

—Nos honra contar con un huésped tan distinguido —dijo—. Habrás de disculparnos, pero ya no somos tan hospitalarios como solíamos. Nuestros programas nos mantienen siempre ocupados, sobre todo en mi sección. Francamente, no comprendo por qué te molestaste en venir. Todo lo que puedes conocer aquí te lo habríamos hecho llegar a la Universidad.

—Creo habértelo dicho por el maser—farfulló Church.

Había estudiado con toda atención al astrónomo mientras trataba de obtener su cooperación. El viejo diablo hacía honor a su reputación, dando por sentado que era el mejor en su campo.

—Tengo que ver el equipo en acción antes de trazar un programa que os sea factible estudiar. El artículo del *Journal* resultaba intolerablemente vago, sí, señor, intolerablemente vago. No comprendo cómo lo aprobaron.

Lawrence sonrió con acritud:

—Bien... A caballo regalado no se le mira el diente. Si una fundación de la Tierra le compra a uno un nuevo escopio de microondas, y uno de los miembros de esa fundación desea sumar un artículo a su lista de publicaciones... ¿Comprendes?

Church refunfuñó. Siguieron andando a buen ritmo. Los austeros corredores aparecían desiertos, puesto que se encontraban en pleno período de trabajo. Las únicas huellas de la presencia del hombre se reducían al zumbido de los ventiladores, un olor a comida muy mala en apariencia y una leve vibración de la maquinaria sustentadora de la vida. Una fría luz fluorescente prestaba su brillo a la película de sudor que cubría la frente de Lawrence. Éste no dejaba de observar de soslayo a su acompañante.

«Sospecha —comprendió Church con un sobresalto. Mas enseguida pensó—: Más vale así. Hay poco tiempo. Tenía la intención de espiar hasta contar con pruebas reales. Pero si decido correr un riesgo y fuerzo la cuestión...»

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —inquirió en voz alta.

—Un año —respondió Lawrence, corrigiéndose de inmediato—: Medio año marciano.

—Por lo que veo, te has guiado más por el calendario terrestre que por el nuestro, ¿verdad? Sin embargo, has nacido asterita. ¡Hum! De pronto, un nuevo escopio y un nuevo miembro del personal para hacerse cargo del mismo... ¿Formabas tú parte del caballo regalado?

Lawrence interrumpió sus pasos. Church tuvo algunas dificultades para frenar.

—¿Te estás quejando de mi programa? —preguntó Lawrence muy rígido.

—¡No, no, nada de eso! —Church acompañó sus palabras con unos golpecitos del pie, por lo que se tambaleó—. Sólo pensaba que... Quiero decir, con hombres como Arnolfo y Mihailov...

—Por si has olvidado quién soy —le espetó Lawrence en tono cortante—, consulta el *Quién es quién en las ciencias*. Antes de esto, ocupé un puesto en la Luna, en el Instituto Ley. Después de una licencia sabática, vine aquí formando parte del programa regular de intercambio. —Reemprendió la marcha—. Por aquí, por favor.

«Coincide —pensó Church—. Un torpe engaño, a mi juicio. Bueno, los marcianos no son difíciles de engañar en este sentido. Tienen tanto miedo a que el estado adquiera demasiado poder que no le permiten contar con un cuerpo de contraespionaje verdaderamente profesional... Puedo equivocarme, sin embargo. Veamos cómo reacciona.» —No pretendía ofenderte —dijo hablando con su personalidad de Quist, señal de que, en realidad, le importaba un comino que el otro se ofendiese o no—. En estos tiempos, con tanta rebelión y piratería, uno se vuelve muy suspicaz. Tenía algunas acciones en Transportes Transjovianos, que se vinieron abajo después del pillaje de la nave lo,

Lawrence palideció.

—¿Qué te hace pensar que fue un acto de piratería? Simplemente, desapareció.

—Vamos, vamos... Se incluía entre las que sufrieron alteraciones en sus cintas de programación, ¿no? ¿Pero por qué no hablamos de cosas más agradables? ¿Dónde pasaste tu licencia sabática?

Lawrence apretó los labios. Llegaron a una puerta del sector residencial, que abrió. Quedó a la vista un cuartucho poco hospitalario.

—Tu alojamiento—dijo.

Las esperanzas de Church flaquearon. No obstante, cuando ambos estuvieron en el interior, Lawrence cerró la puerta, se paró de espaldas a ella con los puños apretados y preguntó:

—¿Qué pretendes de mí?

Church se atragantó con su propia saliva. Se sentó y buscó a tientas la pipa en los bolsillos de su anticuada túnica.

—Una conversación confidencial —replicó por fin—. ¿No quieres sentarte, Vaughan? Creo que así te llamabas cuando programabas pilotos automáticos.

El joven dudó un instante antes de decidirse a sentarse en la litera.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja.

—Aquí tienes mi tarjeta.

Lawrence-Vaughan la leyó, lanzando un prolongado silbido.

—¿Church en persona?

—Sí.

—Pero...

—¿Por qué no envié a uno de mis agentes? ¿Un tío más robusto y menos acabado para que siguiera todas las pistas y se apoderara de tu arma? —Se echó a reír. Por encima del celo de sabueso que se agitaba en su interior, sintió un inmenso y gozoso alivio—. Porque jamás pensé que fueras tan estúpido como para despachar a alguien, hijo.

Lawrence juntó las rodillas.

—¿Qué te propones? —Ya te lo he dicho. Charlar. Hablar un poco. No puedo hacer gran cosa, ¿no crees? Eres culpable de delitos contra la propiedad privada. Nada más, dada la miopía con que nuestra ley define la traición. Tal vez un tribunal te sentenciase a restituir en la medida de tus fuerzas. A mis clientes les interesa mucho más evitar nuevas pérdidas que hipotecar la miseria que ganarías durante el resto de tu vida.

Lawrence pareció desconcertado:

—¿Cómo me descubriste?

Church sacó una bolsa de tabaco y comenzó a llenar la pipa.

—Disponíamos de cierta información, no mucha, sobre todos los que habían tenido la posibilidad de falsificar esas cintas. La mayoría habían cambiado de nombre y se habían mudado a otras líneas. Una práctica bastante común para una persona desacreditada, que vive en una economía donde escasea el trabajo. Algunos desaparecieron sin dejar huellas, aunque esto tampoco despertó nuestras sospechas, ya que corresponde a los derechos legales de todo ciudadano. Ahora bien, yo calculé que la rebelión dejaba entrever la dirección de cerebros mejor dotados que el de un jefe feudal, según la imagen popular. Después que lograron introducir un buen agente en Marte (¿te pasaron de contrabando bajo la cobertura de esa «licencia sabática»?), no iban a soltarle al concluir su primera misión, ¿verdad? Más bien, al comprender que tarde o temprano descubriríamos su técnica de alteración de las cintas programadas, te prepararon un nuevo puesto para cuando eso ocurriera. ¿Y qué puesto de trabajo te asignarían? Bien, pensé, ahora que los planes de navegación espacial del Cinturón se mantienen en secreto, les resultará útil saber en qué momento sale un vehículo de Marte y en qué dirección. Si la sede central recibe esa información, la transmitirá a cualquier jefe en condiciones de

aprovecharía y, de ese modo» reducirá el costo total de la piratería, aumentando los beneficios. ¿Qué mejor cobertura para un radar y un rayo maser que un nuevo escopio comprado amablemente por la Tierra para Deimos? Cuando descubrí que un brillante joven de origen asterita..., pero con varios años de residencia en la Luna a sus espaldas, además de una notable semejanza con el desaparecido Vaughan..., se hallaba a cargo del aparato, me pareció que valía la pena seguirle el rastro.

—Soy radioastrónomo —argumentó Lawrence a la defensiva. —Por supuesto, ya que a eso dedicas la mayor parte de tu tiempo. Sólo de vez en cuando detectas una nave. Y aunque pudieras hacerlo más a menudo, no lo harías, por temor a pillarte los dedos. —Church encendió la pipa y exhaló una espesa nube de humo—. No nos guardemos rencor. Eres un patriota y todo lo que quieras. Vine a verte sobre todo para que me conduzcas a tu alto mando, o como lo llames.

—¿De qué me hablas?

—Escucha, el gobierno marciano carece de coherencia y debe operar demasiado abiertamente, de modo que no está en condiciones de entablar negociaciones secretas. Además, la Tierra lo ha atado de pies y manos. Nuestras empresas privadas no gozan de un estatuto oficial. No obstante, desean presentar ciertas propuestas. Los Mundos Libres confían en la mera magnitud del espacio, en el número de asteroides no catalogados para asegurarse una buena parte de su defensa. ¿Cómo vamos a negociar con vuestros mandos principales si ignoramos su identidad? Y por el momento, la desconocemos.

—Yo también —protestó Lawrence—. Si me secuestraran...

—Tranquilízate, nadie te secuestrará. Te repito que nos limitaremos a charlar un rato. Forzosamente has de conocer *algunos* lugares. Una fortaleza, digamos. Sí me conduces hasta el jefe, éste me presentaría a los altos mandos o acaso lograrse que ellos me enviaran un portavoz. Como te he dicho, todo debe hacerse en forma oficiosa y secreta, otra de las razones por las que di tantos rodeos para ponerme en contacto con vosotros. Acompáñame y muéstrame el camino. Es todo lo que quiero de ti.

—¿Qué te propones? —quiso saber Lawrence.

—Lo siento. No puedo decírtelo.

Lawrence se erizó:

—¿Por qué voy a colaborar entonces contigo?

—Porque, en caso contrario —explicó Church en su tono más dulce—, las cosas pueden ponésete un poco duras. Por otro lado, dispongo de una abultada cuenta de gastos, y si me brindas tu ayuda...

6

Los astilleros marcianos hicieron la entrega a la Tierra, y la gran nave *Atlantis* —carga y lujosas comodidades para los pasajeros— emprendió su viaje inaugural. No iba a realizar el crucero a las lunas jovianas, tan popular en otros tiempos. Aunque ninguna nave terrestre se había perdido durante las recientes dificultades, el fenómeno se debía tal vez a su número, en comparación escaso. Por lo tanto, y mientras no adquirieran la certeza de que habían concluido las tormentas de grava, dejaban que los marcianos corrieran solos el Cinturón, obligados por la necesidad. Entretanto, la *Atlantis* operaría en

el triángulo Luna-Venus-Marte, regresando al punto de origen.

No se preveían problemas. Aunque las suposiciones acerca de la piratería fuesen ciertas, los Protectorados Unidos estaban en excelentes términos con los Mundos Libres. Además, las poco potentes naves asteritas jamás igualarían la velocidad del liso y pulido gigante. Y aunque algunos marcianos se quejaban con amargura, nadie se atrevía a tanto como romper las relaciones diplomáticas.

Corno máximo, sus casinos y casas de placer esquilmarían a los turistas durante su estancia, lo cual carecía de importancia. Se trataba de gente acaudalada, dispuesta a pagar por pasar un buen rato en un lugar en el que no imperaba la moralista autoridad de la Tierra.

La *Atlantis* llevaba dos días de viaje en dirección a Venus, siguiendo una trayectoria compleja pero fácil de fijar, cuando su oficial de electrónica detectó un objeto en el radar. El hombre arrugó la frente, calculó la distancia y los vectores e introdujo los datos en un computador. Después de leer la respuesta impresa, manipuló otros instrumentos. Luego, llamó al capitán.

—¿Algún problema? —se oyó la voz de éste por el intercomunicador.

—No... No, señor. No exactamente.

A través de las portillas panorámicas, el oficial fijó la vista, más allá de su mesa, en un cielo resplandeciente de estrellas. Una de las pantallas estaba polarizada, lo que convertía el sol en un opaco disco púrpura, coronado de fantásticas auroras.

—Una nave parece querer reunirse con nosotros—continuó—. En media hora, se cruzarán nuestras trayectorias, con velocidades parejas. Pero no consigo avistarla..., y desde luego, no marcha en subpotencia porque no hay radiación reactiva.

—¿Un meteorito, quizá? —quiso saber el capitán—. Un objeto interestelar seguiría una órbita peculiar.

—Sería una extraña coincidencia que se dirigiera de manera tan precisa hacia nosotros, señor. Por otro lado, las dificultades en el Cinturón parecen haber tocado a su fin. Hace meses que los marcianos no denuncian ninguna pérdida. Yo diría que se trata de una de sus naves, sin duda en dificultades. Probablemente han perdido masa reactiva. Quizá nos detectaron a gran distancia, o incluso sabían de antemano nuestra posición gracias a la publicidad, y utilizaron sus últimas reservas para tomar una pista coincidente.

—Eso no tiene mucho sentido... —arguyó el capitán—. Está bien, mantendremos el rumbo. Si se trata de rocalla, lo sabremos con tiempo suficiente para esquivarla. Iré de inmediato a cubierta. —Después de pensarlo bien, agregó—: Alertemos a los pasajeros. No nos perdonarían que les privásemos de esta diversión.

A medida que se aproximaba el momento, el salón principal se fue llenando de gente, y las máquinas expendedoras de bebidas sonaban sin cesar. Una joven que andaba a la caza de marido se acercó a un ejecutivo de distinguido aspecto que no había mencionado la existencia de una esposa.

—¡Qué emocionante! —comentó la muchacha—. ¿Ocurre a menudo en el espacio?

—Que yo sepa, jamás —respondió él—. Según los anuncios, no han entrado en comunicación. De modo que, según supongo, el mismo objeto que vació sus depósitos les estropeó la radio. Sólo que si disponen de masa suficiente para interceptarnos, les hubiera dado tiempo a llegar a Venus o... ¡Allí está!

¡Caramba!

El hombre no omitió pasar un brazo por la cintura de su compañera, ni ésta apoyarse en su hombro. No obstante, dedicaron toda su atención a la portilla panorámica, contemplando las frías constelaciones. Todos les imitaron. Se acallaron los murmullos. Un camarero gritó: «Eso no fue construido por...» No se atrevió a decir más.

El extraño vehículo hizo su aparición a una velocidad aterradora. La nave era más pequeña que la *Atlantis*, esbelta como una barracuda. No llevaba reactores, sino un anillo de enigmáticos conos alrededor del combés. Por fuerza se hallaba provista de pantalla de radiación y, sin embargo, resplandecía con una destellante luminosidad violeta.

—¡Atención! —llamó una preocupada voz por el intercomunicador—. Os habla el capitán Daniels. Atención todos los pasajeros. Ocupad los asientos de aceleración. Ocupad los asientos de aceleración de inmediato. Entraremos en caída libre para establecer el contacto y quizá nos veamos forzados a acelerar sin advertencia previa. Toda la tripulación debe dirigirse a los puestos de emergencia.

El ejecutivo y la joven quedaron separados en la súbita confusión por ocupar un asiento y encontrar cinturones de seguridad.

En el puente de mando, el primer oficial se mordió los labios:

—¿Quieres que intentemos desacelerarlos? —Dudo que lo consiguiésemos— respondió el capitán en tono tajante, dado que no emplean reactores. No, emparejaremos la velocidad y enviaremos una lancha estelar. ¡Dios mío! ¡La primera nave de Afuera!

Y abordaba precisamente la nave bajo su mando. Impartió sus órdenes. Bramaron los motores, las fuerzas tensaron por un instante los músculos humanos. Luego, se abatió sobre la nave el silencio y la ingravidez. Ambas máquinas se situaron paralelas, a unos quinientos metros de distancia.

Hasta que...

—¡Viene hacia nosotros! —chilló el primer oficial.

La otra nave se acercaba de manera increíble, sin el menor esfuerzo iónico. «¿Atracción eléctrica? —se preguntó el capitán—. No, con tanto voltaje veríamos efectos de descarga. ¿Magnetismo? Tampoco, cualquiera que sea el material de esa nave, el de la nuestra no incluye el hierro. Control de la gravedad... Viajes a mayor velocidad que la luz... He experimentado este momento miles de veces, en miles de demostraciones... Pero ahora es real.» Se oyó decir a sí mismo con voz quebrada:

—No creo que seamos la primera raza distinta a ellos con que se tropiezan. Sin duda saben lo que están haciendo.

Un impacto, un temblor y un tintineo metálico anunciaron el abordaje. Desde una portilla panorámica de popa, el tercer oficial informó que las cámaras de aire principales se habían tocado y unido con precisión, como en un beso.

Los alienígenas subieron a bordo.

Llevaban grotescos trajes espaciales. Eran de estatura similar a la humana, pero los rostros que sonreían en el interior de los cascos parecían monstruosos, y cada una de sus manos terminaba en cuatro dedos, curvados como los de una bruja.

Prestaron escasa atención a los esfuerzos de la tripulación para entenderse por señas, limitándose a indicarles con sus temibles armas que se agruparan y rodeándoles con gran eficacia. Siguieron horas espantosas, mientras

saqueaban el vehículo de popa a proa, dejando todo en ruinas a su paso.

Por último, algunos de ellos volvieron al salón, donde se amontonaban todos los humanos. Eligieron a dos especímenes, en apariencia al azar —aunque se trataba precisamente de un ingeniero y una azafata—, y les obligaron a salir con ellos. El horror y la compasión del capitán Daniels se atenuaron hasta convertirse en alivio cuando recordó que esos dos pobres diablos eran ciudadanos marcianos. Otra sacudida provocada por la reacción indicó que los visitantes se habían separado. Los oficiales de la *Atlantis* se abrieron paso a través de la multitud que les rodeaba..., tarea nada fácil, dada la manifestación de histeria en tres dimensiones. Las portillas panorámicas de estribor dejaron ver que la otra nave se alejaba con desdeñosa lentitud.

La evaluación de los daños llevó tanto tiempo que, cuando los diversos oficiales se reunieron para intercambiar sus datos, la nave transatlántica se encontraba otra vez sola, al menos a simple vista.

—En realidad, no robaron demasiado —informó en nombre de su departamento el oficial de energía—. Sobre todo se apoderaron de piezas separadas, supongo que para estudiar nuestra tecnología. El reactor de fusión está intacto. Mi equipo reparará los reactores.

—En cambio, han dejado mi sección convertida en una ruina —dijo el oficial de electrónica—. No funciona un solo instrumento. Probablemente quisieron impedir que pidiésemos ayuda. —Sonrió con cierto placer morboso—. De todos modos, no están demasiado familiarizados con los maser cristalinos. Los pondré en marcha en un par de horas y enviaré un rayo a Venus solicitando socorro.

El capitán Daniels tembló al ceder la tensión que le embargaba.

—Parece que nos libramos sin grandes daños —dijo—, a excepción de ese hombre y esa mujer que secuestraron... ¿Pensarán disecarlos? ¿Qué le espera a la raza humana?

Contempló las estrellas, incontables guaridas para Ellos. La pesadilla de toda una vida de demostraciones panorámicas recorrió sus nervios. Nunca olvidaría aquel espectáculo.

7

Félix Kerrigan, jefe de Torreón, se debatió para librarse de su máscara.

—¡Puff! —resopló de alivio—. Me estaba derritiendo ahí dentro.

Recorrió con la vista la atestada cabina. Asomaban algunos rostros que no pertenecían a sus hombres. Por ejemplo, los del ingeniero y la azafata de la *Atlantis*. También se encontraba presente Nicholas Riskin, de la Secretaría del Consejo, lo mismo que James Church.

—Sigamos a velocidad normal—propuso Kerrigan.

—Todavía no —le recordó Riskin—. Hay que derivar hasta alejarnos lo suficiente para que ninguno de ellos advierta que llevamos reactores bajo nuestro falso casco. ¡Ah! Y no olvidemos dejar encendida esa hermosa fluorescencia. —¡Y qué reactores! —exclamó Dave Sadler admirado. Nunca había viajado en una nave construida por los marcianos. Se palpó el traje espacial. A pesar de su aspecto, constituía una hermosa pieza. Habían colaborado en su diseño buenos ingenieros, además de uno de los mejores sastres marcianos. ¡Qué pena que hubiese que destruirlo!

—¡Maldición! —protestó—, ¿Por qué no nos permitieron saquear esa mole?

Iba bien cargada.

—¿Y qué ocurriría con la ilusión de los invasores interestelares cuando tu botín apareciera en el mercado? —intervino Church. Riskin frunció el entrecejo.

—A decir verdad, no veo la diferencia. Ya te he dicho que nos metimos en esto contigo porque lo pusiste como condición, junto con la suspensión de nuestras operaciones de salvamento, para proveer a los Mundos Libres. ¿Y ahora qué? Supongo que no creerás que este fantástico truco dará resultado.

—Pues claro que sí —replicó Church—, y lo mismo piensan algunos de los competentes psicosociólogos que consultamos. Recuerda que ésta no será la única evidencia. Hemos dejado en diversos lugares huellas de campamentos no humanos. Los marcianos informarán que se han producido ataques similares a sus naves y, ahora que un vehículo de la Tierra ha pasado por la misma experiencia, no habrá muchos terrestres que duden de nuestra palabra,

—Aún así, el sentido común...

—El sentido común no abunda en la Tierra. Sabes bien que los terrestres son muy crédulos, con una profunda tendencia a asustarse. Además, a nivel inconsciente, donde no opera la racionalidad, tienen arraigado un profundo miedo y respeto por los «otros».

Una idea cruzó de repente por la mente de Church. Se maldijo por no haber verificado personalmente la cuestión. Con tantas cosas de que preocuparse, se le había pasado por alto.

—¿Retirasteis los anillos superconductores empotrados en el casco? —preguntó.

—Por supuesto —gruñó Kerrigan—. Dejamos todo de manera tal que diera la impresión de que habíamos desmontado los mamparos en ese punto para estudiar la instalación alámbrica, tal como nos indicaste.

—Bien. Cualquier prueba de que nuestro «impulso de gravedad» consistía lisa y llanamente en la conocida atracción magnética de alto poder, estropearía todo el proyecto.

—¿Qué pensarán?—inquirió Riskin, preocupado.

—Pensarán cientos de cosas distintas. —Church se encogió de hombros—. Ciertos marcianos y asteritas considerarán que quizá se trate de un engaño. Sin embargo, no comprenderán el motivo, y nadie se atreverá a correr ningún riesgo, por si fue un acto de pillaje real. Al menos, no lo correrá la Tierra. Allí, el público pondrá el grito en el cielo para que se aumenten las defensas, lo que, claro está, encantará a las corporaciones que se ocupan de obtener grandes ganancias mediante los contratos de ese tipo.

Riskin le observó con los ojos entrecerrados.

—Aún no conozco exactamente vuestros motivos.

—Librarnos de vosotros, los asteritas —rió Church—. Durante los últimos meses, os hemos pagado para que nos dejéis en paz, pero no queremos que la subvención se eternice.

Profundizó en los detalles al informar a Dobshinsky. La entrevista se celebró en el despacho de Church, donde éste estaba seguro de que no había aparatos de escucha.

Se echó hacia atrás hasta que la silla giratoria crujió, apoyó los pies sobre el escritorio y rió entre dientes.

—Según las últimas noticias —dijo—, la operación ha funcionado de maravilla. Se rumorea que la embajada terrestre os está presionando para que arméis vuestras naves.

—Cierto —respondió Dobshinsky—. ¡Qué cosa más ridícula!

—No, no. Debéis hacerlo para representar bien vuestro papel y mantener la fiebre bélica. Os podéis permitir ese lujo. Ya nadie os saqueará, y el tributo a los Mundos Libres acabará en breve. Y, sobre todo, vuestros contratos de embarque se multiplicarán.

—¿A causa de las defensas espaciales que se planifican?

—Sí, supongo que sí.

—El Cinturón asteroide es sin la menor duda la zona que se ha de fortificar—agregó Church sin ninguna necesidad, habida cuenta de las repetidas discusiones que habían tenido lugar con anterioridad. No obstante, se sentía con derecho a jactarse—. De modo que Marte y los Mundos Libres permitirán generosamente a la Tierra usar las instalaciones existentes como bases industriales y militares. Por último, heredarán las maravillas que se construyan. Entretanto lloverá el dinero... Mientras los asteritas puedan comprar lo que necesitan, no habrá razones para la piratería Y el excedente se comercializará entre ellos y nosotros, porque la opinión pública de ambos estados se muestra bastante fría con respecto a la supuesta y alarmante invasión, y ninguno de los dos gobiernos gastará demasiado en material bélico.

Dobshinsky frunció el ceño.

—Esto no me gusta nada. Defendí tu plan en la Asociación porque no veía otra alternativa. Sin embargo, ahora que se ha firmado el compromiso..., ¿vas a permitir que esos cabritos salgan impunes?

—¿Te refieres a los asteritas? ¿Por qué no, de momento? Sabes muy bien que jamás les conquistaréis por la fuerza. Por lo tanto, más vale que seáis amigos. Estoy seguro de que no te importa más que a mí que enarbolem nuestra bandera o la suya.

—No, por supuesto —reconoció Dobshinsky—. No obstante...

—Y recuerda que les hemos condenado desde el punto de vista cultural —le interrumpió Church—. El auge de la defensa representará para ellos la industrialización en gran escala. Yo lo considero bueno para la raza humana en su conjunto. El hombre necesita establecerse firmemente en los asteroides. Ahora bien, el feudalismo y el nomadismo son incompatibles con la industria en gran escala. Los jefes que no logren afirmarse como directores de empresa serán abandonados por su propia gente. ¿Qué otra venganza esperas?

—¿Y cuánto durará esa ilusión? —se impacientó Dobshinsky.

—Bastante —contestó Church—, Las cien personas poco más o menos que saben algo acerca de nuestra Tertulia de Boston fueron meticulosamente escogidas y se encuentran muy dispersas. Quizás acabe por saltar la tapadera. En caso contrario, el miedo se desvanecerá con el tiempo, y todos decidirán que fue una pandilla aislada. Para entonces el proceso habrá avanzado de modo irrevocable. Se habrá invertido demasiado en el Cinturón para abandonarlo.

—¿Y si llega a saberse la verdad?

—En ese caso, os bastará recordarle al sistema solar que la *Atlantis* fue abordada por los Mundos Libres. Si la Tierra no opuso objeciones cuando éramos nosotros las víctimas, tampoco tendrá mucho que decir en este caso.

—No, estamos plenamente justificados. Además... Church se levantó y se acercó a la ventana. Había caído la noche con la pirotécnica rapidez de Marte. Por encima del brillo de neón, resplandecía un cielo casi tan espléndido como el del espacio. Habló en voz muy baja:

—Mientras dure el efecto de la experiencia, los humanos nunca emprenderán el camino que les lleve a las estrellas.

BRUMA ESTELAR

«Desde otro universo, a doscientos años luz, donde el espacio semeja una nube brillante, enturbiado por las rojas estrellas que se cuentan por millares, donde los soles más resplandecientes, perturbados, lanzan grandes llamaradas. Vuestros espacios son oscuros y solitarios.»

Daven Laure interrumpió la grabación y solicitó una traducción oficial. Una parte de la computadora de la *Jaccavrie* rastreó las moléculas de un cilindro de memoria empotrado, identificó el párrafo y proyectó el texto en serievano sobre una pantalla de lectura, mientras otra continuaba las múltiples tareas del acercamiento planetario. Otras secciones aguardaban las órdenes del hombre, quisiera lo que quisiese después de aquello. Los batidores de la Comunalidad viajaban en naves muy especiales.

Aun así, todos los años desaparecían algunas, que jamás regresaban de sus misiones.

Laure asintió para sus adentros. Sí, había comprendido bien la voz femenina. O al menos había interpretado sus oraciones casi de la misma forma que el especialista en semántica que entrevistó a la mujer y a sus compañeros. Aquel párrafo específico era tan difícil y ambiguo como cualquiera de sus declaraciones. En consecuencia: a) la computadora lingüística de Serieve descifró sin duda su lenguaje básico; b) después, codificó acertadamente sus descubrimientos—vocabulario, gramática, reconstrucción experimental de la visión subyacente del mundo— en los cilindros que un correo diplomático que transportó a los cuarteles generales del Sector; c) la recodificación en sus propias neuronas —a la que Laure se sometió durante el viaje— dio resultado. Poseía ya un conocimiento funcional de la lengua que —Centre cuántas otras?— se hablaba en Kirkasant. —Esté donde esté —murmuró.

La nave sopesó sus palabras durante uno o dos nanosegundos, decidió que no necesitaban respuesta y permaneció en silencio.

Inquieto, Laure se puso de pie, salió de la cabina de estudio y bajó por un pasillo hasta el puente de mando, así llamado sobre todo por razones de cortesía con el humano. *La Jaccavrie* navegaba, pilotaba, aterrizaba, se elevaba, se mantenía y, en caso de necesidad, se reparaba y luchaba por su cuenta. Ahora bien, los proyectores del puente ofrecían un amplio panorama exterior. En ese momento, los mamparos aparecían bien cerrados y vacíos. Laure ordenó la activación del simulacro.

El puente desapareció de la vista. De no ser por el campo de gravedad bajo sus pies, habría imaginado que flotaba en el espacio. Le rodeó una noche de cristal, estrellas no titilantes dispersas como joyas, y el frío resplandor de la Vía Láctea. Grande y cercano, ardía el amarillo sol de Serieve, con fulgor disminuido para no herir su retina. El planeta formaba un creciente, azul con rayas blancas, bordeado por un cielo violeta. Enfrente, se alzaba su luna, como una moneda dorada.

La mirada de Laure fue más allá, hacia las profundidades. Luego, como si buscara consuelo, dirigió la vista al otro lado, allá donde se situaba la vieja Tierra. Sin embargo, no encontró consuelo. Aún la llamaban «El Hogar», pero estaba en el brazo espiral que se extendía detrás del suyo, y Laure nunca la había visto. No conocía a nadie que la hubiese visitado. Tampoco ninguno de sus antepasados, desde hacía más tiempo del que registraban las crónicas

familiares. El Hogar significaba un mito a medias recordado. La realidad consistía en estas estrellas, aquí, en las márgenes de esta civilización.

Serieve lindaba ya con lo desconocido. Kirkasant le esperaba en algún sitio, más allá.

—Pero dentro del espacio-tiempo —dijo Laure.

—Si empiezas a pensar en voz alta, se supone que te gustaría discutirlo —respondió la *Jaccavrie*,

Laure había seguido la costumbre de pedirle a la nave que adoptara una voz femenina y, en los casos convenientes, un lenguaje coloquial. La computadora captó con rapidez la pauta que a él le convenía, aunque no coincidía por completo con lo que hubiera deseado, aunque tal vez acabase por resultarle perturbadora en un crucero prolongado. Daven se dio cuenta de que, en su interior, se sentía más atraído por la voz de contralto ronca y de enérgico ritmo, que había brotado de la grabadora que por la de mezzosoprano que ahora llegaba a sus oídos.

—Quizá... Sin embargo, ya sabes todo lo referente al material que llevamos a bordo.

—Necesitas ordenar tus pensamientos. Has pasado la mayor parte de nuestro tiempo de tránsito aprendiendo el idioma.

—Entonces vayamos al grano.

Laure dio una vuelta por la invisible cubierta. Sintió su dureza, su vibración, a través de las sandalias, percibió el latido casi subliminal de las energías impulsoras, recibió una vaharada de aire cuando los ventiladores pasaron a otro punto de su ciclo olor-temperatura-ionización. Las estrellas seguían brillando, y su silencio parecía penetrarle en los huesos. Brusca, duramente, exclamó:

—¡Apaga ese panorama!

La nave obedeció.

—¿Quieres una escena planetaria? —propuso a continuación—. Aún no viste las cintas con los castillos encantados que compraste en Jair...

—Ahora no.

Laure se dejó caer en un asiento de red y contempló el prosaico metal, los instrumentos, los controles manuales que le rodeaban.

—Lo prefiero así.

—¿Te sientes mal? ¿Por qué no te metes en el diagnosticador y dejas que te examine? Disponemos de tiempo antes de la llegada.

La voz tenía un tono de ansiedad. Laure no creía que la emoción fuese fingida. Aunque se abstenía de antropomorfizar a su computadora, como hacía con los no humanos a los que conocía, no estaba de acuerdo con la escuela de pensamiento según la cual los términos de la sensibilidad humana carecían en absoluto de significado en semejantes ocasiones. Un cerebro alienígena —o un cerebro cibernético, como el de la *Jaccavrie*— pensaba, poseía una conciencia y una voluntad. Por consiguiente, presentaba analogías con el suyo.

No pocos batidores pertenecían al tipo eremítico, cuerdos, en general, aunque básicamente esquizoides. Para soportar, para resistir, pensaban en sus naves como complejos instrumentos. Daven Laure, joven y extravertido, consideraba la suya como una amiga.

—No, me siento muy bien —dijo—. Un poco nervioso, nada más. Ésta podría ser la cosa más grande con la que yo..., con la que tú y yo nos hayamos encarado hasta el momento. Tal vez una de las más grandes que cualquiera

haya emprendido, al menos en esta frontera. Me habría gustado tener conmigo a uno o dos hombres mayores, pero no había ninguno disponible. —Se encogió de hombros—. Nuestro servicio debería incrementar su personal, aunque eso significase aumentar los gastos. Somos muy pocos y estamos muy dispersos en... ¿Cuántas estrellas?

—Según el último informe de mis archivos, diez millones de planetas en los que vive un número significativo de miembros de la Comunalidad. En lo que se refiere a aquellos con los que se mantiene un contacto razonablemente regular...

—¡No me lo digas!

Laure rió y se preguntó si la nave habría planificado las cosas para tranquilizarle. Fuese como fuera, ahora ya podía referirse a ello como un problema y no como un misterio.

—Déjame recapitular —pidió—. Interrúmpeme sólo si ves que tergiverso las cosas. Una nave llega a Serieve, supuestamente desde muy lejos. Nadie ha visto nunca nada semejante, salvo en obras históricas. En Serieve no existen referencias para verificarlo, de modo que se piden algunas al cuartel general. Hiperimpulso, control de gravedad, electrónica, sí, pero todo burdo, arcaico... En resumen, huesos pelados. Fisión en lugar de energía de fusión, por ejemplo... ¡Y con piloto humano! Es decir, la tripulación parece humana. Carecemos de datos sobre su tipo antropométrico, pero no resultan tan extraños como los residentes en algunos planetas después de varias generaciones. Además, la computadora lingüística, tan pronto como los recién llegados tuvieron la vaga noción de que ésta se encontraba allí para descifrar su idioma y se decidieron a cooperar con ella, descubrió que su habla presenta remotas afinidades con algunas conocidas, por ejemplo el antiguo inglés. Los análisis semánticos preliminares sugieren que la construcción y las abstracciones no son exactas a las nuestras, pero caen dentro del orden psíquico humano. Sumando todo esto, cabe suponer que se trata de exploradores de algún paraje distante.

—Hay que tener en cuenta lo primitivo de la nave —intervino la *Jaccavrie*—. Nadie esperaría semejante atraso tecnológico en un grupo que ha mantenido algún contacto, por poco frecuente que fuese, con la masa general de las diferentes civilizaciones humanas. Además, ningún vehículo tan lento y subequipado las atravesaría sin necesidad de escala y sin recorrer primero la región fronteriza.

—De acuerdo. En ese caso, siempre que no sea una patraña, el equipo confirma una parte de su historia. Kirkasant, dicen, es una colonia sumamente vieja, situada... allá lejos —Laure señaló las invisibles estrellas—. Bien adentrada en el sector de Cabeza de Dragón, donde apenas hemos empezado a explorar. Por motivos que ignoramos, en los primeros tiempos de los viajes interestelares, algunos hombres llegaron hasta allí. Se establecieron en el planeta y perdieron la técnica de construir naves espaciales. Sólo en los últimos tiempos la recuperaron.

—Y ahora vienen a buscar la compañía de los de su propia especie.

Laure tuvo la fugaz e irracional impresión de que la *Jaccavrie* movía afirmativamente la cabeza. Su tono era serio. Se la imaginó como una mujer robusta, serena, de pelo oscuro, de edad mediana y bien parecida, aunque ya un poquito rolliza...

—Lo que dijeron los miembros de la tripulación, al establecer la

comunicación corrobora esta idea —continuó la nave—. Subyacente a muchísimos y confusos motivos mitológicos, me dio la sensación de que se trataba de un viaje épico, realizado por un pueblo derrotado que corre a la mayor velocidad posible.

—¡Pero Kirkasant! —protestó Laure—. La situación que describen resulta imposible.

—¿No será que ese Vandange se equivoca? Quiero decir que sabemos tan poco... Los kirkasantes hablan de un entorno extraño, El nuestro parece haberles sorprendido y desconcertado. Se limitaron a viajar a tientas a través del espacio, hasta que dieron con Serieve. ¿Por qué entonces su propia teoría de que pasaron por accidente de un continuum a otro no ha de ser correcta?

—¡Hum! Me imagino que no viste la carta de Vandange. No, no pudiste verla, pues de lo contrario se habría insertado en tu memoria. Vandange afirma que sus asistentes registraron hasta el último tornillo de la nave. No descubrieron nada, ningún mecanismo, ninguna peculiaridad cuyo comportamiento y función no fuesen obvios. Se mostró de veras indignado. Dice que la noción de transferencia en el espacio-tiempo es matemáticamente absurda. No comparto su fe en las matemáticas, pero he de reconocer que habla con sentido común. Una nave capaz de traspasar de un salto la barrera entre un cosmos y otro... En cinco mil años de viajes interestelares, no hay antecedentes de nada semejante.

—A lo mejor las naves que lo consiguieron no regresaron nunca.

—A lo mejor. O tal vez toda la discusión se basa en un malentendido. Nuestra comprensión de la lengua kirkasante no brilla por su perfección. O quizá nos tiendan una trampa, como opina Vandange. Él afirma que no existe la región de donde ellos dicen provenir. En ningún sitio. Tampoco los astrónomos ni los exploradores han señalado nada semejante... un espacio como una bruma fulgurante salpicada por una miríada de estrellas... —¿Y por qué razón nos contarían esos viajeros una falsedad?

La *Jaccavrie* parecía sinceramente sorprendida.

—Lo ignoro. Nadie lo sabe. Por eso el gobierno serievano decidió recurrir a un batidor.

Laure se levantó de un salto y reanudó sus paseos. Era un joven alto, con el rostro lampiño, el pelo y la tez claros, y los ojos azules ligeramente almendrados característicos de los montañeros de Nueva Vixen. No obstante, puesto que se había educado en Starborough, que se encuentra en Aladir, no lejos de Irontower City, vestía una casaca gris de sencilla elegancia, sobre unas calzas azules. El lado izquierdo de su pecho lucía un cometa plateado, símbolo de su profesión.

—No sé —repitió. Le invadió la conciencia de la inmensidad agazapada más allá del casco—. Tal vez digan la verdad lisa y llana. Pero no podemos correr el riesgo de no comprobarlo.

Cuando algunas veintenas de millones de personas disponen de la totalidad de un mundo habitable para ellas solas, no suelen levantar edificios altos. Eso llega más adelante, junto con la preocupación por la falta de espacio, el control de la fecundidad y el apoyo a la emigración. Las ciudades pioneras tienden a ser bajas y laberínticas, (Así ocurre por lo menos en la civilización donde opera la Comunalidad. Sabemos que otras ramificaciones de la humanidad tienen sus costumbres distintivas y hemos oído rumores sobre algunas más extrañas aún. Pero la galaxia tan vasta es —nuestra raza sólo ha ocupado hasta ahora, sin

gran densidad, parte de dos o tres brazos espirales—, tan vasta es que no alcanzamos a seguir siquiera las huellas de nuestra propia cultura, por no hablar de las demás.) No obstante, Pelogard se levantaba en una isla, a la altura de la masa continental de Branzan, por encima del círculo ártico de Serieve, o sea, casi a 56°. Más aún, se trataba de un centro industrial. De ahí que la mayoría de sus edificios fuesen altos y estuviesen pegados unos a otros. Laure, de pie junto a la pared exterior del despacho de Ozer Vandange, observando la pequeña ciudad, preguntó por qué se había escogido aquel emplazamiento.

—¿No lo sabe? —respondió el físico, con una inflexión de exagerada incredulidad en su voz.

—Pues no, lo lamento, no lo sé —confesó Laure—. Piense en cuántos sistemas cubre mi servicio, y cuántos lugares he de visitar dentro de cada sistema. Si tratáramos de recordarlos todos, nunca iríamos a ningún sitio. Nos pasaríamos la vida bajo los neuroinductores.

Vandange, menudo, calvo y presumido detrás de su enorme mesa escritorio, frunció los labios.

—Ya. No obstante, jamás habría pensado que un batidor *experimentado* acudiría a toda prisa a un planeta sin enterarse al menos de algunos datos básicos acerca del mismo.

Laure se ruborizó. Un batidor experimentado habría puesto en su lugar a aquel engréido cerebro lleno de telarañas. La conciencia de su propia juventud e inexperiencia le forzó a contenerse. Se limitó, pues, a contestar en tono sereno:

—Señor, mi nave cuenta con la información completa. Sólo necesitó rastrearla e informarme de que aquí no se precisaba tomar precauciones. Tienen ustedes un hermoso globo y comprendo que se sientan orgullosos de él. Pero le ruego que comprenda que para mí significa una estación de paso. Debo ocuparme de esa gente de Kirkasant y estoy ansioso por conocerla.

—La conocerá, la conocerá —le aseguró Vandange, un poco ablandado—. No obstante, me pareció aconsejable que antes charláramos un poco. En cuanto a su pregunta, le revelaré que necesitamos una ciudad aquí sobre todo porque las corrientes oceánicas ascendentes enriquecen las aguas árticas en minerales. Las plantas extractoras dan más beneficios de los que obtendríamos hacia el sur.

A pesar de sí mismo, Laure se sintió interesado.

—¿Ya extraen sus minerales del mar? ¿En una etapa tan temprana de su asentamiento?

—Este sol y sus planetas son pobres en metales pesados, como la mayoría de los sistemas locales. No tiene nada de sorprendente, puesto que nos hallamos cerca del límite norte del brazo espiral. Más allá, se extiende ya el nimbo: gases ligeros, escaso polvo estelar, antiguos racimos globulares ampliamente extendidos. El medio interestelar del que se forman las estrellas no fue muy enriquecido por las primeras generaciones.

Laure se tragó su indignación ante la lección que pretendía darle el otro, como a un niño. Tal vez fuese un hábito en Vandange. Volvió a dirigir la mirada a la pared. El despacho ocupaba el último piso del edificio. Laure vio encumbrados bloques de metal, hormigón, vidrio y plástico, eslabonados con vías de tráfico y cables de carga hasta el puerto. Destacaban las plantas extractoras, las fábricas y los muelles espaciales, de los cuales entraban y

salían una diversidad de vehículos de carga. Había pocos de pasajeros. Pelogard debía estar totalmente automatizada.

Corrían los últimos días de la primavera. El sol brillaba sobre un océano gris, que el viento ondulaba. Nutridas bandadas de aves marinas subían y bajaban revoloteando. ¿O eran pájaros? De cualquier manera, tenían alas, de un color azul acerado en contraste con el cielo pálido. Quizá chillaran o cantaran al son del viento y del oleaje, pero Laure no las oía desde aquel recinto cerrado.

—Ahí tiene una de las razones por las que me niego a aceptar los embustes que nos contaron —terminó Vandange.

—¿Cómo?

Laure emergió sobresaltado de su ensueño. Vandange apretó un botón. La pared se tornó opaca. —Siéntese. Iremos al grano.

Laure ocupó un cómodo asiento, al otro lado de la mesa.

—¿Por qué he de hablar con usted? —contraatacó—. Quien trabajó con los kirkasantes fue un especialista en semántica, Paeri Ferand, que consultó a los especialistas en antropología, historia y otros temas de su Universidad. Incluso afirmarí que usted, como físico, intervino de una manera muy marginal y, sin embargó, me está haciendo perder el tiempo. ¿Por qué?

—¡Bah! Vea, si gusta, a Ferand y a los demás —replicó Vandange—. Sólo conseguiré de ellos la repetición de lo que dijeron los kirkasantes. Nada más, ya que nada más saben. Un mundo con tan baja densidad de población como el nuestro no mantiene plantillas de expertos capaces de descubrir el significado de cada dato, de cada consistencia, de cada flagrante mentira. Cuando nuestro gobierno notificó este asunto a los cuarteles generales de su Sector, albergó la esperanza de que enviaran un verdadero equipo de batidores, en lugar de... —Se contuvo—. Claro que tienen que atender muchas peticiones y no debieron de comprender la importancia de esto.

—Si se sentía usted tan suspicaz y creía que los extranjeros necesitaban ser investigados más a fondo —dijo Laure, molesto—, ¿por qué apeló a mi departamento, un pequeño puesto de avanzada recargado de trabajo? ¿Por qué no los envió a un mundo central, Sarnac por ejemplo, donde disponen de instalaciones y personal? —Debido a la urgencia de la cuestión —explicó Vandange—. Yo, y otros que piensan como yo, luchamos denodadamente contra la propuesta. Por último, como un compromiso, el gobierno dejó el problema en manos de los batidores. Y sólo apareció usted. Ahora debo persuadirle para que actúe con extrema prudencia. Comprenda que si esos..., esos seres ocultan una intención hostil, nuestro peor movimiento sería permitirles espiar nuestra civilización, incluso proceder a un sabotaje nuclear en un centro vital, para luego volver a esfumarse en el espacio. —Su voz se tornaba cada vez más estridente—. Por eso les hemos retenido tanto tiempo en nuestro planeta natal, con diversos pretextos. ¡Nos sentimos responsables del resto de la humanidad!

—¡Pero, señor! —Laure meneó la cabeza. Le asaltó una sensación de irrealidad—. La Liga, las revueltas, el Imperio, su caída, la Larga Noche... Todas esas cosas han quedado atrás. En el espacio y en el tiempo. En la Comunalidad no se dan ya las guerras.

—¿Está seguro?

—¿Lo está *usted* al ver una amenaza en..., en una anticuada nave, tripulada por una veintena de hombres y mujeres? Esas personas se presentaron aquí abierta y pacíficamente. Según todos los informes, se esforzaron por salvar las

barreras idiomáticas y culturales para comunicarse con ustedes en detalle...
¿Por qué le preocupan tanto?

—Por el hecho de que mienten.

Vandange permaneció un rato en silencio, mordiéndose el pulgar. Después, abrió una caja, sacó un cigarro de su interior y lo encendió. No ofreció uno a Laure, sin duda por temor a envenenar a su visitante con la mala hierba local que fumaba. Dispersas durante muchas generaciones por distintos planetas, las poblaciones locales desarrollaban defensas antialérgicas e inmunizadoras. No obstante, Laure sospechó que su interlocutor no invitaba por pura grosería.

—Creí que lo había dejado claro en mi carta —declaró al fin Vandange—. Insisten en que proceden de otro continuum. Un continuum de propiedades imposibles, incluyendo la visibilidad desde el nuestro. Y de manera casual, pero muy oportuna, situado en el extremo opuesto de Cabeza de Dragón, de tal modo que no le vemos. Sí, ya conozco todos los argumentos —se apresuró a añadir—. Por ejemplo, que todo se debe a un malentendido porque no dominamos su idioma. Que en realidad intentan decirnos que vienen de... La racionalización más común se refiere a un denso racimo estelar. Pero eso no vale. Le digo que no vale.

—¿Por qué no? —quiso saber Laure.

—Vamos, vamos... Tiene que haber aprendido algo de astronomía como parte de su educación. Debería saber que hay cosas que no ocurren en la galaxia, simplemente.

—Bueno...

—Nos mostraron lo que, según pretenden, son fotografías tomadas en su universo natal. —Vandange se deleitaba en su propio sarcasmo—. Vio usted las copias, ¿verdad? Dígame en qué punto del universo real existe ese tipo de nebulosidad..., tan densa y tan extendida para que una nave se desoriente, deambule perdida, agotando su película entre otras cosas, para emerger por casualidad en el espacio abierto. Y suponiendo que existiera semejante zona, ¿cómo podría alguien capaz de construir una nave dotada de hiper-impulso ser luego tan estúpido para sobrepasar el alcance de sus faros estelares?

—Bueno, yo pensaba en un racimo muy apretado, parecido a los apiñamientos recientes, del tipo de las Pléyades.

—Lo mismo pensaron muchos serie vanos —gruñó Vandange—. Use la cabeza, por favor. Ni siquiera los racimos pleyádicos contienen tanto gas y polvo. Además, la descripción verbal de los kirkasantes da la impresión de un racimo globular..., en el caso de que dé alguna impresión. Cierto que por allí se apiñan los antiguos soles rojos. Sólo que ellos hablan de otros, mucho más jóvenes. También mencionaron metales mucho más pesados en su suelo, como los incluidos en la estructura de su nave. Emplean una proporción escasísima de aleaciones a base de aluminio y berilio. Por otro lado, los conductores eléctricos son de oro y plata, el grupo electrógeno no va protegido con plomo, sino con osmio recubierto de materia inerte, y la nave quema plutonio, extraído de sus minas, según los kirkasantes. Se asombraron al ver que Serieve está formado por metales ligeros. O dijeron que se asombraban, vaya usted a saber la verdad. En cambio, si sé que en toda esta zona dominan los elementos ligeros, con espacios interestelares relativamente libres de polvo y gas y que Cabeza de Dragón constituye la única excepción y sólo se encuentra en tránsito a través de nuestros cielos. Y todo esto se aplica mejor todavía a los racimos globulares, que se formaron en un medio ultratenue,

sobre todo antes de que la galaxia lo condensara en su estado actual., cosa que *no sucede* en el cuerpo principal de la galaxia, sino en el nimbo circundante.

Vandange se interrumpió para respirar.

—Bien. —Laure se movió incómodo en su asiento, lamentando que la *Jaccavrie* se encontrara a diez mil kilómetros de distancia, en el único puerto espacial—. No deja de tener razón. Hay ciertas contradicciones. Recordaré todo cuanto me ha dicho cuando me entrevistaste con los extranjeros.

—Confío en que se ocupará de ellos.

—Desde luego, he de confesar que hay algo extraño en todo esto.

En su aspecto exterior, los kirkasantes no presentaban ninguna característica insólita. No se parecían a ninguna de las razas humanas desarrolladas localmente, pero diferían menos de la norma que algunas otras. Los quince hombres y las cinco mujeres eran altos, robustos, de pecho y hombros anchos y delgada cintura, con la piel de un oscuro color rojo cobrizo, el pelo negro azulado y ondulado. Los hombres llevaban barba y bigotes muy bien recortados. Tenían el cráneo dolicocefalo, el rostro demasiado ancho, la nariz recta y delgada, los labios llenos. En general, causaban un efecto agradable. Su rasgo más llamativo consistía en los ojos grandes, de luminosos matices verdes, grises o amarillos, con largas pestañas.

Dado que se habían negado —con una inexorable amabilidad que sabían muy bien cómo adoptar— a permitir que les sacaran muestras celulares para el análisis cromosómico, Vandange le había insinuado a Laure que se trataba de seres no humanos, con un disfraz quirúrgico. El batidor consideró aquello como la fantasía de un provinciano que nunca había visto a un alienígena vivo. Imposible falsificar tantos detalles y mantener un organismo viable. Salvo, por supuesto, que el azar hubiese reproducido la mayoría de esos detalles en el curso de la evolución...

«Ridículo —pensó Laure—. El azar no puede ser tan eficaz.»

Salió a pie de Pelogard en compañía de Demring Lodden, capitán de la *Makt*, y la hija de éste, la navegante piloto Graydal. La ciudad pronto quedó atrás. Tomaron por un sendero que serpenteaba colina arriba, entre nudosos árboles bajos que habían comenzado a echar fuertes hojas, del color de la plata dorada. Caía el sol, y el aire estaba lleno de olores salinos. A ninguno de los dos kirkasantes parecía importarles el frío.

—Conocéis muy bien este camino —dijo Laure con torpeza.

—Eso se debe a que nos han retenido en la isla—replicó Demring—, sin nada que hacer, salvo recorrerla cuando nos acomete la *reyad*.

—¿La *reyad*? —inquirió Laure.

—La necesidad de... buscar—aclaró Graydal—. De seguir rastros de animales, o descubrir algo nuevo, o estar solos en un lugar agreste. Hasta no hace mucho tiempo, los nuestros fueron cazadores. Lo llevamos en la sangre.

Demring no quería olvidar sus protestas.

—¿Por qué nos han confinado? —refunfuñó—. Cada vez que pedimos una respuesta, tropezamos con una evasiva. El miedo a las enfermedades, la necesidad de que sepamos lo que nos espera... Me siento casi decidido a empuñar mi pistola, abrirme paso hasta nuestra nave y partir en ella.

Erguido, canoso, de semblante muy serio y mirada poco afable, al igual que todos sus hombres, calzaba botas blandas y se cubría con una túnica de piel finamente escamada que le llegaba hasta las rodillas y una capa con capucha.

Llevaba un puñal y una pistola de energía en el cinto. En su frente destellaba un diamante, distintivo de su autoridad.

—Maestro —le reconvino Graydal—, ahora no tratamos con un aldeano cazador de brujas. Daven Laure es un caballero con autoridad para tomar decisiones, además de poseer los conocimientos y el valor precisos para actuar de manera correcta. ¿Acaso no ha salido solo con nosotros porque tú dijiste que te ahogabas en la ciudad y te sentías espiado? Hablemos con sinceridad.

La sonrisa, las palabras pronunciadas con la voz ronca que Laure recordaba de las grabaciones, eran amables. No obstante, el batidor tuvo la casi certeza de que en ella había tanto acero como en su padre, incluso más afilado. Casi tal alta como él, caminaba como una tigresa, armada también y adornada con una diadema. A diferencia del corte casi al rape de Laure o de la breve melena a lo paje de Demring, el pelo de Graydal, tras pasar a través de un aro de platino, caía en una larga cascada. Llevaba poco más que el calzado, unos pantaloncitos ribeteados y una blusa de fina tela. Aunque atractiva, su figura no sugirió al batidor una femineidad seductora..., quizá porque no parecía sentir el frío que le sobrecogía a él a pesar de sus vestiduras. Además, se había enterado de que la *Makt* estaba tripulada por personas de ambos sexos, por la simple razón de que, en algunas tareas, las mujeres resultaban más eficaces que los hombres. Todas las mujeres iban acompañadas de un pariente de más edad perteneciente al sexo masculino. Los kirkasantes se mostraban alegres en general, pero algunos de sus ideales rayaban con la severidad.

De cualquier forma, Graydal poseía unas facciones encantadoramente firmes y sus ojos tenían destellos de ámbar.

—Tal vez el gobierno local actúe con excesiva cautela —explicó Laure—, pero no olvidéis que nos hallamos en un asentamiento fronterizo. A pocos años luz de aquí, en la parte del cielo de donde venís, comienza lo desconocido. En estas zonas, hay una densidad de estrellas comparativamente escasa, pues la distancia media entre ellas asciende a unos cuatro parsecs... Aun así, son demasiado numerosas para hacer algo más que abrimos camino entre ellas poco a poco. Sobre todo teniendo en cuenta que, dada su naturaleza, los planetas como Serieve han de dedicar la mayor parte de sus esfuerzos a desarrollarse. En la ignorancia, se ha de preferir la prudencia.

Se felicitó a sí mismo por lo bien compuesto de su discurso conciliador. No había sido tan retórico ni tan largo como cualquiera de los kirkasantes, pero la capacidad pulmonar de éstos estaba adaptada a una atmósfera más tenue que aquélla. Laure sintió una gran decepción cuando Demring exclamó con desdén:

—*Nuestros* antepasados no fueron tan tímidos.

—Tal vez haya que achacar el mérito a sus perseguidores —rió Graydal.

El capitán pareció ofenderse. Laure se apresuró a preguntar:

—¿No sabéis qué ocurrió?

—No —respondió la muchacha, ahora preocupada—. De verdad que no. Los documentos descubiertos en diversos puntos de Kirkasant hablan de una batalla y de una nave llena de gente que huyó hasta encontrar refugio. Sólo quedan algunos apuntes fragmentarios, muy vagos, salvo el Códice Baorn. Incluso éste incluye poco más que un compendio de información técnica, conservado por los sabios de Skribent. —Volvió a sonreír—. No comprendimos el significado de la mayoría de sus pasajes hasta que nuestros científicos modernos inventaron por su cuenta todo lo que allí se describía.

—¿Conoces tú los historiales que se conservan en Suelo Natal? —preguntó

Demring esperanzado.

Laure suspiró y meneó la cabeza.

—No. Quizá no quede ninguno. Sin duda alguna, en su momento partirá de aquí una expedición hacia la Tierra. Pero después de cinco mil años plagados de problemas... Además, cabe en lo posible que vuestros antepasados no partieran de allí. Tal vez pertenecían a una de las primeras colonias.

Aunque de manera confusa, Laure logró reconstruir la historia. Hubo una lucha. Las razones del origen de ésta —personales, familiares, nacionales, ideológicas, económicas o lo que fuera— se habían perdido en el fondo de los milenios transcurridos desde entonces (hecho muy indicativo de la escasa importancia de cualquiera de esas razones). Pero alguien había deseado tan encarnizadamente la destrucción de otro alguien que una nave, o una flota, persiguió a otra durante una cuarta parte de la trayectoria circular de la galaxia.

O tal vez no, en un sentido literal. Demasiadas dificultades. Dada su tosquedad, aquellos primeros vehículos sólo hubieran logrado realizar ese viaje contando con frecuentes estaciones para reaprovisionamiento y recambio de los conversores nucleares.

Ahora bien, hasta el momento, una nave dotada de hiperimpulso sólo se detectaba dentro de un radio aproximado de un año luz, gracias a la «estela» espontánea de los pulsos espaciales. Si permanecía oculta algún tiempo, por lo general se volvía inencontrable en la inmensidad de tan gran volumen. Parecía concebible, pero poco probable, que en el curso de muchos meses la nave cazadora terminase por alcanzar a su presa o, al menos, no perdiese su rastro.

Pero acaso la persecución no se desarrolló a lo largo de toda esa distancia. Tal vez los refugiados consiguieron escapar poco después, pero —cegados por el pánico o por la ira contra el enemigo, o bien acuciados por el deseo de establecer en paz algún tipo de utopía, o por cualquier otro motivo— se habían alejado lo más posible, ocultándose tanto como les permitió la naturaleza.

En cualquier caso, habían ido a parar a una extraña parcela de la creación. Tan extraña que muchos hombres de Serie ve no admitían siquiera su existencia. Para entonces, su nave debía de andar muy necesitada de una reparación a fondo, prácticamente de una reconstrucción. Se establecieron para levantar la imprescindible base industrial. (Piénsese, por ejemplo, cuántas plantas se precisan antes de fabricar el primer transistor.) No contaban con la experiencia acumulada de las últimas generaciones para saber que eso era imposible.

Fracasaron, claro. Entre unos pocos —algunos cientos como máximo, si la nave llevaba un equipo de animación suspendida— no podían preservar una civilización mientras se enfrentaban a un planeta entero no destinado a que lo habitara el hombre. Y no tenían más remedio que contentarse con él. Una vez ingresados en aquel universo, aunque su vehículo estuviese en condiciones de traquetear un poco más, no había manera de moverse con libertad ni de elegir.

Kirkasant representaba la mejor oportunidad entre una serie de malos planetas. Laure pensó que el hombre había sobrevivido allí casi por milagro. Una fuente genética tan pequeña, un ambiente tan hostil... Pero quizá esto último salvó al hombre de los efectos de la condición anterior. La selección natural debió de haber sido dura. En apariencia, el fondo de radiación era elevado, lo que condujo a un ritmo correspondiente de mutación. Las mujeres parían desde la pubertad hasta la menopausia y enterraban a casi todos sus

hijos en la infancia. Los hombres luchaban por mantenerlos vivos. La muerte seguía también con frecuencia a los adultos, familias enteras. No obstante, los mejor dotados tendían a sobrevivir. Además, el planeta contaba con un puesto desocupado en la escala ecológica, el reservado a los seres inteligentes. La evolución galopó. Se multiplicó la población. En uno o dos milenios, el hombre se sintió como en su propia casa. En cinco, llenó Kirkasant a rebosar y salió en busca de nuevos planetas.

Porque la cultura no había muerto del todo. La primera generación pudo no ser capaz de construir máquinas-herramienta, pero sí de extraer minerales y forjar los metales. La siguiente debió estar demasiado ocupada para abrir escuelas. Sin embargo, conservaba el suficiente respeto por el saber para sustentar una clase culta. Las generaciones sucesivas, extendiéndose por nuevas tierras y fundando nuevas naciones y nuevas ciudades, quizá lucharon entre sí, pero todas procedían de una tradición común y se fijaban el mismo objetivo: regresar a las estrellas.

En cuanto se estableció de nuevo el método científico, pensaba Laure, el progreso debió de ser más rápido que en la Tierra, pues los filósofos naturales conocían la posibilidad de ciertas cosas, aunque desconocieran los medios y esto significa tener ganada la mitad de la batalla. Debieron encontrar indicios, aunque sólo fuesen de carácter profético, en los restos de los antiguos textos. De hecho, contaban asimismo con el corroído casco de la nave ancestral para su estudio. Dado todo esto, no había nada sorprendente en que, en una sola generación, saltaran de los primeros cohetes lunares a la primera nave con hiperimpulso... Ahora bien, basándose en una teoría física muy distorsionada, se embarcaron con toda ingenuidad, sin preocuparse del camino de retorno.

Todo muy lógico. Inaudito, sumamente improbable, si se quiere, pero, en una galaxia tan descomunal, de vez en cuando acontecen las cosas más extrañas. El relato de los kirkasantes podía ser sincero.

¿O no?

—Lo pasado, pasado está—dijo Graydal impaciente—. Mañana saldremos a investigar.

—Sí —aceptó Laure—. Sin embargo, necesito saber cómo nos descubristeis. Quiero decir que cruzasteis una inmensidad de mil años luz o más. ¿Cómo disteis con una pequeña partícula como Serie ve?

—Ya nos preguntaron eso antes —intervino Demring—. No nos explicamos bien, debido a las pocas palabras que tenemos en común. Tú muestras un buen dominio de la lengua hobrokana y, por nuestra parte, aunque ninguno de esos aldeanos quiso asumir la responsabilidad de poner a uno de nosotros bajo vuestra máquina educadora, hablando con los técnicos hemos asimilado unos cuantos de vuestros términos. Demring guardó silencio un momento, a fin de ordenar sus frases. Los tres siguieron avanzando. La senda era lo bastante ancha para permitirles caminar juntos, aunque embarrada por la lluvia y la nieve derretida. El sol había descendido tanto que la arboleda lo tapaba. Les circundaba el crepúsculo, si bien el cielo no se había oscurecido todavía. El viento amainaba, al tiempo que aumentaba el frío. En algún punto, detrás de aquellos troncos pardos de cenicientas hojas metálicas, sonó el canto de un pájaro y comenzó a hacerse audible el murmullo de las aguas de un río.

Demring prosiguió con voz pausada:

—Cuando comprobamos que éramos incapaces de fijar el camino de regreso al sol de Kirkasant y vimos aparecer un cosmos por entero distinto,

pensamos si nuestros antepasados no procederían de él. Algunas canciones tradicionales lo sugerían, pues hablaban de espacios oscuros, y ahora nos rodea la oscuridad, una inmensa vastedad entre las estrellas. ¿Pero en qué dirección se hallaba Suelo Natal? Oteando el horizonte con telescopios, vislumbramos a lo lejos una nube negra y se nos ocurrió que, si nuestros antepasados habían huido de sus enemigos, muy bien pudieron haberla atravesado con la esperanza de borrar sus huellas.

—La nebulosa de Cabeza de Dragón —apuntó Laure.

Graydal encogió sus anchos hombros.

—Al menos nos sirvió de guía —dijo.

Laure la observó de soslayo y se detuvo un instante a admirar su perfil.

—Sois valientes —comentó por fin—. Al margen de todo lo demás, ¿cómo sabíais que esta civilización no os seguía siendo hostil?

—¿Y cómo asegurar que alguna vez lo había sido? —Graydal rió entre dientes—. Yo misma, si bien creo que los mitos contienen algo de verdad, sospecho que nuestros antepasados fueron ladrones, bandidos o...

—¡Hija! —la reconvino Demring escandalizado—. Cuando llegamos aquí, descubrimos que la oscuridad estaba constituida por polvo y gas, como el que impregna nuestro universo. Sólo faltaban las estrellas para hacerlo brillar. Al emerger en el extremo más alejado, sintonizamos nuestros detectores de neutrino. Nuestro razonamiento consistía en que una civilización tan desarrollada precisaría muchas centrales nucleares. En este cosmos comparativamente vacío, su flujo de neutrino resultaría detectable por encima del nivel de ruido natural, a través de varias veintenas o más de años luz. Gracias a eso, lograríamos localizarlo.

«Primero hablan como bárbaros —pensó Laure—, y luego como especialistas de alta escuela. Nada extraño que un dogmático como Vandange se resista a creerles. ¿Les creo yo?»

—Pronto empezamos a desesperar—intervino Graydal—. Estábamos casi al límite de...

—Eso no importa—la interrumpió Demring.

Graydal miró con fijeza primero al uno y luego al otro. Por último, dijo al primero:

—Me atrevo a confiar en Daven Laure. —Y continuó, dirigiéndose al batidor—: De todos modos no supone ningún secreto. Los hombres de Serieve debieron de examinar nuestra nave con ojos de lince. Estábamos casi al límite de nuestro trayecto posible sin repostar ni renovar. Nos decidimos a buscar un planeta no muy distinto a Kirkasant, donde... Pero entonces, como transportadas en las alas de Valfar, aparecieron las huellas que buscábamos. Las seguimos hasta aquí.

—¡Y aquí había seres humanos!

—Hace muy poco se esfumó nuestra alegría, cuando empezamos a ver que intentaban ganar tiempo y nos retenían semiprisioneros. O prisioneros del todo, si pretendíamos partir. ¿Por qué no confían en nosotros?

—Ya traté de explicároslo ayer —respondió Laure—. Algunos hombres importantes entienden que no decís la verdad.

En un gesto impulsivo, Graydal cogió la mano de Laure con la suya, cálida, delgada y firme.

—¿Pero tú piensas otra cosa?

—Sí. —Daven se sintió impotente y solitario—. Ellos... Bien, me llamaron.

Dejaron todo el problema en manos de mi organización, y mis compañeros tienen tanto que hacer que me dieron plenos poderes.

Demring le observó con expresión perspicaz.

—Eres joven —le dijo—. No permitas que tu responsabilidad te paralice.

—No. Haré cuanto pueda por vosotros. Aunque tal vez sea muy poco.

Después de rodear una espesura, surgió ante sus ojos un puente rústico sobre el río, que corría en dirección al mar como un torrente de estruendosa espuma. Interrumpieron sus pasos en mitad del puente, se inclinaron sobre la barandilla y miraron hacia abajo. El agua estaba espesamente sombreada entre las márgenes, y la arboleda se convertía en una sólida masa negra bajo el cielo del atardecer. El aire olía a humedad.

—Como comprenderéis, no será fácil rastrear vuestra ruta —puntualizó Laure—. Habéis improvisado vuestras coordenadas de navegación, susceptibles de transformarse en nuestras, supongo, a este lado de Cabeza de Dragón. Pero tan pronto como traspasemos la nebulosa, tampoco yo dispondré de cartas de navegación, excepto una breve lista de objetos visibles desde ambos lados. Ninguno de nosotros se ha aventurado hasta allí, puesto que hay millones de soles más cercanos a nuestros asentamientos. Y vuestros cálculos estelares no deben de ser muy exactos.

—Eso quiere decir que no nos llevarás a Suelo Natal —afirmó Demring en tono inexpresivo.

—¿No lo comprendes? ¡Suelo Natal, la Tierra, está tan lejos que ni yo mismo la he visto nunca!

—Pero sin duda tendréis una capital cercana, un mundo más desarrollado que éste. ¿Por qué no nos guías hasta allí, a fin de que hablemos con gente más sensata que estos malditos serievanos?

—Pues... Verás, por muchas razones. Te seré sincero. En primer término, por prudencia. Además, la Comunalidad no tiene nada semejante a una capital, ni... De todos modos, sí os guiaré hasta el corazón de la civilización. Cualquiera de las numerosas civilizaciones de este brazo galáctico. —Laure respiró hondo y siguió hablando con un esfuerzo—. No obstante, dadas las circunstancias, he decidido que antes he de ver vuestro mundo, Kirkasant. Después... Si no surge ningún problema, estableceremos contactos regulares e invitaremos a vuestro pueblo a visitar el nuestro y... ¿No os gusta el plan? ¿No queréis volver a vuestro punto de origen?

—No creo que lo logremos —murmuró Graydal.

Laure le dedicó una mirada de sorpresa. Ella clavó la vista en el río. Un pez —u otro tipo de criatura acuática— dio un salto. Sus escamas reflejaron la escasa luz restante en un destello leve pero coloreado, en medio de las aguas turbias. Graydal no pareció notarlo, aunque, con un movimiento instintivo, inclinó la cabeza en dirección al chapoteo que siguió.

—¿No nos has oído? ¿No nos escuchaste? Te explicamos durante cuánto tiempo erramos entre la bruma, a través de esa selva de soles, hasta que dejamos nuestro pequeño universo brillante y llegamos a éste, tan grande y tan oscuro. Por tres veces volvimos a zambullirnos en nuestro espacio, anduvimos a tientas, y avanzamos sin encontrar huellas de ninguna estrella conocida... —Graydal elevó un poco la voz. —Te digo que estamos perdidos, eternamente perdidos. Llévanos a tu mundo. Daven Laure, para que lo adoptemos como nuestro.

El batidor sintió el profundo deseo de acariciarle las manos, aferradas a la

barandilla del puente. Sin embargo, se limitó a decir:

—Nuestra ciencia y nuestros recursos son superiores a los vuestros. Tal vez descubramos un camino que a vosotros se os pasó por alto. De todas formas, estoy obligado a investigar todo lo posible antes de presentar un informe y las correspondientes recomendaciones a mis superiores.

—Creo que no te muestras muy amable al obligar a mí tripulación a volver a buscar lo que ha perdido —le reconvino Demring con severidad—. Pero no me dejas otra opción. Acepto. —Se enderezó—. Será mejor que volvamos a Pelogard. Pronto caerá la noche.

—No hay prisa. —Laure estaba ansioso por cambiar de tema—. En esta época del año y en la zona ártica, no habrá problemas.

—Quizá no los haya para ti —le corrigió Graydal—. Pero el ocaso de Kirkasant se diferencia mucho de éste.

Mientras volvían, el atardecer se convirtió en noche, una leve noche donde sólo lucían algunas estrellas. Laure caminaba con facilidad bajo el claro crepúsculo. Graydal y Demring, en cambio, tuvieron que usar sus pistolas de energía en la intensidad mínima a modo de linternas. Aun así, tropezaban a menudo.

La *Makt* triplicaba en tamaño a la *Jaccavrie*. Se trataba de un resplandeciente torpedo, con su curva quebrada por el compartimento de las lanchas y las torretas armadas. La nave batidora parecía una canoa a su lado. En realidad, *la Jaccavrie* superaría, dominaría o vencería a la nave kirkasante con toda facilidad. Laure se ocupó de no resaltar este hecho. Sus acompañantes ya se habían mostrado bastante susceptibles. Les había sugerido alquilarles un transportador moderno, tropezando con una negativa glacial. Aquella nave se honraba en pertenecer a los clanes confederados que la habían construido. No la abandonarían.

Modernizarla habría llevado más tiempo del que ahorraría la velocidad incrementada. Además, aunque Laure estaba personalmente convencido de las buenas intenciones de la gente de Demring, no tenía derecho a darles a conocer la tecnología actual hasta obtener las pruebas de que no harían mal uso de ella.

No sería exacto decir que se resignó a acompañarles en su propia nave al laborioso paso de la *Makt*, porque las semanas de viaje le ofrecieron la oportunidad de conocer mejor a aquella gente y su cultura. No sólo las vivió como un deber, sino también como un placer. En especial, descubrió más tarde, cuando gozaban de la presencia de Graydal.

Transcurrió algún tiempo antes de invitarla a cenar *á deux*. A su entender, había arreglado las cosas con gran habilidad. Dos personas a solas, en una conversación de tipo social, podían intercambiar una clase sutil de información a la que no solían resultar propicias las reuniones de varios. Así, propuso una serie de encuentros privados con los oficiales de la *Makt*. Empezó por el capitán, claro está, pero poco después le llegó el turno a la navegante piloto.

La *Jaccavrie* se emparejó con la otra nave y comunicó su cámara de aire con la de ella en un movimiento tan delicado que pareció casi imperceptible. Graydal subió a bordo, y las naves volvieron a separarse. Laure la saludó según la costumbre de Kirkasant, con un apretón de manos. El contacto se prolongó más de lo requerido.

—Bienvenida.

—Haya paz entre nosotros.

La sonrisa de Graydal desmentía su formalismo. Iba vestida de uniforme (otro aspecto anticuado de su sociedad), por fortuna dorado y ceñido al cuerpo.

—¿No quieres pasar al salón y beber algo antes de comer?

—No debo. No hay que beber en el espacio.

—No hay peligro —se entrometió la computadora con un matiz de diversión en su voz—. Yo lo controlo todo.

Graydal se puso tensa y se llevó la mano a la pistola al oírla. No obstante se relajó enseguida. Trató de reír.

—Lo siento. No estoy acostumbrada a... vosotros.

Casi rebotó mientras descendía por el pasillo en compañía de Laure. Éste había instalado el peso interior a una gravedad corriente. Los kirkasantes mantenían el suyo un catorce por ciento más elevado, con objeto de equipararlo a la fuerza de atracción de su mundo.

Aunque había recorrido la nave varias veces, Graydal miró con ojos sorprendidos a su alrededor. El salón era pequeño, pero instalado con un lujo sibarítico.

—Te das buena vida —comentó ante tantas colgaduras, música, perfumes y animaciones.

Él la guió hasta el diván.

—No parece aprobarlo.

—Bien...

—Sufrir penurias no es ninguna virtud.

—Pero sí la capacidad de soportarlas.

Se sentó en el asiento de células que se adaptaba al cuerpo, demasiado erguida para sentirse cómoda.

—¿Crees que carezco de ella?

Turbada, Graydal apartó la vista de él y la dirigió a la pantalla visora, donde fluía una composición de colores. Frunció los labios.

—¿Por qué apagaste la escena exterior?

—Me pareció notar que no te gustaba. —Se sentó a su lado—. ¿Qué quieres tomar? Estamos muy bien surtidos.

—Enciéndela.

—¿Qué?

—La visión exterior. No me abrumará.

Laure extendió las manos. La nave vio su gesto y obedeció. En la pantalla, apareció el espacio tachonado de estrellas, a excepción del punto donde se alzaba la masa de tormentosas nubes que formaban la oscura nebulosa. Oyó que Graydal contenía el aliento y se apresuró a llamar su atención:

—Puesto que no conoces nuestras bebidas, me permito sugerirte un *daiquiri*. Es agrdulce...

Ella asintió con un gesto mecánico. Sus ojos no se apartaban de la pantalla. Él se inclinó y aspiró a fondo su cálido aroma, no del todo idéntico al de otras mujeres que había conocido. Una diferencia sutil.

—¿Por qué te perturba esa escena?

—Por su rareza. Por su singularidad. ¡Es tan distinto a nuestro cielo...! Me siento desamparada y... —Llenó de aire sus pulmones, se forzó a desligarse de sus propias sensaciones y prosiguió en tono analítico—: Es posible que nos inquiete un cielo negro porque carecemos prácticamente de lo que vosotros llamáis visión nocturna. —Volvió a embargarla la preocupación—. ¿Qué más habremos perdido?

—Me has dicho que no se necesita visión nocturna en Kirkasant —la consoló Laure—, y la evolución operó a toda velocidad. Pero sin duda se os aguzaron algunos sentidos, al tiempo que se os atrofiaban otros. Sé, por ejemplo, que gozáis de más fuerza física que la que pudieron tener vuestros antepasados. — En un costado apareció una bandeja con dos vasos—. ¡Ah! Aquí están las bebidas.

Graydal olió la suya.

—Huele bien —comentó—. ¿Estás seguro de que no contiene nada capaz de producirme una reacción alérgica?

—Lo dudo. No reaccionaste a nada de lo que probaste en Serieve.

—No, aunque todo me pareció demasiado soso.

—No te preocupes —sonrió—. Antes de partir, tu padre me regaló uno de vuestros saleros. Lo encontrarás en la mesa de la cena.

La *Jaccavrie* había analizado el contenido. Además de cloruro sódico y potásico —mucho menos abundantes en Kirkasant que en la mayoría de los planetas, pero no lo bastante escasos para causar problemas—, la mezcla incluía una serie de otras sales. Sorprendía la proporción de metales alcalinos raros, en especial de arsénico. Un ser humano corriente que ingiriese este último elemento en semejante proporción perdería unos cuantos años de vida. Casi seguro que a las primeras generaciones de refugiados les había ocurrido lo mismo, cuando no los mataba antes otra cosa. Sus descendientes, por el contrario, asimilaban tan bien esos elementos que no le hallaban gusto a la comida sin un poco de trióxido de arsénico.

—No se precisarían tantas precauciones si supiéramos de antemano qué podéis y qué no podéis ingerir..., si nos permitieseis someteros a un análisis cromosómico —insinuó Laure—. El laboratorio que hay a bordo de la nave está capacitado para eso.

Las mejillas de Graydal se volvieron más cobrizas que nunca. Frunció el entrecejo.

—Ya nos negamos con anterioridad —dijo.

—¿Pero por qué?

—Porque..., porque viola la integridad. Los seres humanos no deben ser sondeados.

Daven había tropezado antes con actitudes semejantes, encubiertas bajo diversos disfraces. Para los kirkasantes —al menos para el clan de Hobrok, pues en el planeta existían otras culturas—, el cuerpo constituía una ciudadela del yo, por derecho inviolable. Ese sentimiento, tan fundamental que muy pocos tenían conciencia de poseerlo, había conducido a la formación de personalidades reservadas y a menudo frías, con la consecuencia de retrasar, si no interrumpir, el progreso de la medicina. En el sentido positivo, había contribuido a la dignidad y a la confianza de cada uno en sí mismo, además de ahorrarle los cotilleos profesionales, la literatura confesional y el psicoanálisis.

—No estoy de acuerdo —disintió Laure—. Se trata de una simple información científica. ¿Qué tiene de personal un gráfico referente al ADN?

—Bueno..., no sé. Lo pensaré. —Graydal hizo un evidente esfuerzo por cambiar de tema. Dios unos sorbos a su bebida, y sonrió, opinando—: ¡Mmmm! De verdad que tiene un noble sabor.

—Esperaba que te gustase. A mí me encanta. En la Comunalidad tenemos esta costumbre...

Entrechocó su copa con la de ella.

—Precioso. Nosotros, entre buenos amigos, bebemos la mitad del contenido de la copa y la cambiamos con el otro.

—¿Quieres cambiarla conmigo?

Ella volvió a ruborizarse, esta vez de placer.

—Por supuesto, con eso me honras.

—No, no, el honor es mío. —Laure continuó, con toda sinceridad—: Vuestra odisea es extraordinaria. Significaréis un verdadero valor adicional para nuestra raza.

Graydal esbozó una mueca de pesar.

—Si alguna vez nos reunimos con mi pueblo.

—Te aseguro...

—¿Crees que no lo intentamos? —Graydal tomó otro trago de daiquiri, que, evidentemente, se le subía con rapidez a la cabeza, poco acostumbrada al alcohol—. No viajamos a ciegas. Recuerda que la *Makt* no es la primera nave que parte del sol de Kirkasant. Sin embargo, las anteriores fueron a estrellas cercanas, visibles desde nuestros suelos. Son muchas. No nos habíamos dado cuenta de que había tantas en el Universo Nube, invisibles a los ojos y a los instrumentos, unos pocos años luz más allá. Con nuestra nave, nos proponíamos dar un paso adelante. Sólo un paso. Apenas más allá de esa capa de soles que divisábamos desde el sistema kirkasante. Encontraríamos el camino de regreso sin ningún problema. ¡Claro que lo encontraríamos! Nos bastaría guiarnos por los soles ya inscritos en nuestros mapas, en el límite de la percepción instrumental. En cuanto llegáramos a sus proximidades, sería visible nuestra parcela conocida del espacio. —Le miró a los ojos, le apretó el brazo hasta causarle dolor y prosiguió desesperada—: Lo que ignorábamos, lo que nadie sabía, era la imprecisión de esos gráficos. Las magnitudes absolutas, y en consecuencia las distancias y las posiciones relativas de esas estrellas visibles en el borde, no estaban tan bien determinadas como creían los astrónomos. Demasiada neblina, demasiado resplandor, demasiada variabilidad, ¿comprendes? De repente, todas nuestras tablas se revelaron como inútiles. Nos creíamos capaces de identificar algunos soles. Nos equivocamos. Al volar hacia ellos, debimos de pasar por alto el volumen de espacio que buscábamos... Y seguimos, seguimos, cada día más desesperanzados y perdidos, cada infinito día... ¿Por qué te consideras capaz de localizar nuestro asentamiento?

Laure, que ya conocía todos esos detalles, había ocupado el tiempo en admirarla y sopesar su respuesta. Bebió y dejó que la acidez del daiquiri se asentara en su paladar, y el alcohol le causara un leve ardor en la boca, antes de decir: —Al menos, probaré. Dispongo de instrumentos que vosotros todavía no habéis inventado. Dispositivos de inercia, por ejemplo, que funcionan con hiperimpulso o con velocidad uniforme. No pierdas la esperanza. —Hizo una pausa—. No obstante, te advierto que no hay que descartar la posibilidad de un fracaso. ¿Qué haréis entonces?

La pregunta directa, que habría provocado el llanto en muchas mujeres, logró que Graydal se recuperara. Levantó la cabeza y respondió con cierta arrogancia:

—Haremos lo que sea mejor. Y no creo que lo hagamos mal.

«Bien —pensó Laure—, al fin y al cabo, desciende de supervivientes. Su naturaleza la lleva a enfrentarse a los problemas y resistir.»

—Estoy seguro de que prosperaréis —declaró en voz alta—. Necesitaréis

tiempo para adaptarnos a nuestras costumbres, y hasta cabe en lo posible que nunca os sintáis del todo cómodos, pero...

—¿Cómo son vuestros matrimonios? —quiso saber Graydal.

—¿Qué?

A Laure estuvo a punto de desencajársele la mandíbula. Comprendió, no obstante, que la joven no estaba borracha. Un poco de bebida sumada al ambiente, las rítmicas melodías, los aromas esparcidos en el aire, habían disminuido sus inhibiciones. La cazadora que subyacía en ella se liberó y, de inmediato, atacó aquello que la perturbaba de manera más profunda, aunque persistía la reticencia básica. Le miró a los ojos, pero su expresión era muy digna cuando dijo:

—Tendríamos que haber embarcado en la *Makt* un número igual de hombres y mujeres. De saber lo que ocurriría habríamos tomado esa precaución. Ahora, diez de nuestros hombres se verán obligados a buscar una esposa extranjera. ¿Crees que tropezarán con muchas dificultades?

—¡Hum! Supongo que no. Yo diría que no. —En realidad, Laure no sabía qué decir—. Evidentemente, pertenece a un tipo superior y, dado su exotismo y... su atractivo...

—No me refería al placer amoroso, sino... Una o dos veces en Serieve oí decir... ¿O entendí mal? ¿Es verdad que entre vosotros hay mujeres que no tienen hijos?

—Pues sí, en los planetas más viejos. El control de la natalidad...

—Entonces no nos queda otro recurso que permanecer en Serieve o en mundos similares —suspiró—. Yo albergaba la esperanza de dirigirnos al eje de vuestra civilización, donde realizáis los trabajos de verdadera importancia y donde crecerían nuestros hijos.

Laure la observó con atención. Al cabo de un rato, comprendió. La adaptación a las innumerables singularidades de Kirkasant había supuesto un proceso largo y cruel. Todas las familias supervivientes se habían visto obligadas a compensar sus propias pérdidas. La necesidad de reproducirse significaba una exigencia y había terminado por convertirse en un instinto.

Recordó la escasa fertilidad de Kirkasant y, aunque ahora su población exigía un abuso de los recursos, a nadie se le había ocurrido pensar en reducir la natalidad. Cuando alguien en Serieve les preguntó por qué, la gente de Demring reaccionó con viveza. La idea les parecía indecente. No les atraía la noción de modificación genética, ni la de evolución exogenética. No obstante, se mostraban muy razonables y con gran amplitud de miras en casi todos los demás aspectos de su cultura.

«Cultura —pensó Laure—. Sí, eso es modificable. En cambio, no se cambian los instintos, pues están insertos en los cromosomas. Ese pueblo *ha de tener hijos*.

—También existen mujeres que quieren una familia numerosa en los planetas centrales —explicó a la muchacha—. Se sentirán contentas de casarse con tus amigos. Como comprenderás, les cuesta trabajo encontrar hombres con los mismos sentimientos.

Graydal le sonrió y extendió su copa.

—¿Intercambiamos? —propuso.

—Espera, tú has tomado más que yo. —Bebió hasta que el líquido de su copa quedó al mismo nivel que el de la otra—. Ahora.

Se miraron a los ojos durante la pequeña ceremonia. Laure reunió todo su

valor para preguntar:

—En cuanto a las mujeres, ¿debéis necesariamente casaros con otros tripulantes de la nave?

—No —respondió Graydal—. Depende de..., de si alguno de vosotros se interesa por una de nosotras.

—¡Eso te lo garantizo!

—A mí me gustaría un hombre que viajara —murmuró ella—, siempre que a nuestros hijos y a mí se nos permitiera acompañarle.

—No creo que eso planteara ningún problema —le aseguró Laure.

Graydal se apresuró a agregar:

—Estamos presuponiendo el fracaso, ¿no? Me dijiste que había posibilidades de llegar a nuestro planeta.

—Sí. Oye, en caso de lograrlo, espero que nos seguiremos viendo.

—Por supuesto.

Terminaron los daiquiris y fueron a cenar. La *Jaccavrie* era una excelente cocinera, y su facultad para elegir los vinos, excelente. Todo cuanto se dijo y se rió en la mesa carece de importancia, salvo para Laure y Graydal.

Excepto que, a los postres, con inmensa y tierna seriedad, ella dijo:

—Si quieres una muestra de mis células, para su análisis... puedes tomarla.

El se estiró y se apoderó de su mano.

—No quiero que hagas nada de lo que tal vez te arrepientas más tarde.

Graydal meneó la cabeza. Sus ojos leonados no se apartaban de él ni un instante. Habló arrastrando un tanto las palabras, pero con plena conciencia de su significado.

—He llegado a conocerte. Viniendo de ti, no supondrá una violación.

Entusiasmado, Laure le explicó:

—El proceso es sencillo e indoloro. Vamos ahora mismo al laboratorio, ¿quieres? La computadora se encarga de todo. Te aplicará una espuma anestésica y extraerá una pequeña muestra de tu carne, tan ínfima que mañana ni siquiera sabrás de dónde la sacó. El análisis le costará un poco más de tiempo, claro. No llevamos a bordo todo el equipo necesario. Además, la computadora tiene que dedicar la mayor parte de su atención a pilotar y otras tareas indispensables. Sin embargo, al final del proceso estaremos en condiciones de decirte...

—¡Chiss! —le interrumpió ella con una soñolienta sonrisa—. No importa. Si tú lo deseas, a mí me basta. Sólo te pido una cosa.

—¿Qué?

—No permitas que la máquina use en mí el bisturí, la aguja o lo que sea. Quiero que lo hagas tú personalmente.

—... Sí. Más allá está nuestro cielo natal.

El físico Hirn Oran, hijo, hablaba en voz baja y pausada. La interferencia cósmica distorsionaba su voz en la radio, introduciéndola casi en los auriculares de Laure y de Graydal.

—No —dijo el batidor—. No más allá, sino aquí. Ya hemos entrado en él.

—¿Qué?

Plateadas contra la roca, las dos figuras con corazas espaciales se volvieron para mirarle. Laure no veía sus expresiones detrás de las máscaras faciales, pero imaginó que el asombro superaba al respeto.

Laure interrumpió la marcha, sin palabras para expresar lo que sentía. En su receptor, el ruido estelar parecía formado de espuma y de fuego. El paisaje le

sobrecogió.

No se trataba de un simple planeta sin aire. En realidad, ningún planeta es simple, y aquél tenía una historia más extraña que la mayoría. Según todas las apariencias, muchos eones atrás había sido subjoviano, con una atmósfera nebulosa de hidrógeno y metano, y una inmensa capa de hielo y gases alrededor del núcleo, pues orbitaba a una distancia de casi mil millones y medio de kilómetros de su sol. A pesar del intenso calor de éste en su origen, a esa distancia no representaba mucho más que una chispa.

Hasta que la evolución estelar—en opinión de Laure, acelerada por una caída anormal de material cósmico— alejó a la estrella de la secuencia principal. Entonces, la estrella se dilató, su superficie se enfrió hasta llegar al rojo, a la vez que el rendimiento energético total se intensificaba hasta un grado tan monstruoso que los planetas interiores se consumieron. En los más distanciados, como aquél, la atmósfera huyó al espacio. Se derritieron los hielos e hirvieron los océanos. Cada vez que las pulsaciones del sol llegaban al máximo, escapaba más vapor. Sólo quedaba ya una bola de metal y roca, apenas mayor que un globo de tipo terráqueo. Debieron de liberarse tremendas fuerzas tectónicas, a medida que cedía la presión de las capas superiores. Se formaron montañas —las más recientes con riscos como dientes afilados; las más viejas, desgastadas por los meteoritos y la erosión térmica— sobre una planicie de oscura piedra. Ahora en su mínima, aunque inconmensurable expresión, el sol ardía en lo alto con un fuego latente, presentando una inclinación de siete grados: un núcleo azul, empañado por la aureola de una tenue atmósfera rojiza.

La luz de su inmenso brasero no era la única iluminación. Otra estrella pasaba lo bastante cerca para que se vislumbrara su disco, perceptible, en una pantalla visora atenuada, pues el ojo humano no soportaba directamente a su cerúlea intensidad eléctrica, una B₈, recién nacida del polvo y el gas, que resplandecía con una brillantez intrínseca de cien soles.

No obstante, nada de eso contribuía a iluminar las sombras arrojadas por la puntiaguda elevación que el grupo de Laure investigaba. Hubo que recurrir a las linternas.

Una vez que treparon a la oscura mole divisaron un panorama mucho más amplio. Miríadas de estrellas salpicaban el firmamento, brillantes por la proximidad. Y sólo se trataba de los bordes del racimo. Éste se elevaba a medida que giraba el planeta, en parte precediendo y en parte siguiendo al sol. Laure nunca había visto nada comparable. En su mayoría, las estrellas que logró aislar en la enorme esfera luminosa eran rojas, unas minúsculas y de larga vida, otras gigantescas y agonizantes como la que se cernía sobre él. Otras muchas despedían exuberantes destellos dorados, salpicados de esmeraldas y zafiros. Algunos no tenían más edad que la azul fugaz, la cual sumaba su propio matiz al espectáculo. Todas ellas tachonaban el cielo con una suave incandescencia, que impregnaba todo el racimo, una luminosidad nacarina en la que se desvanecían y desaparecían, la bruma en la que sus compañeros habían perdido el camino. Un lugar portentoso.

—Vivís en un mundo de maravilla —murmuró Laure.

Graydal se acercó a él. No existía ninguna razón lógica para que hubiese abandonado la órbita de la *Makt* acompañando a Laure y a Hirn. Se proponían tan sólo realizar determinados estudios sobre el terreno con la ayuda de algunos instrumentos que llevaba la *Jaccavrie*. Cualquiera serviría para

ayudarles. Pero Graydal se había ofrecido voluntaria, y ninguno de sus compañeros de tripulación se opuso a su deseo. Sabían que a ella y a Laure les gustaba estar juntos.

—Espera a llegar a nuestro mundo —dijo la muchacha en voz baja—. Aquí el espacio parece fantasmagórico y peligroso. En cambio, una vez en Kirkasant... Contemplaremos la puesta del sol en el desierto de los Arco Iris. De pronto, en aquel aire tenue, cae la noche, nuestra reluciente noche sembrada de estrellas, y las auroras boreales danzan y susurran por encima de las ceñudas montañas. Veremos elevarse numerosas bandadas entre las neblinas del alba, por encima de las marismas, oiremos sus trinos y el batir de sus alas. Nos apostaremos en las almenas de Ey, bajo los estandartes de los caballeros que, largo tiempo atrás, libraron a nuestra tierra de las fosforescencias incendiarias y presenciaremos la danza tradicional de la bienvenida al nuevo año...

—Si a nuestra navegante piloto no le parece mal —intervino Hirn, con la voz quebrada por un desaliento no reconocido—, dejaremos nuestro sueño para otro momento. Más vale que nos ocupemos de la forma de llevarlo a cabo. Se supone que debemos elegir un punto al nivel apropiado para los aparatos de observación... Oye, batidor Laure, ¿me permites preguntarte qué quisiste decir al afirmar que ya estábamos en el Universo Nube?

El hecho de que Hirn hubiese interrumpido a Graydal no fastidió tanto a Laure como le habría molestado de ordinario. Ella hablaba de Kirkasant con tanta frecuencia que le daba la sensación de algo ya sabido. Sin duda tenía su esplendor, pero, a su juicio, se trataba de un planeta feo, seco y tormentoso, donde no le gustaría permanecer demasiado. Naturalmente, para Graydal significaba su amado hogar, y a él no le molestaría visitarlo de cuando en cuando... ¡Basta ya, manos a la obra!

Una parte de su tarea consistía en dar explicaciones:

—En vuestro sentido del término, físico Hirn, el Universo Nube no existe.

La respuesta sonó seca a través de la estática.

—Ya discutí esta cuestión en Serieve, con Vandange y otros. Me ofendieron sus insinuaciones de que los tripulantes de *Makt* éramos unos mentirosos o, de lo contrario, observadores incompetentes.

—Yo opino que no sois ninguna de las dos cosas —se apresuró a afirmar Laure—. En Serieve, la comunicación entre vosotros tropezaba con una doble barrera. En primer lugar, un dominio imperfecto de vuestro idioma. Sólo durante este viaje, pasando la mayor parte del tiempo en contacto con vuestra tripulación, he llegado a adquirir un buen manejo del hobrokano. En cierto sentido, la segunda barrera revestía aun mayor gravedad: los tercos prejuicios de Vandange..., además de los vuestros.

—Yo estaba dispuesto a dejarme convencer.

—Pero nunca escuchaste un argumento convincente. Vandange se sentía tan dogmáticamente seguro de la imposibilidad de lo que afirmabais, que no procedió a un análisis de vuestro informe, en busca de una explicación coherente. Os enfurecisteis, claro está, y pusisteis fin a las discusiones. Por vuestra parte, os basabais en lo que siempre os habían enseñado como una teoría correcta, que vuestras experiencias habían confirmado. No ibais a cambiar todo vuestro concepto de la física sólo porque el antipático Ozer Vandange se mofaba de ella.

—Nos equivocábamos —reconoció Graydal—. Tú lo diste a entender así,

Daven, aunque nunca lo aclaraste.

—Quería ver el fenómeno con mis propios ojos —explicó Laure—. Hay un proverbio entre nosotros, tan viejo que, según dicen, se originó en la Tierra: «El sabio no afirma nada que no pueda probar». No obstante, me permití hacer algunas conjeturas, y lo que veo demuestra lo bien fundado de mis especulaciones.

—¿Sí? —le desafió Hirn.

—Empecemos por analizar la situación desde vuestro punto de vista —sugirió Laure—. Vuestro pueblo vivió durante milenios en Kirkasant. Con excepción de algunas tradiciones ambiguas, perdisteis todo indicio de que tal vez las cosas fueran distintas en otros lugares. Os parecía natural que el cielo nocturno semejase una suave bruma brillante, alrededor de la cual se apiñaban las estrellas. Cuando volvisteis a desarrollar el método científico, no hace muchas generaciones, os limitasteis a estudiar el universo que conocíais. La física y la química corrientes, incluso la ciencia atómica y la teoría cuántica, no representaron ningún problema para vosotros. Pero medíais las distancias de las estrellas visibles en meses luz, como máximo en unos cuantos años luz, después de lo cual se desvanecían en el brumoso telón de fondo. Calculasteis la concentración de esa bruma, de ese polvo, de ese gas fluorescente. No había ninguna razón para suponer que el medio interestelar no era igualmente denso en todas partes. Tampoco teníais la menor noción sobre el retroceso de las galaxias. De modo que, según vuestra versión de la relatividad, el espacio se curvaba fuertemente a causa de la apretada masa que lo atravesaba. El confín del universo distaba como máximo trescientos años luz. Las estrellas se condensaban y evolucionaban, puesto que presenciabais todas las etapas, pero de manera caótica, sin una estructura global específica. Me maravilla que hayáis llegado a las fuerzas de gravedad y el hiperimpulso. Me gustaría poseer la suficiente capacidad científica para apreciar cuan diferentes deben de ser algunas de las leyes y constantes de vuestra física. Seguisteis adelante. Supongo que el hecho de saber que estas cosas eran posibles favoreció vuestro desarrollo. Vuestros científicos siguieron tanteando y trampeando, en contra de todos los criterios científicos, hasta que consiguieron algo que funcionaba.

—Bueno... He de confesar que sí —admitió Hirn, avergonzado. Graydal rió con disimulo.

—Luego, la *Makt* perdió el rumbo y emergió en el universo exterior, desconocido por completo para vosotros —prosiguió Laure—. De algún modo teníais que explicar lo que veíais. Como hubiera hecho cualquier científico, mientras os fue posible, os aferrasteis a las ideas aceptadas..., un principio correcto. Imagino que la noción de espacio-tiempo contiguos con propiedades variantes parece muy lógica cuando se está acostumbrado a pensar en un universo con un radio extremadamente pequeño. Tal vez os desconcertó el hecho de salir de una «burbuja» y entrar en la siguiente. Sin embargo, me atrevería a decir que disteis con una explicación provisional.

—En efecto —asintió Hirn—. Supongamos un espacio multidimensional...

—Más vale que deseches esa hipótesis—le interrumpió Laure—. Nosotros disponemos de una explicación mucho más sencilla.

—¿Cómo? He reflexionado sobre la cuestión. Me creo capaz de asimilar la idea de un universo de millones de años luz de extensión, en el que las estrellas forman galaxias. Pero nuestro espacio natal...

—Forma un denso racimo estelar. Como tal, carece de límites definidos. A eso me refería al afirmar que ya estábamos en él. En el borde, al menos. —Laure señaló la difusa y enojada magnificencia que se elevaba en lo alto de aquellas vastedades, en la estela de los soles rojos y azules—. Más allá se extiende el cuerpo principal, con Kirkasant en su seno, en un punto por nosotros desconocido. Ahora bien, este sistema se relaciona con él. He examinado sus movimientos y lo aseguro.

—Habría aceptado una explicación semejante en Serieve —observó Hirn—. Pero Vandange insistió tanto en que no existía un racimo estelar semejante...

Laure apreció la burlona expresión tras la máscara facial de Hirn.

—Pensé que él, como miembro de la civilización rectora, sabía de qué hablaba —concluyó éste.

—Y lo sabe, pero carece de imaginación —intercaló Laure—. Como ves, ante nosotros se extiende un racimo globular, o sea, un grupo compuesto por estrellas apiñadas en un volumen espacial poco más o menos esférico. Yo diría que hay un cuarto de millón, agrupadas en un diámetro de un par de cientos de años luz. No conocíamos racimos globulares como éste. Los descubiertos hasta ahora se encuentran en su mayoría más allá del plano galáctico, con un espacio interior mucho más claro que en los brazos espirales, casi un vacío perfecto. Los miembros aislados son rojos. Toda estrella normal de una masa superior a la mínima se ha alejado hace tiempo de la secuencia principal. Las restantes son pobres en metales, otro indicio de una edad extrema. Como sabes, en los núcleos estelares se forman elementos pesados, que vuelven a ser arrojados al espacio. Así, sólo los soles más jóvenes, incorporados al medio estelar enriquecido, contienen mucho metal. En conjunto, todo indica que los racimos globulares constituyen reliquias de un estado embrionario de la galaxia. El vuestro, sin embargo... Hay en él una densidad tal de polvo y de gas que ni siquiera se alcanza a ver una estrella gigante a través de algunos parsecs. Muchas de las estrellas de la secuencia principal, incluyendo las azules, de pocos millones de años, se funden con demasiada rapidez. El espectro, por no mencionar los planetas que ya visitaron vuestros exploradores, muestra masas atómicas muy desviadas hacia el extremo más elevado de la tabla periódica. Una radiación de fondo demasiado potente para que un hombre como yo se atreva a residir de manera permanente entre vosotros. En teoría, semejante racimo no puede existir.

—Pero existe —afirmó Graydal.

Laure se atrevió a apretarle la mano, aunque muy poca energía pasó a través de los guantes.

—Y me alegro de que exista —respondió.

—¿Cómo explicas el fenómeno? —inquirió Hirn.

—Resulta obvio, sobre todo ahora que he visto las cosas y reunido alguna información sobre el terreno. Una situación poco probable, quizá singular, pero no imposible. *El* racimo sigue una órbita sumamente excéntrica alrededor del centro galáctico de masa. Una o dos veces cada giga-año, atraviesa las vastas y espesas nubes que rodean la zona. Por gravitación, barre inmensas cantidades de materia. La perturbación, supongo, origina el arrastre de algunos de los miembros de mayor edad. Es decir, como si se rejuveneciese de manera periódica. En este momento, atraviesa otra vez el camino de salida. Aún no ha abandonado nuestro brazo principal. Hablando desde el punto de vista cósmico, pasó cerca del centro galáctico hace muy poco tiempo, yo diría que

menos de cincuenta millones de años. La cola se mantiene en turbulencia y aún se condensa en nuevas estrellas, como aquella azul y gigantesca que brilla sobre nosotros. Vuestro sol y sus planetas deben de ser producto de una barredura anterior. Sin duda, hubo veinte o treinta de estas últimas desde que se formó la galaxia, y cada una de ellas fue responsable de varias generaciones de estrellas gigantes. De modo que Kirkasant tiene muchos más elementos pesados que un planeta normal, pese a no ser mucho más reciente que la Tierra. ¿Me sigues?

—Quizá. Tendré que pensarlo.

Hirn inició la marcha a través del gran bloque inclinado hasta llegar al borde, donde se detuvo y bajó la vista para contemplar las sombras, profundas y afiladas como un cuchillo. La luz de los soles rojos y azules, de las estrellas y de la bruma estelar dibujaban fantasmagóricas figuras sobre la tierra pétreo. Por encima del zumbido en los oídos, Laure sintió todo el peso de la singularidad y el silencio que le rodeaban.

Graydal debió de sentir lo mismo, porque se aproximó hasta que entrecucharon sus trajes espaciales. A Laure le hubiera gustado ver su rostro.

—¿De verdad crees que vamos a entrar en ese reino y conquistarlo? — quiso saber ella.

—No lo sé —replicó Laure con entera franqueza—. Tantas estrellas pueden derrotarnos.

—Una flota lo suficiente grande las registraría una a una.

—Siempre que le fuese posible navegar entre ellas, cosa que no sabemos todavía.

—Supongamos que sí. ¿Imaginas un cuarto de millón de soles en el racimo? No todos como el nuestro. Ni siquiera una mayoría. Y en la otra cara, con una visibilidad tan baja, el espacio tendría que ser registrado de un extremo a otro, año luz tras año luz. Los de la *Makt* moriríamos de viejos antes de que un solo vehículo lograra dar con Kirkasant.

—Me temo que así sea.

—En cambio, un número adecuado de naves que se repartieran la tarea darían con nuestro planeta en uno o dos años.

—A un precio inaccesible, Graydal.

A Laure le pareció que se ponía rígida.

—Ya he tropezado antes con ese obstáculo —dijo la muchacha con frialdad, apartándose de su lado—. En vuestra Comunalidad, cuentan primero los costos y los beneficios. El honor, la aventura, la simple caridad ocupan un humilde segundo lugar.

—Sé razonable —le rogó Daven—. Los costos representan trabajo, capacidad y recursos. La flota gigantesca que se precisa para buscar Kirkasant habría de abandonar otras tareas. Como resultado, otras personas se verían en la penuria. Algunas, incluso, llegarían a padecer muchísimo.

—¿Pretendes que una civilización tan grande y productiva como la vuestra no podría prescindir por algún tiempo de tanto esfuerzo sin correr el riesgo de un desastre?.

«Es lista —pensó Laure—. Basándose en la maquinaria producida por la tecnología de su mundo empobrecido, sabe calcular la capacidad de aprovechamiento de millones de planetas. ¿Cómo hacerle comprender que las cosas no son tan sencillas?»

—Por favor, Graydal —insistió—. ¿No quieres creer que trato de ayudarte?

He llegado hasta aquí y seguiré hasta donde sea preciso, si algo no nos mata antes.

La oyó tragar saliva antes de responder: —Sí, disculpa. *Tú* eres diferente.

—No, en realidad. Soy un miembro típico de la Comunalidad. Más adelante, tal vez te muestre cómo funciona nuestra civilización y a qué grave problema de economía política nos enfrentaríamos en caso de redescubrir Kirkasam. Y en primer lugar, hemos de dejar establecida la posibilidad de localizarlo. A partir de aquí, procederemos a observaciones de largo alcance, luego nos internaremos en la bruma y... ¡Un solo problema a la vez, te lo ruego!

Graydal rió suavemente.

—Sí, amigo mío. Descubrirás el camino, ¿verdad?

La alegría, que en ningún momento había sido muy profunda, se esfumó. El reflejo de las neblinosas estrellas destelló como lágrimas sobre el cristal de su máscara.

La oscuridad no significaba tinieblas. Brillaba.

De pie en el puente, en medio del panorama espacial, Laure divisó nimbos y cúmulos. Éstos, apilados en riscos, se arremolinaban y ondeaban en un resplandor de todos los colores superpuestos al nacarado blanco. Aquí y allá, se oscurecían en sombras y grutas; aquí y allá, reflejaban el rojo opaco de un sol cercano. Las dispersas estrellas, por miríadas, ostentaban en su mayoría los tonos del rubí y el ámbar, algunas amarillas, otras de un rojo blanco, verdes o azules. Las más próximas se dibujaban con nitidez al ojo humano. Unas pocas parecían minúsculos discos, pero la mayor parte se reducían a borrosos reflejos, ni siquiera puntos luminosos. Esos reflejos se debilitaban con la distancia, hasta que la bruma los deglutía por completo y no quedaba nada, salvo la propia bruma.

Un crepitar semejante al de las llamas martilló a la turbia informidad. Palparon energías en su meollo. Laure recordó el antiquísimo mito de la Gran Hendedura, de donde manaba fuego y hielo, con los que se formaron los Nueve Mundos, condenados a su vez a volverse hielo y fuego. Se estremeció.

—Una ilusión.

La voz de la *Jaccavrie* surgió desde la inmensidad. Laure se sobresaltó como si le hubiese dirigido la palabra una diosa madre.

—¿Cómo dices?

La *Jaccavrie* rió ahogadamente. Deidad o máquina, contaba con la gran fortaleza de su normalidad.

—Resultas transparente para cualquier observador que te conozca bien — dijo—. Leo en tu mente con toda facilidad.

Laure tragó saliva.

—El panorama... Algo grande, maravilloso y peligroso, acaso único en la galaxia. Sí, reconozco que me siento impresionado.

—Aquí tenemos mucho que aprender.

—¿Y te dedicaste a hacerlo?

—A un ritmo cercano al máximo de mi capacidad, desde que entramos en la parte más densa del racimo. —Y la *Jaccavrie* continuó con gazmoñería—: De estar menos inmerso en tus conversaciones con la muchacha kirkasante, te hubiese comunicado todas mis informaciones.

—¡Destrucción! —maldijo Laure—. Me dedicaba a estudiar las notas de ella sobre su viaje, tratando de determinar qué configuración debo buscar en cuanto calculemos las tolerancias de nuestro material a la luz de las estrellas...

No te preocupes, hablaremos ahora mismo, tal como sugieres. ¿Qué quieres decir con eso de «una ilusión»?

—Me refería a la visión exterior—replicó la computadora—. La concentración de masa no alcanza tantos átomos por centímetro cúbico como en una atmósfera planetaria en estado de vapor. A través de los años luz, sus efectos de absorción y reflejo se acumulan. El gas y el polvo giran, sin duda, pero ni remotamente a la velocidad que creemos percibir. Esto se debe a que nos movemos bajo hiperimpulso. Incluso a la más baja pseudovelocidad, atravesamos con gran rapidez diversas densidades. No es el espacio mismo el que brilla, sino la fluorescencia de los átomos estimulados. El espacio tampoco ruge. Sólo se oye el sonido de los contadores de radiación y otros instrumentos que he activado. No hay verdaderas corrientes tangibles que operen sobre nuestro casco y lo hagan temblar. Ahora bien, cuando efectuamos micros saltos cuánticos a través de fuertes campos magnéticos interestelares, y debo decirte que esos campos varían según un modelo en extremo complejo, estamos condenados a interactuar con ellos. Las estrellas, ya se sabe, son mucho más tupidas de lo que parece. Mis instrumentos no captan ninguna a más de unos cuantos parsecs de distancia. Sin embargo, los datos que he reunido en los últimos días me inducen a sospechar que el cálculo de un cuarto de millón resulta muy comedido. Desde luego, en su mayoría son diminutas...

—¡Basta ya! —aulló Laure furioso—. No necesito que me expliques lo que comprendí en cuanto vi este lugar.

—Había que apartarte de tus fantasías —reconvino la *Jaccavrie*—. Aunque reconozcas tus ensueños como tales, no puedes permitirte ese lujo. Al menos por ahora.

Laure se atiesó. Sintió el deseo de ordenarle que apagara la panorámica, pero se dominó, preguntándose si la máquina no percibiría también sus impulsos. Dijo con voz ronca:

—Cuando te vuelves tan académica conmigo, significa que estás postergando novedades que no deseas transmitirme. ¿Problemas?

—Pronto los tendremos —reconoció la *Jaccavrie*—. Aconsejo que regresemos de inmediato.

—¿Así que no podremos continuar? —dedujo Laure anonadado, pese a no tratarse de un acontecimiento que no se esperara.

—Acertaste. Es decir, ya me surgieron algunas dificultades y nos esperan condiciones mucho peores.

—¿Qué ocurre?

—En primer lugar, los métodos ópticos, que son inadecuados. Eso lo sabíamos ya por la experiencia de los kirkasantes. Pero lo demás tampoco marcha. Como recordarás, discutimos la posibilidad de identificar estrellas supergigantes a través de las nubes y utilizarlas a modo de faros. Aunque su luz fuese difusa y amortiguada, producirían otros efectos que detectaríamos, por ejemplo en el caso de que emitiesen gran cantidad de neutrinos...

—¿Y no ocurre así?

—Sí que ocurre. Pero los efectos se amortiguan muy pronto. Y quedan muchas cosas más. Para nombrar una sola, hay demasiados neutrinos, de fuentes muy diferentes. Y un sinfín de efectos magnéticos. Las estrellas están muy apiñadas. Además, muchas de ellas son dobles triples o cuádruples, por lo que giran a gran velocidad, desviando las líneas de fuerza, aparte de que la irradiación mantiene una buena fracción del medio interestelar en estado de

plasma. Por lo tanto, hemos de enfrentarnos a acciones electromagnéticas de todo tipo, a la radiación sincrotrónica y a la radiación betatrónica, sin contar con las colisiones nucleares y...

—Ahórrame la lista completa —le interrumpió Laure—. Límitate a confesar que el nivel sonoro es demasiado elevado para tus instrumentos.

—Y para cualquier otro instrumento que pudiera extrapolar—respondió la *Jaccavrie*—. La precisión que requerirían sus filtros supera a la que permiten las leyes de la atomística.

—¿Y qué me dices de tu sistema de inercia? ¿También está encallado?

—Comienza a estarlo. Por eso te pedí que vinieras a echar un buen vistazo a lo que nos rodea y al lugar adonde nos dirigimos, mientras escuchas mi informe.

La computadora no se hallaba programada para sentir temor, pero Laure se preguntó si en ese momento no buscaría amparo en la pedantería.

—La navegación por inercia operaría aquí a velocidades cinéticas — continuó la máquina—. Sin embargo, para traspasar los parsecs, necesitamos hiperimpulso. Siendo idénticas la masa de la inercia y la gravitacional, un cambio demasiado rápido en el potencial de gravitación tendería a provocar precesiones y nutaciones incontrolables. En zonas normales del espacio lo compensaríamos, pero no aquí. Con un número excesivo de estrellas demasiado juntas, que se mueven las unas entre las otras siguiendo trayectorias demasiado complejas para mis posibilidades de cálculo, la tasa de variación se eleva a números astronómicos.

—En síntesis —apuntó Laure lentamente—, si nos sumergimos más a fondo en esta materia, volaremos a ciegas.

—Sí, como le sucedió a la *Makt*,

—Siempre nos quedará el recurso de salir al espacio abierto en cualquier momento, ¿no? Lo solucionarás siguiendo una línea más o menos recta, hasta emerger.

—De acuerdo, pero no me gusta correr riesgos. El trasfondo de rayos cósmicos aumenta de manera muy considerable.

—Dispones de pantallas de protección.

—Estoy sopesando las implicaciones. Esas partículas se originan en algún sitio. La aceleración magnética sólo explica una fracción de su intensidad. Por lo tanto el ritmo de producción de novas y supernovas de este racimo en el pasado reciente tuvo que ser grandioso, lo que indica, a su vez, un vasto número de cuerpos menores: estrellas neutrónicas, planetas fugaces, grandes meteoritos, espesos bancos de polvo, cosas en general indetectables hasta que se choca con ellas.

Laure sonrió a su invisible exploradora.

—Si algo falla, reaccionarás con toda rapidez —dijo—. Nunca te descuidas.

—Te garantizo que no tropezaremos con problemas que no sea capaz de afrontar.

—Calcula mis posibilidades, ¿quieres?

La *Jaccavrie* cayó en un largo silencio. El aire chisporroteaba y silbaba. Laure se descubrió a sí mismo con los ojos clavados en la bruma estelar. Transcurrió un minuto antes de caer en la cuenta de que la nave no le había respondido.

—¿Y bien? —le preguntó al fin.

—Los parámetros son inciertos. —Ya no había hostilidad en su voz—. Sólo

te diré que hay grandes probabilidades de un desastre en comparación con los viajes a través de regiones normales de la galaxia.

—¡En nombre del Caos! —La risa de Laure sonó desasosegada—. Me hablas de una cifra casi insignificante. Antes de penetrar en esta nebulosa, sabíamos ya que corríamos un riesgo. ¿Y qué pasa con la radiación coherente a partir de fuentes naturales?

—Opino que existe excesiva desproporción entre el riesgo y el posible beneficio —sentenció la *Jaccavrie*—. En el mejor de los casos, considero este lugar como apto para un estudio científico. A ti te corresponde otra clase de trabajo. Tu principal fantasía, por cierto muy peligrosa, consiste en creerte en condiciones de satisfacer los anhelos emocionales de un puñado de semibárbaros.

Laure sintió que la ira brotaba en su interior, una ira que se disolvió en frialdad:

—Te di la orden de que me informaras sobre la radiación coherente.

Jamás antes había impuesto Laure su categoría de humano. La *Jaccavrie* respondió con voz tan gélida como el metal:

—He detectado algo en los infrarrojos visibles y cortos, en los puntos donde ciertos tipos de estrellas provocan procesos pseudo-quasares en el gas circundante. Se disipa a la misma velocidad que cualquier otra luz.

—¿Las bandas radiales son claras?

—Sí las de ese tipo de onda, aunque...

—Suficiente. Seguiremos adelante, hacia el centro del racimo. Corta este panorama y conéctame con la *Makt*.

Los soles brumosos se esfumaron. Laure estaba solo en un compartimento de metal. Se sentó, frunció la frente y clavó la vista en la pantalla externocomunicadora que se alzaba ante sus ojos. ¿Qué le pasaba a la *Jaccavrie*? Su desaprobación de la búsqueda se tornaba cada vez más evidente, sobre todo durante los últimos días. Quería que emprendiera el retorno, que se presentara ante los cuarteles generales y dejara allí a los kirkasantes. Que se las arreglaran a su modo para pasar el resto de sus vidas en el exilio. Bien... El hecho de ser una nave batidora, construida para la exploración, condicionaba siempre sus criterios. No obstante, ¿cómo no comprendía que él tenía el deber —y también el deseo— de ayudar al pueblo de Graydal?

La pantalla parpadeó. El diseño de las dos naves difería hasta tal punto que les resultaba difícil permanecer en fase durante un tiempo considerable. Asimismo, se recibía mal la modulación impuesta sobre los impulsos espaciales. Poco después, la imagen se estabilizó, dejando ver un rostro.

—Le pondré en comunicación con el capitán Demring —se limitó a decir el oficial de comunicaciones.

En un kirkasante, semejante falta de ceremonia revelaba tan a las claras la tensión que reinaba a bordo como las ojeras de toda la tripulación.

La imagen volvió a ondular y apareció en la pantalla la cara del viejo. Se hallaba en su cabina, que contaba con conexiones audiovisuales directas. La extravagancia del decorado impresionó una vez más a Laure. ¿Qué historia había dado lugar a las convenciones artísticas de aquellos tapizados con figuras angulares de brillantes colores? ¿Qué canciones reproducía el aparato musical, en qué lengua y en qué escala? ¿Qué simbolismo ocultaba la máscara de plata que adornaba la puerta?

Fatigado pero indómito, Demring levantó la vista y dijo:

—Haya paz entre nosotros. ¿A qué se debe esta llamada?

—Quiero comunicarte lo que acabo de saber —le informó Laure—. ¿No podría intervenir tu piloto en esta conversación?

—¿Para qué? —inquirió Demring en tono cortante.

—Bueno..., sus obligaciones...

—Ella colabora en la toma de decisiones, pero no decide. Como máximo, se le permite un consejo. —Hizo una pausa antes de agregar con energía—: Ya has hablado demasiado con mi hija, batidor Laure.

—No... Quiero decir sí, pero...

El joven se recuperó. Le habían preparado psíquicamente para dominarse, aunque el uso de esta facultad adquirida aún no se había convertido en refleja.

—Capitán, Graydal me ha ayudado mucho a entender vuestro carácter. Cada una de nuestras culturas ha de intuir la esencia de la otra, si deseamos cooperar. Y ese proceso comienza aquí, entre estas naves. Graydal aclara mis dudas y creo que comprende mejor mis propósitos que cualquier otro miembro de tu tripulación.

—¿Y a qué achacas tú ese fenómeno? —quiso saber Demring.

Laure no quiso mostrarse ofendido por la arrogancia del capitán —era el padre de ella—. Intentó esbozar una sonrisa.

—Bueno, hasta cierto punto, ella y yo hemos llegado a conocernos. Entre nosotros, dejamos de lado las formalidades y nos tratamos como amigos.

—Lo cual no me parece necesariamente deseable —señaló Demring.

Laure recordó que los hábitos sexuales de la especie humana varían mucho e incluyen una gran carga emocional. Se compenetró de los prejuicios de Demring y dijo en un tono que consideró moderada y justamente indignado:

—Te aseguro que no me he permitido nada incorrecto.

—No, por supuesto. —El kirkasante rechazó la idea con un gesto cortante—. Confío en ella. Y en ti, sin duda alguna. De todas formas, te advierto que las relaciones íntimas entre miembros de sociedades tan distintas como las nuestras suelen terminar de manera desastrosa para todos los implicados.

Laure se compadeció de él. «Tiene miedo de dejar caer la máscara... ¿Será ésa la causa de que en el arte de su pueblo se repita tanto ese motivo? En el fondo, no es más que un padre preocupado por su hija.»

Se sentía acosado... ¡Primero la computadora y ahora esto!

—No creo que exista tanta divergencia entre nuestras culturas —replicó fríamente—. Ambas son tecnológico-rationales, lo que, en principio, denota una gran similitud. ¿Pero no nos estamos desviando del tema? Quería ponerte al corriente de los descubrimientos que ha hecho mi nave.

Demring se relajó. El universo mecánico no le asustaba.

—Adelante, batidor.

Sin embargo, después de oír a Laure, frunció el entrecejo, se mesó la barba y, sin tratar de ocultar su angustia, dijo:

—¿O sea que no tenemos posibilidades de encontrar Kirkasant por nuestra cuenta?

—No —respondió Laure—. Yo había esperado que uno de mis modernos sistemas localizadores serviría para operar en esta racimo. En tal caso, hubiésemos zigzagueado a gran velocidad entre las estrellas, situándolas en el mapa, con bastantes probabilidades de localizar en unos meses el grupo de! que partisteis. Tal como se han puesto las cosas, no hay modo de establecer

una red lo bastante precisa, ni contamos con nada a qué referir esa red. Una vez que una estrella desapareciese en la bruma, jamás volveríamos a encontrarla. Ni siquiera mediante una línea recta de retroceso, puesto que carecemos de un *feedback* de navegación para asegurarnos de que nos mantenemos en una línea recta.

—¡Perdidos otra vez!

Demring se miró las manos, que había cruzado sobre la mesa. Cuando volvió a levantar la vista, su rostro bronceado aparecía rígido de dolor.

—Me lo temía. Por eso me sentía reacio a regresar. Temía el efecto de la decepción sobre mi gente. Ahora ya conoces otro aspecto en el que diferimos. Para nosotros, el hogar, los lazos de parentesco, las tumbas ancestrales, no suponen un mero placer. Significan una parte muy importante de nuestra identidad. Estamos dispuestos a explorar y colonizar, pero no a quedar amputados por completo de los nuestros. —Se enderezó en el asiento y convirtió la confesión en un movimiento estratégico, al concluir su discurso con voz seca—: En consecuencia, cuanto antes dejemos atrás las cercanías de nuestro mundo y aceptemos la verdad, renunciando a nuestra patria física, cuanto antes salgamos de este racimo..., mejor para todos.

—No —se opuso Laure—. He reflexionado mucho sobre vuestra situación. *Existen* formas de navegar por aquí.

Demring no evidenció ninguna sorpresa. También él debió de pensar en las contingencias y en las posibilidades. No obstante, Laure las esbozó:

—Por ejemplo, a partir del exterior del racimo, instalar una red de faros artificiales. Yo diría que bastarían cincuenta mil en órbita alrededor de estrellas seleccionadas. Si dotamos a cada uno de una señal identificadora, permitirían a las naves fijar sus coordenadas y trazar un rumbo. Se me ocurren varios métodos. Sólo se precisa que emitan un ruido que no ahoguen los sonidos naturales. Los moscardones a hiperimpulso, que avanzan y retroceden de manera automática, serían detectables en un radio de un año luz. Y una serie de radiodifusiones coherentes en las bandas correctas se captarían a la misma distancia o más. Puesto que las estrellas de los alrededores sólo están separadas por semanas o meses luz, a una red electromagnética no le llevaría mucho tiempo completar el circuito. Sin duda un verdadero ingeniero, especializado en el problema, descubriría mejores respuestas aún.

—Lo sé —coincidió Demring—. En la *Makt* hemos discutido la cuestión y llegamos a conclusiones similares. El obstáculo básico se centra en el trabajo que significaría, en primer lugar fabricar ese número de faros y, luego, más difícil todavía, instalarlos. Habría que emplear muchas horas de trabajo y muchas naves para alcanzar resultados satisfactorios en un plazo de tiempo razonable.

—De acuerdo.

—Quiero pensar que los clanes de Hobrok no discutirían a quién le corresponde pagar los costos, pero he hablado con algunos nombres de Serieve. También tomé en cuenta lo que Graydal transmite y lo que no transmite de sus conversaciones contigo. La vuestra es una civilización mercantil.

—No exactamente —le corrigió Laure—. Ya traté de explicar...

—No te preocupes. Nos queda el resto de nuestra vida para enterarnos de sus características. ¿Viramos ahora y damos por concluida esta expedición?

Laure parpadeó ante el manifiesto desdén de Demring, pero meneó la

cabeza: —No, será mejor que continuemos. Nos aguardan descubrimientos extraordinarios, que atraerán a los científicos. Y cuando haya muchas naves zumbando en los alrededores...

—Disculpa, batidor. —La sonrisa de Demring no traslucía el menor sentido del humor—. Jamás nos visitarán tantos científicos, Y nunca se instalarán los faros a lo largo del racimo. ¿Para qué? La posibilidad de que uno de sus vehículos tropiece con Kirkasant es despreciable. Perseguirán estrellas y planetas poco comunes, información sobre los campos magnéticos y los plasmas o cualquier otra cosa de fácil acceso para su estudio. Ni siquiera los antropólogos sentirán el menor interés en investigar nuestro mundo. Preferirán dedicarse a otras tareas, también singulares para ellos, pero mucho más accesibles.

—Yo tengo mis propias obligaciones —respondió Laure—. El viaje hasta aquí fue muy largo. Una vez cumplido, debo recuperar parte de los costos para mi organización, reuniendo todos los datos posibles antes de regresar.

—¿Y no cuenta el costo que supone para mi gente? —se lamentó Demring—. ¿No importa que vean su propio cielo a su alrededor durante semanas enteras..., y sintiéndose exiliados?

Laure perdió la paciencia,

—Abandona si quieres, capitán —le espetó—. No tengo autoridad para impedírtelo. Yo seguiré adelante, hasta el mismo centro del racimo.

—¿Esperas encontrar algo que te haga rico o, por lo menos, famoso? —contestó Demring, impulsado por una fría llamarada de ira, que refrenó de inmediato—. Este lugar no me parece apto para los actos impulsivos. Indudablemente, tu vehículo supera en mucho al mío. Y dudo que el equipo de navegación de la *Makt* consiga arribar nunca a esa base avanzada en la que debemos reaprovisionarla. Si continúas, estoy condenado a acompañarte como una simple medida de prudencia, a menos que los riesgos que corras alcancen un grado intolerable. Pero te invito a una nueva conversación.

—Cuando gustes, capitán.

Y Laure desconectó el circuito.

Permaneció un rato inmóvil, echando pestes. La barrera cultural no podía ser tan inexpugnable, ¿O sí? Los kirkasantes no parecían tan estúpidos ni tan perversos como para no darse cuenta de que trataba de favorecerles. Tal vez se equivocó al concentrarse más en aprender cosas sobre ellos que en enseñarles algo acerca de sí mismo. No obstante, Graydal debía de conocerle bien.

La nave recibió una llamada y volvió a conectar la pantalla. Laure sintió que le inundaba la alegría, hasta que vio el rostro de Graydal.

Con una expresión glacial en sus ojos dorados, sin saludarle, la navegante dijo:

—Los oficiales acabamos de escuchar una grabación de tu conversación con mi padre. ¿Qué...

La conexión falló de pronto, volviendo turbulenta la imagen y mezclando la voz de Graydal con desagradables sonidos, similares a los de la estática.

—... intentas?

La pantalla se oscureció.

—Mantén el contacto —ordenó Laure a la *Jaccavrie*.

—No es tan fácil en estos campos gravitacionales —replicó la nave.

Laure se puso de pie de un salto, se golpeó la palma de una mano con el

puño de la otra y gritó:

—¿Vas a dejar de crearme problemas? ¡Si no restableces la comunicación, te armaré una bronca fenomenal!

Reapareció la imagen, aunque borrosa y ondulada. La voz sonaba cargada de zumbidos y chirridos, como si llegara a través de tenebrosas brumas estelares, tras recorrer años luz de distancia.

—Estamos desconcertados. —Graydal hablaba ahora con mayor amabilidad—. Me delegaron para que averiguase algo más, ya que yo te..., te conozco mejor. Si nuestras naves no pueden alcanzar Kirkasant, ¿por qué seguimos adelante?

Después de las horas que habían pasado charlando, comiendo, bebiendo, escuchando música y riendo juntos, Laure la entendía tan bien que supo enseguida cuan desdichada se sentía detrás de su máscara. A su gente —a ella misma—, aquel viaje entre la bruma les causaba un dolor que él no habría experimentado aun en el caso de haber nacido allí. Él pertenecía a una civilización de viajeros. Jamás consideraría su planeta como el paraíso perdido. Para ellos, en cambio, siempre se alzaría un escollo púrpura contra el ocaso, siempre verían las marismas al amanecer, las gélidas nubes montadas sobre los riscos desérticos carcomidos por el viento, los antiguos castillos, siempre oírían el batir de alas en el cielo... Y siempre, siempre, recordarían las amadas noches blancas de las que ningún otro universo humano disfrutaba.

Formaban un pueblo de luchadores. No se sentarían a esperar que se compadeciesen de ellos. Forjarían algo grande en el exilio. Y él no les ayudaba a olvidar su desarraigo. En consecuencia, estuvo a punto de confesarle a Graydal la verdadera razón que le impulsaba. Se mordió la lengua a tiempo y le explicó con más detalles lo mismo que había comunicado al capitán Demring. Su nave representaba una considerable inversión que debía amortizarse a lo largo de su vida de servicio. Lo mismo ocurría con su propia capacitación profesional. El tiempo que había empleado en llegar hasta allí equivalía, por lo tanto, a una importante cantidad de dinero. Por el momento, no contaba con nada que justificara esos gastos, excepto la confirmación de una conjetura razonable sobre la naturaleza de las proximidades de Kirkasant.

Disfrutaba de plenos poderes..., mientras permaneciera de servicio. Sin embargo, siempre corría el riesgo de un despido. De hecho, le despedirían si su carrera, tomada en conjunto, no daba beneficios. En aquel caso específico, el beneficio consistiría en una detallada información referente a un entorno singular, prorrateada en los términos siguientes: conocimiento científico, con su potencial de progreso tecnológico; experiencia en viajes espaciales; relaciones públicas...

Graydal le miró horrorizada.

—No vas a decirme que sólo seguimos adelante para..., para favorecer tus fines personales —susurró.

La interferencia se burló de ambos.

—¡No! —protestó Laure—. Escúchame, sólo quiero ayudaros. Pero vosotros debéis justificarme desde el punto de vista económico. En primer lugar, sois la única razón por la que vine hasta aquí. Si vais a colaborar con la Comunalidad, lo que os valdría su apoyo para empezar de nuevo, tenéis que demostrar que el tiempo empleado en vosotros merecía la pena. Al seguir adelante, empezamos a demostrarlo. Y remataremos la demostración entregándoos un bagaje de conocimientos que hasta ahora no poseían.

Graydal se serenó, aun manteniéndose distante:

—¿Y tú crees que eso está bien?

—De todos modos, así son las cosas—repuso él en tono firme—. A veces pienso que mis intentos por revelarte la manera de ser de mi gente no dieron ningún resultado.

—Dejaste bien claro que sólo piensan en su propio interés.

—A juzgar por tus palabras, no he dejado nada en claro.

Laure se hundió en su silla de red. «Hay días en que un hombre recibe golpe tras golpe», pensó. Se obligó a sí mismo a erguirse y empezó de nuevo:

—Nuestro ideal difiere del vuestro... No, no me expreso bien. En realidad, tenemos los mismos ideales, aunque pongamos el acento en diferentes aspectos. Vosotros creéis que el individuo debe ser libre y ayudar a su prójimo, y nosotros pensamos lo mismo. Sólo que vosotros consideráis básico el servicio, le dais prioridad, y nosotros nos inclinamos a todo lo contrario. El hombre y la mujer tienen ciertos deberes respecto a su cían y su país desde que nacen, claro. Sin embargo, se protege su individualidad, desaprobando la esclavitud y despreciando a todo aquel que no dota su vida de un aspecto estrictamente personal. Concedemos libertad a la persona, dentro de un marco flexible de prohibiciones racionales. Protegemos el aspecto social, rechazando la avaricia, el egoísmo, la crueldad.

—Lo sé. Tú...

—Quizá no te has parado a pensar hasta qué punto nos vemos *obligados* a hacerlo así —la interrumpió—. Nuestra civilización se ha extendido demasiado para soportar nada que no sea la libertad. La Comunalidad no constituye un gobierno. ¿Cómo gobernar diez millones de planetas? Se trata de una sociedad privada, voluntaria y de beneficio mutuo, abierta a cualquiera que responda a ciertos niveles, proceda de donde proceda. Presta determinados servicios a sus miembros, por ejemplo mi propio trabajo de salvamento en el espacio. Esos servicios son lo bastante amplios y eficientes para que a los gobiernos planetarios locales les atraiga contratarlos. No obstante, no hablo en nombre de mi civilización. Nadie lo hace. Tú me convertiste en un amigo. Pero, dime, ¿cómo conquistarías la amistad de diez billones de individuos?

—Ya me dijiste eso antes.

«Y no lo registraste. No lo asimilaste de verdad. Supongo que la idea es demasiado nueva para ti», pensó Laure. Ignoró la observación de Graydal y continuó:

—Por la misma razón, no existe una economía interestelar planificada. Ya en un solo continente, cualquier planificación se quiebra a causa de la magnitud de los detalles. La historia está llena de casos semejantes. De modo que confiamos en el mercado, que opera de modo tan automático como la gravitación. También con la misma eficacia, la misma despersonalización y, en ocasiones, la misma implacabilidad... Muy bien, nosotros no construimos este universo, sólo lo habitamos.

Daven tendió las manos, como si quisiera tocarla a través de la distancia y la distorsión.

—¿No comprendes? —dijo después de una pausa—. No puedo ayudaros en vuestra situación. Nadie puede hacerlo. Ningún cuatrillonario individual, ninguna fundación, ningún gobierno, ningún consorcio alcanzaría a pagar el costo de la operación. No nos acuses de falta de caridad. Acusa a la falta de recursos para un esfuerzo de semejante magnitud. Los recursos se dividen

entre demasiadas personas, cada una de las cuales ha de cumplir primero con sus propias obligaciones. Si cada una contribuyera con algo, reuniríais lo suficiente para comprar vuestra flota. Pero no existe un mecanismo impositivo para recaudar ese algo ni medio alguno de crearlo. En cuanto a las donaciones voluntarias... ¿Cómo haríamos para transmitir nuestro mensaje a toda una civilización, tan vasta, tan diversa, tan ocupada en sus propios asuntos..., asuntos que incluyen necesidades mucho más urgentes que las vuestras? Graydal, de veras, no somos avaros. Somos impotentes.

Ella estudió la cuestión largo rato. Como no la veía bien a través de las ondas de la pantalla, Laure trató de imaginar qué emociones expresaría su rostro. Por último, la muchacha habló, no exenta de afabilidad, pero sí protegida en la reserva de los de su especie. Él no oyó nada a causa de los zumbidos, a excepción de lo siguiente:

—... adelante, puesto que no hay otro remedio. De todos modos, por muy poco tiempo. Buena ronda, batidor.

La pantalla se apagó. Esta vez, Laure no logró que la *Jaccavrie* restableciera la conexión.

En el corazón del gran racimo, donde la nebulosa era tan espesa que semejava un destello casi informe, de matiz perlado y cruzado por arcos iris, las estrellas distaban tan poco entre sí que se contaban por miríadas. Las naves espaciales se arrastraban como fragatas en los mares ignotos de la antigua Tierra. Allí había algo más que niebla. Resaltaban las hondonadas, los escollos, las entrelazadas mareas. Las energías se afanaban por atravesar el plasma. Acumulaciones de polvo, planetas fugaces, soles abrasados se alzaban amenazadores detrás de las nubes más densas. En dos ocasiones, la *Makt* rozó la catástrofe. Por fortuna, la *Jaccavrie* detectó el peligro con sus instrumentos más precisos, advirtiéndolo para que se alejara.

Cuando los posteriores ruegos de Demring fracasaron, Graydal acudió personalmente a bordo para rogarle a Laure que emprendiera el regreso. El hecho de que doblgara su orgullo hasta ese extremo revelaba el agotamiento de todos sus compañeros.

—¿Qué ganamos corriendo semejante riesgo? —preguntó estremecida.

—Demostrar que aquí se alberga el tesoro de un fenómeno singular— respondió Laure.

El también se sentía deprimido, en parte por el largo viaje y la tensión casi constante, en parte por la distancia que ahora les separaba. Trató de infundir algún entusiasmo en su voz:

—En cuanto informemos sobre esto, se organizarán expediciones. Te apuesto lo que quieras a que de aquí saldrán los cimientos de dos o tres ciencias hasta ahora desconocidas.

—Lo sé. Todo es astronómico, abundante, cercano e interactuante. — Graydal se encogió de hombros—. Olvidas que no nos corresponde a nosotros la investigación. Podemos retornar ahora mismo, podríamos haberlo hecho antes, provistos de detalles suficientes para un informe. ¿Por qué te niegas?

—Aún debo investigar sobre el terreno varios planetas de diferentes sistemas —fue la respuesta—. Entonces nos daremos por satisfechos.

—¿Qué significan esos planetas para ti?

—Los espectros locales estelares son muy extravagantes. Quiero saber si la abundancia de elementos en los cuerpos sólidos se halla a tono con eso.

—No te comprendo —le miró con fijeza—. Creía que sí, pero me

equivocaba. No hay en ti ninguna compasión. Nos condujiste, nos atrajiste tan lejos que no lograríamos salir de aquí si tu nave no nos guía. No te preocupa nuestra fatiga ni nuestro tormento. No entiendes, o no quieres entender, nuestras ansias de vivir.

—A mí me ocurre lo mismo —trató de sonreír—. Disfruto con todo este proceso.

Graydal movió de un lado a otro su oscura cabeza.

—Sabía que no comprenderías. No le tememos a la muerte por nosotros mismos, pero la mayoría aún no hemos tenido hijos. Sentimos miedo por nuestra estirpe. *Necesitamos* encontrar un hogar, olvidar Kirkasant y formar familias. Y tú nos obligas a seguir en esta estéril búsqueda... ¿Por qué? ¿Por tu propia gloria?

Tendría que habérselo explicado en ese momento, pero la tensión y el abatimiento le indujeron a responder:

—Aceptasteis mi jefatura. Eso me convierte en responsable de vosotros. ¿Cómo voy a asumir esa responsabilidad si no ejerzo el mando? Soportaréis muy bien otro par de semanas. No precisaré más tiempo.

A su vez, ella tendría que responderle que no ignoraba la nobleza de sus motivos y que sólo deseaba oírlo de sus labios. Descendiente de cazadores y soldados, se cuadró y dijo:

—Muy bien, batidor. Transmitiré tus palabras a mi capitán.

Se marchó y no volvió a poner los pies en la *Jaccavrie*. Más tarde, después de una «noche» de insomnio, Laure decidió:

—Comunícame con la navegante piloto de la *Makt*.

—No te lo aconsejo —respondió la voz femenina de la nave.

—¿Por qué?

—Presumo que quieres rectificar. ¿Sabes acaso cómo reaccionará Graydal, o su padre, o sus jóvenes colegas masculinos, que sin duda se sienten muy atraídos por ella? Son unos extraños para ti, y se encuentran sometidos a una fuerte tensión nerviosa.

—¡Son seres humanos!

Palparon los motores. Los ventiladores susurraron.

—¿Y bien...? —insistió Laure.

—No estoy programada para computar emociones, salvo a nivel elemental —recitó la *Jaccavrie*—. Pero te ruego que recuerdes la diversidad de la raza humana. En Reith, por ejemplo, hombres normalmente pacíficos sufren de vez en cuando ataques de furia asesina. Sucede con tanta frecuencia que, en esas circunstancias, la violencia no constituye un delito según sus leyes. Un talato se muestra paciente y alegre en la adversidad... hasta cierto punto. Después, deja de esforzarse, se dedica a la contemplación de su Dios y aguarda la llegada de la muerte. Piensa en tantas culturas distintas, todas incluidas en el ámbito de la Comunalidad. ¿Por qué no han de ser diferentes los kirkasantes?

—¡Hum!

—Te sugiero que te entrometas lo menos posible. Así, se reducirán las probabilidades de provocar algún estallido imprevisible. Una vez cumplida nuestra tarea, ya de regreso, cederán las tensiones y podrás comportarte con ellos como quieras.

—Quizá tengas razón... —Laure se quedó mirando un mamparo con mirada sombría—. No sé. De verdad que no lo sé.

Poco después, estaba demasiado ocupado para preocuparse. La *Jaccavrie*

avanzaba según sus instrucciones, conduciéndole a sistemas planetarios que pertenecían a diversos tipos estelares. En cada uno de ellos, Laure aterrizó sobre un astro sin aire, procedió a lecturas analíticas, tomó muestras de minerales y, sin acercarse, efectuó una inspección superficial de los mundos más grandes.

Ni un solo indicio de vida. En ningún sitio. Lo esperaba. De hecho, aquello confirmaba sus suposiciones acerca de la parte interior del racimo.

La gravitación había concentrado tanto polvo y tanto gas que el ritmo de producción estelar resultaba increíble. Cada vez que el racimo atravesó las nubes alrededor de un centro galáctico y recibió una nueva carga de material, se produjo un torrente de supernovas, varias por siglo, durante un millón de años o más. No logró dilucidar qué furia se había desatado, y apenas se atrevió a transferir sus cálculos a números. Probablemente, la radiación había esterilizado todo aliento de vida en cincuenta años luz a la redonda. (Por lo tanto, Kirkasant debía de hallarse más allá, lo que coincidía con los datos proporcionados por sus habitantes, en el sentido de que el medio interestelar era mucho más denso en esa región central que en las vecindades del mundo que habían perdido.

Núcleos enteros se habían consumido en interiores estelares y, no las dos, tres o cuatro generaciones de estrellas que habían precedido a la mayor parte de la galaxia normal... Aquí, un átomo típico tal vez había atravesado por una docena de explosiones supernólicas sucesivas. Una transformación se sumaba a otra. El hidrógeno y el helio seguían siendo los elementos más comunes, gracias tan sólo a la abrumadora abundancia inicial. Por otro lado, la mayoría de las sustancias más ligeras se habían vuelto raras. Aquellos planetas eran absolutamente imprevisibles. Algunos de los gigantes no presentaban gruesas capas de agua congelada, ni los más pequeños extensas costras de silicatos. El carbono, el oxígeno, el nitrógeno, el sodio, el aluminio, el calcio se perdían casi entre... el hierro, el oro, el mercurio, el tungsteno, el bismuto, el uranio y el transuranio... Laure no se atrevió a aterrizar en algunas esferas muy pequeñas, a causa de su feroz radiación. Algún día, un robot blindado pondría el pie en ellas. Jamás un organismo viviente.

La tripulación de la *Makt* no se ofreció a ayudarle. Irracionalmente ultrajado, tampoco Laure les pidió colaboración. La *Jaccavrie* se ocuparía de cualquier comunicación esencial con el capitán y la navegante piloto. Trabajaba hasta caer dormido, despertaba, aprovisionaba su cuerpo y volvía a trabajar. Entre una estrella y otra, se entregaba a detallados análisis de las muestras, trabajo lo bastante complicado para mantener su mente apartada de Graydal. Minerales como aquéllos sólo podían haberse formado en tan fascinante reino.

Por último, las naves orbitaron alrededor de un planeta provisto de atmósfera.

—¿De verdad deseas penetrar en ella? —inquirió la computadora—. No te lo recomiendo.

—Tú nunca recomiendas nada de lo que me propongo —gruñó Laure—. Sé que el aire supone un factor extra, con el que hay que contar. Pero necesito hacerme una idea de la distribución de los elementos en la superficie de astros como ése. —Se frotó los ojos inyectados en sangre—. Será el último. Después, iniciaremos la operación de retorno.

—Como tú digas. —¿Suspiró de veras la voz artificial?— Después de tanto tiempo en el espacio, tendrás que prepararlo todo para un aterrizaje

aerodinámico.

—De ningún modo. Me llevaré el deslizador, como de costumbre. Tú te quedarás quieta.

—No cometas imprudencias. No se trata de un globo sin aire, que me ofrecería la posibilidad de orbitar por encima de las cumbres montañosas y vigilarte. Si mis cálculos no fallan, la ionosfera está tan cargada que la radio del deslizador no llegará hasta mí.

—No habrá ningún problema —afirmó Laure—. De todos modos, si lo hubiese, es imprescindible tu presencia aquí. Los kirkasantes te necesitan para que les guíes hacia la salida.

—Yo...

—Ya oíste la orden.

Laure se dedicó después a tomar ciertas precauciones esenciales, aunque no las creía necesarias. Su objetivo parecía inofensivo: seco, estéril, una piedra que giraba alrededor de una estrella.

Sin embargo, tras apartarse de la escotilla principal y acelerar su deslizador de gravedad, el panorama que se extendía ante sus ojos le cortó la respiración.

Le rodeaba una rutilante bruma, con su interior plagado de estrellas, que iluminaban cavernas y zarcillos, aureolados de infinitas fluorescencias multicolores. Incluso mientras observaba uno de esos puntos de un color azul acerado, se incrementó su fulgor hasta que la intensidad le hacía arder los ojos. Otra nova. Cada etapa de la evolución estelar aparecía tan ricamente representada que daba la impresión de que el tiempo mismo se hubiese comprimido. ¡El cosmos! ¡Qué maravilloso laboratorio astrofísico!

(Por regla general, reservado a los instrumentos no tripulados. La carne humana no duraría muchos meses en una extensión de radiación cósmica que caía como cellisca a través de esos espacios. Los sincrotrones, los betatrones y las unidades cuánticas de Cerenkov hervían desde las partículas lanzadas en el gas a través del entrelazado magnetismo de átomos y soles. Laure estudió el contador de exposición acumulativa sujeto a su muñeca izquierda.)

El disco solar era grande y de un cárdeno color naranja. A pesar de la termostatación del deslizador, Laure sintió que el calor le abofeteaba a través de la burbuja y de su propia combinación. Un visor manual puso de relieve inmensas prominencias, que lamían el cielo como lenguas de fuego, y una corona de una hermosura tal como para causar un paro cardíaco. Un sol de tipo K nunca sería tan espectacular, pero no había estrellas normales a la vista..., no con semejante distribución y caída de elementos.

En otros tiempos, el planeta al que se dirigía estuvo más alejado, pero la fricción con la nebulosa, a través de muchos giga-años, le forzó a una espiral interior. La temperatura de superficie no sobrepasaba aún los límites de lo tolerable —rondaba los 50° centígrados—, aunque la atmósfera era delgada, formada sobre todo por gases nobles. En todo aquel mundo, no había agua suficiente para llenar un lago de un tamaño aceptable. Rodaba ante sus ojos envuelto en unas tinieblas apenas mitigadas por las manchas rojizas de gigantescas tormentas de polvo. La luz refractada transformaba su aire en un aro ardiente.

El deslizador ingresó en esa atmósfera. Durante algún tiempo, Laure se ocupó, entre truenos y vibraciones, de ayudar al piloto automático en el descenso de la pequeña nave. Quedó suspendido por encima de una confusa planicie. En el horizonte cercano se erguían montañas peladas. La roca, negra

y parda, brillaba con un fulgor oscuro. El sol se destacaba en lo alto de un cielo teñido de un profundo color púrpura. Llevó a cabo un registro con una sonda de inducción, confirmó la solidez del suelo —de hecho, increíblemente duro— y aterrizó.

Sintió el impacto del enorme peso al apoyar los pies. El planeta tenía un diámetro menor que el más minúsculo de los habitados por el hombre, pero con tanta densidad que su fuerza de gravedad ascendía a 1,22 g normales. Un viento inesperadamente recio le empujó. Aunque sutil, el aire se movía a gran velocidad. Lo oyó gemir a través de su casco. Sonó un estruendo distante, y un temblor le atravesó las botas y los huesos. ¿Un corrimiento de tierras? ¿Un seísmo? ¿Un volcán invisible? Ignoraba lo que allí era posible. Sospechaba que tampoco lo sabrían los más expertos planetólogos. Hasta el momento, los mundos como aquél no habían sido hollados.

La radiación del suelo le pareció demasiado elevada para su gusto. Le convenía cumplir su cometido a toda prisa. Arrastró algunos aparatos, entre ellos una taladradora de fuerza para recoger muestras. La instaló y la dejó trabajando, mientras adhería un piroanalizador a una roca que se alzaba del caótico terreno. Desmenuzado entre las fauces del aparato y convertido en vapor mediante destellos de calor, el mineral reveló su composición fundamental al espectrógrafo óptico y al de masas. Laure estudió los resultados y asintió satisfecho. La presencia de la atmósfera no había modificado nada. Aquel lugar rebosaba de metales pesados y elementos radiactivos. Aunque no tenía razones para dudarlo, un cuadro de las estructuras molecular y cristalina le daría la certeza de su fácil extracción, como en el resto de los planetas.

«Bien —pensó, consciente del hambre que le asaltaba y del dolor de sus pies—, descansemos un rato en la cabina, comamos algo y echemos un sueñecito. Después, registraré otros puntos, sólo para cerciorarme de sus promesas. Y luego...»

El cielo explotó de repente.

Se tiró de bruces, con la máscara facial enterrada entre los brazos para protegerse del destello, antes de que su conciencia se enterase de lo ocurrido. Los batidores saben mucho sobre armas nucleares. Laure dejó pasar un minuto y, al ver que ninguna onda de choque le golpeaba y no oír otro sonido que el del viento creciente, se atrevió a sentarse y mirar.

El cielo se había vuelto blanco. El sol, antes un fanal anaranjado, se había transformado en bronce fundido. Ni siquiera se permitió dirigir una mirada de soslayo a las cercanías del astro, ya que el resplandor lo rodeaba por completo. El calor seguía aumentando incluso mientras se ponía de pie. «Una nova», pensó estremecido. Y evocó la imagen de Graydal, esperando el momento de desvanecerse en un sople de gas.

No obstante, siguió vivo y solo en la llanura, ahora refulgente de luz y espejismos. El viento rugía con mayor potencia aún. Sintió que le azotaba, que la masa del planeta le arrastraba, que tenía la boca seca y los músculos tirantes, dispuestos a saltar. La brillantez hacía arder sus ojos, pero no le causaba una molestia insoportable detrás de la máscara facial autoadaptable. El resplandor no daba la sensación de aumentar. Los infrarrojos le obligaban a sudar, pero no llegaban a asarle.

Por fin, la estabilidad. Algo enormemente extraño sucedía. Pero aún no le había matado. A modo de prueba y sin esperanzas de establecer contacto, sintonizó la radio. La estática bramó en los auriculares.

Le palpitaba el corazón con un ruido sordo, no sabía si de miedo o de optimismo. Al fin y a! cabo, era muy joven. Recuperó toda la sangre fría adquirida durante su entrenamiento. No dejó de advertir que, bajo el impuesto dominio de sí mismo, bullía el pánico. Empezó a reunir su equipo con metódica calma y a razonar entretanto.

«No fue la explosión de una nova. Las estrellas de la secuencia principal no se transforman en novae. Tampoco varían en segundos... Claro que ninguna estrella de los alrededores sigue las pautas normales. Quizá, de haber comprobado el espectro de ésta, habría descubierto datos indicativos de que estaba a punto de pasar a otra fase de su ciclo. O tal vez no habría sabido interpretar los datos. ¿Quién ha estudiado astrofísica en semejantes circunstancias?»

El fenómeno se asemejaba a lo ocurrido en Lobo-Rayet. Las estrellas circundantes no evolucionaban según líneas ordinarias. En primer lugar, presentaban una composición anómala. Luego, seguía cayendo materia sobre ellas, lo que cambiaba dicha composición e incrementaba sus masas. Eso forzosamente producía inestabilidad. Cada uno de los espectros que había analizado el corazón del racimo evidenciaba una enorme turbulencia en las capas superficiales, lo mismo que las manchas, las llamaradas, las protuberancias, las coronas que había visto. Con toda claridad la turbulencia se intensificaba más allá de las fotosferas. Podían verse afectados los centros estelares y sus focos nucleares. Sin duda, cada sol local constituía una violenta variable.

Incluso en las regiones menos densas, las estrellas debían de tener historias muy peculiares. En apariencia, el sol de Kirkasant había permanecido estable durante cinco mil años... Varios millones, en realidad, dado que el planeta contaba con una vida nativa bien desarrollada. ¿Pero quién juraría que iba a continuar así? ¡Destrucción! Había que encontrar Kirkasant cuanto antes, a fin de evacuar a sus habitantes en caso de necesidad. No iban a permitir que los niños perecieran...

Consultó su contador de radiaciones. La aguja se elevaba amenazadora. Más allá, el sol escupía rayos X en dosis apreciables, y el planeta carecía de una capa de ozono para bloquearlos. Moriría si no buscaba refugio —de preferencia tras las pantallas de fuerza de su nave— antes de la arribada de los iones. A pesar de su densidad, el globo tampoco tenía campo magnético para desviarlos. Probablemente el núcleo se hallaba formado de materias como el osmio y el uranio. Una mezcla tan extraña muy bien podía permanecer en estado sólido y no fundirse. «Lo ignoro por completo. Lo que sí sé es que me conviene mover el trasero y salir de aquí cuanto antes.»

El viento aulló. Una lluvia de polvo ferroso empezaba a cubrirle. Vio caer las partículas en misteriosos remolinos y las oyó chocar contra su casco. Apelando a toda su tenacidad, terminó de cargar el equipo. Cuando por fin se metió en la cabina del deslizador y cerró la cámara de aire, el vehículo se estremeció bajo la ráfaga ventosa. El sol aparecía rojo y enturbiado por la neblina.

Laure puso en marcha el motor y se elevó. No tenía sentido oponer resistencia al viento, que le haría feliz sólo con arrastrarle hacia el hemisferio nocturno. Entretanto, ganaría en altitud. Luego, se alzaría por encima de la tormenta, cobraría velocidad orbital y...

Nunca supo qué sucedió. Se suponía que el deslizador resistiría a cualquier golpe, al peor que un mundo pudiera propinarle. ¿Pero quién iba a prever de lo

que era capaz aquel mundo? La atmósfera, de escaso espesor, desarrollaba altas velocidades. Tal vez la repentina e incrementada irradiación había desencadenado el paroxismo de una célula ciclónica. Quizás el polvo, al ser conductor, había transmitido energía al vórtice, a un ritmo superior a todo lo imaginable, ¿Qué más daba? A Laure no le interesaban las teorías meteorológicas.

Se preocupaba sólo por la forma de seguir vivo, cuando le acometió una ceguera momentánea, provocada por un golpe que estuvo a punto de arrancarle la parte superior del cráneo. El deslizador giró como una hoja y fue arrojado contra la ladera de una montaña.

Todo ocurrió con excesiva rapidez para que Laure pensara en algo más que en reaccionar. Por encima de todo, su piloto automático y él tenían que recuperar el control. El choque estropeó el deslizador, le arrancó la parte media de la estructura y desparramó su carga, aunque no destrozó la cabina. El cinturón antichoque evitó que el hombre se hiriera gravemente. Perdió de momento el conocimiento, pero, al recobrarlo, descubrió que los daños se limitaban a un magullamiento general y un poco de sangre en la boca.

El viento ululaba... El polvo siseaba y barría la superficie. El sol se veía ahora como un turbio disco rojo, si bien de vez en cuando, un rayo de fuego puro atravesaba la tormenta y destellaba sobre los metálicos acantilados.

Laure luchó a tientas con el cinturón y salió tambaleándose. Apenas puso los pies en la cuesta, el suelo se adhirió a ellos con aspereza. Le urgía buscar refugio. Las partículas beta llegarían en cualquier momento, los protones en pocas horas. Entonces, moriría.

Se sintió consternado al descubrir que el equipo había desaparecido. No se atrevió a investigar. Decidió abrirse camino hacia las tinieblas.

No encontró ninguna cueva —cosa natural en aquellas tierras sin agua—, pero, oteando y calculando (asombra la serenidad que uno adquiere cuando su vida depende del buen funcionamiento de su cerebro), buscó qué dirección le ofrecía mejores posibilidades. Al fin, se vio recompensado. Un antiguo corrimiento de tierras había apilado grandes bloques de roca. Entre ellos, divisó un pasaje, hasta el cual consiguió arrastrarse.

Después, nada. Permanecer en aquel estrecho espacio y armarse de paciencia.

Por un recodo, se filtraba un poco de luz y el sonido de la tormenta. A partir de eso, podía juzgar cómo iban las cosas afuera. A intervalos regulares, reptaba hasta la entrada de su dolmen y analizaba el nivel de radiación. Poco más tarde, había alcanzado un grado tal que, a pesar de su combinación espacial, una experta terapia y todo lo demás, una exposición de una hora acabaría con él.

Debía esperar.

La *Jaccavrie* sabía en qué área aproximada tenía la intención de aterrizar. Vendría a buscarle lo antes posible. Si bajaba lo suficiente y usaba sus detectores, pronto localizaría el deslizador naufragado. Sin ayuda, a eso se reducían sus posibilidades. Bien, él se asomaría y la llamaría. Y se vieran o no en aquel terreno montañoso, siempre le quedaba el recurso de emitir una señal por radio. Ella entonces rastrearía la zona, le envolvería en un rayo de fuerza y le rescataría.

Pero... Pero todo dependía de que el tiempo amainase. La *Jaccavrie* superaba cualquier viento. No obstante, el polvo la dejaría tan ciega como a él,

al tiempo que les ensordecía y enmudecía a ambos. Era conductor y ningún mensaje de radio lograría atravesarlo. Para su propia satisfacción, Laure lo comprobó haciendo experimentos con el minirradar incluido en su equipo.

De modo que todo dependía, al parecer, de lo que se acabase primero, la tempestad o las reservas energéticas de Laure. De estas últimas se ocupaba el renovador de aire. Le quedaban unas treinta horas de carga antes de ahogarse en su propio aliento. ¡Si hubiese recogido uno o dos acumuladores de recambio o, mejor aún, un recargador de manivela! No debían de haber rodado a más de diez metros de distancia. En aquel momento, había decidido no registrar la zona y ahora no podía volver. Imposible, en medio de la radiación.

Suspiró, bebió un sorbo de agua de su cantimplora provista de tetina, comió un poco a través del tubo alimenticio, lamentó la falta de un vaso de cerveza y una cama cómoda, y se durmió. Cuando despertó, el viento había amainado, pasando de tempestad a un simple vendaval. Sin embargo, el polvo seguía siendo tan denso que ocultaba la gloriosa noche de la bruma estelar, que ya había caído. También tamizaba parte de la radiación, aunque no lo suficiente para permitirle salir. Le extrañó que el cuerpo del planeta no se resistiese más. Por último, dedujo que los iones, al chocar contra el aire de la capa superior contigua al terminal, producía secundarios y cascadas que descendían por todas partes.

¡En el hemisferio expuesto al sol el bombardeo debía de ser realmente atroz!

Le quedaban veinticuatro horas. Abrió la caja de sustentación, tras descolgársela del soporte de la hombrera, sacó la unidad sanitaria y se la adhirió. Los hombres no mueren románticamente, como personajes en un escenario. Sus cuerpos se aferran a la vida.

Lo mismo que sus mentes. Debería ordenar sus pensamientos, pero le alteraba el recuerdo de sus padres, de Graydal, de una animada y pequeña taberna que había visitado una sola vez, de una travesura que creía olvidada, de algún dinero que le debían, de Graydal otra vez... Volvió a comer y a adormilarse. El viento llenaba de polvo el aire exterior, y el tiempo se cerraba como un puño.

Diez horas. ¿Nada más?

Cinco. ¿Ya?

¡Qué forma tan estúpida de terminar! El temor revoloteó en las lindes de su percepción. Lo rechazó. Rugía el viento. ¿Cuánto tiempo dura una tormenta de polvo? ¿De dónde viene? Otra vez la luz del día fuera del refugio, con el color de la carne y el bronce. Las partículas cargadas y los rayos X eran tan espesos que algunos, al difundirse, llegaban hasta él. Cambió de posición para aliviar los calambres de sus músculos, lamió el sudor de su piel sucia y lamentó todo cuanto había deseado sin alcanzarlo.

Se proyectó una sombra en el rincón de la roca. Llegó a sus oídos un crujido, un deslizamiento. Una forma, voluminosa y extraña como la suya propia, reptó en torno al recodo del túnel. Entumecido, agotado, conectó la radio. El aire se había aclarado lo bastante y oyó su voz a través de la estática:

—Estás vivo... ¡Estás vivo! ¡Oh, benditas sean las alas de Valfar! ¡Estás vivo!

Rodeó con sus brazos el cuerpo de ella, sacudido por los sollozos. También él lloraba.

—No debiste... —tartamudeó—. No quería que *tú* te arriesgaras.

—No nos atrevimos a esperar más —dijo ella cuando se serenaron—. Desde el espacio, vimos la intensidad de la tormenta, que duraría días enteros.

Ignorábamos cuánto tiempo sobrevivirías. Sólo sabíamos que estabas en dificultades, pues de lo contrario habrías vuelto con nosotros. Bajamos. Casi me peleé con mi padre para que me lo permitiera, pero gané y vine. No corría tanto peligro como tú. De veras, créeme. Ella me protegió hasta que descubrimos tu deslizador. Luego, tuve que seguir a pie con un detector de metales para encontrarte, porque, evidentemente, aguardabas oculto en algún sitio, y ella no disponía de bastante alcance. Pero el peligro no era tan grande, Daven. Soy capaz de soportar mucha más radiación que tú. Sigo aún dentro del campo de tolerancia y no necesito ninguna droga por el momento. Voy a lanzar este cohete de señales. Lo verá y se acercará lo bastante para que nos reunamos con ella... Estás bien, ¿verdad? ¿Me lo juras?

—Sí, claro —asintió él lentamente—. Me siento muy bien. Mejor que nunca.

Era absurdo, pero necesitaba una respuesta, por triviales que fuesen todas las preguntas en comparación con el hecho de que Graydal había ido a buscarle y estaba con él, ambos vivos.

—¿Ella? ¿Quién te ha acompañado?

Graydal rió e hizo entrechocar su máscara facial contra la de él.

—La *Jaccavrie*, claro. ¿Quién si no? ¿No pensarías que tus mujeres iban a abandonarte?

Las naves iniciaron el viaje de retorno. Viajaban sin prisa. Nada mejor que la prudencia hasta emerger de la nebulosa, hasta situarse, antes de dirigirse a Cabeza de Dragón.

—Mi gente y yo nos alegramos de verte sano y salvo —dijo la imagen de Demring en la pantalla del externocomunicador. Aunque obligado a mostrarse cortés, no resistió a la tentación de agregar—: También aprobamos tu decisión de no investigar más ese planeta.

—Te agradezco lo primero—respondió Laure—. En cuanto a lo segundo... —Se encogió de hombros—. Insistir sería superfluo. Sentía curiosidad por los efectos que originaba la existencia de una atmósfera. Mi computadora acaba de efectuar un análisis probable de los datos que recogí. Con eso basta para la satisfacción de mis fines.

—¿Y puedo preguntarte cuáles son esos fines?

—Prefiero discutirlo primero con tu navegante piloto... En privado. Demring estudió a Laure con sus ojos verdes, antes de responder con gran seriedad:

—Tu puesto de comandante te otorga ese derecho. Además, de acuerdo con nuestras costumbres, puesto que ella ha servido de instrumento para salvar tu vida, consideramos que existe una relación especial entre vosotros... Aun así, te aconsejo una vez más la reflexión.

Laure no prestó la menor atención a la última frase. Su pulso saltaba enloquecido. Cortó la comunicación lo antes posible y pidió la mejor cena que la nave fuese capaz de servir.

—¿Estás seguro de que quieres anunciarlo a través de ella? —le preguntó la voz—. ¿Y revelárselo de esta manera?

—Sí. Creo que me he ganado ese placer. Ahora iré a ponerme presentable para la ocasión. Empieza tu tarea.

Y Laure recorrió todo el pasillo silbando.

Cuando Graydal subió a bordo, le tomó ambas manos entre las suyas. Se miraron largo rato a los ojos, en silencio. Ella había salpicado de joyas su larga cabellera, convirtiéndola en una noche estrellada. No llevaba uniforme. Iba vestida de un color azul profundo, que realzaba la tez cobriza, los ojos

ambarinos, y la flexibilidad de su cuerpo, ¿No exhalaba también cierta fragancia selvática?

—Bienvenida —fue todo lo que Daven acertó a decir.

—Soy muy feliz—respondió ella.

Se dirigieron al salón y se sentaron juntos en el diván. Les esperaban los daiquiris. Entrechocaron las copas.

—Buen viaje —brindó él a la antigua usanza—. Y feliz aterrizaje.

—Para mí, sí. —La sonrisa de Graydal se esfumó—. Y espero que para todos. Lo espero con todo mi corazón.

—¿Temes que no les vaya bien en los mundos exteriores?

—No se trata de eso. —Las increíbles pestañas aletearon—. Sólo que nunca serán tan afortunados como..., como creo que voy a serlo yo.

—¡Ah! ¿Tú cuentas con buenas perspectivas?

La sangre latía atropellada en las sienes de Laure.

—No estoy segura—respondió ella tímidamente.

Él había planeado reservar la sorpresa para el último momento, pero no soportó verla preocupada. Carraspeó y dijo:

—Tengo novedades.

Graydal inclinó la cabeza y aguardó con esa atención relajada que a él tanto le atraía. Por un instante, Daven se preguntó si su sonrisa no le daría la apariencia de un tonto. Intentó recuperar la dignidad, para lo cual se embarcó en una introducción llena de circunloquios.

—Te preguntabas por qué insistía yo en explorar el centro del racimo y, además, tan a fondo. Tal vez debí explicároslo desde el principio, pero temí despertar en vosotros falsas esperanzas. No existía ninguna garantía de que las cosas resultaran tal como me imaginaba. Pensé que el fracaso os abrumaría más aún sabiendo lo que significaba el éxito. Lo hice todo por vosotros, sólo por vosotros. Como sabes, mi civilización se basa en el individualismo y considera fundamentales los derechos de propiedad. En especial, los descubridores de lugares inhabitados pueden reclamar su propiedad dentro de límites sumamente amplios. Bien, nosotros..., vosotros... No, nuestra expedición ha cumplido los requisitos del descubrimiento en lo que a esos planetas se refiere. Los hemos visitado, comprobado sus características, trazado sus coordenadas con la mayor precisión posible en ausencia de faros...

Laure percibió que ella se esforzaba por reprimir su optimismo.

—No se trata de una auténtica localización —dudó Graydal—. Jamás conseguiríamos guiar a nadie con precisión hasta una estrella determinada.

—Tampoco yo, pero eso no importa, puesto que tomamos una muestra adecuada. Ahora sabemos con certeza que prácticamente todas las estrellas situadas en el corazón del racimo tienen planetas compuestos por elementos pesados. O sea que, para su explotación, no es necesario llegar a ningún sistema específico. Por otra parte, conocemos los riesgos que implica y contamos con información esencial para otros. Por lo tanto... —Rió calladamente—. Supongo que no podremos reclamar la totalidad del Universo Nube. Pero cualquier tribunal os..., nos adjudicará una buena parte. No planetas específicos, dado que no hay medio de señalarlos de inmediato, sino una parte del todo. Vuestra tripulación tendrá derecho sobre las minas más ricas de la galaxia. Sobre millones de minas.

Ella respondió con más seriedad que entusiasmo:

—¿Sí? En la *Makt* nos preguntábamos si no andarías buscando metales. Sin embargo, nos parecía imposible. Calculamos que nadie emprendería un viaje tan largo con ese objeto. ¿No hay suficientes en vuestro universo?

Daven contestó, levemente confundido:

—No. La mayoría de los mundos a este lado de la frontera son pobres en metales. Hay algunas minas, por supuesto. Además, los colonos extraen lo que desean de los océanos, como hacen en Serieve. Sin embargo, a ese tipo de procesos se opone un límite natural. Con el tiempo, si prosiguen al ritmo necesario al crecer su población... terminan por liberar tanto calor que la temperatura planetaria se ve afectada.

—Eso me parece un poco traído por los pelos.

—Ni mucho menos. Un sencillo cálculo lo demuestra. Según los archivos históricos, la misma Tierra se vio enfrentada al problema no demasiado tiempo después de iniciarse la era industrial. No obstante, al margen de las perspectivas remotas, la gente deseará en el acto explotar las minas de estos mundos arracimados. Ciertamente que la trayectoria es larga y que las operaciones habrán de ser totalmente automatizadas. Pero aquí abundan los elementos pesados, raros en otros lugares, lo que compensará con mucho los gastos extraordinarios. —Sonrió—. Me temo que no escaparéis a vuestro destino. Seréis... No digamos ricos. Lllamaros «ricos» sería lo mismo que llamar luminosa a una supernova. Poseeréis más recursos de los que han poseído nunca en su conjunto muchas civilizaciones.

La mirada de Graydal seguía siendo seria.

—¿Lo hiciste por nosotros? No debías. ¿De qué nos servirían las riquezas si te hubiésemos perdido?

Era de esperar que ella no se alegrara con exceso ante tanta riqueza, recordó Daven. En su cultura, no se acogía mal el dinero, pero tampoco suponía un objetivo importante. De modo que las palabras de Graydal significaban mucho menos que si las hubiera pronunciado una chica de la Comunalidad. No obstante, se sintió lleno de júbilo. Ella lo percibió, apoyó una mano en la de él y murmuró:

—Reconozco la nobleza de tu intención.

El no pudo seguir conteniéndose. Soltó una estentórea carcajada.

—¿Nobleza? —Siguió riendo—. Yo diría que fui inteligente. Diabólicamente inteligente. ¿No te das cuenta? ¡Os he devuelto Kirkasant!

Graydal sofocó un grito.

Daven se levantó de un salto y comenzó a pasearse entusiasmado ante ella.

—Os bastarán unos años. Vuestras reservas económicas ascenderán de manera vertiginosa, mucho más que suficiente para comprar la flota, destinada a investigar el racimo... Ni siquiera la necesitaréis. Cuando esto se divulgue, los explotadores de minas acudirán como moscas a la miel. Ellos se encargarán de instalar los faros. En un año, funcionará toda la red. Y en cuanto estéis en condiciones de navegar y vayáis marcando los puntos de referencia, acabaréis por llegar a vuestra patria... ¡En cuestión de semanas!

Graydal se arrojó en sus brazos, riendo y llorando. Él sabía que, bajo la capa de reserva adquirida, se ocultaban en ella profundas emociones. Pero nunca antes le había dado tan calurosas muestras.

Mucho, mucho después, las cámaras de aire de ambas naves se unieron y Graydal le dio las buenas noches.

—Hasta mañana —dijo.

—Espero que habrá muchos mañanas.

—Yo también lo espero.

Él la siguió con la mirada hasta que las cámaras volvieron a cerrarse y las naves se separaron. Algo embriagado, aunque no de alcohol, volvió al salón a tomar la última copa.

—Apaga esa cosa de colores —dijo—. Ponme un panorama exterior.

La nave obedeció. En la pantalla, aparecieron las estrellas y la nube donde nacían las estrellas. Laure se dejó caer en el diván y admiró el espectáculo.

—Su cielo —murmuró—. Será mejor que empiece a acostumbrarme a él. Como mínimo, me esperan muchas vacaciones en Kirkasant.

—Daven... —le llamó la *Jaccavrie*.

La nave no tenía la costumbre de dirigirse a él por su nombre de pila y con tanta amabilidad. Laure se sobresaltó:

—¿Qué?

—He estado...

Reinó el silencio durante un breve instante.

—He estado pensando cómo decírtelo. Cualquier expresión, cualquier inflexión de la voz te sonaría como algo calculado para causarte un efecto. Al fin y al cabo, sólo soy una máquina.

Aunque un tanto inquieto, se inclinó hacia delante para dar un golpecito en un mamparo, que tembló un poco, sin duda debido a la energía del motor.

—Yo también, muchacha. O tú también eres un organismo, como prefieras. Ambos somos personas.

—Gracias —replicó la nave, en voz casi demasiado baja para que se oyera.

Laure se dispuso a escucharla: —¿Qué querías decirme?

La *Jaccavrie* olvidó humanizar su voz y pronunció las palabras siguientes con un sonido mecánico: —Hace algún tiempo que concluí el análisis cromosómico. A partir de entonces, traté de desalentar ciertas tendencias que observaba en ti. Pero ya no me queda más remedio que transmitirte la verdad lisa y llana: los habitantes de ese planeta no son humanos,

—¿Qué dices? —chilló Laure.

La copa se le cayó de la mano, y el vino se desparramó por la cubierta.

—¿Te has vuelto loca? Los antecedentes, las tradiciones, el equipo, el aspecto, el comportamiento...

La voz de la nave le martilló los oídos:

—Sí, descienden de seres humanos. Sin embargo, sus antepasados se vieron obligados a numerosas adaptaciones. Por ejemplo, la pérdida de la visión nocturna. O el hecho de que ingieran sin peligro metales pesados, como el arsénico. Podría interpretarse como una simple inmunidad, pero, como recordarás, les parece sosa la comida sin él. ¿Nunca pensaste que han desarrollado una necesidad metabólica de ese elemento? También tendrías que haber sacado conclusiones de su elevada tolerancia a la radiación ionizada. No creerás que se debe a la mayor potencia de sus proteínas, ¿verdad? No, han llegado a una capacidad de reparación rapidísima y libre de errores de las lesiones químicas causadas por esa fuente. Lo cual, a su vez, te proporciona otra pauta sobre las grandes diferencias entre su sistema enzimático y el vuestro. Naturalmente, las enzimas están gobernadas por el ADN de las células, la molécula de la herencia...

—¡Basta! —la detuvo Laure con voz tan inexpresiva como la de ella—. Ya veo adonde vas. Estás a punto de informarme que según demuestra tu estudio

cromosómico, nuestras especies no pueden reproducirse entre sí.

—Así es —reconoció la *Jaccavrie*.

Laure se estremeció como si sintiese frío. Continuó con la vista fija en la brillante bruma.

—No me parece motivo para clasificarlos como no humanos.

—Pura cuestión de semántica... En realidad, carece de importancia. Salvo por el hecho de que, evidentemente, los kirkasantes padecen la compulsión instintiva de tener descendencia.

—Lo sé —afirmó Laure. Tras una pausa, agregó—: A decir verdad, eso es bueno. Forman una raza de primera clase. Nos serán de gran utilidad sus descendientes.

—Tus propios genes se hallan por encima del término medio —le recordó la *Jaccavrie*.

—Tal vez. ¿Y qué?

La voz de la computadora recuperó la humanidad.

—Me gustaría tener nietos —comentó en tono melancólico.

—Me parece muy bien. Algún día los tendrás. Y la carcajada de Daven Laure sonó como un canto de victoria.

FIN